Antonio García de la Hoz [Coord.]

De Edipo a Narciso

Feminidad y moral en psicoanálisis

QUIPÚ

BIBLIOTECA NUEVA

DE EDIPO A NARCISO

FEMINIDAD Y MORAL EN PSICOANÁLISIS

ANTONIO GARCÍA DE LA HOZ (Coord.)

DE EDIPO A NARCISO

FEMINIDAD Y MORAL EN PSICOANÁLISIS

BIBLIOTECA NUEVA
QUIPÚ

Cubierta: A. Imbert

Edición digital, marzo de 2014

© Los autores, 2014
© Editorial Biblioteca Nueva, S. L., Madrid, 2014
Almagro, 38
28010 Madrid

ISBN: 978-84-16169-40-5

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs., Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

ÍNDICE

Introducción, por Antonio García de la Hoz 9

Lou Andreas-Salomé: Mito y Narcisismo, por Jesús López Izquierdo 29

Sobre la Génesis de la moral en psicoanálisis, por Antonio García de la Hoz 95

El ideal del yo y sus patologías, por Trudi Künzli Joss y Raquel Tomé López 107

Maternidad. El deseo de maternidad o el deseo de hijo, por Lidia Calleja Rodríguez, Pilar Cano Garcés y Rosario Castaño Catalá 225

La representación intrapsíquica del sistema clítoris-vagina-útero en la mujer, por Esperanza Molleda Fernández 235

Introducción

Antonio García de la Hoz

Quan dic humanitat penso en la gent
Homes i dones indistintament

A parer meu, qualsevol dona, així,
És un home de sexe femení.

Pere Quart *(Només homes)*

No es necesario volver a insistir en el hecho de que la investigación psicoanalítica sobre la mujer sea un terreno bastante descuidado por el creador del psicoanálisis, e incluso, si hemos de creer a Jones, parece ser que incluso reconocido por él mismo:

> Cierta vez dijo [Freud] a Marie Bonaparte: «La gran pregunta que nunca ha obtenido respuesta y que hasta ahora no he sido capaz de contestar, a pesar de mis treinta años de investigación del alma femenina, es ésta: ¿Qué es lo que desea la mujer?» (Jones, 1953, pág. 439).

La afirmación anterior es impresionante, sin duda, sobre todo si tenemos en cuenta que el edificio clínico y teórico del psicoanálisis se inició fundamentalmente, aunque no únicamente, con el tratamiento de las pacientes histéricas, es decir, de mujeres. Aunque tampoco las cosas eran para Freud exactamente como Jones nos informa, y en forma muy penosa, por cierto, pues nos deja sin fechar la cita anterior, con todas las dudas que eso puede

suscitar, y que además nos hubiera supuesto saber en qué momento exacto estaba el pensamiento de Freud para poder decir eso. El artículo de introducción de J. Strachey para el trabajo freudiano *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica* (1925j) es una buena referencia inicial para observar cómo fue el interés de Freud sobre el desarrollo femenino, que sin lugar a dudas ocupó gran parte del su pensamiento en los últimos años de su vida. Con ello no quiero decir que le interesase el tema en sí mismo, sino sobre todo las implicaciones que conllevaba y que sólo se dejan ver en retazos aislados en sus escritos.

Por ello se puede afirmar que un tema que puede llevar por título «Estudio del desarrollo psicosexual de la mujer» puede ser fundamental para la teoría psicoanalítica, lo que trataremos de justificar a lo largo y ancho de todo el presente libro.

Volviendo a Freud, este tema le interesaba y/o inquietaba por razones de muy diversa índole, desde personales hasta clínicas y psicopatológicas, y que una cuidadosa labor de escrutinio de sus últimos escritos permite visualizar y correlacionar. Esta labor de crítica es fundamental hoy en día con los textos freudianos; no se puede hacer con ellos otra labor que no sea ésta, pues el seguimiento dogmático y acrítico de las afirmaciones de Freud, trae consigo, como mal menor, el aislamiento y la ceguera ante todo nuevo conocimiento que pueda provocar avance en comprensión. Es lo que ya señalaba Wittgenstein desde un contexto más filosófico, como se ha señalado recientemente:

> Para aprender de Freud es preciso mantener una actitud crítica, cosa que el propio psicoanálisis no facilita por tratarse de una mitología muy poderosa (Rodríguez Sútil, 1988, pág. 86).

Voy a tratar de enumerar a continuación las razones que podían estar pululando en el pensamiento de Freud, sonsacadas a partir de ese repaso a algunos de sus últimos trabajos, y lo haré sin ningún orden de prioridad, esto lo dejo al juicio del lector, pues los avances en psicoanálisis y en casi toda disciplina científica, casi nunca se producen por un solo motivo, sino por un cúmulo de ellos que se reúnen coyunturalmente y producen una nueva comprensión de la realidad. Para nosotros al menos así ha sido, y pen-

samos que el presente libro está bien pertrechado de ideas nuevas que pueden servir de trampolín para otras. El tema del desarrollo psicosexual de la mujer fue el impulsor y desencadenante de los artículos aquí compilados.

Entonces, y como apuntaba sin prioridad alguna, en los últimos años de la vida y obra de Freud, podemos señalar estos temas como importantes y dignos de ser pensados:

1) Coyuntura del grupo psicoanalítico que rodeaba a Freud en los años 30. 2) Imposibilidad de mantener la postura de analogía en el desarrollo del niño y de la niña. 3) Crisis de la teoría edípica como explicación de las nuevas patologías. 4) Conceptos de *identificación*, *ambivalencia* y *narcisismo* en relación con su última teoría de las pulsiones. 5) La moralidad en Psicoanálisis y sus implicaciones en una revisión de la metapsicología tradicional.

Parecen lo suficientemente importantes como para merecer un estudio pormenorizado. Alguno se ha llevado o se está llevando a cabo, pues interesan al centro mismo de la teoría psicoanalítica. Los artículos del presente texto presentan un abordaje de estos temas. Nosotros comentaremos ahora brevemente cada apartado por separado, con la pretensión de que se pueda producir en el lector una cierta integración y una suerte de visión nueva de la teoría psicoanalítica.

El grupo psicoanalítico en los años 30

El grupo psicoanalítico cercano a Freud hacia el final de su trayectoria (en los años 30), estaba formado mayoritariamente por mujeres, cuyo número se incrementaba paulatinamente. Esto en sí mismo no quiere decir nada, salvo la constatación de un hecho que tuvo que ver con su interés creciente en estos años de escribir y teorizar sobre la sexualidad femenina.

Si al principio fueron las mujeres «histéricas» quienes proporcionaron a Freud los elementos esenciales para el descubrimiento de la técnica psicoanalítica y los albores de la teoría, ahora, al final, otro grupo de mujeres, estas profesionales del psicoanálisis, le

apremiaban para el establecimiento teórico del desarrollo psicosexual de la niña, laguna teórica de la que el propio Freud era muy consciente:

> Cuando estudiamos las primeras conformaciones psíquicas que la vida sexual adopta en el niño, siempre hemos tomado al del sexo masculino, al pequeño varón, como objeto de nuestras investigaciones (1925j, pág. 2897[1]).

Este grupo de mujeres se puede agrupar en dos tendencias, según siguieran o no los escasos escritos freudianos sobre el tema, básicamente, *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica* (1925j), *Sobre la sexualidad femenina* (1931b), y la lección XXXIII «La feminidad» de sus *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933a[1932]). El primer grupo, el de las seguidoras de Freud, el más numeroso en cuanto a mujeres, lo podemos considerar formado esencialmente por Helene Deutsch, Jeanne Lampl-de Groot, Ruth Mack Brunswick, y en un segundo orden por la propia hija de Freud, Anna, y las mujeres que llegaron hasta él por esta vía: Hermnine von Hug-Hellmuth, Dorothy Burlingham, Eva Rosenfeld y Marianne Kris. El segundo grupo, que en realidad se reducía en los orígenes a Karen Horney, estaba en franca minoría, y a pesar del empuje de la Horney, no pudo prosperar sino a costa de la descalificación por parte de Freud. Es de notar que algunas de sus ideas críticas sobre la concepción freudiana fueron recogidas más tarde por el propio Ernst Jones. En mi opinión la señora Klein no intervino en esta polémica pues su interés se encaminaba hacia otros derroteros.

Las diferencia esencial entre las dos tendencias se centraba en torno al concepto freudiano de la envidia de pene, básico y primario para entender la feminidad entre el grupo freudiano, pero secundario para Horney y sus partidarios. Todo ello repercutirá, directamente en la concepción del complejo de Edipo en la mujer.

---

[1] Todas las citas de Freud en esta introducción, salvo indicación expresa, pertenecen a la versión de Biblioteca Nueva, aunque han sido cotejadas con la versión en alemán y con la otra versión castellana de Amorrortu editores.

El final de la analogía niño/niña

Como he señalado en otro sitio (García de la Hoz, 2000, página 383), Freud mantuvo dos posiciones en cuanto al desarrollo psicosexual de la niña. Una por omisión, es decir, no nombrándola para nada en cuanto a la teoría, y otra por analogía, es decir, teorizando sobre el desarrollo del niño varón, y luego, sin más, afirmando que las cosas serían análogas para la niña, cambiando lo cambiable. Esto es especialmente oportuno en cuanto a la teoría del complejo «nodular» de las neurosis: El complejo de Edipo. Hasta que al fin no pudo sostenerse ya más la analogía.

Como ejemplos de la *postura de omisión* podemos presentar lo siguiente. Comentando la vida erótica del hombre, Freud afirma que «ha llegado a ser asequible a la investigación, mientras que la de la mujer, en parte por las limitaciones impuestas por la cultura y en parte por la reserva convencional y la insinceridad de las mujeres, permanece aún envuelta en impenetrable oscuridad» (1905d, pág. 1181) En *Teorías sexuales infantiles* (1908c) escribe que «A causa de las desfavorables circustancias que presiden este género de investigaciones, nuestro presente trabajo se refiere casi exclusivamente al desarrollo sexual en los individuos masculinos» (pág. 1263). Quince años más tarde, en el trabajo sobre *La organización genital infantil* vuelve sobre lo mismo: «Desgraciadamente no podemos referirnos en la exposición de este tema más que al sujeto infantil masculino, pues nos faltan datos sobre el desarrollo de los procesos correlativos en las niñas» (1923e, pág. 2699). En 1926, en su texto sobre el análisis profano, declara que sobre «la vida sexual de la niña sabemos menos que de la del niño. Pero no tenemos por qué avergonzarnos de esta diferencia, pues también la vida sexual de la mujer adulta continúa siendo un *dark continent* para la psicología» (1926e, pág. 2928). Por último y para no alargar más la lista, la omisión más radical, pues describiendo el complejo de Edipo ni siquiera se nombra a la niña: «Ya en los primeros años infantiles (aproximadamente entre los dos y los cinco) se constituye una síntesis de las tendencias sexuales, cuyo objeto es, en el niño, la madre. Esta elección de objeto, junto con la correspondiente actitud de rivalidad y hostilidad contra el pa-

dre, es el contenido del *complejo de Edipo*, que en todos los humanos entraña máxima importancia para la estructuración definitiva de la vida erótica. Se ha comprobado como hecho característico que el hombre normal aprende a vencer el complejo de Edipo, mientras que el neurótico permanece vinculado a él» (1923a, 2668).

Como ejemplo de *la postura de analogía* tenemos las siguientes citas. La primera, muy antigua, pertenece a la *Traumdeutung*, cuando Freud se acerca por vez primera en texto publicado a las tendencias edípicas: «En términos generales, diríamos, pues, que sucede como si desde edad muy temprana surgiese una preferencia sexual; esto es, como si el niño viviese en el padre y la niña en la madre, rivales de su amor, cuya desaparición no pudiese serles sino ventajosa» o un poco más adelante «Al someter a estos enfermos [se refiere a los neuróticos] a la labor analítica, descubrimos que los deseos sexuales infantiles —hasta el punto de que hallándose en estado de germen merecen este nombre— despiertan muy tempranamente y que la primera inclinación de la niña tiene como objeto al padre, y la del niño, a la madre» (1900a, págs. 503 y 504). Es un primer acercamiento todavía ingenuo, y meramente teórico y testimonial de la analogía. Bastante más tarde, en sus *Conferencias de introducción al psicoanálisis* escribe: «Observaréis que no he expuesto aquí más que la actitud del niño con respecto al padre y a la madre. La de la niña es, excepción hecha de las modificaciones necesarias, por completo idéntica. La tierna afección por el padre, la necesidad de apartar a la madre…» (1916-1917, pág. 2330). En su libro sobre la Psicología de las masas y describiendo los procesos de las primeras identificaciones del niño, termina un párrafo afirmando «Lo mismo vale para la niña, con las correspondientes sustituciones» (1920c, vol. XVIII, página 100)[2]. En su famoso *El yo y el ello*, comentando el naufragio del complejo de Edipo en el niño, afirma a continuación que «En forma totalmente análoga puede terminar el complejo de Edipo en las niñas *[des kleinen Mädchens],* por una intensificación de su

[2] Aquí hemos preferido la traducción de Amorrortu que se ajusta mejor al original alemán.

identificación con la madre (o por el establecimiento de tal identificación), que afirma el carácter femenino del sujeto» (1923b, pág. 2712)[3]. Por último, y como expresión nítida de esta postura de analogía, en su *Autobiografía:* «Después, pero todavía dentro de los límites de la primera infancia, se establece la relación del complejo de Edipo, en que el varoncito concentra sus deseos sexuales en la persona de la madre y desarrolla mociones hostiles hacia el padre en calidad de rival. De manera *análoga* adopta posición la niñita» (1925d [1924], vol. XX, pág. 34, cursiva mía). En este mismo lugar, diez años más tarde (1935) y como nota a pie de página, Freud ya se ha asentado en la postura definitiva de diferencia que veremos a continuación

> La información respecto a la sexualidad infantil se obtuvo del estudio de hombres y la teoría de ella deducida concernía al niño varón. Era casi natural esperar un completo paralelismo entre los dos sexos; sin embargo resultó insostenible tal idea. Investigaciones y pensamientos posteriores reflejaron profundas diferencias en el desarrollo sexual de hombres y mujeres. El primer objeto sexual para un lactante femenino (y lo mismo para el masculino) es su madre (1925d [1924], pág. 2778. Nota de 1935).

Pero fue a partir de 1923, con la publicación de *La organización genital infantil*, cuando ambas posturas —omisión y analogía— van a perder rápidamente todo su valor hasta volverse insostenibles para Freud. La razón es bien sencilla: La aparición en la teoría de la fase genital-fálica y lo que ello implicaba, sobre todo las distintas consecuencias psíquicas de la observación de la diferencia anatómica, tema que expuso en el famoso texto de 1925j. En el ínterin, en el importantísimo articulo sobre *El naufragio del complejo de Edipo* (1924d), Freud se da perfecta

[3] Aquí hemos retornado a la versión de Biblioteca Nueva, pero para restaurar un gravísimo error de traducción (se lee «niñez» en lugar de «niñas» o «niñitas» *[des kleinen Mädchens],* que además de quitar todo el sentido a la frase, impide que nos demos cuenta de la postura de analogía que estamos describiendo.

cuenta de la imposibilidad de mantener la postura de analogía, y por supuesto, menos aún el seguir omitiendo los desarrollos teóricos sobre el desarrollo psicosexual de la niña. A pesar de reconocer que el material aquí se hace «incomprensiblemente más oscuro e insuficiente» (1924d, pág. 2750), Freud se ve obligado a emprender ahora por vez primera (y separadamente del niño), los procesos concomitantes de la fase genital-fálica en la niña, aún confesando que «nuestro conocimiento de estos procesos evolutivos en la niña es harto insatisfactorio e incompleto» (ibíd., página 2751).

El final de la analogía se consuma en el mencionado artículo sobre *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica*, cuando honestamente se reconoce que «Suponíamos que en la niña las cosas debían ser análogas, aunque admitíamos que de una u otra manera debían ser también distintas. No alcanzábamos a establecer en qué punto del desarrollo radicaría dicha diferencia» (1925j, pág. 2897) Se trata de unas palabras conciliadoras y de transición para la nueva posición freudiana con el tema. Con la introducción de la fase genital-fálica y la introducción definitiva del complejo de castración, Freud va a centralizar precisamente ahí la diferencia, lo que se convertirá en su postura final en cuanto al distinto desarrollo psicosexual del niño y la niña. En esta *postura de diferencia* (que supera las anteriores de omisión y analogía), Freud enfatizará asimismo la distinta formación del *superyó,* que tal y como había expuesto hasta ese momento era el heredero del complejo de Edipo. Ahora se va a convertir en un problema teórico importante y relativamente insoluble. Y resulta muy curioso ver cómo Freud, que desde hacía casi treinta años no consideraba el desarrollo femenino o lo consideraba sin más preocupación como análogo al masculino, pasa a convertirse ahora, de golpe y en los últimos años de su vida, en un convencido defensor de la postura de diferencia (en cuanto al complejo de Edipo, en cuanto al superyó, en definitiva, en cuanto a la moral), y en forma algo embaucadora se coloca frente a los feministas que preconizan la «equiparación y la equivalencia absoluta de los dos sexos» (1925j, pág. 2902) y que «nos oyen con disgusto cuando les señalamos los resultados de este factor [se refiere aquí a la distinta formación del *superyó* para el carácter femenino medio»

(1933a, pág. 3174). En este terreno Freud no se encontraba a gusto, mezclaba niveles de análisis que no se pueden mezclar y resultaba bastante demagógico.

La crisis del complejo de Edipo

Freud no podía declarar nunca que uno de sus descubrimientos más esenciales fuera a entrar en crisis en la teoría. Y de hecho no lo hizo. Pero también es verdad que una lectura cuidadosa de sus últimos escritos sobre este tema, hace sospechar que tras lo expuesto sobre el desarrollo psicosexual de la niña y sobre la distinta formación del superyó, el famoso complejo de Edipo veía rebajada su importancia teórica hasta unos límites difíciles de imaginar.

La introducción de la fase genital-fálica provocó la *primera revisión* del complejo de Edipo, pasando de simple a complejo (valga el juego de palabras), pasando de su consideración positiva (niño hacia madre y niña hacia padre) a una consideración negativa o invertida (niño hacia padre y niña hacia madre). Con estos presupuestos también Freud comenzó a pensar en forma incipiente el importantísimo juego de las identificaciones con el objeto y las investiduras o cargas de objeto. Todo ello se puede observar en el Capítulo III de *El yo y el ello* (1923b) (capítulo que se puede considerar como el resultado inmediato de la redacción —tres meses antes— de *La organización genital infantil* [1923e]) y también en *El sepultamiento del complejo de Edipo* (1924d).

Entre la naciente teoría de la identificación y la nueva consideración del complejo de Edipo, Freud pasará de inmediato a estudiar los procesos evolutivos en la niña, tema que, según Strachey (1961), ya no abandonó su mente. Entonces apareció *la segunda revisión* de la teoría del complejo de Edipo, que en síntesis podría formularse así: Para el caso de la niña podría tratarse de una *formación secundaria*. Así por ejemplo escribe «El complejo de Edipo [en la niña] tiene aquí una larga prehistoria y es en cierta manera una formación secundaria» (1925j, pág. 2898) y un poco más adelante en forma mas asertiva «En la niña el complejo de Edipo es una formación secundaria: lo preceden y lo preparan las repercusiones del complejo de castración» (1925j, pág. 2901).

Si el complejo «nodular» de las neurosis resultaba ser una formación secundaria en las niñas, entonces la consideración de la neurosis misma en las mujeres se encontraba totalmente cuestionada. Freud, en mi opinión, percibió claramente el significado de lo que eso suponía: *Una revisión a fondo sobre la función y la universalidad del complejo de Edipo*, algo que no llevó a cabo, quizás por el lógico apego a una teoría que tantos años y con tanto ahínco defendió y por la que se había hecho mundialmente famoso. Pero en su trabajo *Sobre la sexualidad femenina* (1931b) lo dejo bien patente en un largo párrafo lleno de ambigüedades, justificaciones y argumentos del «caldero»[4]:

> Puesto que en este período [está mencionando fases preedípicas] caben todas las fijaciones y represiones a las cuales atribuimos la génesis de las neurosis, *parecería necesario retractar la universalidad del postulado según el cual el complejo de Edipo sería el núcleo de las neurosis*. Quién se sienta reacio, empero, a adoptar tal corrección, de ningún modo precisa hacerlo. En efecto, por un lado es posible extender el contenido del complejo de Edipo hasta incluir en él todas las reacciones del niño con ambos padres, y por el otro, también se puede tener debida cuenta de estas nuevas comprobaciones, declarando que la mujer sólo alcanza la situación edípica positiva, normal en ella, una vez que ha superado una primera fase dominada por el complejo negativo. En realidad, durante esta fase el padre no es para la niña pequeña mucho más que un molesto rival, aunque su hostilidad contra él nunca alcanza la violencia característica del varón. Después de todo, hace ya tiempo que hemos renunciado a toda esperanza de hallar un paralelismo puro y simple entre el desarrollo sexual masculino y el femenino (1931b, pág. 3078. Cursiva mía).

Como ya he indicado en otro lugar (García de la Hoz, 2000, pág. 393), el pasaje anterior, que merecería un análisis muy detallado, presenta sobre todo tres cosas: 1) Freud percibe con clari-

[4] Lo que denomino argumentos del «caldero» está inspirado en un chiste que el propio Freud insertó en la *Traumdeutung* (1900a, pág. 420).

dad la amenaza contra la universalidad del complejo de Edipo. 2) Para escapar de esa amenaza alega que se puede extender el contenido del complejo hasta incluir todas las relaciones del sujeto infantil con ambos padres, lo que es un error que dio pie a otro, la concepción kleiniana del Edipo temprano, que olvida lo esencial de la estructura edípica, es decir, la triangularización, la relación de tercero incluido, como diría Sartre. 3) Freud afirma que ha renunciado hace tiempo al paralelismo analógico niño/niña lo que no es del todo cierto, si tenemos en cuenta que aún insistía en ese paralelismo en un texto tan fundamental como *El yo y el ello* (1923b).

En resumen, a Freud le faltó dar un paso más (que tampoco tuvo por qué darlo, pues lo que hizo ya fue bastante). Este paso hubiera sido el que considerara teóricamente las «nuevas patologías» no edípicas, es decir, básicamente no neuróticas, las que trataron de conceptualizar desde sitios diferentes Kernberg y Kohut, y aun antes, en forma más precaria, Ferenczi y Balint. A Freud le faltó localizar la estructura (no edípica) que explicase estas patologías. Pero que fue algo que intuyó queda claro tras la lectura de dos textos cortos (Freud 1927b y 1940e [1938]), sobre todo en el último de ellos, publicado póstumamente, donde se decidió por calificar el tema tratado como algo «nuevo y sorprendente» más que familiar y evidente» (García de la Hoz, 1996b).

Narcisismo, identificación y ambivalencia

Probablemente nos encontramos ante tres nociones básicas en psicoanálisis que todavía faltan por comprender cabalmente. Las tres han alcanzado una compresión y extensión popular o vulgar que resulta difícil de conjugar con un sentido propiamente psicoanalítico, y aún este último es necesario explicitarlo con claridad. No es esta introducción el lugar adecuado para hacerlo. Aquí sólo nos interesan con relación a nuestro tema del desarrollo psicosexual de la niña. El repaso de los escritos finales de Freud que venimos comentando pone en evidencia la creciente importancia de estos conceptos, los cuales no fueron teorizados por Freud en su amplitud.

En relación con el *narcisismo*, es claro que Freud (1914c) sólo escribió una «Introducción» y no un texto acabado sobre el tema, del que se puede asegurar que es uno de los más estudiados por los psicoanalistas actuales. Además de provocar en su momento la revisión y el cambio de la teoría de las pulsiones en Freud, también en la actualidad ha impulsado importantes renovaciones teóricas (Kohut, 1971 y 1977). No cabe duda de que Freud lo escribió bajo la influencia de la relación que mantuvo con Lou Andreas-Salomé y que incluyó allí ideas sobre la mujer de lo más novedoso y revolucionario, por ejemplo eso de que el tipo de mujer «más puro y auténtico» amaría narcisísticamente, es decir, desde una plenitud libidinal, sin vaciarse objetalmente, lo opuesto al hombre como tipo.

En cuanto a la *identificación*, también resulta claro que Freud no elaboró una teoría acabada sobre este mecanismo fundamental para la constitución del sujeto y la instauración de la intersubjetividad. Y todavía no la tenemos a pesar de algunos intentos (Grimberg, 1985). En otro trabajo[5] he expuesto tres tipos de identificación básicos para pensar el concepto y para el desarrollo de la personalidad, que son la identificación primaria o narcisista (imaginaria), la identificación del semejante (como otro) y la identificación secundaria (simbólica). A pesar de que Laplanche y Pontalis (1968) afirman que el término en su sentido psicoanalítico es propiamente reflexivo («identificarse»), consideramos también muy importante el sentido transitivo («identificar a») en relación con nuestro segundo tipo de identificación, la del semejante como «otro». Lo que nos importa respecto al tema del presente libro es que la identificación se convierte en un proceso insoslayable, imposible de pasar por alto, en la medida en que contribuye en forma decisiva a la conformación de la identidad masculina y/o femenina del sujeto *infans,* tras la influencia decisiva del descubrimiento de la diferencia sexual anatómica.

¿Y qué decir de la *ambivalencia?* ¿Y sobre todo en su relación con la dialéctica pulsional final de Freud —vida y muerte, amor

[5] Teoría de la identificación. Nuevas aportaciones. Ponencia a las Jornadas «Lo intersubjetivo y sus mediadores», Almagro, noviembre, 2002.

y odio destructivo, unión y separación— en la manera como nos la representemos? La noción correcta, aunque parcial, de la presencia simultánea de dos tendencias, sentimientos u actividades opuestas hacia un mismo objeto (Laplanche y Pontalis, 1968), deja algunos interrogantes básicos en el aire, sobre todo en relación con el desarrollo infantil del sujeto. Porque no es la misma ambivalencia la de un *infans* hacia su madre que la del *rat-man* hacia su dama, sin ir más lejos.

Aunque la presencia de la ambivalencia se puede observar en algunos de los casos de Freud, como «Juanito» o el «rat-man», es en dos textos ya tardíos donde se empieza a comprobar el sentido que va a adquirir el término. Así, en una frase casi de pasada en *El tabú de la virginidad* (Freud, 1918a [1917], pág. 2448), afirma, sin más comentarios, la existencia de una «ambivalencia original». Y también, más relacionada con la identificación más primaria, en *El yo y el ello*, escribe: «…como si la ambivalencia, existente desde un principio en la identificación…» (Freud, 1923b, pág. 2712). Lo que quiere decir que estamos ante algo muy primitivo en el ser humano, y que precisamente la maduración se irá encargando de resolver. Es como si la dialéctica pulsional amor y odio intempestivos, fuera en la primera infancia cuando se manifestase en su mayor grado de ambivalencia, lo que quizás tiene que ver con la progresiva separación e individuación del sujeto *infans* de sus «otros» formadores.

Pero en relación con nuestro tema del desarrollo psicosexual femenino, la ambivalencia se convirtió para Freud en un factor esencial y contradictorio. Lo podemos observar en los dos únicos textos que dedicó a la sexualidad femenina (Freud, 1931b y 1933a [1932], lección XXXIII). Freud, en ambos textos, destaca la sorpresa que ha supuesto para él el reconocimiento de una fase preedípica en la niña, que resulta de importancia decisiva, y que entre otras cosas, le lleva a decir lo que antes expusimos sobre que el complejo de Edipo sería aquí una formación secundaria. Pero a la hora de destacar el factor decisivo causante de la separación niña-madre, implicado en la maduración, su respuesta es totalmente contradictoria en los dos escritos, y eso que sólo les separaba poco más de un año.

Así, en el *texto de 1931*, después de enumerar los factores que favorecerían la separación (no haberla traído al mundo con un

aparato genital completo —complejo de castración—, no haberla nutrido lo suficiente, obligarla a compartir con otros amor materno, haberla puesto trabas a las conductas onanistas), Freud termina por no darles gran peso, pues no justificarían la «hostilidad resultante» de la vinculación niña-madre. Y aquí es cuando concede la responsabilidad decisiva a la *ambivalencia original*. Aunque no se atreve a sostener que sea una «ley psicológica universalmente válida», escribe que «en las primeras fases de la vida amorosa la ambivalencia es evidentemente la regla», y que «en muchos seres este rasgo arcaico persiste durante la vida entera» (pág. 3083). Freud termina concluyendo que «la intensa vinculación de la niña pequeña con su madre debe estar dominada por una poderosa ambivalencia y que, reforzada por los demás factores mencionados, es precisamente ella [la ambivalencia] la que determina que la niña se aparte de la madre». Como también el niño tiene esta vinculación fuertemente ambivalente con la madre, Freud plantea que precisamente la puede resolver mejor transfiriendo la parte hostil al padre, solución que no concede a la niña, pues iría en contra de la estructuración amoroso-edípica normalizada.

Por el contrario, en el *texto de 1932*, Freud plantea una solución inversa. A pesar de volver a reconocer que las primeras investiduras de objeto [que en mi opinión no pueden ser sino narcisistas] son «siempre ambivalentes», a pesar de volver a mencionar esta «ambivalencia original», a pesar de volver a considerar los factores ya mencionados en el texto del año anterior como insuficientes para justificar la hostilidad resultante en la separación niña-madre (decepciones amorosas, celos, prohibiciones onanistas) (pág. 3171), a pesar de todo ello, Freud insiste en buscar algo específico para la niña. Ya no le sirve, y ni siquiera lo menciona, el hecho apuntado en el texto anterior sobre la solución más fácil de la ambivalencia en el niño, al derivar al padre la hostilidad. Ahora vuelve con más fuerza que nunca al complejo de castración en la niña y a su manifestación más importante, la envidia de pene: «Por mi parte, creo que hemos hallado tal factor específico, y precisamente en el lugar en que esperábamos hallarlo, si bien en forma sorprendente. En el lugar esperado, digo, porque tal lugar es el complejo de castración. La diferencia anatómica tenía que manifestarse en consecuencias psíquicas. En cambio, nos sorprendió descubrir, por medio del aná-

lisis, que la niña hace responsable a la madre de su carencia de pene y no le perdona tal desventaja» (pág. 3171). La situación ha dado un giro de 180 grados en solo un año. Lo que antes era lo fundamental para la separación —la ambivalencia original de las primeras investiduras— ahora es secundario, y lo que antes era un factor más entre otros —la envidia de pene—, se convierte ahora en lo fundamental. ¿Qué pudo ocurrir para justificar este giro tan violento, para plantear esta contradicción tan flagrante en tan corto espacio de tiempo? Sin pretender alcanzar una solución correcta, expondré algunos argumentos.

Por un lado, Freud trata de poner a salvo por encima de todo la teoría del complejo de Edipo femenino, es decir, hallar un factor para que la niña se vuelva hacia el padre como objeto de investidura. Pero por otro lado, ello parece no ajustarse a las ideas actuales que ponen de relieve la importancia de la relación niña-madre como relación de confirmación narcisista, de modelado, y que por ello es tremendamente ambivalente. La hostilidad perteneciente a esa ambivalencia luego podría verse reforzada por el descubrimiento de la diferencia sexual anatómica, y por tanto la envidia de pene sería secundaria. Desde aquí estaríamos más de acuerdo con el texto freudiano de 1931. Y como ya planteó Freud, el niño también tendría esta relación ambivalente y de modelado narcisista con la madre, sólo que soluciona más fácilmente la parte hostil colocándola en el padre tras la observación de la diferencia sexual anatómica, para más tarde identificarse con él y así dar por resuelta la situación del complejo de Edipo. El problema para la niña (que el niño no tiene) es solucionar el conflicto ambivalente propio de la relación narcisista dual con la madre en el seno mismo de la relación con ella, sin que por ello se comprometan sus futuras investiduras heterosexuales.

La moral en psicoanálisis

El último de nuestros temas nos lleva a señalar una carencia importante en la teoría psicoanalítica, incluso en la actual postfreudiana: La génesis de la moral, sobre la que el psicoanálisis tendría que decir algo. Mi propia aportación a este volumen es un pequeño

intento de poner los cimientos del asunto. El desarrollo psicosexual de la niña se relaciona enteramente con el tema, y es cierto que la consideración de la moralidad femenina deja mucho que desear en los escritos freudianos. El tema mismo de la moral ha sido ciertamente desatendido por el psicoanálisis (ya desde Freud), quizá por tratarse de un campo tradicionalmente propio de las filosofías y de las religiones, y porque a Freud le interesó más centrarse en los aspectos pulsionales, y más en concreto, en desvelar el secretismo oficial sobre la pulsión sexual. Pese a todo, no hay que olvidar que en el conflicto neurótico —el conflicto freudiano y psiconanalítico por excelencia— surge de la oposición de dos aspectos: el pulsional y el que se opone al pulsional (es decir, el moral).

La moral debe interesar pues al psicoanálisis, sobre todo lo que se refiere a su génesis en el ser humano. Refiriéndonos en concreto a la moralidad femenina, tenemos una mención primitiva en los *Tres ensayos* que luego entraría en contradicción con lo que Freud escribirá al conceptuar el superyó: «El desarrollo de los diques sexuales (pudor, repugnancia, compasión, etc.) aparece en las niñas más tempranamente y encontrando una resistencia menor que en los niños. Asimismo, es en las niñas mucho mayor la inclinación a la represión sexual, y cuando surgen en ellas pulsiones parciales de la sexualidad escogen con preferencia la forma pasiva» (Freud, 1905d, pág. 1223). En efecto, cuando aparece la teoría del superyó, en 1923, y refiriéndose a la moralidad de la mujer, Freud afirmará que el rigor del superyó no es en ella tan inexorable, pues no alcanza la robustez del superyó del hombre (Freud, 1925j, páginas 2982 y Freud, 1933a [1932], pág. 3174). Como ya señalamos en otro trabajo (García de la Hoz, 1998), podría existir una solución a este problema. En varios de los artículos del presente volumen se encontrarán también ideas sobre el tema.

* * *

Hace más de siete años coordiné un seminario sobre la sexualidad femenina en psicoanálisis, seminario que se extendió alrededor de un lustro. Los diversos artículos del presente libro son el producto de ese trabajo. Cada autor escogió el contenido que más le interesaba, incluido yo mismo.

Jesús López trabajó sobre el articulo del narcisismo de Lou Andreas-Salomé. Pero sus conocimientos filológicos grecolatinos le condujeron por los derroteros del mito de Narciso, del que nos ofrece una interpretación sugerente, que no dejará de impresionar a los psicoanalistas.

Yo mismo he rescatado para el presente texto la aportación que presenté en un congreso de profesores universitarios de Psicoanálisis, celebrado en San Sebastián en 1996, y que versaba sobre la génesis de la moral.

Trudi Künzli y Raquel Tomé, en el cuerpo del libro, han llevado a cabo un pormenorizado y extenso estudio del ideal del yo, rescatando su especificidad como instancia estructural de nuestro aparato psíquico, y señalando el camino que lleva a la patología del mismo. El texto se ilustra con dos ilustraciones clínicas.

Lidia Calleja, Pilar Cano y Rosario Castaño no ofrecen su visión sobre el tema de la maternidad y el deseo del hijo, cuestión que está en el mismo centro de la teoría freudiana sobre la psicosexualidad femenina. Destacan el papel fundamental de la menarquia.

Por último, Esperanza Molleda nos ofrece la representación psíquica de la tríada femenina clítoris, vagina y útero, así como su evolución a través del desarrollo de la mujer.

Los trabajos, a pesar de surgir en un lugar común de intercambio de ideas, poseen originalidad separada y autónoma de las que son responsables cada autor, y por eso mismo pueden ser leídos en cualquier orden, sin que ello haga perder comprensión al libro en su totalidad.

Bibliografía

Freud, S. (1900a), *La interpretación de los sueños,* en *Obras Completas*, vols. IV y V, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.

— (1905d), *Tres ensayos de teoría sexual,* en *Obras Completas*, vol. VII, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, págs. 109-224.

— (1908c), *Sobre las teorías sexuales infantiles,* en *Obras Completas*, vol. IX Buenos Aires, Amorrortu, 1976, págs. 182-201.

— (1914c), *Introducción al narcisismo,* en *Obras Completas*, vol. XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, págs. 65-98.

Freud, S. (1916-1917), *Conferencias de introducción al psicoanálisis,* en *Obras Completas*, vol. XV, Buenos Aires, Amorrortu, 1976
— (1918a [1917]), *El tabú de la virginidad,* en *Obras Completas*, vol. XI, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, págs. 185-203.
— (1921c), *Psicología de las masas y análisis del yo,* en *Obras Completas*, vol. XVIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, págs. 63-136.
— (1923a), *Dos artículos de enciclopedia: Psicoanálisis y Teoría de la libido,* en *Obras Completas*, vol. XVIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, págs. 227-254.
— (1923b), *El yo y el ello,* en *Obras Completas*, vol. XIX, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, págs. 1-59.
— (1923e), *La organización genital infantil,* en *Obras Completas*, vol. XIX, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, págs. 141-149.
— (1924d), *El sepultamiento del complejo de Edipo,* en *Obras Completas*, vol. XIX, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, págs. 177-188.
— (1925d [1924]), *Presentación autobiográfica,* en *Obras Completas*, vol. XX, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, págs. 3-70.
— (1925j), *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica,* en *Obras Completas*, vol. XIX, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, págs. 259-274.
— (1926e), *¿Pueden los legos ejercer el análisis?,* en *Obras Completas*, vol. XX, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, págs. 165-242.
— (1927e), *Fetichismo,* en *Obras Completas*, vol. XXI, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, págs. 141-152.
— (1931b), *Sobre la sexualidad femenina,* en *Obras Completas*, vol. XXI, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, págs. 223-244.
— (1933a), *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis,* en *Obras Completas*, vol. XXII, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, páginas 1-168.
— (1940e [1938]), *La escisión del yo en el proceso defensivo,* en *Obras Completas*, vol. XXIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, páginas 271-278.
García de la Hoz, A. (1996b), «Algo familiar y evidente o algo nuevo y sorprendente», en I. Sanfeliú (coord.), *Nuevos paradigmas en Psicoanálisis*, Madrid, Quipú, págs. 63-76.
— (1998), «Hombre/mujer. Una tipología moral», en Rubí Cid (comp.), *Psicoanálisis e identidad de género*, Madrid, Biblioteca Nueva, páginas 99-106.
— (2000), *Teoría psicoanalítica*, Madrid, Biblioteca Nueva.
Gringberg, L. (1985), *Teoría de la identificación*, Madrid Tecnipublicaciones.

JONES, E. (1981), *Vida y obra de Sigmund Freud*, Buenos Aires, Hormé-Paidós, 3 vols. (Trabajo original de 1953).

KOHUT, H. (1971), *Análisis del self. El tratamiento psicoanalítico de los trastornos narcisistas de la personalidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1977.

— (1977), *La restauración del sí-mismo,* Barcelona-Buenos Aires, Paidós, 1980.

LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J.-B. (1968), *Diccionario de psicoanálisis*, Barcelona, Labor, 1971.

RODRÍGUEZ SUTIL, C. (1998), *El cuerpo y la mente,* Madrid, Biblioteca Nueva.

STRACHEY, J. (1961), Introducción a «Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica», en *Obras Completas*, vol. XIX, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, págs. 261-265.

Lou Andreas-Salomé: Mito y Narcisismo

Jesús López Izquierdo*

Nihil novum sub sole

Introducción

Como portada al concepto de «Narcisismo de doble dirección» en Lou Andreas Salomé, recorreremos un camino a través de las variadas versiones que sobre el mito de Narciso existen, en el período greco-latino clásico, profundizando especialmente en la versión de Ovidio por ser la más extensa y la más conocida. Desde Ovidio hasta nuestros días, *calamo currente,* es decir a vuela pluma, observaremos que, también a lo largo de la literatura occidental, el narcisismo ha seguido estando en la mente de los poetas, de los novelistas, de los músicos, de la danza; y es que como dice Freud (1933a [1932]), a propósito de la feminidad, y haciéndolo nosotros extensivo al narcisismo, siempre debemos preguntar a los poetas: «Si queréis saber más sobre la feminidad [o el narcisismo] podéis consultar a vuestra experiencia de vida o preguntar a los poetas» *(OC*-3178).

* Licenciado en Psicología. Psicólogo Clínico. Máster en Teoría Psicoanalítica por la UCM. Miembro de la Junta Directiva de Quipú, Instituto de Formación en Psicoterapia Psicoanalítica y Salud Mental. Actualmente redacta la tesis doctoral «Tipos femeninos en el Quijote». Entre sus publicaciones destaca *Los Locos,* Barcelona, Dopesa, 1978. Teléfono: 91 501 37 48. E-mail: jl.izquierdo@wanadoo.es

Poetas etimológicamente «son los que crean». En griego clásico lo mismo que en Machado los verbos «caminar», «ser» «crear» y «tener» se interseccionan tanto en lo fonético como en lo semántico-existencial. Caminante no hay camino…/existente, no hay existencia, se hace existente existiendo. Esta misma relación entre el verbo «ser» y el verbo «caminar» lo expresa Lou Andreas-Salomé (1921, págs. 130-131) en una viñeta clínica sobre el paciente Mayo:

> … el pequeño dejó de hablar de sí mismo en tercera persona y se le escapó el primer «yo» (yo soy), como un diente que se abre camino dolorosamente (esta metáfora conjuga a la vez el concepto freudiano de *«narcisismo»* así como el concepto ferenciano de «thalassa» y la idea nietzscheana de cuanto más fuertes son las raíces mayor puede ser el árbol)… Sólo después de algunos meses, el nene quedó relegado definitivamente a un segundo plano, y una cara totalmente diferente de aquel rostro desesperado e irritado se asomaba por el resquicio de la puerta al anunciar a los presentes cuando entraba, acentuando su dignidad «¡CHo voy!»

Platón, en el diálogo *Ion* dice de los poetas: «no es el efecto del arte lo que les transporta, sino una fuerza divina que Eurípides ha llamado piedra magnética… No es mediante el arte sino mediante el entusiasmo (ενθουσιασμοι [enzusiasmoi], es decir, endiosados, poseídos por Zeus) y como locos es cuando componen no cuando tienen la sangre fría… son los órganos de la divinidad de tal manera que no son los poetas los que nos comunican cosas bellas, puesto que deliran *(delirare,* salirse del surco), sino que es la divinidad la que nos habla por su boca». Las grandes épicas clásicas también se dirigen a la musa (madre primordial, recuerdos infantiles) pidiendo inspiración: «Oh musa, recuérdame la ira de la rencorosa Juno… *(Eneida);* «Canta, oh musa, la cólera del pélida Aquiles, el de los pies ligeros… *(Ilíada).*

¿En qué se diferencian entre sí el fragmento de Platón, el de Homero, el de Virgilio, el de los poetas sobre la inspiración poética, el narcisismo como doble dirección de Lou en su apartado sobre la creación artística, el φερόμενοι ὑπὸ Πνεύματος Ἁγιου (pherómenoi jipó Pneúmatos Ágiu [los hagiógrafos arrebatados por el Soplo de lo Sagrado]) en el que los cristianos fundamentan el origen divino de la Biblia? (2 P 1.21,22). Parece copia literal

de Platón, y a la vez anticipa la idea de Lou Andreas-Salomé. El don de los profetas no fue producido por un acto voluntario (consciente) de un hombre, sino que ARRASTRADOS (transportados/arrebatados) POR EL ESPÍRITU SANTO, UNOS HOMBRES HABLARON (ἐλάληοᾶν) EN NOMBRE DE DIOS/DESDE DIOS (θεοῦ de la misma raíz que Zeus).

Volviendo al Caminante de Platón, en diálogo mayéutico con Sócrates, dice que la poesía es una producción de las Musas. Musas que son hijas de Mnemósine, la cual es hija de Urano y de Gea; Zeus se unió a Mnemósine durante nueve noches seguidas y al cabo del año le dio nueve hijas: las Musas. La palabra «Musa» está relacionada filológicamente con el significado de «tener la cualidad de ocultar lo misterioso» (lo inconsciente); también pertenece a esta misma familia semántica la palabra «mujer».

En el punto cuarto sobre la creación artística Lou Andreas-Salomé (1921) escribe:

> En lo que denominamos arte, creación artística, actividad creativa, en lugar de práctica, se debe buscar el cuarto narcisista de la infancia formando como punto de partida sus residuos («huellas mnémicas»), como en el caso de las cargas de objeto o las valoraciones éticas.
>
> Sin duda, el recuerdo nunca es sólo un proceso «práctico», sino también un proceso creativo; de este modo, el elemento creativo conservado en cada uno de nosotros es el resultado simultáneo de un pasado que, al establecer distancia, hace posible una visión consciente y de una actualidad y efectividad eternamente renovadas, aunque ambos elementos no se unan tan creativamente como en la obra del artista. Creación artística es la continuación de aquello que el niño aún llegó a vivir y que tuvo que sacrificar al yo en desarrollo para su práctica existencial. La creación artística es el recuerdo que ha alcanzado su perfección.

Siguiendo con el potencial formador de los artistas, Erich Fromm en su obra póstuma (Fromm, 1991) escribe:

> Creo que, para su instrucción adecuada, el psicoanalista debe estudiar historia, historia de las religiones, mitología, simbolismo, filosofía, es decir, todas las creaciones de la mente

> humana: porque va a ocuparse de la mente humana… En mi opinión, no puede separarse el análisis personal y el análisis social… si les interesa lo inconsciente, lean a Balzac, lean a Dostoyewsky, lean a Kafka [si Fromm fuera hispanoparlante diría también «lean a los místicos, lean a Cervantes, lean a Clarín, lean a Unamuno, lean a…], y aprenderán algo más sobre el hombre, muchísimo más de lo que puedan aprender en los libros de psicoanálisis, comprendidos los míos.

Erich Fromm no hace otra cosa que seguir las huellas del maestro Freud que bebió y aconsejó beber en Sófocles, Shakespeare, Cervantes, Leonardo, Goethe, Brentano…

Versiones del Mito de Narciso

Antes de comentar las diferentes versiones del mito sobre Narciso, veremos dos aspectos del mismo: uno simbólico, es decir, qué dice la hermana gemela de la razón, la loca de la casa, la puerta velazquiana que abre la mente a lo desconocido, a lo inconsciente. ¿Qué rostro o qué máscara ha dado la historia de las civilizaciones al mito de Narciso? Otro filológico, es decir, si existe relación entre la metapsicología narcisista y el significado etimológico de la palabra «Narciso».

Simbólicamente Narciso está relacionado con los cultos infernales y con las ceremonias de iniciación, según el culto de Deméter en Eleusis, se plantan narcisos en las tumbas que simbolizan el entumecimiento de la muerte. La flor crece en primavera en lugares húmedos que se vinculan con el simbolismo del agua y los ritmos estacionales. Es muy bella, muy aromática, poco duradera e invasiva.

Hades, seducido por la belleza de Perséfone, la hechiza con el perfume del narciso *[identificación proyectiva]* y rapta a la joven. En el Himno a Deméter podemos leer:

> … mientras jugaba con las hijas de Océano, las de amplios senos, y recogía flores en una tierna pradera: rosas, azafrán, hermosas violetas, iris, jacintos y también *narciso* que por astucia la Tierra produjo tan admirablemente lozano, por voluntad de Zeus, con el fin de engañar a la doncella de cutis de rosa y complacer a Hades… todas se llenaron de estupor al contemplarlo.

> De su raíz *[la del narciso]* crecían cien retoños y al esparcirse su perfume (narcotizante) suavísimo sonreían todo el alto y anchuroso Cielo y la Tierra entera y la hinchada y salobre agua del mar. Asombrada ella, extendió los brazos para recoger el hermoso juguete, pero la tierra se abrió y fue raptada por Hades.

Filológicamente, como nombre común en griego, tiene tanto género masculino como femenino (etapa de no diferenciación sexual, no existen las consecuencias de las diferencias anatómicas porque no existe diferencia de género).

ναρκή = letargo ισσος = igual

νάρκισσος = flor de narciso, igual que el letargo, torpedo (pez)

Νάρκισσος = Narciso, personaje poético y mítico.

La palabra matriz es ναρκή *(nark),* letargo y entumecimiento. Como primera acepción y como segunda acepción significa el pez torpedo que según el *Diccionario* de María Moliner en su primera acepción dice: «pez marino selacio batideo, aplanado de forma orbicular, carnívoro, que vive en los fondos marinos y tiene la propiedad de producir una pequeña descarga eléctrica cuando es tocado por otro animal». De la misma familia semántica que este sustantivo griego también se deriva el verbo contracto ναρκάω *(narkaō),* que significa quedar rígido, entorpecido. El sustantivo latino equivalente se extiende hacia el campo semántico de «quedarse extasiado, paralizado».¿Existe alguna analogía entre el concepto metapsicológico freudiano de narcisismo primario, el de seducción originaria de Laplanche, la identificación proyectiva kleiniana y el radical griego ναρκάω? ¿o entre el radical latino torpedo y el trastorno de personalidad narcisista grave?

> La libido sustraída al mundo exterior ha sido apartada al yo, surgiendo así un estado al que podemos dar el nombre de narcisismo (Freud, 1914c).

De pasada, ya hemos visto aspectos simbólicos y filológicos del narcisismo; a continuación veremos que existen varias versiones del mito de Narciso.

Versión de Pausanias

Según Pausanias, en la *Descripción de Grecia,* IX, 31, 65 (siglo II d.C.), Narciso tenía una hermana gemela a la que se parecía en extremo y los dos eran bellísimos. La muchacha murió, y Narciso, que la quería entrañablemente, experimentó gran dolor. Un día al verse en una fuente, creyó por un instante contemplar a su hermana, y ello mitigó su pena. Aunque sabía claramente que no era a su hermana a quien veía, se acostumbró a mirarse en las fuentes para consolarse de su pérdida. Ello habría dado origen a la versión más conocida del mito.

Versión de Beocia

Se encuentra principalmente en Conón (siglo I a.C.) en la XXIV de sus *Narraciones.* La versión de Beocia se diferencia de las otras sobremanera y es bastante desconocida en la actualidad debido a que sólo se divulgó la versión de Ovidio. ¿Por qué razón? Narciso era un habitante de Tespias (Beocia). Era joven y muy bello, pero despreciaba los placeres del amor. Otro joven, Aminias[1], estaba enamorado de Narciso, pero éste no le correspondía, lo rechazaba constantemente. Narciso terminó enviándole, como presente, una espada[2]. Aminias (la venganza, el vengador), obediente, se

[1] Aminias significa etimológicamente «alejarse, vengarse». Procede del verbo griego ἀμύνω *(amýnō).*

[2] Unamuno dice: «en mi novela Abel Sánchez intenté escarbar en ciertos sótanos y escondrijos del corazón a donde no gustan descender los más de los mortales. Creen que en esas catacumbas hay muertos a los que mejor es no visitar. Y esos muertos, sin embargo, nos gobiernan. Es la herencia de Caín». Pues bien, en Abel Sánchez, capítulo 5.º, el personaje Joaquín les hace a Helena y a Abel su regalo de boda consistente en un par de pistolas damasquinadas y ante semejante regalo Helena comentó: «son para que te pegues un par de tiros cuando te canses de mí». Después de la boda Joaquín escribió en su «Confesión». «Fui a la boda con el alma encarnada de odio (envidia/identificación proyectiva), el corazón garrapiñado en hielo agrio pero sobrecogido por un mortal

suicidó con dicha espada ante la puerta de Narciso. Agonizante, Aminias pidió a los dioses la maldición contra su cruel amado. Un día en que el joven Narciso se vio en una fuente, enamorándose de sí mismo, desesperado por su pasión, se suicidó.

Versión de Ovidio

En las *Metamorfosis,* libro III, versos 441-510, aparece la versión ovidiana, la más conocida, en la que nos iremos deteniendo con el fin de profundizar hasta donde llegue nuestra azada, por un lado filológica y por otro metapsicológica.

Como el propio Ovidio cuenta al principio del tratado invoca inspiración para hablar de formas mudadas a cuerpos. Todo ello desde el comienzo del mundo hasta el momento presente. En este recorrido se encuentra un vaivén del caos (la transgresión), al cosmos (orden establecido) y vuelta a empezar. Comienza con el caos original[3] y acaba con la situación caótica de Roma tras el asesinato de Julio César.

Inversamente a las *Metamorfosis* en general, el Libro III en particular comienza con la narración de Cadmo y su final feliz fundamentado en aceptar sus propios límites como ser humano. A esta historia con final feliz, le siguen otras horribles. La de Acteón transformado en ciervo y siendo devorado por sus propios perros de presa como castigo por ver bañarse desnuda a la divina Diana; la de Tiresias perdiendo la vista por ser el único conocedor de que «las mujeres experimentaban mayor placer en el amor que los hombres»; la de Penteo siéndole arrancadas las manos por

---

terror». Los personajes Joaquín y Abel comienzan siendo gemelos —versión Pausanias— y terminan como Caín y Abel —versión de la Biblia— con sustanciosos ingredientes ovidianos y byronianos.

[3] «Al principio… la tierra estaba confusa y vacía y las tinieblas lo cubrían todo» Gn 1.1,2. «Y Yavé Dios trajo ante el hombre todos cuantos animales del campo y cuantas aves del cielo formé de la tierra, para que viese cómo los llamaría, y fuese el nombre de todos los vivientes el que él les diera. Y dio el hombre nombre a todos los ganados y a todas las aves del cielo y a todas las bestias del campo». Gn 2.19,20.

dos bacantes, y también arrancada la cabeza por su propia madre («tan rápido como las hojas tocadas por el frío del otoño y ya mal sujetas las arranca el viento de la copa de un árbol, así su madre le arrancó la cabeza»), dice el texto.

El comienzo del Libro III es un modelo de proceso de maduración en clave mítica, poética y simbólica. Primeramente Cadmo abandona la casa parental y comenzando a fundar la nueva ciudad tiene que defenderse y vencer, no sin gran esfuerzo, a la terrible Sierpe de Marte. Zeus le premia concediéndole en matrimonio la hija de Marte y de Afrodita, llamada Harmonía, concordia, fruto de Marte, agresividad extrema, dios de la guerra, y de Afrodita, la diosa del amor, de la ternura. Es la armonía de los contrarios. Nicolás de Cusa (1401-1464) desarrolla, como centro de su paradigma filosófico, el concepto de *«coincidentia oppositorum»*. ¿Cómo es posible esta paradoja? El cusano pone distintos ejemplos: en el de la geometría dice que un polígono de infinitos lados coincidiría con la circunferencia. En el infinito, polígono y circunferencia coinciden. Lo mismo se puede decir de los conceptos de línea curva y recta; son contradictorios, una línea no puede ser curva y recta a la vez, pero en el infinito sí; los matemáticos nos dirán que el límite de una circunferencia, cuando su radio tiende a infinito, es la línea recta. Dios redentor, unión de lo finito y de lo infinito, es el punto de partida de la metafísica cusiana. El mundo es una «teofanía», es decir, también el mundo es la unión de contrarios. El microcosmos, el hombre, reproduce el macrocosmos. ¿No decimos también en la actualidad que el microgrupo reproduce la estructura del macrogrupo y a la inversa? ¿Y el concepto junguiano del *Mysterium coniuntionis* (1955)?

En griego existe el término equívoco βίος, que significa vida, y βιός, que significa arco. Estos términos sirven para expresar acciones comprendidas en los polos «apartar» y «contener, proteger». Winnicott (1971) dice: «La madre [que no tiene por qué ser la madre biológica del niño] es la que lleva a cabo la adaptación activa a las necesidades de éste y que la disminuye poco a poco, según la creciente capacidad del niño para hacer frente al fracaso en materia de adaptación y para tolerar los resultados de la frustración.» En cuanto al valor ambivalente de las lenguas clásicas también reparó en ello Freud y lo desarrolla, sólo relativamente,

en su artículo *El doble sentido antitético de las palabras primitiva*» (Freud, 1910), donde relaciona las investigaciones del filólogo K. Abel con su *Interpretación de los sueños*. Para K. Abel en las lenguas indoeuropeas se dan, y no por casualidad, palabras antitéticas, equívocas. Es decir, palabras que poseen dos significados, uno de los cuales es precisamente la antítesis del otro. Para Freud este valor antitético se produce en el sueño: «La conducta del sueño con respecto a la antítesis y a la contradicción es altamente singular. De la contradicción prescinde en absoluto, como si para él no existiera el «no», y reúne en una unidad las antítesis o las representa con ella. Asimismo se toma la libertad de presentar un elemento cualquiera por el deseo contrario al mismo, resultando que al enfrentarlo con un elemento capaz de contrario no podemos saber nunca al principio si se halla contenido positiva o negativamente en las ideas latentes (Freud, 1910).

Es decir, en la mentalidad colectiva de la Grecia clásica existía una superposición fonética, semántica antitética entre el concepto de vida βίος y el concepto de arco βιός. Esta misma asociación antitética se supone en Harmonía y Cadmo.

El arco simboliza la tensión entre el arca de Noé y el arco iris, es decir, la tensión armónica entre el mundo inferior y el mundo superior. El arca hebraica representa la esencia de la tradición (¿los arcanos herméticos?), el *genius* de los latinos, el arco iris representa el puente entre la tierra y el cielo. Iris, la diosa mensajera que rápidamente pone en comunicación a los dioses. El arco en general es la tensión de polos que, bien compensados, ponen en movimiento y dirección certera la flecha, el amor, el *éros*. El arco y las flechas son el símbolo de tensión vital en casi todas las culturas. Así, por ejemplo, el arco de Ulises simboliza el poder exclusivo del rey, la metáfora paterna del lenguaje; ninguno de los pretendientes —que no aceptan la metáfora paterna— le puede tensar. Homero dice que, cuando el arquero Apolo tensa su ilustre arco, hace temblar a todos los dioses. El arca de Noé defiende a sus ocupantes contra el peligro de las aguas del abismo inferior; el arco iris las defiende contra el peligro de las grandes aguas de lo alto. Son dos arcos que forman el gran huevo protector del mundo (Champeaux, 1966).

Tanto desde la perspectiva mítica, poética, filológica, como desde la metapsicología, el relato de Cadmo y Harmonía podría

ser considerado como un modelo de proceso de maduración psicológica. Por el contrario, el resto de las historias de este tercer libro, llevan a sus protagonistas a un desenlace fatal y prematuro. Como dijimos al principio vamos a detenernos en el mito de Narciso y Eco.

La ninfa Liríope fue la primera en consultar a Tiresias, una vez que Zeus le hubiera concedido el don de conocer el porvenir. Liriope fue violada por el río Cefiso que un día la envolvió en su sinuosa corriente. Dio a luz a un niño y le llamó Narciso. La madre consultó al adivino Tiresias si el niño vería la longeva edad de una vejez avanzada. El portavoz del destino respondió: «Si no llega a conocerse a sí mismo» *(si se non nouerit).* A los dieciséis años le deseaban muchos jóvenes y muchas muchachas y podría parecer tanto un joven como un niño. El verso 355 es altamente poético y expresivo: *nulli illum iuuenes, nullae tetigere* (ninguno de los muchachos, ninguna de las muchachas le había tocado); o menos literalmente pero con más fuerza expresiva en castellano: «jamás —por más que lo desearan verso 553—, pudieron tocarle, acercarse a él, ninguno de los muchachos (proposición universal negativa en términos lógicos), ni ninguna de las muchachas». Nos recuerda a Tomás Rodaja, ejemplar personaje cervantino, a la terrorífica soledad de ciertas patologías psicóticas. ¿Quién o qué habría dañado tanto el mundo interior de Narciso para que fuera absolutamente imposible que nadie le tocara, ni a su piel, ni con las flechas del amor a su corazón? ¿Un padre violento y ausente por un lado, y por otro una madre vacía y de reacciones imprevisibles y/o paradojales sustentando todo ello por la omnipitencia?

Iba sin rumbo cazando ciervos cuando fue descubierto por la ninfa Eco. Eco es una ninfa —un doble de Narciso en clave psicoanalítica— que ni sabe callar cuando le hablan (no escucha), ni hablar ella misma la primera. Sólo repetía las últimas palabras de entre las muchas que «el otro» hablaba. Eco había recibido este castigo de Juno, la esposa de Júpiter, porque, astutamente, había entretenido a la propia Juno con largas conversaciones mientras que huían las otras ninfas que estaban haciendo el amor con Júpiter [el padre]. Eco, inflamada de amor, seguía a Narciso pero, debido al castigo de la Saturnia, era incapaz de expresarlo en palabras (sin acceso al orden simbólico). Sin embargo sí era capaz de

esperar los sonidos del muchacho y «garrulamente» hacer resonar sus últimas palabras por el siguiente orden:

Narciso.—¿Hay alguno por aquí? *(Narciso se refiere al grupo de jóvenes que iban a cazar ciervos con él).*
Eco.—Por aquí.
Narciso.—Ven.
Eco.—Ven.
Narciso *(Al no ver a nadie.).*—¿Por qué huyes de mí?
Eco.—¿Por qué huyes de mí?
Narciso.—Aquí reunámonos [texto original: *huc coëamus]*

Esta expresión latina *«coëamus»* pertenece al verbo *coeo, cois, coire, coiui, coitum*, y significa reunirse, juntarse, hacer el amor. Precisamente la palabra castellana «coito» procede directamente del supino latino *coitum*, que puede traducirse como giro de oración final, es decir, «para caminar juntos», «para ir juntos», «para hacer el amor». ¿En la actualidad «hacer el amor» tiene este sentido originario o por el contrario con frecuencia se está produciendo un vaciamiento semántico al utilizar el término «coito» como un acto mecánico, y sin ir haciendo un camino juntos al andar? Narciso pronuncia «Reunámonos», expresión de madurez, pero no actúa en consecuencia. Su *yo* está escindido al servicio del *ello*, según la segunda tópica freudiana.

Narciso.—Antes morir, que tú puedas gozar de mí. (Es decir, Narciso, siguiendo con el doble plano filológico y metapsicológico, tiene que elegir la soledad, la muerte, porque no ha aprendido a «caminar en compañía de», a «coitar».)
Eco.—Puedes gozar de mí.

Eco, desdeñada y llena de vergüenza, se esconde en la espesura del bosque. La pena adelgaza el cuerpo de la desdichada hasta tal extremo que su cuerpo desaparece completamente. Nadie la ve, pero todos la oyen; un sonido —el eco— es lo que sobrevive de ella. Más adelante me haré eco de Eco y la potencialidad comunicativa en una persona madura debido a la presencia de un eco sonorizado y transformado en un *Ego*, un yo adulto, diferenciado, autorregulador.

Uno de los despreciados —pues también Narciso había escarnecido antes a una multitud de varones—, alzando al cielo las palmas exclamó: ¡Ojalá él mismo un día ame del mismo modo y del mismo modo no consiga el objeto de su deseo!

Había una fuente de agua resplandeciente como la plata que nadie había tocado ni pastores, ni animales cuadrúpedos, ni aves voladoras, ni rama caída de un árbol (versos 407-412). Es frecuente que Ovidio recurra a descubrir la Edad de Oro, el paraíso perdido, la Arcadia, ese momento o estado paradisíaco en el cual nada está barrado (Lacan), es el lugar del deseo sin la presencia de un tercero regulador, de la represión, del lenguaje, de la cultura.

Narciso está sediento y mientras calma su sed, otra sed nace. La sed insaciable de alcanzar el reflejo de la belleza que está viendo en las plateadas aguas de la fuente. Ama una esperanza sin cuerpo; cree que es cuerpo lo que es agua. *Spem sine corpore amat, corpus putat esse, quod unda est,* dice el verso 417. Sus cabellos son tan dignos de Baco como de Apolo (verso 421). Se trata de un ejemplo entre tantos otros con que Ovidio describe a Narciso totalmente alejado de la castración, presentándole, por el contrario, adornado de toda la completud que se pueda imaginar. De manera muy variada repite el concepto de completud fálico-narcisista. Como los andróginos de *El banquete* de Platón, adornados con los atributos divinos del paradigma aristotélico.

Los versos 425 y siguientes no se pueden pasar por alto: Se desea a sí mismo sin saberlo, elogiando se elogia, cortejando se corteja y a la vez que enciende arde… No sabe qué es lo que ve, pero lo que ve le quema, y la misma ilusión que engaña sus ojos, los excita… Lo que buscas no existe… Esa sombra que estás viendo es el reflejo de tu imagen… Nada tiene propio (sólo es un eco/Eco/Ego), contigo llega y se queda, contigo se aleja, si pudieras tú alejarte… Contempla con ojos insaciables la engañosa imagen.

…paulumque leuatus / ad circunstantes tendens sua bracchia siluas (versos 440-441). Es decir, «incorporándose un poco [pues estaba tendido sobre la verde hierba], y tendiendo sus brazos hacia la selva». Este fragmento por fuerza golpearía los oídos de los romanos clásicos que tienen representado el acto de súplica o plegaria con los sonoros versos virgilianos… *et tendens ad sidera palmas,* es decir, «y extendiendo las palmas al cielo», suplicó.

Existe una inmensa diferencia entre ambas expresiones de súplica. Eneas, protagonista virgiliano, es un personaje maduro que ha podido sepultar el complejo de Edipo (Freud, 1924d), crearse una identidad diferenciada y superar todos los obstáculos que se le van presentando hasta que funda Roma. Y es por esto por lo que Virgilio puede poner en sus labios: *et tendens ad sidera palmas,* identificándose con el modelo paterno, con la misma expresión suplicante tantas veces oída de la boca de su padre Anquises. Eneas está completamente erguido y levanta las palmas mirando al padre Júpiter para pedirle ayuda. Por el contrario el personaje ovidiano, Narciso, se tiene que expresar inequívocamente: *…paulumque leuatus, ad circunstantes tendens sua brachia siluas.* Tiene la mitad del cuerpo pegado a la tierra y a duras penas puede elevar un poco la vista y los brazos con el fin de suplicar a las selvas, a Eco, a la madre no barrada. El bosque salvaje, la vegetación, las grutas, etc., simbólicamente son la antítesis del padre Júpiter que está en lo más alto del Olimpo, del *lógos,* de el-nombre-del-padre; la selva, por el contrario, representa al inconsciente; pero un inconsciente primitivo, primariamente narcisista, narcotizado y narcotizante. A este inconsciente es a quien Narciso pide ayuda, al único que se puede dirigir porque nunca había salido de él. No conoció a su padre, el río Cefiso, es decir algo no diferenciado de la naturaleza, sino a la madre naturaleza misma; y de cómo le cuidó su madre, lo podemos deducir psicoanalíticamente por el final que alcanza: muerte siniestramente narcisista a los dieciséis años.

Eneas, como venimos diciendo, es la antítesis de Narciso. Eneas es hijo de padres bien conocidos: Afrodita y Anquises, descendiente directo de Zeus. No sólo tiene un origen divino conocido, sino que también tiene una misión que cumplir: En el Olimpo los dioses acuerdan que Eneas reinará sobre los troyanos. Es un personaje protegido por los dioses, por lo simbólico, por la metáfora paterna. Nace en el monte Ida y es cuidado por las ninfas hasta los cinco años, fecha en la que su padre le lleva a Troya. Afrodita, al saberse embarazada de Anquises, le vaticinó: «Tendrás un hijo que reinará sobre los troyanos, y otros hijos nacerán de este hijo y así sucesivamente para toda la eternidad.»

El héroe Eneas construye una flota y por orden de su padre Anquises se hicieron a la vela tan pronto como comenzó el ve-

rano. Se entristece al abandonar las costas de su patria en donde ha muerto, entre otros muchos seres queridos, su mujer Creusa, asumiendo la pérdida (Freud, 1917e [1915]).

Dice Eneas: «El azar me llevaba mar adentro con mis compañeros, mi padre, y mi hijo.» En esta secuencia del libro III de la *Eneida,* Virgilio nos va mostrando cómo Eneas ha pasado de la inmadurez humana a la madurez heroica, cómo va rompiendo sus ligaduras con el pasado y con el presente para encarnar su futuro destino, para fundar Roma, Occidente. El propio Eneas tiene un sueño premonitorio en los siguientes términos: Mientras duerme se le presenta Héctor [que ya había muerto] y con un sordo gemido le habló de esta manera: «Huye, hijo de una diosa; sálvate del incendio; está el enemigo entre nuestros muros; va a desplomarse Troya[4] desde su gran altura. Hazlo por la patria y por Príamo… Troya te confía ahora sus objetos de culto, y sus Penates. Sean para ti compañeros de tu destino, y búscales murallas, unas murallas invictas que tú mismo fundarás más allá de los mares.» De Troya a Roma. De Oriente (nacer) a Occidente (morir).

Recurriendo a la técnica de asociación libre en cuanto al personaje Héctor (etimológicamente, Ἕκτωρ —Héctor—, el que tiene, el que posee, el que tiene esposa, el que es hospitalario, el que contiene, el que protege, el que sabe, el que retiene en la mente, el que navega, el que da consejo) es el héroe troyano muerto en el combate luchando contra el gran Aquiles. Héctor es también una de las más bellas concepciones de *La Ilíada* que simboliza las más positivas cualidades del héroe: el valor, la firmeza, la bravura, el recto criterio, el amor a la patria y a la familia, patentizado esto último en el pasaje de su despedida de Andrómaca, uno de los más tiernos y conmovedores versos de la gran epopeya homérica y… Homero es Homero.

Es decir, Eneas se identifica, no con un padre-río-torrentoso-violador-ausente y una madre que desea la muerte de su hijo, sino con un antepasado masculino «suficientemente bueno» y socialmente reconocido, valorado y equilibrado.

---

[4] «Troya» y «Trauma» tienen una raíz común, el verbo τιτρώσκω (titróskō) = herir, dañar, del que ambas proceden. Traum = sueño (en alemán).

En el verso número 463 nos detenemos asombrados por su profundidad y por la similitud que presenta dicho verso con la teoría lacaniana del estadio del espejo. ¿Por qué Lacan no cita este pasaje ovidiano siendo él tan amplio conocedor de la cultura greco-latina, como lo demuestra tantas veces, y sobre todo en el *Seminario 7* a propósito de la hija de Edipo, la prometida del hijo de Creonte? El verso en cuestión narra la amargura de Narciso en el momento que se decide a amar y se encuentra solo admirándose en la completud fálica de su imagen. Es el momento del *insight*, del εὕρηκα (eýreka) ¡lo encontré!, cuando Narciso habría podido dejar de ser Narciso, de ser arrastrado, impulsado por el narcisismo de muerte. ¿Qué le faltó a Narciso para haber podido acceder al *insight?*

Etchegoyen (1986), a propósito del concepto de *insight* concluye: «En resumen, todos los autores piensan que el *insight* es el motor principal de los cambios progresivos que promueve el análisis». ¿Bajo qué condiciones aparece el *insight?* «Entendemos por *insight* un tipo de especial conocimiento, nuevo, claro y distinto que ilumina de pronto la conciencia y se refiere a la persona que lo experimenta».

El *insight* aparece en el cruce de tres configuraciones vinculares básicas: la estructura determinada por el contrato analítico, la estructura del material manifiesto y la fantasía inconsciente vincular. Baranger (1964) lo denomina «fenómeno de campo», y las variables que lo generan son la oscilación articulante de la transferencia y la contratransferencia *per uia di leuare, no per uia di porre.*

La clasificación típica del *insight* es intelectual y emocional. Zilboorg (1950) subraya enérgicamente que el verdadero *insight* es el emocional. Entre los versos ovidianos 455-460 aparecen sentimientos de vergüenza narcisista y sentimientos de pérdida ¿A dónde te vas cuando yo te busco? —dice el texto— Poco después continua: «Muchas veces he observado lágrimas en ti, al derramarlas yo.»

Por su propia naturaleza el *insight* es intelectual, pero para que en la cura psicoanalítica sea operativo, además de ser intelectual, debe reunir las cualidades de ser emocional y dinámico, entendiendo por este último, sobre todo la clave de la operatividad, aquel que levante (*per uia di leuare)* la represión tanto en clave de

la primera tópica cono de la segunda. Es decir, el *insight* dinámico penetra la barrera de la represión y hace que el yo se haga cargo de un deseo hasta entonces inconsciente.

En la línea epistemológica de B. Russel, Richfield (1954) propone otra cualidad del *insight*, el *insight* «ostensivo». Entiende éste como una correlación entre la palabra y la cosa. Así el *insight* ostensivo sería aquel que mediante el cual la persona que lo asume se siente de pronto en contacto directo con una determinada situación psicológica. Es decir, la representación de que en la fuente cristalina existe otro ser admirable y completo se derrumba y Narciso (verso 463) cae en la cuenta de que «eso», no es él… *iste ego sum/sensi*.

En el mito de Narciso se da un *insight,* no al servicio del yo y la inteligencia sino que se da un *insight* al servicio del *thánatos,* de la regresión maligna.

Hacia una lectura psicoanalítica comparada de los mitos de Narciso, Edipo y Eneas

La comprensión de la palabra «mito» presenta serias dificultades. La Real Academia española dice que es una fábula, ficción alegórica, especialmente en materia religiosa. Otras definiciones de la mitología son como historias de dioses fabulosos y héroes de la gentilidad, entendiendo por gentilidad «la falsa religión que profesan los gentiles o idólatras». Los mitos de Narciso, Edipo y Eneas no son necesariamente ninguna historia o fábula sobre los dioses de la gentilidad, sino, como veremos, algo absolutamente terrenal, cotidiano y que recorre todos los momentos tanto de la filogénesis como de la ontogénesis.

Sin haber anticipado una definición de «mito», vemos al mito en relación con otras palabras de cuyos atributos participa: drama, relato ejemplar, participación mística (Lévy Bruhl), mentalidad mitopoética (Sassirer), pensamiento salvaje y códigos diversos para exponer la visión del mundo (Lévy-Strauss), etc., mito e historia, mito y narrativa, mito y *mass-media*. Para salir del tiempo presente y no perdernos en los agujeros negros, la narrativa actual, el cine, etc., nos transporta a universos extranjeros, a la fuga del

tiempo presente, a la búsqueda de otro tiempo, con otros ritmos diferentes de los que se está obligado a vivir y trabajar. Éste es el comportamiento mitológico del hombre moderno. El deseo de recobrar la intensidad con la que se ha vivido una cosa por vez primera, recuperar la época fundante de los comienzos.

Los mitos se acomodan activamente en las fiestas religiosas y profanas. También en la historia de la filosofía, de la teología y hasta en los materialismos histórico y dialéctico.

Por todo lo anterior se comprueba que el mito es una realidad cultural extremadamente compleja, que puede abordarse e interpretarse desde perspectivas múltiples y complementarias. Aquí y ahora utilizamos la definición de Eliade 1968 [1963]: «El mito cuenta una historia sagrada, relata un acontecimiento que ha tenido lugar en el tiempo primordial, el tiempo fabuloso de los «comienzos». Dicho de otro modo, el mito cuenta cómo gracias a las hazañas de los seres sobrenaturales una realidad ha venido a la existencia, sea ésta realidad total, el cosmos, o solamente un fragmento: una isla, una especie vegetal, un comportamiento humano, una institución.»

El mito es un mitofanía. Parece un enunciado tautológico que hay que explicar. Por mitofanía estoy entendiendo el sentido profundo del mito mediante su desarrollo y su explicación filológica. «Mito» señalaría aquello que recorre lo oculto, lo mudo, aquello sobre lo cual no se puede hablar, lo innombrable, lo ominoso, por ejemplo, el nombre de Dios y las experiencias de los mitos iniciáticos. Por «fanía» (φαίνω = mostrar, revelar), segunda parte del neologismo «mitofanía», se entiende aquello que se muestra al exterior, que se ve porque ha sido revelado, sacado de un nivel oculto hasta ese momento (Lo inconsciente comienza a revelarse, a manifestarse consciente).

Los mitos de Narciso, Edipo y Eneas revelan, siglos antes que los maestros del psicoanálisis fueran tocados por la varita mágica, modelos ejemplares de tres momentos fundantes del sujeto humano, tres encrucijadas evolutivas, a las cuales toda cría humana debería llegar y, *uolis nolis* (quieras o no quieras), tomar la responsabilidad de coger el camino que más adecuadamente le proporcione las condiciones de su evolución integral.

Narciso llega al cruce de caminos donde debe dejar el camino de «yo», «mí», «me», «conmigo por siempre jamás», natural de sus

primeros meses de su existencia, y empezar a caminar en compañía del «tú». El mito de Narciso describe el origen y desarrollo del cómo y por qué es imposible cruzar con éxito esa encrucijada, y ante lo cual la única salida, *exitus*, es la muerte, la autolisis.

Edipo nos informa de la siguiente encrucijada, que Sófocles narra así: Καὶ τὸν μὲν, ὥσπερ γ' ἡ φάτις, ξένοι ποτὲ λῃσταὶ φονεύσ' εν τρὶπλαῖς αμαξιτοῖς (corrió el rumor que unos asaltadores extranjeros [Edipo] le [a Layo] asesinaron cruelmente en un cruce de tres caminos de carros)[5] . El hijo de Layo sí entra en el laberinto del triángulo edípico, y consigue salir de la burbuja omnipotente y narcisística en la que se encontraba el hijo de Liríope, pero por el contrario no tiene recursos para desprenderse del placentero acomodo del regazo de Yocasta, su madre, para someterse al yugo *(dura lex, sed lex)* de la prohibición del incesto. Esta encrucijada sofoclea pone de manifiesto, por vía negativa, lo que no deben hacer padre, madre e hijo, si pretenden salir sólo con cicatrices del laberinto edípico, que también es laberinto layano y yocastiano. Conviene decirlo más alto y más claro: El laberinto es yocastiano, layano y edípico.

Finalmente, la encrucijada de *Eneas* es la propia de una persona que ha alcanzado y continúa en un proceso de maduración adulta, es decir, que no se ha quedado atrapado en la burbuja originaria, que ha salido con vida de la destrucción de Troya y toma como esposa a Lavinia, lejos de la saga familiar. En términos de Lou Andreas-Salomé, ha asumido su narcisismo de doble dirección: Inconmovible como una encina en la alta montaña con ramas hacia el alto cielo, y el tronco reciamente sujeto en peñascos con raíces que llegan hasta las mismas profundidades del Tártaro (las profundidades filogenéticas y ontogenéticas).

Estos mitos, como los mitos en general, nos cuentan cómo estas encrucijadas evolutivas han llegado a la existencia y nos proponen un paradigma significativo. Al conocer dicho paradigma conocemos el origen de las encrucijadas, y por consiguiente, llegamos a dominarlas a voluntad. Todo ello es una experiencia «religiosa» que penetra de nuevo en la fuerza creadora de los tiem-

[5] Edipo Rey, versos 715-716, Barcelona, Ediciones Alma Mater, vol. I, 1959.

pos primordiales, exaltantes, significativos; se deja de existir en el mundo de todos los días y se penetra en otro mundo, el mundo de las sombras del objeto, del sujeto y de la interacción entre ambos. Esto también sucede en el proceso psicoanalítico.

Para concluir estas líneas sobre la función del mito en las sociedades primitivas, cito el pasaje de Malinowsky (1926): «El mito no es una explicación destinada a satisfacer una curiosidad científica, sino un relato que hace revivir una realidad original y que responde a una profunda necesidad religiosa, a aspiraciones morales, a coacciones e imperativos de orden social e incluso a exigencias prácticas… El mito es el elemento esencial de la civilización humana. Lejos de ser una fábula, es una realidad viviente a la que no se deja de recurrir; no es una teoría abstracta o un desfile de imágenes, sino una verdadera codificación de la sabiduría práctica.»

En nuestros días Durand (1993) matiza la anterior definición con formulaciones próximas al pensamiento psicoanalítico: «Pienso que toda obra humana, desde la más humilde hasta la gran obra, ofrece vivos y entrañables rostros en los que cada uno puede reconocer, como en un espejo, sus propios deseos y sus propios temores. Estos rostros y su contemplación hacen surgir en el horizonte de la comprensión aquellas "grandes imágenes" inmemoriales que no son otra cosa que las que nos van repitiendo eternamente los relatos y las figuras míticas.»

Presentaremos a continuación una rejilla sobre Narciso, Edipo y Eneas, sobre la que conviene llevar a cabo un pequeño comentario. La tabla es de doble entrada, apareciendo verticalmente los personajes centrales de cada uno de los mitos (Narciso, Edipo y Eneas) y horizontalmente la madre, el padre y el destino que les fue anunciado a cada uno. Las palabras que aparecen entre paréntesis y debajo de cada nombre propio, es su significado etimológico más próximo a nuestra lectura psicoanalítica.

LOS MITOS DE NARCISO, EDIPO Y ENEAS			
MITO	MADRE	PADRE	DESTINO
Narciso	Liríope	Cefiso	
(Narcotizado /narcotizante) (identificación proyectiva)	(Tierra vacía) (cara de lirio)	(Perezoso, primitivo, ausente)	«Morirá joven si llega a conocerse a sí mismo»
Edipo	Yocasta	Layo	
(Hinchado en cuanto a medidas/pies)	(La que es de miel y/o veneno)	(El que está situado a la izquierda, siniestro, de mal augurio)	«Matará a su padre y se casará con su madre»
Eneas	Afrodita	Anquises	«Más allá de los mares fundarás murallas invictas y dentro de ellas colocarás los dioses penates» «Tendrás un hijo que reinará sobre los troyanos y otros hijos nacerán de este hijo...»
(Ser agradecido, Capaz de amar)	Nació de la espuma del mar	Cercano	

La palabra Narciso procede del griego Νάρκισσος *(Nárkissos),* palabra que está emparentada con Ναρκή *(narké)* y significa letargo, entumecimiento. Por lo tanto, Νάρκισσος *(Nárkissos)* significa el que tiene la cualidad de narcotizar/entumecer a los demás y/o a sí mismo. Las dos sigmas geminadas (σσ) ya nos estarían mostrando a primera vista, y sin ningún tipo de idea preconcebida, que se trata de dos letras iguales una al lado de la otra, una reflejo de la otra, una formando parte de la otra. El componente ισσος tiene como segundo significado «equivalente», como tercer significado «igualmente repartido» y son matices de su uso como adjetivo,

pero también tiene un uso sustantivo y su significado es «igualdad», «igual número», «igual derecho», «parte igual». También se usa como adverbio con el significado de «igualmente» o «del mismo modo». Finalmente tiene un uso verbal: ισοω (*isoō*), y significa igualar, equiparar, ser igual. Es decir, Narciso («Narc» = letargo, entumecimiento, torpedo-pez—, más el infijo «*iso/isso*» = igual, igual parte, ser igual), ya desde la cosa etimológica nos habla de partes que son iguales, cuya función [pulsión] consiste en aletargar(se), entumecer(se), torpedear(se).

Volviendo a nuestra rejilla, desde la casilla «Narciso» damos un salto a la casilla correspondiente a su destino y allí leemos: «Morirá joven si llega a conocerse a sí mismo.» Se trata de la respuesta que da el adivino Tiresias (etimológicamente, el que vaticina por los signos celestes desde su *oionoscopéion* —lugar desde donde se observan los pájaros—) a la pregunta de Liríope sobre si lo que nació de su unión con Cefiso y que se le pone el nombre de «Narciso» podría ver los tiempos lejanos de una vejez madura. El fatídico adivino respondió: *si se non nouerit* (si no llega a conocerse a sí mismo). ¡Cómo se contradice este destino con el lema socrático del «conócete a ti mismo» y con el lema freudiano del recordar, repetir y reelaborar (Freud, 1914g).

Llama mucho la atención que en la mayoría de las traducciones, comentadas por afamados psicoanalistas sobre el oráculo de Narciso *(si se non nouerit),* dan por válida la traducción habitual popular —que no científica— «si no se ve a sí mismo». En los mismos ambientes se opina que Narciso muere ahogado en la fuente, así como que al lado de la misma creció una rosa roja. Como ejemplo de esto último está la portada del libro de A. Lowen (1983). Estudiar las causas y las consecuencias de estos vaciamientos semánticos nos llevaría más tiempo y espacio de lo que aquí nos proponemos. Pero pediremos al menos que hable el texto original de Ovidio.

1) El oráculo dice: MORIRÁ JOVEN SI LLEGA A CONOCERSE A SÍ MISMO.

2) ¿Narciso murió ahogado en la cristalina fuente? El sentido del original (verso 502) *Ille caput uiridi fessum submisit in herba* es: «él colocó la agobiada/agobiante cabeza (identificación pro-

yectiva) debajo de la verde hierba. El verso siguiente (503) dice: *lumina mors clausit domini mirantia formam:* [La muerte cerró los ojos embelesados en la belleza de (su) dueño]. En términos psicoanalíticos tendríamos una traducción libre como sigue: «El que se queda embelesado con su propia belleza (yo ideal), negando la existencia/belleza de los demás se encierra en la muerte. El que se queda embelesado en el reflejo de su yo grandioso no tiene salida porque su señor/dueño *(domini)* es precisamente ese yo grandioso, que lo tiene todo, que nada desea.

3) ¿Junto a una cristalina fuente creció una rosa o un narciso? Creció la flor de narciso, de color azafranado *(croceum),* amarillo. ¿Por qué aparece una flor, un narciso amarillo, en la escena donde el guión esperado pediría el cuerpo muerto de Narciso? ¿Será que Narciso y el narcisismo no son sino una flor, un narciso amarillo? ¿O será que el narcisismo rechaza la vida limitada y pasa entero a la eternidad? Es una flor que se mira en las fuentes, que muere joven. El narciso adormece, fascina. Con los pétalos del narciso los antiguos fabricaban brebajes narcotizantes con el fin de obtener un olvido perfecto, pero una dosis excesiva podía producir un sueño sin retorno, un sueño eterno ¿Por qué una flor de color amarillo? La flor representa el paraíso perdido donde todo es plenitud, nada está barrado (Lacan) y no tiene cabida la castración simbólica. Narciso es como la flor del azafrán que muere el mismo día que florece. El color amarillo, para los clásicos grecolatinos, representa el fuego infernal. La diosa Mitra, Xipetotec, así como las cámaras funerarias egipcias, el oro de la cruz sobre la casulla del ritual cristiano evocan la vida como sacrificio, como inmolación de la vida a Dios y así alcanzar la vida eterna. ¿Y el narcisista con su muerte a qué ominosa sombra se autoinmolaría? En los versos 472-473, Ovidio pone en boca de Narciso el deseo de eternidad para su imagen grandiosa, para su reflejo. Finalmente los dos mueren como un solo corazón y un mismo espíritu.

> La muerte para el narcisista grave no es dura. La muerte le alivia sus penas. La muerte deviene intranscendente a condición de que perdure la figura amada/el reflejo. La muerte no es un sacrificio sino un requisito con el fin de conseguir un estado ilusorio perfecto (A. Green, 1983).

Sólo aproximarse al destino de Narciso (morirá joven si llega a conocerse a sí mismo) abre un horizonte inabarcable para estas limitadas páginas. No obstante conviene preguntarse si no será lo natural, dado un padre (Cefiso) violento y ausente (sin voz), es decir absolutamente primitivo, y una madre con mirada de lirio/de narciso, es decir vacía, que encuentra su perfección total en la plenitud de su vientre, como reflejo de su yo ideal. En los versos 344-345 *(uim tulit. Enixa est utero pulcherrima pleno infantem nymphe),* es decir, que «(Cefiso) la violó por la fuerza. La más hermosa de las ninfas (Liríope) de su útero pleno» (vemos que lo habitual en latín clásico sería utilizar la palabra *graui*=grávido, útero grávido, mujer embarazada, grávida) con muchísimas dificultades *(enixa est no es igual a peperit)* dio a luz al que no habla *(in-fantem/nin-fa)* o al que no hablará, al que no se incorporará al mundo simbólico aceptándose como ser barrado.

Para comprender el oscuro destino de Narciso podemos recurrir a algunos escritos freudianos (Freud, 1917e, 1920g y 1923b), sobre los que se han escrito ya regueros de tinta. No podemos olvidar tampoco textos fundamentales de su discípulo y amigo Ferenczi: «Thalassa. Ensayo sobre la teoría de la genitalidad» (1924), «La adaptación de la familia al niño» (1928), «El niño mal recibido y su instinto de muerte» (1929), «Reflexiones sobre el traumatismo» (1934) y «Confusión de lenguas entre los adultos y el niño» (1934), así como tampoco el escrito kleiniano (1957) de *Envidia y gratitud*. Narcisismo, pulsión de muerte, reacciones terapéuticas negativas. El destino que pesa sobre Narciso ilustraría bastantes conceptos teóricos y técnicos de suficiente complejidad como para requerir un trabajo específico, algo que sólo apuntamos aquí.

Pero es obligado, sin embargo, preguntarnos por el eslogan socrático «Conócete a ti mismo», que es retomado por Freud en *Recuerdo, repetición y elaboración* (1914g). Sócrates utiliza por primera vez el término Ενκράτεια *(enkráteia),* que significa dominio psicológico sobre sí mismo, firmeza moderación. Es la base de toda virtud, y para Jenofonte equivale a emancipar a la razón de la tiranía de la naturaleza animal del hombre, estableciendo el imperio legal del espíritu sobre los instintos (Mem I, 5, 5-6). Sólo el sabio, que debe dominar los monstruos salvajes de los instintos dentro de su propio pecho, es verdaderamente enkratopoyético,

dueño de sí mismo, y por lo tanto, capaz de tener amigos, de tener dotes «eróticas», que para Sócrates significa que el hombre necesita de los otros y los busca. Ésta es la base del dios Eros, el que por ser pobre busca al otro, desea al otro. Por el contrario, la pulsión de muerte, narcisista, sería aquella que no desea a nadie, porque todo lo que desea se encuentra en el reflejo grandioso de sí mismo, dentro de sí mismo.

La erótica socrática impulsa al conocimiento del bien, de la virtud en sí misma, del bien en su totalidad. La «frónesis»[6] socrática tiene como *télos*, como *skopós* (blanco, punto de mira) el Bien. El renacimiento de la polis sólo advendría como consecuencia del renacimiento del individuo, de su propio autodominio. En el interior del ser humano está la fuente de donde puede brotar el *lógos* como bien en sí. Este «bien en sí» ο πρῶτον φίλον *(próton phílon),* lo primero que amamos como fundamento final (telos) al que tienden todas las relaciones amistosas ¿no es el mismo hilo conductor que teje los capítulos de *Thalassa. Ensayo sobre la teoría de la genitalidad* (Ferenczi, 1924), o lo que está en la base del *primary love* de Balint (1967)?

En *El banquete* de Platón se continúa con las variadas teorías que sobre Eros circulaban en la cultura griega; las de todos los participantes forman parte del entramado «irónico» que conducen a la exposición de lo que Diotima le ha contado a Sócrates sobre Eros. Este Eros es una fuerza propulsora, sindésmica (vinculadora), de procreación y creatividad. Concibe y alumbra lo que lleva dentro de sí, en su entraña. Lo lleva adelante en comunidad con el otro, esté presente o ausente, crían en unión lo que ha nacido de los dos y mantiene la cohesión de todo este cosmos en una gradación de lo físico a lo mental y vivencial.

Retornando por último a nuestro cuadro anterior, se ha escrito mucho y en muchas direcciones sobre Edipo, Layo y Yocasta, y sólo plantearemos una pregunta fundamentada en el hilo conductor de las etimologías de los personajes de la tragedia (ver cuadro expuesto antes) ¿Por qué Edipo mataría a su padre y se ca-

[6] Etimológicamente significa la acción de conocer tanto con la mente como con el diafragma. Hoy lo llamaríamos el conocimiento vivencial.

saría con su madre en el plano de la realidad? Porque en el plano del deseo la respuesta la tiene la propia Yocasta: «Lo que importa es vivir la aventura, cada uno como mejor pueda. A ti lo de las bodas de (con) tu madre no te dé pena, que dicen que también otros han tenido tales himeneos maternos, sí, en sueños. El que más se burla de todo eso, ése es el que mejor se pasa por la vida» *(Edipo rey,* versos 977-986). Eso es el veneno. ¿Y la miel?

El mito de Narciso desde Ovidio hasta nuestros días

En el apartado anterior ya hemos señalado los distintos matices que tiene el mito de Narciso en la literatura greco-latina; veamos ahora cómo este asunto siempre ha estado presente en la mente de los poetas, de los creadores.

En la Edad Media se sigue la fuente de Ovidio con intención de ejemplificar el amor imposible, el ser víctima de una ilusión, de lo peligroso que es entregarse a una belleza efímera; en definitiva es el ejemplo de una persona que sufre el castigo por ser incapaz de amar. En los primeros siglos nunca se utiliza como un ejemplo de hacer consciente el amor asimismo o el problema de la propia identidad, se utilizó como un valor moralizante. Es la Edad Media.

— Siglo xii: La adaptación más antigua del argumento de Narciso se debe a: *Li Romans d'Alexandre*. Se cuenta cómo la princesa Dané se enamora del cazador Narciso. Dané despechada pide venganza a Venus para que aquél aprenda lo que es un amor no correspondido.

— Siglo xiii: En *Floris et Liriope* de Robert de Blois, Narciso se presenta orgulloso y hostil hacia el amor al igual que su madre Liríope.

— Siglo xiv: Boccaccio en su *Genealogía Deorum* une al contenido mítico el tono alegórico de la vanidad.

— Siglo xv: Marsilio Ficino hace referencia a Narciso en *Commentarium in convivium Platonis* y supone una ampliación a los comentarios de los siglos anteriores desde la perspectiva neoplatónica.

— Siglo XVI: Para la lírica del Renacimiento el mito de Narciso simbolizó el amor sin esperanza siendo indiferente a quién se consideraba en tal situación, bien a Narciso bien a Eco. Así por ejemplo, *Le Narssis* de Ronsard.

— Siglo XVII: En la atmósfera cultural barroca Calderón de la Barca escribe la comedia mitológica *Eco y Narciso*. El Narciso de Calderón se presenta ante una Eco que es la más hermosa y rica niña del lugar; lugar idílico en el que armonizan versos, valles pastores, pastoras… la utópica Arcadia. El negativo de Eco es Liríope, la madre de Narciso, madre y maga terrible versada en el mal de ojo (identificación proyectiva) Es el mismo tipo de madre que la del personaje Segismundo, de la «Vida es sueño». Narciso, Segismundo y Edipo son alejados de la familia, de la civilización para evitar que se cumpla el siniestro destino. Se parecen en esto pero ¿en qué se diferencian?

A continuación subrayaré algunos versos del *Eco y Narciso* calderoniano acompañados de rápidos comentarios psicoanalíticos. La madre de Narciso le impide alejarse de una peña próxima a la cueva subterránea donde habitaban:

> Los umbrales de esta cueva
> Donde (sólo) vivimos los dos

En estos versos se sella una relación dual, imaginaria, donde está ausente el tercero regulador, el plano simbólico. Narciso defiende su libertad para seguir a Eco y lo argumenta con la observación de cómo un ave y una leona han cuidado de sus crías y cuando ya estaban desarrolladas, la madre forzó su independencia.

> Pues si una fiera y un ave
> Del lecho y del nido echan
> A sus hijos para que ellos
> A vivir sin madre aprendan,
> ¿Por qué tú, viéndome ya
> con las alas que en mí engendra
> el discurso, y con el brío
> que mi juventud ostenta
> NO ME DESPIDES DE TI?

La respuesta está en los versos siguientes que son un ejemplo precursor de lo que la escuela de Palo Alto llamará doble vínculo. A partir del año 1956 se llevan a cabo estudios sistemáticos con familias esquizofrénicas y encabezados por: G. Bateson, D. D. Jackson, J. Haley y J. H. Weakland concluyen que las características generales de estas familias son las siguientes:

1. Importancia vital de la situación para uno de los dos participantes de la relación, que necesita responder de manera adecuada, es decir, descifrar con precisión el mensaje que le es dirigido.
2. Emisión por parte del otro participante de dos mensajes contradictorios, por ejemplo una madre evita el contacto físico en su hijo por un lado y por otro lado, extremadamente culpabilizada, le expresa una gran devoción e hiperactividad educativa.
3. Incapacidad por parte del receptor de discernir a cuál de los dos mensajes debe responder y ausencia de un tercero regulador que permitiría clarificar la situación.

Estos autores no entienden que la esquizofrenia sea «una enfermedad intrapsíquica del individuo», sino un «conjunto de conductas que se integran en las interacciones y reglas de juegos familiares. Por tanto, dichas relaciones no deben concebirse en los términos de verdugo y víctima, sino en términos de personas apresadas en un sistema permanente que produce definiciones conflictivas de la relación.

Seguimos con los versos de Calderón:

¿No me has contado tu mesma
que hay más mundos que estos montes,
más casas que aquesta cueva,
más gente que aquestos brutos
más población que estas selvas?
Pues ¿Por qué, madre, me quitas
La libertad, y me niegas
Don que a sus hijos conceden
Un ave y una fiera,
Patrimonio que da el cielo
Al que ha nacido en la tierra?

Liríope, madre de Narciso, lucha con Anteo[7], que le llama «humano monstruo» y Liríope responde:

¡Ay , infelice de mí!
Ya que tu valor sujeto
Estoy, no me lleves sola;
Que lleve conmigo deja
La otra mitad de mi vida
¡Narciso!

En otro lugar, buscando a Narciso que había huido de la cueva, Liríope dice:

Yo sin ley y sin aviso
Por todas partes iré
Cada uno cante lo que
Sepa. ¡Narciso! ¡Narciso!

Narciso espera a la margen lisonjera del arroyo, y en las aguas cristalinas ve una ninfa (nin-fa = sin habla) a la que Calderón nunca da nombre, es como si no tuviera entidad, como si fuera algo «ominoso». Paulatinamente se va enamorando de la ninfa sin nombre, de la ninfa ominosa ¿Ninfa ominosa, nominosa o numinosa?

Bellísimo asombro (sombra) a quien
La vida y el alma es bien
Que ya sacrifique yo

Esta escena junto al lisonjero arroyo, por el multireflejo especular, recuerda el mismo efecto que produce el cuadro de *Las me-*

[7] Anteo (estar sin dios, sin ley, en contra de…) era un enorme gigante de Libia cuya fuerza aumentaba cada vez que tocaba a su madre, es decir, a la Tierra (Ferenczi, 1924). Obligaba a cuantos pasaban por su país, Libia, a pelear con él y siempre vencía y los mataba. Con la llegada de Hércules, vencedor de malhechores y de monstruos, llegó el final de Anteo. Al principio lo golpeaba contra la tierra, pero se revitalizaba. Finalmente, alzándolo del suelo logró ahogarlo. Este mito simboliza el nuevo vigor que se adquiere cuando volvemos a ponernos en contacto, física o psíquicamente, con la madre tierra, con la fuente de nuestro aparato mental. El lector interesado puede ampliar todo esto siguiendo el laberinto del concepto psicoanalítico de regresión.

ninas, fenómeno este, el del multiperspectivismo, muy querido y frecuentado en todo el arte barroco. El «bellísimo asombro» que percibe Narciso condensa en la ninfa sin nombre a muchos personajes: a su madre Liríope, a la zagala Eco, al reflejo de la zagala Eco, a la parte femenina de Narciso reflejada en el arroyo. Ante tanta confusión visual y auditiva, Narciso exclama:

> ¡Cielos!
> ¿Quién se ha visto en dudas tan grandes?

¿Quién es Liríope? ¿Cómo se define a sí misma la madre de Narciso? ¿Es un monstruo, una mujer infeliz? ¿Una mujer no barrada?

> Sin que el buril ni la lima
> Del porfiar ni el asistir
> Pudiesen labrar mi pecho,
> Porque era diamante, en fin
> Defendido aún de la mellas
> De la lima y el buril.

¿Cómo se origina el vínculo narcisista? ¿Y el vínculo homosexual? Calderón de la Barca aporta lo siguiente: Liríope guarda a Narciso de ver y oír algo diferente de sí misma, sobre todo A OTRA MUJER.

> Y así, sin querer jamás
> De aquella cueva salir,
> Asegurando a Narciso
> De sus peligros, viví
> Criándole, sin que llegase
> A saber ni discutir
> MÁS DE LO QUE QUISE YO
> Que él alcanzase, y en fin
> SIN QUE OTRA PERSONA VIESE
> HUMANA, SINO ES A MÍ.

Narciso huye de la cueva en la que su madre le tiene encerrado y ésta, junto con otros pastores y pastoras del valle, salen en su búsqueda. Liríope dice:

Yo sin ley, y sin aviso
Por todas partes iré

Este «Yo sin ley» sugiere muchos más comentarios de los que este corto espacio nos permite disponer. Tómese el lector la libertad creativa y asociativa de extenderse y preguntarse.

El narcisista se está mirando en el espejo, pero piensa que está viendo el mundo a través de una ventana. Son las voces que oyen los psicóticos.

En mil partes divididos
Mis cuidados, son despojos
Del viento. Ved algo ojos
Y no escuchéis tanto oídos

Narciso y Eco no pueden vivir sin su «otro» reflejado. Es la unidad primordial de la cual no se puede salir con vida. Narciso se metamorfoseará en flor narcótica y Eco en «dura»roca.

Liríope llama al personaje Bato y le dice:

Hoy de tu despejo fío
Mi temor. Narciso quiere
Ir a ver todo el ejido,
Y conocer los pastores
De aqueste valle vecinos.
Llévale por ahí, y de él
No te apartes. Advertido
Escucha, Bato, lo que
A solas aquí te digo (aparte a él)
No le dejes con alguna
Zagala hablar

En el aparte de Calderón y nuestras versalitas, no le dejes con alguna zagala hablar, se ve la manera de operar, el mensaje de las Liríopes: «Soporto mejor que seas homosexual, antes que ames a otra mujer que no sea yo.»

Calderón de la Barca en *Eco y Narciso* nos presenta, en clave literaria, las variadas metapsicologías que sobre el narcisismo han recorrido la historia del psicoanálisis: Freud, Andreas-Salomé, Fe-

renczi, Abraham, Klein, Mahler, Lacan, Kernberg, Kohut, Green, Aulagnier, Khan, entre otros.

En 1680 Sor Juana Inés de la Cruz adaptó en auto sacramental la susodicha comedia mitológica de Calderón con el título de *El divino Narciso*, siendo equiparado Narciso a Cristo y Eco a la naturaleza humana.

Existe gran tradición operística sobre este tema, pero me llama la atención el título que le da Scarlatti *Amor d'un ombra* (Amor de una sombra, que como genitivo objetivo significa amor a la propia sombra, o como genitivo subjetivo la sombra ama al amor, al amante). Trascurriendo el tiempo Nietzsche (1879) escribiría *El caminante y su sombra* y Bollas (1987) no puede estar más en consonancia con esta lectura en su obra *La sombra del objeto*.

— Siglo XVIII: J. J. Rousseau introdujo el tema de Narciso en una comedia de costumbres titulada *Narcisse ou L'Amant de Luimême*. Se trata de una joven que quiere librar a su hermano de su mucha vanidad; para ello lo ridiculiza pintándolo vestido de chica. Pero el joven, en lugar de reconocerse en el retrato, se enamora del retrato en cuestión y abandona a su novia. Sólo cuando ésta logra darle celos es cuando él domina la inclinación por «la chica familiar desconocida» del cuadro. Aquí Rousseau presenta un proceso de curación en la línea de la mejor metapsicología psicoanalítica, es decir, conflicto vincular-regresión a la relación dual-transito a la relación triangular.

Este mismo proceso de curación se encuentra en la fábula de La Fontaine titulada *L'Homme et son image.*

— Siglo XIX: A finales del siglo anterior, y sobre todo a lo largo del siglo XIX, cobra nuevo impulso el argumento de Narciso mediante el símbolo del espejo. Se considera al alma del artista como el espejo en el cual se refleja el mundo. Esto hace que A. W. Schlegel diga: «Los poetas son siempre unos narcisos.»

Oscar Wilde, en su novela *El retrato de Dorian Gray*, el protagonista Gray (Narciso) entrega su alma, para conseguir que sea su retrato el que envejezca; despiadadamente el retrato va recogiendo la deshonra del perverso.

— Siglo xx: Rainer María Rilke, bajo la sombra de Paul Valery, escribe en 1913 *Narciso* y convierte a Narciso en el símbolo del espíritu disciplinado, dispuesto a la renuncia y meditativo (ascético), para el que la unión en matrimonio es un despilfarro. En Rilke el Narciso que se refleja a sí mismo vuelve a aspirar de nuevo la belleza que irradia. El mismo año que Rilke publica su *Narciso*, Victor Tausk y L. A. S. imparten un curso sobre «narcisismo», a cuyo final son ponentes sobre ese tema en el congreso psicoanalítico de Múnich (1913) con «Narcisismo, Spinoza y el psicoanálisis». Al año siguiente Freud (1914c) se adueña, durante varias décadas, de esa fuente conocida documentalmente desde hace más de dos mil años, pero todavía no agotada en sus matices metapsicológicos y técnicos.

En 1930 H. Hesse, en su novela *Narciso y Goldmundo* lo presenta como un Narciso ascético. ¿No tendría la vida ascética y estética —ser el más santo, ser el mejor— una base, una estructura narcisista? ¿El sujeto se destruye o se realiza mediante la sublimación narcisista?

Lou Andreas-Salomé: precursora del concepto psicoanalítico de Narcisismo

Lou Andreas-Salomé (1861-1931) nació en San Petersburgo y se educó en el lujo cosmopolita de la corte imperial rusa.

Salomé, en hebreo, significa «paz». Ironía del nombre porque fue todo menos pacífica. *Nomen est omen* (el nombre es un presagio). Como un arco voltaico, su luminoso espíritu iluminó la vida de muchos y a veces la de esos mismos la entristeció, ya que se encendía y se apagaba a su albedrío (ominosamente). Como «buena» narcisista iba por la vida girando sobre sí misma, absorta en sus pensamientos, casi sin percatarse de su influencia: ¿Una mujer fatal?

L. A. S. nació el 12 de febrero de 1861, coincidiendo con la abolición de la esclavitud en Rusia. Su padre, Gustav von Salomé, general del zar, era de origen franco, heredero de los hugonotes que a causa de la persecución religiosa huyeron a Rusia en el siglo xvi. Era valiente, caballeroso, enérgico y firme creyente de la modernidad moderada. Este general se sentía atraído

por las personalidades más destacadas, como por ejemplo Pushkin. Vestido con su uniforme de gala, ofrecía una estampa impresionante que atraía las miradas de las damas. Llegó a ser consejero privado del zar.

La madre de Lou, Louise, era hija de un rico fabricante de azúcar de ascendencia germano-danesa. Era muy guapa y muy elegante, de buenos modales. Como todas las señoritas de esa época escribía un diario íntimo.

L. A. S. fue una niña preciosa. Antes de nacer, la madre deseaba que fuera otro niño, y eso que había dado ya a luz a cinco varones. Por el contrario, el padre, en secreto pero profundamente, deseaba que fuera una niña. Entre la madre y la hija siempre existió una tensión oculta, mientras que entre la niña y el padre siempre existió una especie de secreta alianza, de cariño. Liola era una niña preciosa, con cara de ángel travieso. Paseando, padre e hija se estrechaban las manos con disimulo. En todas las disputas familiares, el general siempre defendía a Liola, y ésta hacía cuanto podía por agradar a su padre. Cuando enfermaba, el padre la cogía en brazos. Por este motivo ella fingía estar enferma, sólo para que su padre la acunara. Cuando el honestísimo general descubría el engaño, se ponía furioso, la dejaba en el suelo y levantándole las faldas simulaba que la golpeaba con una vara de abedul (¿vergajo?) En esos momentos su amor hacia él era inmenso. Esta relación con su padre se fundió en el fondo de su corazón con el concepto de un Dios cariñoso y paternal, al que siempre podría acudir cuando necesitara consuelo y ayuda[8].

El pensamiento intelectual le llegó de la mano de H. Guillot, párroco de la iglesia holandesa reformada de San Petersburgo. Fue como un segundo nacimiento para Lou. Guillot era un fascinante conversador y un orador brillantísimo. «Tenía gran fuerza de voluntad y unos ojos tan penetrantes que uno se sentía taladrado por su mirada» dice Lou. Guillot era un intelectual liberal que fue nombrado preceptor de las hijas del zar en ocasión de la muerte de éste.

---

[8] Freud se basó en esta viñeta clínica y autobiográfica de Lou al escribir en 1919 *Pegan a un niño. Aportaciones al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales*.

L. A. S. recibió clases particulares sobre variadísimos temas, de las que se conservan tres cuadernos con una caligrafía pulcra heredada de su madre. En el primero aparece la historia de la religiones, la superstición en las sociedades primitivas, el simbolismo, los ritos. Otro cuaderno trata de filosofía, lógica, metafísica y teoría del conocimiento. El tercer cuaderno se ocupa de la teología dogmática, el mesianismo del Antiguo Testamento, el misterio de la Trinidad. Un cuarto cuaderno, escrito en francés, trata sobre el teatro en Francia y Schiller. Bajo la dirección de Guillot leyó a Kant, Kierkegaard, Rousseau, Voltaire, Leibniz, Spinoza (su filósofo favorito para toda la vida), Fichte y Schopenhauer. Guillot quedó asombrado de que la muchachita hubiera asimilado en pocos meses gran parte de la cultura occidental. Hasta tal punto se familiarizó con los filósofos, que más tarde deslumbraría a Nietzsche y a Paul Rée con su conocimiento. Además, desarrolló su vocación literaria, ejercitándose en escribir los sermones dominicales que el clérigo leía en la homilía de cada domingo a la que acudía lo más selecto de la aristocracia de la ciudad imperial.

La madre de Lou no veía con buenos ojos este padrinazgo intelectual de su hija, pero ya no se podía parar. Acordó con Guillot comenzar estudios universitarios en Zúrich para el siguiente curso, una de las pocas universidades europeas que admitía mujeres en sus aulas y donde iban a estudiar muchos rusos. Su padre murió en la primavera de 1879, y ese verano lo pasó en la residencia de descanso a orillas del golfo de Finlandia. Con el fin de que el verano no supusiera una interrupción de las clases particulares, acuerdan que Guillot vaya con su familia a pasar las vacaciones con ella. Guillot también se enamoró de Lou y le propuso casarse con ella. Ella se negó pero le prometió que siempre sería su niña y él su dios. En su novela *Ruth*, escrita en 1895, autobiografía fundida con la ficción como la mayoría de sus libros, el protagonista, Eric, tiene los rasgos de Guillot y Ruth los de la propia Lou. El título de la novela no es casual. Ruth nos pone en relación con la Rut bíblica, personaje que como la madre de L. A. S., enviuda joven, y también abandona su tierra natal (Egipto/Rusia y peregrina a Belén/Zúrich/Viena… para que de su descendencia nazca el rey David y posteriormente el Hijo del Padre, Jesús de

Nazaret. Al abandonar Egipto, Rut dice a Noemí, su suegra: «No insistas en que te deje; donde vayas tú, iré yo; donde mores tú, moraré yo; tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios; donde mueras tú, allí moriré y seré respetada yo. Que Dios me castigue con dureza si algo fuera de la muerte me separa de ti» (Rt 1.16,17).

Para poder obtener el pasaporte y viajar a Zúrich, Lou necesitaba el certificado de haber recibido el sacramento de la confirmación, que en su día se había negado a recibirlo. Lo obtuvo de las manos de Guillot, y para dicha ceremonia, celebrada en Holanda casi en secreto, el texto bíblico de la homilía fue escrito por la propia Lou. El imprudente Guillot cayó en la trampa ya que dicho texto alimentaba el sueño de fusión narcisista entre él mismo y Liola (¿Entre Liola y Dios-padre o entre Liola y Dios-madre?). La madre, presente en la ceremonia, no advierte la blasfemia, pues no comprendía una palabra de holandés. El texto bíblico decía: «Así dice Yavé a su pueblo: Nada temas, yo te he rescatado, yo te llamaré por tu nombre y TÚ ME PERTENECES… PORQUE YO SOY YAVÉ TU DIOS, TU SALVADOR… Retraed a mis hijos de las regiones lejanas y a mis hijos de los confines de la tierra, QUE YO LOS CREÉ Y FORMÉ PARA MI GLORIA… YO, YO SOY YAVÉ, SOY YO SÓLO. YO SOY DIOS DESDE LA ETERNIDAD Y LO SOY POR SIEMPRE JAMÁS. NADIE PUEDE LIBRAR A NADIE DE MIS MANOS (Is 43.1-13).

En septiembre de 1880 L. A. S. está en Zúrich acompañada de su madre para iniciar estudios universitarios, principalmente con el catedrático Biedermann, titular de la cátedra de dogmática e historia de las religiones. Era reconocido como figura importantísima (otro hombre importantísimo) del liberalismo protestante y discípulo de Hegel.

Por enfermedad, el médico aconseja a Lou una temporada bajo el clima mediterráneo. Por recomendación del catedrático Biedermann, llega a Roma a la casa de Malwida von Meysenburg, una de las mentalidades más abiertas de su tiempo: europeísta convencida y librepensadora, sueña con una humanidad liberada de la condena del poder religioso y civil. En su lugar artistas y filósofos serían por fin reconocidos, mientras que las mujeres, liberadas de sus situaciones humillantes, participarían también en el

destino colectivo. Malwida reúne un círculo de intelectuales. Escritores y artistas exiliados de Alemania, Francia e Italia y Lou es allí admitida, en el grupo intelectual más brillante de la Europa de ese momento. En tierras italianas entrará en contacto con Rée y con Nietzsche.

La trayectoria de Lou simboliza la lucha de las mujeres de todas las épocas por enfrentarse a todas las convenciones y tradiciones ideológicas de su tiempo. ¿De qué manera puede una mujer inteligente, creativa y original relacionarse con los hombres de su tiempo de mayor ingenio, bien sea científico o literario, sin verse eclipsada por ellos? Se sintió fuertemente atraída por el talento masculino, pero nunca hasta el punto de verse reducida a la condición de discípulo o musa.

L. A. S. destacó por sí misma en todas las áreas de conocimiento a las que se acercó. Consideró la tensión ambivalente entre la vida individual y la colectiva. Se aproximó a las ideas feministas de la época y las llevó casi hasta sus últimas consecuencias ¿Era Lou una feminista de la igualdad? Armonizó la vida y el arte, sobre todo a partir de su experiencia existencial con el poeta Rilke. Ajustó todo su desarrollo teórico a la evolución de su propia vida: la búsqueda de la unión con el todo: con Dios en la infancia, y posteriormente intentó recuperar esta unión con el Uno por otros caminos: la filosofía, las relaciones humanas y eróticas fuera del matrimonio, la experiencia con el poeta Rilke, los filósofos Paul Rée y F. Nietzsche, Rusia —siempre su Rusia querida—, los psicoanalistas Adler, V. Tausk y S. Freud… Este deseo de unión con el todo es la clave para la comprensión de su filosofía, su abundante creación literaria y sus originales aportaciones al psicoanálisis, que sobre todo Freud (narcisismo y pulsión de muerte) y Ferenczi (Thalassa) desarrollarían bastantes años después con tanto éxito para ellos, sobre todo para Freud hasta el día de hoy.

Para Lou, lo corporal y lo mental no se han separado (psicosomática) en lo conceptual, sino que se redondean en el hombre en una sola fuerza activa como el chorro del surtidor, que cae sobre la misma fuente de la que ha surgido. A todo esto llega buscando y siendo buscada, «reencontrándose» con Paul Rée, Rainer María Rilke, F. Nietzsche, Victor Tausk, S. Freud…

Se trata de una de las personas más resueltamente exploradoras de nuestra modernidad.

Paul Rèe

Lou conoce a Paul Rèe en Sorrento. Había invitado a Nietzsche para que pasara con ella una temporada en una hermosa casa desde la que se dominaba una maravillosa vista sobre el golfo de Nápoles. Nietzsche acepta la invitación y los cuidados maternales (el filósofo padecía por entonces horribles jaquecas) y le ruega que permitiera llevar con él dos amigos tan necesitados de cuidados maternales como él, un estudiante de derecho y un joven filósofo, Paul Rèe.

Llevaban una vida casi ideal. Por la mañana Nietzsche escribía *Humano, demasiado humano*, Paul Rèe su *Origen de los sentimientos morales,* Lou investigaba sobre los personajes femeninos del teatro de Henrik Ibsen y sobre Dios. Por la tarde hacían excursiones y por la noche leían en voz alta o conversaban.

Rèe era hijo de un rico hacendado prusiano cuya afición era la filosofía pero había estudiado leyes por imperativo de su padre. Finalmente estudia filosofía en Halle; también estaba muy interesado por la psicología. Era tranquilo, nobleza de espíritu, irónico pero sentía hacia su persona un odio violento, casi enfermizo. Se ocupaba de la ética y llegó a la conclusión de que nuestras ideas sobre el bien y sobre el mal eran producto de la cultura no de la naturaleza. Dios era una ilusión. Es evidente que Lou y Rèe discutían, conversaban sobre la religión y la psicología entre 1876-1901 (Freud, en el año 1927, es decir cincuenta y un años después, publica *El porvenir de una ilusión* llegando a las mismas conclusiones que Rèe, pero encuadradas dentro del paradigma psicoanalítico). Para Paul Rèe no sólo la religión era una ilusión, sino también el hombre y la tierra. Todo «ente objetivo» resultaba ser algo subjetivo. La vida no tenía valor. Su trágico final —se despeñó en las montañas de Oberengadin— ilustra su filosofía y confirma la afirmación de Lou: «Todos los sistemas filosóficos reflejan la vida del propio filósofo.»

Lou era una mujer fascinante y una lúcida interlocutora, una habilísima «partera» de grandes figuras masculinas de su tiempo:

Nietzsche, Paul Rèe, Rilke, Victor Tausk, Sigmund Freud. Concretamente en Paul Rèe encuentra el contrapunto idóneo y recíproco: Para Lou —en este momento de su vida— Dios era un cordón umbilical, una sensación de seguridad. El ser humano necesita de la fe puesto que la *ratio* no podía explicar el secreto de la vida. Por otro lado Rèe —como he dicho antes—, mediante sus investigaciones filosóficas y psicológicas, concluye que la religión es una ilusión. Este diálogo científico, de contrapunto, se repetía todas las noches paseando a escondidas de sus amigos por la ciudad y Rèe terminó enamorándose de Lou. Ella, por su parte, le dijo que el capítulo del amor estaba terminado y que Guillot sería el único al que habría amado.

Rèe y Lou vivieron en la misma casa, como si fueran hermanos, y esto hizo que los amigos comunes les pusieran distintos apodos: «La dama de compañía», «Su excelencia». También Lou contaba sin ningún pudor un sueño que se repetía con frecuencia: «Compartía casa con dos amigos. En el centro había una biblioteca, llena de libros y de flores y a los lados dormitorios. Sí, los tres vivían y trabajaban allí en perfecta armonía, sin que importara que dos fueran hombres y ella fuera Mujer.» Según decían ellos (Lou, Rèe y Nietzsche) formaban la «Santa Trinidad». Esta «Santa Trinidad» se inicia, mantiene y destruye según los matices de narcisismo patológico que los tres aportan a la misma. Colusión del vínculo narcisista (Willy, 1975) Algunos testimonios sobre Lou confirman esta lectura:

— F. Nietzsche, en su carta a Josef Hofmiller de 1897, dice: «Contra la muchacha se puede decir todo lo que se quiera, pero es innegable que nunca encontré a una criatura mejor dotada ni más inteligente. Y aunque nunca estuvimos plenamente de acuerdo, del mismo modo que ocurría con Rèe y yo, los dos nos sentíamos contentos por multitud de cosas que habíamos aprendido. No en vano en estos últimos doce meses he realizado mi mejor obra.»

— Por su parte, Viktor Emil von Gebsatlel escribe una carta a Lou en el año 1912 de la cual subrayo lo siguiente: «Presentándose ante muchos, cambiante hasta lo infinito, usted siempre dará alas a los más fuertes y propias posibilidades del otro, im-

pulsará a cada individuo más allá de los límites habituales, distante y entusiasta al mismo tiempo y todo ello por pura pasión por la plenitud de la vida.»

— En el año 1913, la princesa Taxis, mecenas de Rilke, recibe una carta del poeta, que entre otras cosas dice: «Sin el influjo de esta mujer excepcional —se refiere a Lou—, mi evolución no hubiera tomado los caminos que me han permitido llegar tan lejos.»

Sin duda, Lou ha sido de gran utilidad para los grandes hombres de su época, justamente por su capacidad para identificarse con la parte frágil de su personalidad, que necesitaba tanto de apoyo. Pero todos los hombres que la amaron tenían que descubrir finalmente que Lou, en realidad, no daba nada de sí. Ella fue un espejo (reflejo narcisista), les ayudó en sus urgencias creativas. Pero como persona, en el fondo, siempre se ha mantenido fuera de juego. Cada uno de estos grandes hombres la necesitó, pero cada uno de sus amigos y/o amantes reconoció al final que ella se había retirado.

Resumiendo y en relación con Paul Rèe, se aprecia un interés, a la vez común y complementario, por temas esenciales del psicoanálisis, medio siglo antes que Freud publicara sobre los mismos: la religión como ilusión, la pulsión thanática, el narcisismo, el origen de la moral, entre otros.

Rainer Maria Rilke

Es cierto que, al día de hoy, nadie cuestiona la importancia que en la obra freudiana en particular, y en la historia del psicoanálisis en general, tiene la teoría sobre el narcisismo. Pero tampoco debería ser menos cierto que la teoría sobre el narcisismo le llega a Freud de la mano de Lou, que a su vez lo encuentra en profundas y laberínticas encrucijadas de su vida: su infancia y adolescencia, sus viajes y sus grandes amigos (Guillot, Rilke, Rèe, Nietzsche, Tausk y Freud). Este último, medio siglo después que la nueva Diotima y otros de sus amigos, publica su consabida introducción en el año 1914. Hasta la fecha, dicha obra freudiana, sigue siendo punto de partida de nuevos y significativos matices teóricos y técnicos.

El poeta Rilke (1875-1926) fue hijo único de padres desafortunados. Josef, su padre, fue un modesto funcionario de ferrocarriles. Phía, su madre, alentaba unas ambiciones intelectuales y mundanas inadecuadas al nivel de la familia, y que provocaron la separación del matrimonio. Renè —así se hacía llamar Rilke— empezó estudiando carrera militar (el padre de Lou también fue militar) y por motivos aún no esclarecidos abandonó la carrera de las armas. Estudió abogacía bajo la protección de su tío. En Múnich (1896) conoció a Lou, que por estas fechas era una intelectual de temperamento vigoroso. La materialización en carne y hueso de los ideales de la madre de Rilke. La amistad con Lou fue decisiva para el poeta, que salido del angosto mundo de Praga, inicia junto a esta mujer, quince años mayor que él, su extraordinaria actividad de poeta, viajero y hombre de mundo. Lou introdujo al joven poeta de origen modesto y de limitadas posibilidades económicas (como su padre respecto del ideal de su madre) en el ambiente de alta aristocracia cosmopolita en la que se movía Lou. El poeta asimiló rápidamente los nuevos hábitos. Visitó muchas ciudades y casas nobles desde Escandinavia a España, desde Francia hasta Rusia.

La obra poética de Rilke se mueve entre la especulación filosófica o el simple análisis filológico. Un doble de Nietzsche o de Lou. Su obra tiene profundas intuiciones metafísicas, su léxico personal y de doble vertiente invita al placentero ejercicio filológico. El camino que sigue es el de las fuentes, los orígenes. Rilke leía frecuentemente a san Agustín, al Padre Ribadeneira, a Descartes, a Nietzsche… y conversó largo y tendido con Lou. Para ambos —lo mismo que para Freud— las fuentes son las vivencias, plasmadas en las artes figurativas, los recuerdos. Para Freud los recuerdos ontogenéticos; para Rilke y Lou, además, los «filogenéticos».

Las *Elegías Duinesas*, su mejor obra e inspirada por Lou, tiene algo de cósmico, su luz nos llega filtrándose a través de lejanías insalvables. Su unidad radica en su ritmo interior no en las figuras arquetípicas; los amantes, los héroes, los santos (según los presenta el Padre Ribadeneira), los ángeles (según los pinta El Greco y que contempló en Toledo, Madrid y Granada además de otras ciudades europeas), los muertos jóvenes (Narciso), LAS MADRES. No es casual la relación que existe entre estas obras: *Las Confesio-*

nes de san Agustín, *Cartas a un joven poeta* de Rilke, los *Tres ensayos* de Freud, *Thalassa* de Ferenczi y *Los arquetipos del inconsciente colectivo* de Jung. En 1912 Rilke escribe la tercera elegía que es todo un tratado, en clave poética, del vínculo narcisista primario. Veamos algunos versos:

Madre, tú lo hiciste, pequeño, tú fuiste su comienzo;
¿Dónde han ido, ay, aquellos años, cuando tú
sencillamente
con tu delgada figura le defendías del encrespado caos?

Él, el nuevo, el almendrado, cuán enredado estaba
En las prolíferas lianas de su interior devenir
Cautivo ya
En las primeras muestras de la existencia, ahogándose
En aquella
Exuberante vegetación cercana al mundo animal; ¡cómo se dejó
seducir!
Amaba. Amaba todo eso que llevaba dentro de sí, la
Maraña interior
La selva ancestral en mudo derrumbamiento, sobre la
Cual se alzaba
Con luz verdadera su propio corazón. Amaba.
Lo dejó
Seguía las propias raíces, hacia el poderío forzoso de los orígenes.
Mira, nosotros no amamos como las flores siguiendo tan sólo
El ciclo del año. Cuando amamos nos asciende a los
Brazos
Una sabia inmemorial y remota. Muchacha,
«esto» que nosotros amamos no es sólo uno, un ser
que ha de venir.
Sino la innumerable fermentación; no una criatura individual,
Sino todos los antepasados, que, como ruinas de montañas
Reposan en el suelo profundo de nuestra existencia.
Y tú misma, ¿Qué sabes? Tú no hiciste más que despertar
en el amante
su pasado remoto. ¡Qué de sentimientos tumultuosos
no se desataron desde aquellos seres ya desaparecidos ¡cuántas

mujeres no te odiaron, allí! ¡Qué de hombres adustos y sombríos
no has removido en venas de tu joven amante! Los niños
muertos tendían hacia ti… oh calla, calladamente,
dale una grata, una sincera tarea cotidiana, condúce-
le hasta el jardín, concédele la supremacía
de las noches…
Retenle…

Cuarta elegía

En nuestra conciencia se da a la vez florecer y marcharse
¿Quién no tuvo pánico de sentarse delante del telón
de su propio corazón? Aquel se abrió: la escena era una despedida.

Los versos anteriores son muy sugerentes para el tema que nos ocupa, «el narcisismo como doble dirección», pero únicamente subrayaré algunas imágenes a modo de interrogaciones para que encuentren respuesta, no con mi única pluma, sino con los múltiples ojos de los lectores. Transcribo los más ígneos:

Seguía las propias raíces, hacia el poderío forzoso
De los orígenes
Mira, nosotros no amamos como las flores…
Cuando amamos nos asciende a los brazos
Una sabia inmemorial y remota. Muchacha,
«esto» que nosotros amamos no es sólo uno, un ser
que ha de venir
sino la innumerable fermentación; no una criatura
individual
sino todos los antepasados, que como ruinas de montañas
reposan en el subsuelo profundo de nuestra existencia.

Los mejores versos de Rilke son autobiográficos, lo mismo que las novelas y ensayos de Lou. Son productos narcisistas sublimados. Lou termina adscrita al grupo de Freud, pero es tan freudiana como junguiana, tauskiana y nietzscheana, como rilkeana; es Lou y su concepto de «narcisismo como doble dirección».

Nietzsche

¿Cómo no pensar del filósofo de la sospecha hasta qué punto tal o cual enunciado nietzscheano suene freudiano y a la inversa? Esta analogía es un lugar común. Aunque les pese a Freud y a sus acólitos, Nietzsche es el gran y más próximo precursor del psicoanálisis. ¿Cuál fue en esta escena el papel que representó Lou?

Freud jura y perjura por lo más sagrado que no ha leído a Nietzsche. En 1914 *(Historia del movimiento psicoanalítico)* dice: «me he privado a propósito del alto placer de leer a Nietzsche». En el año 1925 *(Autobiografía)* dice: «A Nietzsche, otro filósofo cuyos presagios y opiniones coinciden con frecuencia, de un modo sorprendente, con los laboriosos resultados del psicoanálisis, he evitado leerlo durante mucho tiempo, pues más que la prioridad me importaba conservarme libre de toda influencia.»

Pero según carta al primero de abril de 1908 en la reunión habitual de «Los miércoles psicoanalíticos», Hitschmann propone una lectura comentada de la tercera disertación de *La genealogía de la moral,* dedicando el tema «Acerca del ideal ascético».

¿Qué significa que un filósofo rinda culto al ideal ascético? (Nietzsche, 1887). Como primera sugerencia propone «librarse de una tortura». Esta «tortura» sería un «óptimun», es decir, el camino hacia el poder, la acción, la gran realización y, en la mayoría de los casos, de hecho, su camino hacia el infortunio. Es la exaltación de la propia existencia exclamando: *Pereat mundus, fiat philosophia, fiat philosophus, fiam…* (desaparezca el mundo, hágase la filosofía, hágase el filósofo, hágame yo a mí mismo). En el mismo año y un poco más adelante preconiza con gran precisión conceptual el concepto de sublimación: «En el ideal ascético la sexualidad no queda anulada, sino tan sólo transfigurada y ya no entra en la conciencia como estímulo sexual.»

Nietzsche compara al «sacerdote ascético» con el representante de lo «grávido en sí», que a su vez lo compara con «la mujer en sí». La vida ascética considera a la vida como un puente tendido hacia otra existencia…» La tierra sería un rincón de seres malhumorados, arrogantes y antipáticos… la tierra y la vida se hacen mal los unos a los otros, sólo por el gusto de hacerse mal

—que con toda su probabilidad es su único gusto—. Debe ser una necesidad de primer orden lo que hace que se desarrolle y prospere una y otra vez esta especie hostil a la vida… he aquí un intento de valerse de la fuerza para cegar las fuentes de la fuerza… Estamos ante un desgarramiento que se quiere desgarrado, que goza de sí mismo en este sufrimiento… El triunfo en la postrera agonía. Ésta es la militancia del ideal ascético; en este enigma de seducción, en esta imagen de arrobo y tormento ha reconocido él su luz más brillante, su salvación, su victoria final. *Crux, nux, lux* (cruz, nuez, luz), son para él una y la misma cosa. Es la escena final del mito de Narciso: su muerte es su victoria final.

Volviendo a la reunión de «miércoles psicoanalíticos», el del 28 de octubre de 1908, se vuelve a hablar de Nietzsche. En esta ocasión para referirse a la patografía nietzscheana basándose en la obra autobiográfica *Ecce homo*. El psicoanalista Häutler hace la exposición. Freud pone el énfasis en la fijación materna, el complejo paterno y el papel de Cristo, y su narcisismo fundamental relacionado con sus tendencias homosexuales. Gracias a este narcisismo, Nietzsche, explora las capas de su yo, con gran perspicacia y hace una serie de brillantes descubrimientos sobre su persona.

El primero de enero del año 1900 Freud termina una larga carta a Fliess en los siguientes términos: «Acabo en este momento de tomar a Nietzsche, donde espero encontrar palabras para muchas cosas que permanecen mudas en mí.» Esta espontaneidad con Fliess es mucho más sincera que los comunicados oficiales de Freud sobre Nietzsche.

Libido y voluntad de poder desempeñan un papel semejante tanto en Freud como en Nietzsche. El uno y el otro se inscriben en la tendencia desenmascaradora que busca las motivaciones inconscientes escondidas y es una característica de las décadas de 1880 y 1890. Para ambos las palabras y las acciones son manifestaciones de motivaciones inconscientes que son el campo de las pulsiones salvajes, bestiales, que no encuentran salidas permisibles, que derivan de los primeros estadios del hombre y del individuo (filogénesis y ontogénesis), y que encuentran su expresión en la pasión, los sueños, la enfermedad mental, los sistemas filosóficos y la creación artística…También el uno y el otro tratan, de forma muy semejante, los mecanismos de defensa, las pulsiones, la ima-

gen de la madre, del padre y la cultura. El superhombre de Nietzsche contiene la semilla del concepto freudiano de tratamiento psicoanalítico, como proceso de transformación, de cambio.

Nietzsche y Freud tienen un desmedido afán de originalidad. Nietzsche (1881-1882) en el aforismo 261 escribe: «Ver algo que aún no está denominado… aunque esté a la vista de todo el mundo. Siendo los hombres lo que son, sólo reparan en las cosas que llevan un nombre. Los hombres originales han sido los ponedores de nombres.» Nietzsche comienza siendo filólogo en Basilea, pero edifica algo nuevo y original abandonando el espacio instituido del saber. Freud se inició como médico fisiólogo, formado en la escuela de las ciencias de la naturaleza, pero se convirtió en el fundador de un campo nombrado por un neologismo, el psicoanálisis, y lo protege celosamente contra el poder de los extraños, con el riesgo de convertirse en un extraño frente a su propio producto. Los dos coinciden en la búsqueda de un origen. Nietzsche investiga sobre el origen de los prejuicios morales, el valor de los valores, la voluntad de poder. Freud encuentra ese origen en la seducción primaria, considerándolo una revelación fundamental, algo así como el descubrimiento de las fuentes del Nilo de la psicopatología (1896c)[9]. La metáfora privilegiada de Nietzsche es la «Genealogía» (la filogénesis del psiquismo y de la cultura), la de Freud es la «Arqueología». Tanto la arqueología como la genealogía indagan sobre el ayer para dar cuenta del hoy. Utilizan diferente terminología. Tanto para Freud como para Nietzsche, el presente es un engaño que hay que desenmascarar con el fin de recuperar la autenticidad del origen, desprendiéndose de la mentira y/o de las ilusiones del pasado.

Uno y otro piensan que su búsqueda sobre el origen supone una revolución copernicana, pero ¿hacia dónde?, ¿hacia la nada? ¿Desde Copérnico? ¿Rueda el hombre fuera del centro?

Freud (1917a) escribe que «el narcisismo general, el amor propio de la humanidad ha sufrido hasta ahora tres grandes ofensas por parte de la investigación científica», refiriéndose: 1) A Copérnico, que retiró la creencia del hombre como centro del uni-

[9] Conferencia ante la Sociedad Neuropsicológica de Viena.

verso, dueño y señor del mundo. Herida narcisista cosmológica. 2) A Darwin, herida narcisista biológica, pues el hombre ya no es el soberano de todos los seres vivos. El hombre no es nada distinto del animal ni algo mejor que él, procede de la escala zoológica y está próximamente emparentado con unas especies y más lejanamente con otras. 3) A sí mismo (Freud), herida narcisista psicológica, ya que no es el Yo es que vigila y controla la conducta humana.

Nietzsche y Freud abordan al hombre como un ser enfermo, cuya enfermedad consiste en el desconocimiento de los orígenes, de su origen. Pérdida del origen y desconocimiento de la pérdida del origen. Nietzsche lo llama Nihilismo y Freud Neurosis. Con Nietzsche caduca la pérdida de todo centro, la crítica de toda racionalidad del centro (de todo superyó), y paralelamente instaura la exaltación de Diónisos, de Narciso. Por el contrario, Freud señala la resignación de la vuelta al centro, a Itaca. Con la nostalgia del centro se asume la decepción del deseo con el fin de evitar la neurosis. La humanidad curada no estaría radicalmente descentrada, sino que estaría girando en torno a ese centro perdido, y fundando su nueva sabiduría en la renuncia a ese centro. Para Ferenczi (1924) no siempre se está girando en torno a ese centro, sino que se le frecuenta en el sueño, en el coito, en la existencia intrauterina, en las enfermedades mentales y en las enfermedades orgánicas. Todo esto nos llevaría a un retorno al modo de funcionamiento embrionario, o a uno aún más antiguo.

En Nietzsche y en Freud es explorada la «terra ignota» y en ella localizan las mismas huellas y a veces lo localizado lo nombran con los mismos nombres, pero al mismo tiempo uno desprecia los hallazgos que son considerados preciosos por el otro. Assoun (1980) sostiene reiteradamente la diferencia entre uno y otro, a la vez que la extraordinaria convergencia en eco, explorando lo desconocido, lo inconsciente. «Nietzsche y Freud son dos discursos erigidos frente a frente que, a pesar de sus códigos diferentes y sus claves distintas, recorren las mismas zonas de lenguaje, determinando formas, radicales a su manera, de subversión» (pág. 290n).

Las siguientes citas evidencian lo anteriormente expuesto de forma escueta por imperativo de este capítulo:

> …el valor y el sentido de nuestros sueños consiste precisamente en «compensar» hasta cierto punto esa falta de «alimento» registrada durante las horas del día (Nietzsche, 1880).

> ¿Es necesario decir que nuestra llamada conciencia es un comentario más o menos fantástico a un texto sentido? (Nietzsche, 1880).

> Detrás de tus pensamientos y sentimientos, hermano, está un poderoso amo, un SABIO IGNOTO QUE SE LLAMA EL PROPIO SER… (Nietzsche, 1885).

> Todo tu propio ser [el sabio ignoto/el inconsciente] se ríe de tu yo y sus aspavientos… Yo [el sabio ignoto, el inconsciente] manejo al yo [este «yo» Nietzsche lo escribe con minúscula y el anterior «YO» lo escribe con mayúscula] y le sugiero sus conceptos (Nietzsche, 1885).

Freud toma de Virgilio *(Eneida,* libro VII, versos 311-312) *Flectere si nequeo Superos, Acheronta mouebo* (Si no puedo doblegar a las fuerzas del Alto Cielo, removeré los Abismos Infernales). Este texto virgiliano es lema, la tesis fundamental de Freud, donde los deseos rechazados por «las autoridades mentales superiores», recurrían al submundo mental, al inconsciente, para lograr su meta.

Marx y Engels, en su *Manifiesto del partido comunista* apuntan en esta dirección: La infraestructura sobredetermina la superestructura: «Hombre libre y esclavo, patricio o plebeyo, barón o siervo, maestro artesano o aprendiz (supervisor o candidato), en una palabra, opresores y oprimidos, estuvieron en oposición constante los unos contra los otros… acabando por una transformación revolucionaria de la sociedad.

Marx (1818-1883), Nietzsche (1844-1900) y Freud (1856-1939) son tres exponentes, tres variaciones sobre el mismo tema, sobre la misma preocupación y ocupación de finales del siglo XIX y principios del XX, el vaivén dialéctico entre lo más alto y lo más bajo, la vida misma.

> El propio ser creador se creó el aprecio y el desprecio, el *placer y el displacer* (la cursiva es nuestra)… yo os digo que

> nuestro propio ser mismo quiere morir y se aparta de la vida [pulsión thanática].
>
> Las disonancias no resueltas en la relación de carácter y mentalidad de los padres repercuten en el modo de ser del hijo y escriben la historia de su sufrimiento interior.
>
> En todo hombre alienta una imagen de la mujer inspirada en su madre (Aforismo 380).
>
> … en general la madre más que amar al hijo/a se ama a sí misma en el hijo/a (Aforismo 385).
>
> Venerad a lo materno. El padre es siempre un mero azar (Aforismo 499).
>
> Yo hablo: Pues vi. Ahora debo ser todo boca pues el otro día fui todo ojo e inocencia *del espejo*. Así habla el artista (Aforismo 503. Cursiva nuestra).

La gran aportación de Nietzsche al pensamiento moderno es sin duda la afirmación incondicional de la vida, el rechazo de cuanto desvaloriza la existencia en el hombre de ciertos requisitos que ésta debería reunir. «¡¡Permaneced fieles a la tierra!! ¡¡Dios ha muerto!! Este es el eslogan de Nietzsche.

Nietzsche proporcionó a Lou, y también a Freud, muchos conceptos esenciales sueltos de lo inconsciente. Es en Freud donde Lou encuentra una teoría estructurada y una técnica de acceso al mismo, lo que ella buscaba, su camino, su ser, su identidad.

De su marido, Andreas, que era un prestigioso profesor orientalista, siguió bebiendo en el retorno al uno lo mismo que en Nietzsche. El aspecto de la firme identificación sentimental con todo, de la nueva fusión con todo como fin elemental positivo de la libido.

Nietzsche está representando en la psicología del Superhombre, el yo ideal, el narcisismo; como antítesis, y sólo a veces, Freud se quiere presentar como Moisés con las Tablas de la Ley en la mano, con el heredero del complejo de Edipo, con el superyó.

Victor Tausk (1879-1919)

Fue uno de los discípulos de Freud de mayor talento pero acabó casi olvidado. También fue uno de los principales y efímeros amantes de Lou. Tuvieron una corta relación en Viena donde se conocieron durante el curso de 1912-1913.

Victor Tausk fue un hijo tierno y considerado por su madre, pero su padre fue agresivo, tirano e infiel. No obstante también podía ser encantador y fascinante con las mujeres. La relación de Tausk con su padre fue siempre muy tensa y se sintió avergonzado de llevar el nombre de su padre. Tausk estudió derecho porque sus padres no le podían pagar la carrera de medicina que era lo que le gustaba. Se casó en 1900 y en 1905 se separó. La nefasta relación que tuvo con su padre se reprodujo con su suegro así como posteriormente también con Freud.

Escribió poesía, relatos cortos, obras de teatro y crítica literaria. Estudió violín, dirigió obras de teatro, fue periodista para ganarse la vida.

Una depresión profunda lo llevó hacia Freud y el psicoanálisis. Tausk se traslada a Viena desde Berlín y comenzó a estudiar medicina con el fin de poder ser psicoanalista. Se especializó en psiquiatría y como psicoanalista su originalidad estriba en sus estudios sobre la esquizofrenia y la demencia maníaco-depresiva. Fue el primer miembro de la sociedad psicoanalítica de Viena que estudió las psicosis clínicamente en una época en la que sólo interesaba tratar las neurosis ¿Por sometimiento a Freud?

En el año 1912 conoce a Lou que acababa de llegar a Viena. Ella consiguió que Freud y Tausk se interesaran por ella. Lou pone en marcha su habilidad especial para formar rápidos y profundos vínculos con grandes hombres de los lugares que frecuenta. En este espacio y en este tiempo la «Santa o Diabólico-narcisista Trinidad «está formada por: Tausk-Freud-Lou.

Durante el período de 1912-1913, Freud, Lou y Tausk establecieron un triángulo benéfico y productivo para los tres. En su diario Lou afirma que Tausk era el más destacado de los discípulos de Freud, que iba más lejos en el psicoanálisis que el propio Freud y la originalidad de aquél irritaba a éste.

Victor Tausk y Lou estudian el narcisismo a partir de 1912, año en que se conocen y pronto llegan a ser amantes. En 1913 ambos llevan una ponencia al congreso de Múnich sobre el tema de estudio del curso anterior: «El narcisismo, Spinoza y el psicoanálisis».

Lou es la portadora de la corriente cultural alemana que tiene como base el ensayo goethiano *La naturaleza*, cuyo primer párrafo dice: «¡Naturaleza! Estamos ceñidos y abrazados por ella, impedidos de poder desprendernos de ella, e impedidos de poder penetrarla más profundamente. Sin pedirlo, y sin prevención, nos acoge en el decurso de su danza y nos lleva consigo hasta que caemos agotados en sus brazos.»

Los tópicos recurrentes en toda la obra de Lou son el niño y Dios, en el decir psicoanalítico, el narcisismo. El filósofo preferido de Lou es Spinoza con su concepción panteísta del mundo y del hombre. Ella lo deriva hacia el espacio del concepto de narcisismo. El niño y Dios, uno frente a otro. El narcisismo es para Lou, como la psicosis para Tausk, la identificación y participación del ser, no recordado todavía, en el otro, en el todo, en el fondo originario del que el sujeto, para constituirse, deberá desprenderse mediante otra dirección, aquella que configura la imago del yo, la imagen del yo y su estructura bajo el modo de alienación al otro. En la experiencia del espejo (Lou es la única que entre los discípulos de Freud hace alusión a la experiencia del espejo —mito de Narciso— y muchos años antes que Lacan) destaca el sentimiento de duelo por la pérdida inaugural de esa identificación primitiva, a la que el sujeto jamás renunciará del todo.

Tausk tomó partido por Freud en las disputas que éste mantuvo con Adler y Jung, pero también en sus artículos podía ser feroz: «Al disertar sobre psicoanálisis, parecía que Tausk no sólo lo hacía sobre la teoría freudiana clásica, sino que también daba un enfoque extraordinariamente afectuoso y reverente de los descubrimientos esenciales de Freud.» También en opinión de Lou, el origen de la tensión entre Tausk y Freud estaba motivado por el deseo narcisista que éste tenía por trascender todos los límites anteriores del conocimiento. Freud pensaba que Tausk estaba aprehendiendo problemas que se adelantaban a su tiempo. La obra de Tausk irritaba a Freud debido a la originalidad de aquél. También la diosa Juno se

irritaba por el éxito de Eneas y decía: *Flectere si nequeo Superos, Acheronta mouebo (Eneida,* lib, VII, versos 312-313).

Tausk participó en la primera guerra mundial como psiquiatra y a la vuelta a Viena pidió a Freud que le psicoanalizara: su gran sueño era que Freud le psicoanalizara. Freud se negó y para mantenerle en el redil le propuso que se analizara con Helene Deutsch, psiquiatra que llevaba tres meses analizándose con Freud y tenía cinco años menos que Tausk. Éste comienza su análisis en enero de 1919: Tausk habla en sus sesiones con Helene Deutsch, seis por semana, sobre la actitud del maestro hacia él y que dicha actitud era debida a las dificultades personales de Freud. Tausk pensaba que algunas ideas se le habían ocurrido a él antes que a Freud, pero éste se negaba a aceptarlo. Freud siempre le impedía llegar a conseguir el reconocimiento para hacerse valer de modo original.

Freud y Tausk pensaban para sí mismos que eran genios excepcionales lo cual dio lugar a un vínculo de patología narcisista: ¿O yo o tú? Freud obligó a Helene Deutsch a que eligiera entre él y Tausk. Ésta obedeció y el tratamiento de Tausk acabó inmediatamente.

Tausk había fracasado en la relación con su primera esposa, también fracasó en su intento de ser psicoanalizado por Freud y por Helene Deutsch. Ante tanto sentimiento y realidad de abandono, se casa con una concertista de piano dieciséis años más joven que él y antigua paciente suya: Hilde Loewi. Jung pudo volverse a Zúrich y allí seguir su línea de investigación ¿Por qué motivo Victor Tausk no habría podido desarrollarse y desarrollar su investigación psicoanalítica buscando un espacio diferenciado del de Freud en Berlín o en Yugoslavia? Tausk se suicidó el tres de Julio de 1919.

En la necrológica a Tausk, Freud elogió las numerosas aportaciones de aquél al psicoanálisis, más para la galería oficial que otra cosa. Esto se hace evidente en una carta a Lou en donde expresa su alivio ante el suicidio de Tausk: «Confieso que no le echo de menos; hacía tiempo que le consideraba inútil, de hecho una amenaza para el futuro.»

¿Qué condiciones se habrían tenido que dar para que en la trinidad formada por Freud, Tausk y Lou se hubiera puesto en marcha el narcisismo de vida?

Lou Andreas-Salomé: El narcisismo como doble dirección

El narcisismo se convierte para Lou en el tema principal del psicoanálisis. Sus fenómenos le resultan familiares por los sucesos de su propia vida: su infancia, su adolescencia, sus amistades: P. Rèe, Rilke, Nietzsche, Tausk, Freud, etc.

El psicoanálisis gana en Lou un intérprete que traduce la construcción del narcisismo a un lenguaje ideológico. Ella rastrea el concepto de narcisismo desde la filosofía, la historia de las religiones, la filología, la poesía, el propio psicoanálisis. En todas estas encrucijadas Lou se encuentra, en un encuentro familiar y/o siniestro a insignes caminantes: Guillot, Paul Rèe, Rilke, Nietzsche, Tausk, Freud. Esta foto de familia tiene como fondo los rotundos versos virgilianos: «Recuerda el héroe troyano [Eneas] a esas encinas inconmovibles de las altas mostañas, que resisten uno y otro asalto de los huracanes; por el suelo esparcen la lluvia de las hojas, PERO MIENTRAS DAN AL CIELO LA CABELLERA DE SUS RAMAS, QUEDAN SUS TRONCOS SUJETOS RECIAMENTE A LOS PEÑASCOS, Y LLEGAN SUS RAÍCES HASTA LAS MISMAS PROFUNDIDADES DEL TÁRTARO *(Eneida,* Libro IV, versos 440-444).

En el semestre invernal del año 1913, Lou participa en el curso de iniciación que impartía Tausk y también colabora con él en su ponencia sobre el narcisismo, que varios meses después, tendría lugar en Múnich. En esta ponencia Victor Tausk estudia la analogía entre narcisismo, el psicoanálisis y Spinoza.

Para Lou, nuestro yo va descubriendo verdades que ha ido perdiendo a lo largo de su ontogénesis. «Resulta que este aspecto infantil hace justicia al hecho primordial que nos une a nosotros y al mundo-fuera-de-nosotros y facilita que se pueda franquear la escisión que parece enfrentarnos como seres individuales a todo lo demás»; «el poder de sublimación depende directamente de lo profundo que esté avalada en esta base primordial de nuestro mecanismo pulsional, del grado hasta el cual sigue siendo la fuente eficaz para lo que hagamos o dejemos de hacer conscientemente» (Andreas-Salomé, 1921) Para ella lo psíquico, si no quiere empobrecer, necesita esta doble dirección. «La tendencia hacia el poder-total y la unidad total, es algo importante e inextinguible. Se

precisa de estos estados en los que el Yo se disuelve, totalmente indeterminado, y se sale de su ser sujeto, del enfrentamiento entre el Yo y el mundo» (Andreas-Salomé, 1915).

Para Freud (1914) el autoerotismo es una hipótesis necesaria; el que no exista en el individuo, al principio, unión alguna comparable en el Yo; el Yo ha de ser desarrollado. Pero las pulsiones autoeróticas son originarias; por lo tanto ha de juntarse algo al autoerotismo, una nueva acción psíquica, para crear el narcisismo.

Para Lou, el narcisismo no es una limitación a una fase particular de la libido, sino que acompaña a todas las fases vitales como elemento de autofilia. En su diario de 1913 hace referencia al doble fenómeno narcisista: una línea de unión entre la individuación lograda y su relación involutiva (thanática) con aquello que conjuga y amalgama. Lou se está adelantando siete años al Freud de *Más allá del principio del placer*

«Carga de objeto»

¿Por qué nos precipitamos de nuestra autofilia al amor objetal? ¿Y el «Yo amaba al amor» de san Agustín? ¿El amor objetal es un exceso residual de la autofilia? ¿Por qué, cuándo y cómo surge este exceso? En cualquier caso la respuesta nos lleva del narcisismo, país de donde procede (piel, madre, casa, país = derma) y que sólo nos cautiva porque lleva ese traje nacional (Andreas-Salomé, 1921).

Cada objeto cumple la función de sustituto como «Símbolo» de plenitud ligada inconscientemente. Ferenczi lo llamó «placer del reencuentro»: «La tendencia a reencontrar lo amado en todos los objetos del hostil mundo exterior es probablemente también la fuente de la simbolización» (Ferenczi, 1915, 1924).

Antes de formar parte del grupo de Freud (1913), Lou publicó *El erotismo* (Andreas-Salomé, 1910), donde escribe:

> En esos oscuros terrenos fronterizos [se refiere al erotismo y al arte] se ha adentrado poco la investigación… no obstante, se intuye que tanto el afán artístico como el afán sexual ofrecen claras analogías, de que el ardor estético anida casi imper-

> ceptiblemente en lo erótico, o que el anhelo erótico aspira inconscientemente hacia lo estético, al adorno (la animalidad que en su amor creativo recurre al adorno) y todo ello como un signo de un crecimiento gemelo desde la misma raíz.
>
> Parece como, si el encumbramiento desde una vida primitiva [filogénesis] que sigue ahí, hasta lo más personal [ontogénesis], el mismo retorno de las potencias desperdigadas en la especialización hacia las cálidas simas de la tierra, de donde deriva toda la fuerza creadora, se plasmara en el ansia de refugiarse ahí donde todo lo creado puede recibir su sentido de totalidad. (pág. 79) (precursora del concepto de regresión en psicoanálisis y sobre todo del *Thalassa* ferencziano)

Las experiencias más tempranas se pueden transferir a objetos amorosos posteriores. Es decir, de la unidad aún no diferenciada de sujeto-objeto a una imagen exterior aislada. Con otras palabras «El narcisismo como doble dirección» Lou retoma de Freud (¿como seguidora o como precursora?) el Yo como un estorbo frente a la feliz vivencia del estado originario, de las fantasías oceánicas, del nirvana.

Subrayaré algunos textos de Freud en los cuales también aparecen estos conceptos: «La inversión de la actividad en pasividad y el vuelco contra la propia persona nunca se realiza de verdad, en toda la medida del movimiento pulsional». «Tendríamos todos los motivos para suponer que también el dolor, como otras sensaciones de placer, se extienden a la excitación sexual, produciendo un estado placentero gracias al cual podemos tolerar también el displacer del dolor» (Freud, 1915). Ferenczi, en *Masculino y femenino* (1929) coloca a la mujer como un ser «más finamente diferenciado, es decir adaptado a situaciones más complejas. La mujer es de forma innata más sensata… que el hombre; éste debe dominar su brutalidad mediante el desarrollo… del superego moral. La mujer tiene más finura en sus sentimientos morales y en su sensibilidad estética y mucho mejor "buen sentido"; pero el hombre ha creado, posiblemente como medida de protección contra su mayor primitivismo, las severas leyes de la lógica, la ética y la estética, a las que la mujer apenas hace caso, fiándose más de su valor íntimo». (pág. 82). Esta disposición masoquista femenina habría que situarla fuera del campo del masoquismo perverso, no como búsqueda del placer masoquista sino como

una preparación para poder ejercer su *rol* femenino, el camino para alcanzar un desarrollo superior más complejo.

«La libido femenina se encuentra centrada en la manifestación sexual originaria tanto por el matiz masoquista como por el retroceso a lo pasivo, a la libertad original de movimiento según el principio de retención y permanencia, oponiéndose al avance a lo activo. Es la ternura de la erogeneidad infantil del cuerpo total, o por así decirlo, a un contacto universal aún no limitado con precisión» (Andreas-Salomé, 1921). «Hasta que la mujer haya traído al mundo al hijo de sí misma, no se culminará su experiencia femenina, ella, la procreadora, alimentadora, educadora del niño. Todo ello se haya próximo a un desarrollo que apunta a lo masculino; a su elemento activo que, en este proceso casi se complementa andróginamente y por ello mismo, vuelve a completar el círculo hacia lo originariamente narcisista. Análogamente con la envidia al pene, también en el hombre se halla el deseo de parirse a sí mismo otra vez» (ibíd.).

¿Qué importancia tienen las identificaciones narcisistas a la par que las identificaciones objetales? ¿Las identificaciones narcisistas podrían explicar, previa sublimación, la asexualidad frente al amigo? ¿Importa que los amigos sean uno en Dios o simplemente uno, al coleccionar o al pescar o al ir al cine…? ¿Sería una unión en la sublimación, una confusión sociable del sí-mismo y del mundo «à deux»? ¿Se trata de un narcisismo bien elaborado y contento de su desarrollo fuera de la libido sexual? ¿Es la omnipotencia narcisista, que guiada por Eros, tiene bajo sus pies las elaboraciones espirituales y culturales de la humanidad?

«Las valoraciones éticas»

La autora responde afirmativamente a la última pregunta del punto anterior. Ciertamente, las elaboraciones culturales y aun las más espirituales de la humanidad proceden del narcisismo originario. La adquisición de valoraciones éticas equivaldría simbólicamente al «uno y al todo», a la quintaesencia del «uno y el todo».

> Por consiguiente, de toda metafísica que pretenda hacer coincidir el «ser» con «Dios» como principio de valor absoluto puede decirse que no sólo está condicionada narcisísticamente en su manera de pensar, sino que es en sí misma la imagen filosóficamente elaborada de la unión entre narcisismo y objetividad… Cuando el componente narcisista incide con demasiada intensidad en el ser humano, su excesiva confianza lo lleva a un desagradable choque con la realidad exterior. Cuando por el contrario se somete muy debilitado al juicio orientado a lo real, ni siquiera sus mejores éxitos y más felices éxitos son capaces de producir una alegría real…Son aspectos sacados de lo maníaco y de lo melancólico (Este párrafo bien podría haber sido parte de la exposición en el congreso de Múnich del año 1913, y leída por Victor Tausk sobre «El panteísmo en Spinoza precursor del concepto narcisista en psicoanálisis»).

Esta misma idea aparece en Freud (1914c) sobre el narcisismo como «punto germinativo de la formación del ideal». Además toma de Nietzsche el concepto de «la vida como valor», sólo el valor es realmente vida. Incluso la sobrevaloración del valor, que se comporta de manera absoluta y pone por encima del ser, debe registrarse como rendimiento máximo de nuestro narcisismo, de pertenencia al todo, de ética y religión.

Si ninguna religión puede carecer de un aspecto éticamente válido (es decir, que el niño mire con respeto a su padre), ningún autodominio ético puede prescindir de un aspecto de ese calor materno que lo abarca más allá de sí. «Sublimar» es conservar algo de la última intimidad. La vivencia religiosa es la actuación del narcisismo ya que desemboca en el valor divino, en cuanto que éste es, al mismo tiempo, lo que todo lo domina y lo más íntimo. El símbolo de todos los símbolos amorosos, hasta el extremo de que Dios se personifica en el amor (Andreas-Salomé, 1921) En esta dirección —y Lou era, entre otras áreas del saber, especialista en teología dogmática, en historia de las religiones y de la filosofía—, está el filósofo hiponense considerando al hombre un espejo de Dios (la expresión «de Dios» es obligado considerarla tanto como genitivo —complemento de nombre— objetivo como genitivo subjetivo). Por esto cuando el hombre entra en sí mismo descubre a Dios. El conocimiento íntimo de su mundo

interior, que constituye el tema de *Las confesiones,* precursoras de la teoría y de la técnica psicoanalítica, tienen valor inmenso para el conocimiento interior del hombre. En el tratado *Sobre la verdadera religión* dice: »No quieras salir fuera de ti, vuelve dentro de ti (pues) en el interior del hombre habita la verdad» (es decir, habita Dios).

Para el filósofo hiponense (354-430) las facultades del alma, es decir, la memoria, la inteligencia y la voluntad o el amor son un vestigio de la Trinidad. La unidad viene dada por un yo que recuerda, entiende y ama.

En esta excursión por las valoraciones éticas es obligado detenerse en el autor del *Cántico espiritual*, que eleva la poesía mística a la más intensa y sublime expresión a que ha llegado el misticismo universal. Líricamente considerado, es una de las voces más puras que jamás hayan existido. Destacaré algunos versos que resuenan totalmente con el tema que estamos tratando:

¿A dónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
Habiéndome herido;
Salí tras ti clamando, y ya eras ido

¡Oh cristalina fuente, si en esos tus semblantes plateados / formaste de repente / los ojos deseados / que tengo en mis entrañas dibujados! Apártalos, Amado, / que voy de vuelo.

En el interior de la bodega
De mi Amado bebí, y cuando salía
Por toda aquesta vega,
Ya a cosa no sabía
Y el ganado perdí que antes seguía,
Allí me dio su pecho
Allí me enseñó ciencia muy sabrosa,
Y yo le di de hecho
A mí, sin dejar cosa
Allí le prometí de ser su esposa
……
Ya no guardo ganado

Ni ya tengo otro oficio,
Que ya sólo en amar es mi ejercicio
……
Gocémonos, Amado
Y vámonos a ver en tu espesura
Do mana el agua pura
……

Y luego a las subidas
Cavernas de la piedra nos iremos,
Que están bien escondidas,
Y allí nos entraremos,
Y el mosto de gradadas gustaremos

Allí me mostrarías
Aquello que mi alma pretendía,
Y luego me darías
Allí tu vida, vida mía
Aquello que me diste el otro día

Por todo lo cual queda claro que toda ética parece extraer su característica fundamental, su incondicionalidad, su carácter absoluto y validez universal, del aditamento originario narcisista que está dispuesto así a acogerse a todo cuanto sea excesivo. No existe un ascetismo, una mística o una rigidez de la ley, ni un desprecio definitivo de lo real, que no llame a su cómplice narcisista (Andreas-Salomé, 1921).

> La norma y la ley son lo más destacado de la ética; pero por encima de todo la ética es al mismo tiempo lo no-prescrito, lo simplemente poetizado, es decir, contiene en todo su ardor por la acción pero también tiene el estigma de lo soñado. La ética es riesgo, la empresa más aventurada del narcisismo, su osadía más sublime, su hazaña ejemplar… y su desbordante alegría por la vida (Andreas-Salomé, 1921). Estos conceptos de la Diotima rusa rebosan los aspectos dionisíacos de la obra de Nietzsche.

«La creación artística»

La creación artística sale directamente del cuarto narcisista de la infancia (en términos de Lou) y de la representación-cosa (en términos freudianos), no de la representación-palabra. El recuerdo no es una operación, un proceso práctico, sino que también es un proceso poético, creativo. Según esto poesía es la continuación de aquello que el niño aún no llegó a vivir y que tuvo que sacrificar a su persona en desarrollo para su práctica existencial: la poesía es el recuerdo que ha alcanzado su perfección.

Freud en *Tres ensayos* (1905d) y en *El poeta y los sueños diurnos* (1908e [1907]) se pregunta: ¿No habremos de buscar ya en el niño las primeras huellas de la actividad poética? La ocupación favorita y más intensa del niño es el juego… «Crea un mundo propio situando las cosas de su mundo en un orden nuevo, grato para él…Sería injusto en este caso pensar que no toma en serio ese mundo; por el contrario, toma muy en serio su juego y dedica en él grandes afectos.» Unas líneas después Freud continúa: «El poeta hace lo mismo que el niño que juega: crea un mundo fantástico y lo toma muy en serio, esto es, se siente íntimamente ligado a él… de esta irrealidad del mundo poético nacen consecuencias muy importantes para la técnica artística… pues produce como juego de la fantasía muchas emociones penosas en sí mismas que pueden convertirse en una fuente de placer para el auditorio del poeta.»

En la creación artística y en el *epoptés* se reproduce un retorno temporal a la unión más originaria de aquello donde aún no existe diferenciación entre objeto y sujeto. Mediante la creación el artista se halla separado de su existencia individual. Los poetas son arrastrados por la divinidad permitiendo levantar el componente represor. En todo este proceso se ponen en «comunicación» la infancia esencial de todos los *epoptés* y del poeta, del artista. Según esto el artista tiene ya en su fuero interno a su público y tanto más cuanto más acostumbrado está a pasarlo por alto, consumido por el proceso creativo mismo.

La autora recuerda la relación ancestral entre lo espiritual-creador y lo erótico sólo con ayuda de la represión, con la diferencia de que dicha represión, en lugar de referirse a la desinfantilización

y genitalización, se remite a la descorporeización de lo originariamente infantil y polimorfo, desenvaina el fruto fértil de lo corporal. Comprender que los objetos preferidos del ser humano, sus ideales, tienen su origen en las mismas percepciones y vivencias que las que ellos más abominan, y que originariamente sólo se distinguen entre sí por modificaciones mínimas… Lo mas elevado y lo más bajo están íntimamente ligados entre sí (Freud, 1905d).

Esto ya se escribió en el primer tratado erótico de nuestra lengua cuyo título sería: «La ciencia o sabiduría del matrimonio.» Los franceses lo titulan *Ars amandi d'un morisco andalou,* una traducción más literal es: «Texto acerca del sexo escrito por un morisco tunecino.» Según este morisco anónimo el amor y la sexualidad son maneras de agradecer a Dios por los beneficios que nos prodiga:

> Cuando el hombre mira a la esposa y ella lo mira, Alá posa sobre ellos una mirada de misericordia. Cuando el esposo toma la mano a la esposa y ella le toma la mano, sus pecados se van por el intersticio de los dedos. Cuando él cohabita con ella, los ángeles los circundan de la tierra al cenit. La voluptuosidad y el deseo tienen la belleza de lo más alto. El estado de los casados es tan excelente que, habiendo muerto un santo hombre, lo vieron en sueños y le preguntaron: ¿Qué no ha hecho Dios contigo? Y respondió: Me ha dado grados de gloria con tanto extremo, que he llegado a mirar los que tienen los santos profetas, y, con todo eso, NO HE LLEGADO A LOS GRADOS QUE TIENEN LOS CASADOS.

Según el autor anónimo morisco la sensualidad es agradable a los ojos de Dios: «Antes del acto es el jugar entre sí en todas las circunstancias del gusto que pueda, besando, abrazando y tentando, para que con esto se contenten los dos y se presten sus corazones y pretensiones, de suerte que, encendidos en gusto, ella pida a su marido la obra y él la ejecute con fuerza (Nota, ob. cit. folio 97r).

Por el contrario el extremo de las enseñanzas cristianas referidas al sexo según los consejos paulinos (I Co 7.1), fuente de la moral cristiana de los últimos dos mil años, son: «NO ES BUENO QUE EL HOMBRE TOQUE A LA MUJER.»

¿La obra de arte, los sueños, la psicosis, la sexualidad, el narcisismo como doble dirección tienen sustancias intercambiables en la obra de Lou? ¿Todo esto es el componente universal del narcisismo? ¿Por qué y cuando se despierta el Homero ucrónico? ¿Salí tras ti y ya eras ido?

Resumiendo, para Lou el narcisismo no se ciñe exclusivamente a la primera etapa de la vida, sino que acompaña a todas las fases evolutivas posteriores como elemento de autofilia. El narcisismo es un concepto límite, pues más allá del cual no se puede acceder en psicoanálisis.

En su ensayo *El narcisismo como doble dirección*, la autora pone en evidencia las rivalidades ¿incruentas? de los principales discípulos de Freud, Adler, Jung, Ferenczi, Tausk, así como las aportaciones que cada uno de ellos ha proporcionado a la naciente historia del psicoanálisis, deslizándose con diplomática habilidad hasta dejar a Freud en un lugar preferente, sin renunciar a su capacidad creativa y de síntesis. La dificultad comprensiva de este denso y laberíntico artículo de L. A. S. radica en el multiperspectivismo con el que disfruta la pluma torturadora de la autora. Si tenemos en cuenta este multiperspectivismo, la leona no es tan fiera como se presenta en escena. Para mí la clave hermenéutica radicaría en sintonizar en cada momento con las variaciones sinfónicas de la autora que, en un delicado ir y venir y con una seducción intelectual poco común, oculta bajo el ropaje psicoanalítico «fiel «a Freud, nos va mostrando otros estratos y otras claves. Aquí la autora sigue a la metáfora de las matriuskas rusas. Tan pronto aparecen y forman una textura singular lo filológico, lo religioso (teológico, místico, popular), lo mitológico, lo metafísico (occidental, oriental), como lo biológico, lo poético y por fin lo psicoanalítico (tauskiano, junguiano, freudiano).Todos estos planos o claves hermenéuticas se encuentran trabados con bellísimas metáforas, que a la manera del fotograma ígneo de un *film,* centra y transmite lúcidamente la sutileza laberíntica de tan múltiples enfoques. Sin estas metáforas parecerían digresiones homéricas *(aliquando bonus dormitat Homerus),* pero con ellas consigue una textura integradora y de fácil asimilación a pesar de la sutil complejidad debido a la rapidez y el sin previo aviso con la que transita de un código a otro código.

Para terminar este capítulo transcribo un fragmento de la carta de Freud a Lou del 23 de septiembre de 1930:

> En nuestra relación respectiva con cualquier tema, nada ha cambiado. Yo toco una melodía, muy simple (edipocentrista) en la mayoría de los casos, y usted proporciona las octavas superiores; yo separo una cosa de la otra, y usted reúne lo separado en una unidad superior; yo propongo silenciosamente las condiciones de nuestra limitación subjetiva, y Ud. atrae deliberadamente la atención sobre ella. En conjunto, nos hemos entendido bien y somos de la misma opinión. Sólo que yo tiendo a excluir todas las opiniones menos una, y Ud., en cambio, a fundirlas todas en una sola.

Pocas veces Sigmund Freud se ha expresado de forma tan espléndida con relación a un discípulo. ¿Lo hizo aquí porque se trataba de una discípula?

Bibliografía

Andreas-Salomé, L. (1898), *Fenitschka. Una divulgación*…, Barcelona, Icaria, 1986.

— (1910), *El erotismo*, Barcelona, J. J. de Olañeta Editor, 1983.

— (1915), *Lebensrückblick*, Zúrich.

— (1921), «El narcisismo como doble dirección», en L. Andreas-Salomé, *El narcisismo como doble dirección. Obras psicoanalíticas*, edición a cargo de Dessal y Koop, Barcelona, 1982, Tusquets, páginas 127-161.

— *Aprendiendo con Freud*, Barcelona, Laertes, 1984.

— *Mirada retrospectiva*, Madrid, Alianza tres, 1988.

Andreas-Salomé, L. y Freud, S. (1966), *Briefwechel,* Fischer, S. Frankfurt.

Andreas-Salomé, L. y Rilke, R. *Correspondencia*, Barcelona, Olañeta Editor, 1989.

Andreas-Salomé, L.; Nietzsche, F. y Rëe, P., *Documentos de un encuentro*, Barcelona, Laertes, 1982.

Assoun, P.-L. (1980), *Freud et Nietzsche,* París, PUF.

Aulagnier, P. (1984), *El aprendiz de historiador y el maestro-brujo*, Buenos Aires, Amorrortu.

BALINT, M., *La falta básica. Aspectos terapéuticos de la regresión*, Barcelona, Paidós, 1993.
BOLLAS, Ch. (1987), *La sombra del objeto. Psicoanálisis de lo sabido no pensado*, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.
— (1992), *Ser un personaje. Psicoanálisis y experiencia del sí-mismo*, Barcelona, Paidós.
CASEMENT, P. (1985), *Aprender del paciente*, Buenos Aires, Amorrortu.
CASTORIADIS-AULAGNIER, P. (1975), *La violencia de la interpretación*, Buenos Aires, Amorrotu.
CIRLOT, J. (1997), *Diccionario de los símbolos*, Madrid, Siruela.
CHAMPEAUX, G. (1966), *Introduction au monde des symboles*, París.
CHASSEGUET-SMIRGEL, J. (1975), *El ideal del yo. Ensayo psicoanalítico sobre la «enfermedad de la idealidad»,* Buenos Aires, Amorrortu.
CHEVALIER y cols. (1987), *Diccionario de los símbolos*, Herder.
DURAND, G., *De la mitocrítica al mitoanálisis*, Barcelona, Anthropos, 1993.
— *Las estructuras antropológicas de lo imaginario*, Madrid, Taurus, 1982.
ELIADE, M., *Historia de las ciencias y las ideas religiosas* (3 tomos), Custilo, 1983.
— *Imágenes y símbolos*, Madrid, Taurus, 1987.
— *Mito y realidad*, Madrid, Guadarrama, 1968 (versión original, 1963).
ETCHEGOYEN, R. H. (1986), *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*, Buenos Aires, Amorrotu.
FERENCZI, S. (1915), «Análisis de las comparaciones», en *Obras Completas*, II, Madrid, Espasa Calpe.
— (1924), «Thalassa. Ensayo sobre la teoría de la genitalidad», en *Obras Completas*, III, Madrid, Espasa Calpe.
— (1929), «Masculino y femenino», en *Obras Completas*, IV, Madrid, Espasa Calpe.
— *Obras Completas* (cuatro tomos), Madrid, Espasa Calpe, 1981.
FREUD, S. (1896c), *La etiología de la histeria*.
— (1905a), *Sobre psicoterapia*.
— (1905d), *Tres ensayos de teoría sexual.*
— (1908e [1907]), *El poeta y los sueños diurnos.*
— (1910e), *El sentido antitético de las palabras primitivas*.
— (1914c), *Introducción al narcisismo*.
— (1914g), *Recuerdo, repetición y elaboración.*
— (1915c), *Las pulsiones y sus destinos*.
— (1917a), *Una dificultad del psicoanálisis*.
— (1924d), *La disolución del complejo de Edipo*.
— (1933a [1932]), *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis,* en *Obras Completas*.

FREUD, F. y ANDREAS-SALOMÉ, L. (1966), *Correspondencia*, Madrid, Siglo XXI, 1968.
FROMM, E. *El arte de escuchar,* Buenos Aires, Paidós, 1991.
GARCÍA DE LA HOZ, A. (2000), *Teoría psicoanalítica*, Biblioteca Nueva, Madrid.
GONZÁLEZ, A. (1997), *El pensamiento filosófico de Lou Andreas-Salomé*, Madrid, Cátedra.
GREEN, A. (1972), *De locuras privadas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1990.
— (1983), *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*, Buenos Aires, Amorrortu, 1986.
GREEN, A. y cols. (1986), *La pulsión de muerte*, Buenos Aires, Amorrortu.
GRIMAL, P. *Diccionario de mitología griega y romana*, Barcelona, Paidós, 1981.
HINSHELWOD, R. D. (1989), *Diccionario del pensamiento kleiniano*, Buenos Aires, Amorrortu.
JACKSON, D. (1960), *Etiología de la esquizofrenia*, Buenos Aires, Amorrortu.
JAEGER, W., *Padieia*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1957.
JUAN DE LA CRUZ (1584), *Cántico espiritual*, Madrid, BAC, 1978.
JUNG, C. G. (1971), *Mysterium Coniuntionis*, París, Albin Michel, 1980.
KERNBERG, O. (1975), *Desórdenes fronterizos y narcisismo patológico*, México, Paidós, 1993.
— (1984), *Trastornos graves de la personalidad*, México, Manual Moderno, 1987.
KOHUT, H. (1977), *Análisis del self. El tratamiento psicoanalítico de los trastornos narcisistas de la personalidad*, Buenos Aires, Amorrortu.
LEVY-BRUHL, L., *La mentalidad primitiva*, Buenos Aires, La Pléyade, 1972.
LEVY-STRAUSS, C. *Antropología estructural*, Madrid, Siglo XXI, 1979.
— *Las estructuras elementales del parentesco*, Barcelona, Paidós, 1981.
LÓPEZ-BARALT, L. (1767), *Un kamasutra español. El primer tratado erótico de nuestra lengua,* Madrid, Libertarias/Prodhufi S. A., 1995.
LOWEN, A. (1983), *Narcisismo o la negación de nuestro verdadero ser*, México, Pax México, 1987.
MALDAVSKY, D. (1986), *Estructuras narcisistas*, Buenos Aires, Amorrortu.
MALINOWSKY, B. (1926), *Mith. in Primitive Pychology.*
MICHAUD, St. (2000), *Lou Andreas-Salomé. La aliada de la vida*, Barcelona, Ares y Mares, 2001.
MOLINER, M. (1980), *Diccionario de uso del español*, Madrid, Gredos.

NIETZSCHE, F., *Obras completas*. (cinco tomos), Buenos Aires, Ediciones Prestigio, 1970.
OVIDIO, P., *Metamorfosis*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1992.
PETERS, H. F. (1963), *Lou Andreas-salomé. Mi hermana, mi esposa. Una biografía,* Barcelona, Paidós, 1995.
PLATÓN, *El Ion*, Buenos Aires. Ed. Porrúa.
RILKE, R., *Cartas a un joven poeta*, Alianza, Madrid, 1987.
— *Diario florentino*, Buenos Aires, Gouncourt, 1973.
— *Elegías de Duino*, Sonetos a Orfeo, Madrid, Cátedra, 1987.
— *Los apuntes de Malte,* Laurids Brigg, Madrid, Alianza, 1981.
— *Rodin*, Barcelona, Nuevo arte Thor, 1987.
— *Teoría poética*, Gijón, Júcar, 1987.
ROAZEN, P., *Freud y sus discípulos*, Madrid, Alianza, 1978.
— *Hermano animal*, Madrid, Alianza, 1973.
SÓFOCLES, *Tragedias: Edipo rey. Edipo en Colono*, vol. I, Barcelona, Ediciones Alma Mater, 1959.
TAUSK, V. *Trabajos psicoanalíticos*, Barcelona, Gedisa, 1977.
UNAMUNO, M. (1917), *Abel Sánchez*, Madrid, Espasa Calpe.
VIRGILIO, *Obras completas*, Madrid, Ed. de Emilio Gómez, 1945.
WILLY, J. (1975), *La pareja humana*, Reinbeck, Rowohlt.
WINNICOTT, D. W. (1951), «Objetos y fenómenos transicionales», en *Escritos de pediatría y Psicoanálisis*, Barcelona, Paidós, 1999.
— *Exploraciones psicoanalíticas I*, Buenos Aires, Paidós, 1991.
— *Los procesos de maduración en el niño*, Barcelona, Paidós, 1993.
— «Preocupación maternal primaria», en *Escritos de pediatría y Psicoanálisis*. Barcelona, Paidós, 1999.
— (1971), *Realidad y juego*, Buenos Aires, Granica Editor, 1972.

Sobre la génesis de la moral en psicoanálisis[1]

Antonio García de la Hoz*

Freud se quejaba del reproche de haber descuidado la parte moral, la más elevada del ser humano, en un famoso pasaje de *El yo y el ello:*

> Se ha acusado infinitas veces al psicoanálisis de desatender la parte moral, elevada y suprapersonal del hombre. Pero este reproche es injusto, tanto desde el punto de vista histórico como desde el punto de vista metodológico. Lo primero, porque se olvida que nuestra disciplina adscribió desde el primer momento a las tendencias morales y estéticas del *yo* el impulso a la represión. Lo segundo, porque no se quiere reconocer que la investigación psicoanalítica no podía aparecer desde el primer momento, como un sistema filosófico provisto de una acabada y completa construcción teórica, sino que tenía que abrirse paso a paso por medio de la descomposición analítica de los fenómenos, tanto normales como anormales, hacia la inteligencia de las complicaciones anímicas. Mientras nos hallábamos entregados al estudio de lo reprimido en la vida psíquica, no necesitábamos compartir la preocupación de conservar intacta la parte más elevada del hombre. (Freud, 1923b, *OC,* 2714.)

---

* Doctor en Psicología. Profesor Titular de la Universidad de Salamanca. Psicoanalista Didacta de Quipú, Instituto de Formación en Psicoterapia Psicoanalítica y Salud Mental. Entre otros libros publica *El universo simbólico de Freud: Goethe,* Quipú Ediciones; *Teoría Psicoanalítica,* Biblioteca Nueva y numerosos artículos.

[1] El presente texto se redactó para las «VI Jornadas de Psicoanálisis en la Universidad», celebradas en San Sebastián, en noviembre de 1996.

A decir verdad ese reproche era injusto (como indica Freud), pero… sólo por un lado. También tenía cierto fundamento.

Era injusto porque, independientemente de la defensa que efectúa el propio Freud, desde sus inicios en la clínica de la histeria, siempre tuvo en cuenta la dimensión moral, llamada de diversas maneras (conciencia moral, mala conciencia, instancia crítica, censor del sueño, e incluso el propio *yo*, que aparece como representante de esa dimensión, al oponerse a la libido y procurar así la formación del síntoma neurótico).

Pero también nos parece un reproche certero en tanto en cuanto esa parte no había recibido el mismo trato teórico que el correspondiente al apartado pulsional. Es precisamente con la publicación de *El yo y el ello* que se siente capaz de desembarazarse del mismo con la instauración del superyó como instancia moral que se reservaría para sí las más elevadas realizaciones del ser humano.

Sin embargo hay que señalar que en ese famoso escrito de 1923 eliminó la especificidad del ideal del yo, al igualarlo con el recién nacido superyó, considerándolos sinónimos y por lo tanto intercambiables. La vía abierta en 1914 *(Introducción al narcisismo)* con la noción de ideal del yo quedó en parte bloqueada (aunque bien es verdad que las pocas características que allí Freud señala serían asimilables al superyó posterior).

En 1914, nos encontrábamos con la situación siguiente: Un concepto (ideal del yo), con unas características (las del posterior superyó de 1923), y con un origen específico (heredero del narcisismo o perfección primitiva).

En 1923 la situación era ahora así: Un concepto (superyó, o su sinónimo, ideal del yo), con unas características más precisas pero semejantes a las de 1914, pero, y esto es lo esencial, con otra procedencia (el complejo de Edipo). A partir de esta fecha, el concepto ideal del yo, superfluo en consecuencia con esta última formulación freudiana, tiende a desaparecer de sus escritos.

Como pasa también con otros elementos fundamentales de la teoría psicoanalítica, como el «Yo», las pulsiones, el «objeto», etc, en Freud no podemos encontrar la verdadera precisión epistemológica, en parte quizá porque pensó que esa tarea no le correspondía (esto lo afirma él mismo), en parte porque quizás quería mantener cierta tensión interna en dichos conceptos aprovechán-

dose de su ambigüedad (es la opinión de Laplanche y Pontalis, por ejemplo, para el concepto de «Yo» freudiano), y por último, quizás también, por motivos que desconocemos en absoluto. Por todo ello, dichos elementos fundamentales son objeto de constante estudio y revisión.

Por nuestra parte intentaremos avanzar en alcanzar mayor precisión en la correspondencia y diferencia en esa zona moral de la teoría psicoanalítica (ideal del yo y superyó), para lo que efectuaremos un breve recorrido de lo más significativo, tanto en Freud como en los autores que le han seguido en ese camino.

I

En cuanto a *Freud,* lo más sobresaliente desde nuestra perspectiva, es la contradicción respecto del origen de las dos instancias: ideal del yo como heredero del narcisismo primitivo (1914c, 1921c), y superyó como heredero del complejo de Edipo (1923b y obras posteriores). Posteriormente en las *Nuevas conferencias de introducción al Psicoanálisis* (1933a [1932]), en la lección XXXI («La disección de la personalidad psíquica»), donde repite y amplía lo dicho en *El yo y el ello* en cuanto a las características del superyó, intenta un débil esbozo conciliación que en mi opinión resulta insatisfactorio:

> En el curso del desarrollo, el *superyó* acoge también las influencias de aquellas personas que han ocupado el lugar de los padres, o sea, los educadores, los maestros y los *modelos ideales*… Hemos de citar aún una importantísima función que adscribimos a este superyó. Es también el portador *[Träger* = 'sostén', 'soporte', 'portador', 'substrato' para la edición de B.N.] del *ideal del yo*, con el cual se compara el yo, al cual aspira y cuya demanda de perfección siempre creciente se esfuerza en satisfacer… No cabe duda de que este *ideal del yo* es el residuo de la antigua representación de los padres, la expresión de la admiración ante aquellas perfecciones que el niño les atribuía por entonces *(OC,* 3137. Cursiva mía).

El anterior pasaje fue catalogado por Strachey como «algo oscuro», precisamente porque no dejaba claro si ideal del yo y su-

peryó eran instancias diferenciadas o si una era función de la otra, después de lo escrito en *Introducción al narcisismo*. Parece, pese a todo, que Freud se decanta por la segunda de dichas opciones, pues un poco más adelante, en la misma lección, afirma:

> Tornemos ahora al superyó. Le hemos adjudicado la autoobservación, la conciencia moral y *la función de ideal (OC,* 3138. Cursiva mía).

Pero ocurre a menudo que lo que es una propuesta o un esqueleto teórico, es tomado como un dogma o cuerpo sólido y formado, olvidándose de frases del propio Freud en ese mismo contexto:

> De la transformación de la relación parental en el *superyó* no puedo deciros tanto como me placería: En parte porque se trata de un proceso tan complicado que su exposición rebasa los límites de una iniciación como la que aquí me propongo facilitaros, y en parte, porque nosotros mismos no creemos haberla penetrado por entero *(OC,* 3136).

> Tampoco a mí me satisfacen por completo estas observaciones sobre la identificación. *(OC,* 3136).

> No esperéis que del *ello* pueda comunicaros mucho de nuevo excepto el nombre. *(OC,* 3142).

Estas líneas saturadas de sabia prudencia y de humildad científica han provocado en los seguidores, como era previsible, dos tipos de respuestas. Por un lado, los que han tomado el armazón como edificio completo y han dejado las cosas tal como estaban. Por otro, los que se han lanzado por el camino de la innovación, por motivos diferentes (exclusivamente metapsicológicos, evolutivos, o eminentemente clínicos) y en una gradación más o menos lograda. Por nuestra parte, pensamos, de entrada, que dos instancias con un origen tan diferente no pueden ser neutralizadas en un concepto común y que si Freud se decanta por hacer del ideal del yo una función de la instancia superior superyó, es

porque es lo que conviene al modelo teórico de tratamiento de las neurosis, y que precisamente la promoción de otras patologías provoca la revisión de ese modelo. Veamos a continuación las aportaciones más interesantes de los seguidores de Freud.

II

En lo que concierne a la relación ideal del yo/superyó se han dado diversas posturas que intentamos agrupar en tres apartados (seguimos, en lo fundamental, la revisión de la literatura de Chasseguet-Smirgel [1975], con algunos añadidos propios):

A) *Afirmar que son dos funciones de una misma instancia moral*. Aquí se encuadran, como por otra parte era de esperar al ser ésta la más probable postura final de Freud, la gran mayoría de los que han tratado la cuestión. Aunque, eso sí, dejan más o menos claro que son dos funciones diferenciadas, e intentan dar más claridad a la posición de Freud que estaba preñada de cierta dosis de ambigüedad.

Como representantes de esta postura merecen la pena citarse en primer lugar a *Jones* y a Nunberg, quienes ya en vida de Freud distinguieron superyó e ideal del yo. Para el primero (1927), el superyó asimila las prohibiciones inconscientes, mientras que el ideal del yo lo haría con las aspiraciones conscientes. Ésta sería también la opinión de nuestro Castilla del Pino (1991). *Nunberg* (1932), en forma similar, afirma que el ideal del yo es la imagen de los objetos amados y el superyó de los temidos y odiados. Añade algo importante, que el primero está más en relación con la «libido materna» y el segundo con la «paterna». *E. Jacobson* (1954) insiste en esta idea, al postular el origen materno del ideal del yo, aunque esta autora no separa el superyó del ideal del yo («…el ideal del yo es una parte del sistema del superyó…»), lo cual me parece especialmente significativo por lo que luego influirá en la teorización de Kernberg. *J. Lacan* (1953-1954) hablaba del superyó como coercitivo y el idea del yo como exaltante, situándose el primero, a diferencia del segundo, en el plano simbólico de la palabra.

Annie Reich trató el asunto en diferentes momentos (1953, 1954

y 1960), destacando de sus ideas lo siguiente: El origen del ideal del yo está en la identificación con la madre primitiva y representa lo que se desea ser, mientras que el superyó es resultado de identificaciones más tardías, representando lo que se debería ser. Nada demasiado diferente de las opiniones anteriores, pero que va conformando una línea de pensamiento. *Jeanne Lampl-de Groot* (1961) sigue lo mismo («…el ideal del yo es un agente de la realización del deseo. El superyó es en esencia restrictivo y prohibidor…»), y añade otra idea: Sólo se distinguen en períodos de crisis (adolescencia, menopausia, etc) y están unidos si el desarrollo es armonioso.

Melanie Klein no menciona de manera explícita distinción entre superyó e ideal del yo, quizás por su teoría de un Yo desde el principio, y en consecuencia también un superyó temprano y edípico, aunque uno de sus seguidores *(Rosenfeld*, 1961) no se aparta de la opinión más común, al definir el ideal del yo como «…el aspecto del superyó que deriva de una identificación con los objetos idealizados…»

Los psicólogos del yo, en general, han seguido también esta concepción, sin separarse un ápice de la opinión freudiana y así *Hartmann y Loewenstein* (1964) afirman que el ideal del yo es únicamente «un aspecto del superyó», que este último debe reservarse al desenlace del Edipo y que (y en esto proporcionan claridad) el ideal del yo y el superyó forman el conjunto del «sistema moral» del individuo.

B) Podemos agrupar algunos autores que han apuntado la idea de que *la diferencia entre las dos instancias se ve especialmente en los casos de conflicto.* Esta línea argumental es muy importante, sobre todo porque, a diferencia de la anterior, es eminentemente clínica, relacionando ciertas patologías con el concepto de ideal del yo. He mencionado antes que si Freud no dio el paso en cuanto a la diferenciación radical entre superyó e ideal del yo, fue por mor de su teoría de las neurosis, que requería sobre todo al primero de ellos y no tanto al segundo.

Ya hemos citado a *J. L. de Groot* como débil precursora de dicha opinión. *A. Reich* (1954) afirmaba que el ideal del yo era requerido especialmente para comprender estados narcisistas no psicóticos, lo que era una importante precisión clínica.

Evelyne Kestemberg (1962), apunta que el ideal del yo puede a veces rebelarse al sometimiento del superyó y proponer metas muy alejadas de los ideales de los padres. *Grunberger* (1964) afirmaba que la existencia del conflicto conducía a hacer del ideal del yo una instancia, aunque este autor, en mi opinión, confunde «pulsional» y «objetal», al afirmar que el superyó es de origen pulsional (complejo de Edipo) y el ideal del yo de origen narcisista (como Freud en 1914c).

También es interesante citar a *J. Bergeret* (1970), que como buen clínico, observó que en los estados fronterizos habría una hipertrofia del ideal del yo y una atrofia del superyó.

C) Finalmente, para concluir y no hacer aburrida e interminable la lista, podemos reflejar una tercera categoría para insertar en ella la postura más radical en cuanto a la *especificidad del ideal del yo*. Ello implica para dicho concepto el adjudicarle un lugar en la metapsicología psicoanalítica, con el mismo rango que el superyó, y del que habría entonces que delimitar sus características y funciones, su desarrollo evolutivo y su implicación en la clínica.

Es complicado adjudicar autores con pleno derecho en esta categoría. Sorprende en la lectura de la bibliografía el que muchos usen el concepto ideal del yo «sin precisar nunca su significación, como si existiera un consenso tácito en ese sentido» (Chasseguet-Smirgel, 1975). Esta misma autora, que sitúa al concepto en la línea freudiana de 1914, es lo suficiente prudente como para no decantarse sobre la especificidad como instancia del ideal del yo:

> En cuanto a decidir si el ideal del yo es una instancia con el mismo título que el superyó, me parece difícil. Creo que habría que tomar en consideración el papel que desempeña en cada caso (ob. cit., pág. 212).

Y mas tarde parece compartir la opinión que ya avanzó J. L. de Groot, afirmando que no merece el nombre de instancia si vive en armonía con el superyó, y por el contrario, tiene una autonomía suficiente cuando se le opone en diversos conflictos. En mi opinión esta autora confunde el criterio clínico (que es el que parece privilegiar) con el teórico o metapsicológico. No se puede decir, y menos en psicoanálisis, que sólo debe ser tenido en cuenta

un concepto cuando se hace manifiesto en la clínica y olvidarse de él cuando no se percibe. Para la construcción metapsicologica este no es el criterio. Por lo demás, Chasseguet-Smirgel, con su libro, ha hecho avanzar en comprensión el estudio del ideal del yo, y creo que merece estar en este apartado, a pesar de su prudencia. Concebir una maduración evolutiva en el ideal del yo, expresar que no es menos exigente que el superyó en cuanto a su cumplimiento (incluso yo creo que lo es más), destacar la adolescencia como período más crucial en cuanto a sus manifestaciones clínicas, son ideas suficientemente atractivas como para otorgarle un lugar dentro de los que han hablado del ideal del yo como instancia específica.

Laplanche y Pontalis (1968) en su diccionario, adjudican al ideal del yo el régimen de instancia diferenciada de personalidad, apoyándose en el texto de Freud del narcisismo de 1914. Pero no van más allá en la diferenciación de lo ya dicho y tampoco reparan en que las características que allí Freud señala podrían adjudicarse al futuro superyó. Afirman que existe un relativo acuerdo en la literatura en cuanto a lo que se designa con ideal del yo, pero que las distinciones en la literatura psicoanalítica son meramente descriptivas, y lo que es más importante, no se sostienen desde el punto de vista rigurosamente metapsicológico. Esto es indiscutible.

III

Lo que sigue, después de la revisión de las opiniones más interesantes, es una síntesis de lo más fundamental en la consideración de la génesis de la moral en psicoanálisis. Vaya por delante que la propuesta se sitúa en la línea de los que abogan por la radical separación entre superyó e ideal del yo. Voy a intentar justificarla metapsicologicamente y exponerla en forma de frases esquemáticas.

A) El superyó y el ideal del yo forman el conjunto del sistema moral de la personalidad humana, tal y como expresaron los psicólogos del Yo (Hartmann y Loewenstein).

B) Tienen un origen radicalmente distinto, y no pueden asimilarse como sinónimos por tal motivo. Ya se han señalado características distintas en uno y otro. Sentimiento de *vergüenza* para el ideal del yo y de sentimiento de *culpabilidad* para el superyó (Piers, 1953); *autoridad* para el superyó y *esperanzas de autoridad* para el ideal del yo (Lagache, 1966); *sentimientos de culpabilidad* en relación con el superyó, versus *sentimientos de inferioridad* en relación con el ideal del yo (Laplanche & Pontalis, 1968).

C) Siguiendo la proposición freudiana y desde el punto de vista genético, es muy posible que el primero en aparecer sea el ideal del yo. Aquí son pertinentes las observaciones de E. Jacobson y A, Reich que hablan en forma similar de su origen materno, en la relación del sujeto con la madre.

De todo lo anterior llegamos a las conclusiones siguientes:

1) El ideal del yo, como heredero del narcisismo primitivo, genera una moral *DUAL*, entre el sujeto y su ideal, lo que estaría en la línea de lo estudiado por Freud (1921c) a partir de la especial relación que se da entre el hipnotizado e hipnotizador, o entre cada miembro de una masa y su líder. Y desde luego que habría que ver las consecuencias de ello en la relación transferencial.

2) El superyó, como heredero del complejo de Edipo, genera una moral *TRIÁDICA,* donde la incorporación del tercero como regulador, entroniza de forma incuestionable la mediación familiar, social y cultural.

3) La adquisición de toda moral viene a través de lo que de manera general se denomina en psicoanálisis con el *concepto de identificación*, sobre el que había que ponerse de acuerdo. Estamos con Lacan (1953-1954) cuando afirma que «la palabra identificación, indiferenciada, es inutilizable», necesita siempre un apellido.

4) Por lo tanto tendríamos, para generar cada instancia moral, una forma diferente de identificación. En los textos freudianos es posible descubrir dichas dos formas de identificación: *Identificación primaria*, o materna o narcisista (que es una forma especular y dual de identificarse), y que por lo tanto engendraría moral tipo

ideal del yo. *Identificación secundaria*, o con la ley paterna, o edípica, que es triangular (al menos), y que por lo tanto engendraría moral tipo superyó.

5) La moral ideal del yo no necesita la mediación del tercero. Hay una relación transitiva y directa entre sujeto e ideal. Recogiendo un dilema filosófico clásico, diríamos que es la moral en la que el fin prevalece sobre los medios para conseguirlo. La moral superyoica tendría en cuenta dichos medios como tercero para el fin de la acción.

6) *Las consecuencias clínicas* inmediatas de lo anterior es la dominancia patológica de la moral superyoica en los cuadros neuróticos (razón por la que Freud tendió a hacer equivalentes a ideal del yo y superyó, para mantener así su modelo teórico del tratamiento de las neurosis). De la misma forma, los trastornos de personalidad (límites, narcisistas, perversiones, etc.) nos mostrarían la dominancia patológica de la moral tipo ideal del yo.

7) Otra consecuencia, ésta metapsicológica, sería el establecimiento de una tipología moral[2] a partir de la insatisfacción que se desprende de la teoría freudiana sobre la moral de la mujer.

8) ¿Puede el psicoanálisis aportar alguna luz sobre la diferencia clásica entre ética y moral a partir de esas dos formas de moralidad? ¿Una moral más íntima o subjetiva (ideal del yo) y otra más socializada (superyó)? Moral superyoica y moral tipo ideal del yo tendrían su lugar en todo ser humano, que llevaría a cabo su amalgama, más o menos armoniosa, en forma idiosincrásica. Podemos emitir nuestros propios juicios morales, aunque bien es verdad que también están influidos por los juicios morales de los demás.

Puede haber leyes tiránicas patológicas por el propio espíritu ciego de la ley (ejemplo en Freud: la neurosis obsesiva), pero también puede ser (y de hecho es tanto o más patológico) el guiarse exclusivamente por los ideales sin ninguna regulación externa. La labor sería integrar las dos vías de moralidad, y dejar actuar a una y otra según las circunstancias.

---

[2] Véase A. García de la Hoz (1998), «Hombre/Mujer: Una tipología moral», en Rubí Cid (comp.), *Psicoanálisis e identidad de género,* Madrid, Biblioteca Nueva, págs. 99-106.

> Plutarco alababa a Filopémenes porque habiendo nacido para mandar, sabía no sólo mandar según las leyes, sino sobre las propias leyes, cuando lo requería la necesidad pública (citado por Montaigne, *Ensayos).*

Bibliografía

Bergeret, J. (1970), «Les états limites», *RFF*, 34, 601-34.

Castilla del Pino, C. (1991), «Génesis de la moral en Freud», en AAVV, *50 años después de Freud,* edición del Servicio Regional de Salud Mental, Madrid.

Casseguet-Smirgel, J. (1975), *El ideal del yo. Ensayo psicoanalítico sobre la «enfermedad de idealidad»*, Buenos Aires, Amorrortu.

Freud, S. (1914c), *Introducción al narcisismo.*

— (1921c), *Psicología de las masas y análisis del yo.*

— (1923b), *El yo y el ello.*

— (1933a [1932]), *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis.*

Grunberger, B. (1964), «Jalones para el estudio del narcisismo en la sexualidad femenina», en Chasseguet-Smirgel (comp.), *La sexualidad femenina*, Barcelona, Laia, 1973.

Hartmann, H. y Loewenstein, R. (1964), «Notes on the Superego», *The Psychoanalytic Study of the Child*, vol. XVII, 42-81.

Jacobson, E. (1954), «The Self and the Objet World», *The Psychoanalytic Study of the Child*, vol. XI, 75-127.

Jones, E. (1927), «The development of the concept of the superego», *Journal of Abnormal and Social Psychology* (1928), 23, 276-285.

Kestemberg, E. (1962), «L'identité et l'identification chez les adolescents», *La Psychiatrie de l'enfant*, vol. V, París, PUF, 441-552,

Lacan, J. (1953-1954), *El seminario de Jacques Lacan Libro 1 «Los escritos técnicos de Freud»*, Barcelona, Paidós, 1981.

Lagache, D. (1966), «La psychoanalyse et la structure de la personnalité», en *La Psychoanalyse*, vol. VI, París, PUF, 5-54.

Lampl-de Groot, J. (1961), «Ego Ideal and Superego», en *The Psychoanalytic Study of Child*, vol. XVII (1962), 94-106.

Laplanche, J. B. y Pontalis, J. (1968), *Diccionario del psicoanális*, Madrid, Labor, 1971.

Nunberg, H. (1932), *Principios de psicoanálisis. Su aplicación a las neurosis,* Buenos Aires, Amorrortu, 1987.

Piers, G. (1953), *Shame and Guilt. A Psychoanalytic and a Cultural Study,* Sprinfield.

Reich, A. (1953), «Narcissistic Objet choice in Women», en *Journal of the American Psychonalytic Association*, 1, 22-44.
— (1954), «Early Identifications as Archai Elements in the Superego», en *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 2, 218-38.
— (1960), «Pathologic Forms of Self Esteem Regulation», *The Psychoanalytic Study of the Child*, vol. XV, Nueva York, IUP, 215-32.
Rosenfeld, H. (1961), «The superego and the Ego Ideal», *I. J. P.* (1962), 43, 258-63.

El ideal del yo y sus patologías

Trudi Künzli Joss*
Raquel Tomé López**

Introducción

> Creo firmemente que habrá que escribir un libro no sólo sobre la importancia y la utilidad de los ideales del niño, sino también sobre el perjuicio de exigir ideales excesivos.
>
> Sandor Ferenczi (1928)

Los ideales como motor de las aspiraciones onto- y filogenéticas

Es un tópico afirmar que todos anhelamos ser felices. Pero no es menos cierto que la añoranza de un tiempo perdido, la aspiración a un ideal de felicidad, se encuentran en el origen tanto de los logros más prodigiosos como en las corrupciones más degeneradas de los humanos, y aún podríamos pensar que de alguna manera han alentado la evolución misma de la humanidad. La pre-

* Licenciada en Sociología y Psicología Social por la Universidad Complutense de Madrid. Psicoterapeuta Psicoanalista individual. Miembro de Quipú, Instituto de Formación en Psicoterapia Psicoanalítica y Salud Mental. Miembro de la SEGPA. Acreditada por la FEAP. Consulta privada en el Centro de Psicoterapia de la calle Doctor Esquerdo, 20, 4.º D (Madrid). Teléfono/Fax: 91 402 33 58.

** Licenciada en Psicología. Psicoterapeuta. Miembro de la SEGPA. Autora de diversos artículos.

madurez de la cría humana en el momento de nacer la hace indefensa y dependiente en extremo de sus progenitores durante un período de tiempo prolongado, un hecho que Freud consideraba como la base del desarrollo de toda la vida anímica, y que las posteriores investigaciones hasta hoy mismo no hacen más que confirmar. El sueño de una supuesta grandiosidad primordial, de una perfección en la que todos nuestros deseos encuentren satisfacción, se genera precisamente durante este primer período de vida, cuando el infante todavía carece de un yo/*self* estructurado[1] y vive en la ilusión de una omnipotencia y autosuficiencia casi absolutas en cuanto a la satisfacción de sus necesidades y el placer resultante.

La herencia freudiana actualizada

Freud decía que el recién nacido es sobre todo un «yo corporal», aunque entendía ese «yo» como un yo fisiológico y psíquico virtual no integrado, que debía ser desarrollado y estructurado. Desde entonces, poco han cambiado las ideas acerca de este presupuesto básico. Los resultados de las investigaciones y observaciones, tanto de la psicología evolutiva y el psicoanálisis, como en los campos de la medicina, neurología y biogenética lo confirman, al tiempo que afinan y matizan cada vez más respecto de las secuencias evolutivas, las variables que intervienen, cómo se interrelacionan, y las diferencias que existen entre un género y otro. Esto supone desdecir algunas afirmaciones de la teoría psicoanalítica clásica del desarrollo psicosexual y por lo tanto introducir los cambios pertinentes de acuerdo con el estado actual del conocimiento, lo que por otra parte han venido haciendo muchos/as autores/as desde decenas de años. Leyendo a Freud desde la perspectiva actual y basándonos en lo que nos encontramos en la clínica, nos hacemos eco de las palabras de Jean Bergeret (1990,

[1] Algunos autores postulan la existencia de un «yo» desde el mismo momento del nacimiento e incluso antes. A efectos clínicos/prácticos no hay grandes diferencias entre esta postura y la nuestra, que está de acuerdo tanto con Freud como con la psicología evolutiva que defiende un «yo virtual» a desarrollar, al que precede la constitución del sentimiento de sí-mismo o «yo nuclear».

pág. 8) cuando afirma basarse en «dos fuentes asociativas: por una parte, haciendo resaltar numerosas pinceladas inexploradas e incluso a veces inesperadas y simplemente esbozadas a lo largo de la obra de Freud; por otra, aproximándome a puntos de vista complementarios que Freud pudo emitir sobre temas imprevistos e importantes, pero de forma fragmentaria, en varias obras escritas ya sea en la misma época, ya sea en épocas diferentes».

Al introducir el narcisismo (1914c), Freud intuyó dos términos que abarcan por un lado, los deseos e ideales egoístas (narcisistas), y por otro, los ideales relacionales respecto de los «otros» (objetales, culturales y morales) y las condiciones (preceptos, normas y prohibiciones) que permiten alcanzarlos: el YO IDEAL (narcisista) y el IDEAL DEL YO (objetal, cultural). Pero abandonó al instante el concepto de yo ideal y centró su interés en el ideal del yo que se constituye, sobre el patrón del yo ideal, por identificación con las figuras parentales: Es *el heredero del narcisismo originario, y vela por las satisfacciones narcisistas*, que son necesarias para regular la autoestima. Pero al construir la segunda tópica (1923), donde equipara el ideal del yo con el superyó —y pensamos que en un desarrollo psicosexual normal con una integración más o menos conseguida del yo, es realmente difícil distinguir entre ambas instancias—, se pierden en la teoría las funciones específicas de aquél y la intelección de la estructura y dinámica psíquica adulta se empobrece, en tanto que cosas tan dispares como aspiraciones e ideales por un lado, y prohibiciones y preceptos culturales por otro, se subsuman en una única instancia moral: el superyó. No obstante, desde muy pronto, algunos autores (Jones, Numberg, Annie Reich, etc.)[2] han vuelto una y otra vez a usar el concepto de ideal del yo, y si no han recurrido al *superyó temprano* (M. Klein), porque la experiencia clínica y sobre todo el trabajo terapéutico con ciertas patologías narcisistas, aunque también todos aquellos casos de neuróticos donde nos encontramos con una autoestima y sentimiento de sí-mismo deficientes, parecían demandarlo. Sin embargo, la mayoría de ellos no han tomado en consideración su predecesor, el yo ideal. Algunos (como Blos, 1979)

[2] Véase el trabajo García de la Hoz en este mismo volumen.

hablan de la idealización del *self*, y sólo Lacan (1975) le ha concedido, de la mano del estadio del espejo y la constitución de los niveles de lo imaginario, lo real y lo simbólico, el lugar que, según nuestra propia concepción, le corresponde.

Nuestros objetivos

Partiendo de hallazgos clínicos propios y ajenos, el primero de nuestros objetivos es restituir el valor teórico de los conceptos de «yo ideal» e «ideal del yo», y separarlos desde un punto de vista metapsicológico del «superyó». Los siguientes objetivos son una consecuencia de éste. Al trazar el proceso evolutivo del ideal del yo, veremos tanto los cambios de su forma como de sus contenidos. Un momento crucial será la regresión y la reactivación de los avatares y conflictos edípicos durante la crisis de la adolescencia (Blos, 1979), en la que se aprecia con mayor nitidez la diferencia de estructura y contenidos entre ideal del yo y superyó. En ciertas patologías en las que se aprecia una adolescencia retardada o no resuelta y en patologías narcisistas, el concepto de ideal del yo —y aun del yo ideal— puede enriquecer la comprensión de los conflictos. Pero además, el ideal del yo es una herramienta valiosa para analizar las diferencias que existen entre la masculinidad y la feminidad. Todo lo anterior se fundamenta sobre el presupuesto de que el desarrollo psicosexual de la mujer no se puede derivar, como tradicionalmente se viene haciendo en psicoanálisis, del desarrollo del hombre, sino que ambos están determinados y diferenciados por la interrelación y retroalimentación entre factores biogenéticos y socioculturales. En este contexto, el ideal del yo daría cuenta de las diferencias psicológicas entre masculinidad y feminidad instauradas tempranamente por aspectos culturales y no, como tradicionalmente se creía, por factores biológicos y aspectos anatómicos de reproducción. Que nuestra identidad subjetiva y objetivada se construya en y por el vínculo en el marco interrelacional e intersubjetivo de un grupo primario como es la familia, es algo que damos por sobreentendido.

El dar mayor importancia al contexto sociocultural e histórico en nuestro trabajo, siguiendo los pasos ya clásicos de Karen Horney, y de casi todos/as aquellos/as que vienen investigando desde

entonces sobre el desarrollo psicosexual de la mujer y la feminidad —de lo cual será en última instancia también beneficiaria la comprensión de la masculinidad[3]—, se debe básicamente a dos razones. En primer lugar, en tanto que nuestra identidad o personalidad es un precipitado de todas las identificaciones primarias y secundarias sucesivamente integradas a lo largo de nuestra vida, y la interiorización y transformación de lo preexistente (lo real) en representaciones mentales (lo imaginario), nuestras maneras de sentir, pensar y comportar son un producto de nuestro contexto. Los aspectos biogenéticos y la corporalidad con sus propias viscisitudes pueden considerarse también «preexistentes», algo dado y real, que precede a la constitución de la psique y acompaña su evolución a lo largo de la vida, convirtiéndose igualmente en representaciones mentales.

Por otro lado, nos apropiamos del universo simbólico en el que nos movemos y devenimos seres morales, básicamente por la interiorización de las interacciones en las que se transmiten los valores (normas e ideales) y el lenguaje, ambos productos culturales por excelencia. Los cambios que han traído la emancipación de la mujer, su incorporación en campos laborales y sociales tradicionalmente reservados para el hombre, la liberación sexual que separa la sexualidad de la procreación por un lado, pero por otro ha abocado en el acceso fácil a material pornográfico y películas que idealizan violencia y perversión, están introduciendo nuevas paradojas y problemáticas para el desarrollo narcisista y psicosexual de ambos géneros. En palabras de Marie Langer (1999): «Si suponemos que hay un intercambio constante entre mundo externo y mundo interno, tenemos que ver lo que queda inamovible de lo biopsicológico y lo que se modifica, no como fantasía de fondo, como proceso profundo, pero sí como caracterología, actuación,

[3] Desde hace veinticinco años, y empujado por el movimiento de emancipación de la mujer, también se viene investigando en Estados Unidos y Europa del Norte el cambio que están sufriendo los valores tradicionales de la masculinidad, sus efectos sobre la identidad masculina y cómo afecta a la relación entre hombre y mujer. Aunque las sociedades occidentales actuales, en su conjunto, todavía se resisten a democratizar su poder respecto de la mujer, la masculinidad parece haber entrado en una profunda crisis.

anhelo, deseo, bienestar, satisfacción, etc., a través del impacto de otro mundo externo, de otra situación sociocultural, frente al ente biopsicológico, que quedó idéntico, si prescindimos de definir el control de natalidad como cambio.»

Somos conscientes de que al incluir estos aspectos contextuales no sólo como premisa, sino como parte importante de las representaciones individuales, subjetivas, que expresan las representaciones sociales y culturales de forma individualizada, la labor terapéutica se complica inevitablemente. Los cambios acelerados en todos los ámbitos, y los resultantes conocimientos nuevos y su difusión inmediata, van por delante de la capacidad de integración, individual y colectiva, de este cúmulo de información hasta hace poco desconocido. Las nuevas posibilidades científicas, constelaciones culturales y sociolaborales, los *modus vivendi,* etc., han cambiado no sólo las aspiraciones potenciales de las nuevas generaciones, sino también sus posibilidades reales. Estas situaciones crean nuevos ideales y frustraciones para ambos géneros. El *carpe diem,* sustentado por un bombardeo de publicidad y de promesas científicas de nuevos paraísos, está reforzando comportamientos individuales y sociales que dejan entrever más las funciones mal integradas del ideal del yo que el funcionamiento de un superyó rígido, que se correspondía a sociedades más estrictamente normativizadas y que se distingue de la permisividad de las sociedades actuales, por lo menos en nuestro mundo occidental de corte democrático.

La relación de las instancias ideales con el desarrollo psicosexual femenino (y masculino)

Llevadas por el estudio del desarrollo psicosexual de la mujer, que se viene apartando de la concepción freudiana de la feminidad, y al descubrir que la moral femenina tipo estaría menos relacionada con el superyó edípico y más determinada por aspectos del ideal del yo que surge en la identificación materna[4], hemos venido cen-

[4] Gilligan, 1977; Alpert y Boghossian, 1992; García de la Hoz, 1996a (en este mismo volumen) y 1998; García de la Hoz (coord.), 2000.

trando nuestro interés en este último concepto, que Freud diluye en 1923 con el superyó al formular la «segunda tópica». A partir de las divergencias de opinión existentes acerca de la consistencia del concepto ideal del yo como instancia diferenciada del superyó en la literatura psicoanalítica, nos llamó la atención el silencio sobre el yo ideal. Lo que sigue a continuación es también un intento de introducir ambos conceptos en el constructo metapsicológico. Somos conscientes de que no aportamos nada nuevo estrictamente hablando. Pero una ubicación correcta tanto del yo ideal como del ideal del yo como funciones del narcisismo primario y secundario respectivamente, permite una comprensión más clara de determinados trastornos narcisistas, e *incluso aspectos narcisistas en cuadros menos regresivos que los trastornos narcisistas de personalidad*.

La investigación acerca del desarrollo psicosexual de la mujer ha puesto de manifiesto la determinación cultural de los contenidos, y también consecuencia de la estructura de las instancias psíquicas que constituyen nuestra personalidad. Freud los había atribuido a la diferencia biológica/anatómica entre hombre y mujer. En su ensayo *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos* (1925) afirmaba: «El superyó [de la mujer] nunca deviene tan implacable, tan impersonal, tan independiente de sus orígenes afectivos como lo exigimos en el caso del varón…, [la mujer tiene] sentimientos de justicia menos acentuados…, menor inclinación a someterse a las grandes necesidades de la vida…, se deja guiar en sus decisiones por sentimientos tiernos u hostiles…» (Amorrortu Eds., XIX, pág. 276), debido a que su anatomía, al compararla con el hombre, denota una «castración real», lo que eliminaría la angustia relacionada con la castración fantaseada del varón que estaría en la base de la formación del superyó. También documenta y teoriza la predominancia de la histeria como patología típicamente «femenina» y su elección de objeto más del tipo narcisista, mientras que la neurosis obsesiva y la elección de objeto por apuntalamiento serían más frecuentes en el hombre y obedecerían a un superyó demasiado severo y sádico, debido a las defensas contra el retorno de las pulsiones edípicas. Desde la perspectiva del ideal del yo, se puede establecer cierta continuidad en la clasificación de estas dos neurosis clásicas con los casos que subsumamos a las «enfermedades de idealidad» como las llama Chasseguet-Smirgel (1975), si tomamos

en consideración que el trauma real y no fantaseado de la histérica[5] no es de carácter sexual, sino que se relaciona con la incapacidad de su madre de adaptarse a las necesidades del yo temprano del infante (Khan, 1983), con lo cual provoca en éste una hiper-idealización del *self* compensatoria y defensiva. En cuanto al obsesivo, la sobreestimación (y minusvaloración/desprecio complementario) del objeto sexual se relaciona también con la excesiva idealización temprana, pero en este caso no tanto del propio *self*, sino del objeto anaclítico o de apoyo. En ambos casos se añade, además, una figura paterna relativamente ausente y/o poco consistente, lo que adquiere aún mayor importancia en las enfermedades de la idealidad.

Desde la perspectiva del ideal del yo se pueden establecer, por ejemplo, ciertos paralelismos entre las experiencias corporales (conversión) en la histeria, y la imagen corporal distorsionada de la anorexia/bulimia, debajo de la cual se rastrean, igualmente, deseos sexuales ligados a toda una serie de temores, que suelen surgir con fuerza en la edad puberal, cuando se reactivan, no sólo los conflictos edípicos no resueltos, sino también aspectos preedípicos que se entrelazan con la búsqueda de identidad adulta, en la que influyen valores estéticos y culturales predominantes a modo de ideales.

Como veremos más adelante, al trazar la génesis y evolución del yo ideal-ideal del yo, cuyos orígenes se ubican en la primerísima infancia y en los primeros años de la vida formando parte del núcleo del *self*, es decir, del sentimiento de sí-mismo y por lo tanto también de la identidad de género, la calidad de estas instancias está en la base de la percepción subjetiva de la feminidad y masculinidad respectivamente. Asimismo, la prevalencia de determinadas patologías en uno u otro género está relacionada con la forma de idealización e identificación que se establecen en el vínculo primario y dual, entre *infans* y sus progenitores. Lo que no había señalado suficientemente el psicoanálisis clásico —aunque Freud apuntó de pasada que la relación de una madre con su infante varón no es la misma que con una hija, y que posible-

[5] Referencia a la «teoría de la seducción», que Freud abandonó en aras de la de las fantasías y deseos de la «niña edípica»

mente la primera fuera más satisfactoria para ella— es precisamente esta asimetría, que se sobrepone a la asimetría *adulto responsable*/infans *dependiente*, y que se encuentra como un factor más en el origen del vínculo diferencial con hijo e hija. Por otro lado, es de sobra conocido que algunas madres son mejores madres para hijos que para hijas, y viceversa, lo que nos coloca ante un fenómeno que se relacionaría con el ideal del yo materno, e implícitamente paterno, y el soñado hijo ideal.

Aspectos genéticos y evolutivos del yo ideal e ideal del yo

Los primeros años

Antes de adentrarnos en la génesis y los procesos evolutivos del ideal del yo tal como los entendemos, haremos un breve recorrido por las diferentes fases que pasa el infante hasta la adquisición de su identidad infantil (alrededor de los tres años), porque la instancia ideal se constituye en sus rasgos básicos en el mismo período. Una vez acometida la estructuración del yo infantil, el niño pequeño estará preparado para afrontar las vicisitudes del complejo de Edipo y la creación de la instancia moral, el superyó, que hunde sus raíces en el ideal del yo, sobre el cual se configura y al que, en el mejor de los casos, integra, pero sin que ninguna de las dos instancias pierdan sus especificidades. Es importante subrayar que el ideal del yo surge en las fases más tempranas de la infancia, formando parte del sentimiento del sí-mismo *(self),* que a su vez es constitutivo del yo en formación, mientras que el superyó sólo puede aparecer después que el yo infantil se haya estructurado. El proceso de formación de la estructura superyoica es mucho más corto que el de la estructura del ideal del yo, que experimentará nuevas transformaciones a lo largo de la infancia y sobre todo durante la adolescencia, antes de adoptar su forma adulta. Como venimos señalando, en una personalidad equilibrada, bien compensada, apenas se manifiestan discordancias entre ambas instancias. Será en las patologías, sobre todo en las de déficit, donde se apreciarán más claramente sus diferencias y aun

los conflictos que surgen entre ambas. Podríamos decir que los contenidos del ideal del yo abarcan los deseos, las ansias y las aspiraciones, mientras que el superyó vela por su adecuación a las normas y prohibiciones sociales y culturales, y delimita los medios permitidos para alcanzarlos.

«La emergencia del aparato psíquico»

La pregunta acerca del nacimiento psicológico del ser humano ha estado presente desde el inicio del psicoanálisis. Freud, en diferentes textos a lo largo de su obra (1912-1913, 1914c, 1921c, 1923b), lo ubicó en el contexto interrelacional grupal y familiar. Investigar el vínculo primordial madre-*infans* no era más que una consecuencia lógica de estos primeros pasos. Dado que los fundamentos de nuestra personalidad adulta se constituyen en los primeros meses y años de vida, en la etapa preverbal, nuestra intelección de la génesis del aparato psíquico sigue basándose, por un lado, en la observación e interpretación del comportamiento infantil y de la interrelación materno-infantil, y por otro «nos vemos obligados a investigar en gran medida sus connotaciones a través de su continuidad en etapas posteriores, o mediante una apreciación de las manifestaciones regresivas» (Bonnard, 1958). Dada la evolución actual, la observación e investigación de las relaciones paterno-infantiles parecen una tarea que seguramente arrojarían una nueva luz sobre ciertos aspectos del desarrollo psíquico.

Actualmente hay un acuerdo según el cual «la salud mental, como la patología, está determinada […] por 1) la dotación de cada niño, 2) la interacción y relación tempranas madre-hijo, y 3) eventos cruciales en el proceso de crecimiento del niño» (Mahler y cols., 1977, pág. 291). Las características de cada uno de estos factores y su interrelación y retroalimentación impiden un desarrollo lineal. El momento de aparición y el tiempo de duración de las diferentes fases por las que debe pasar cada infante en su curso evolutivo, que por otro lado se solapan, no pueden determinarse con precisión, pero se han podido observar tanto tendencias universales, como una infinita combinación de factores individuales e influencias ambientales tempranas. Muchos autores están

convencidos de que existe un impulso maduracional dado e innato de gran fuerza que empuja al infante hacia la individuación. Perturbaciones temporales en cualquiera de las subfases que pueden provocar comportamientos precoces o retrasados en algunas de las áreas psicomotrices, pueden igualmente recuperar y reequilibrarse en fases posteriores, si el ambiente materno y familiar es favorable. Un aspecto puesto de relieve por todos los que tratan este tema es la gran capacidad de *adaptación*[6] del infante en esta etapa inicial. Esto le permite avanzar en su desarrollo aun en ambientes adversos. M. Mahler afirma al respecto: «Desde el comienzo el niño se moldea y despliega en la matriz de la unidad madre-infante. Cualesquiera sean las adaptaciones al niño que la madre pueda realizar, y se muestre o no sensible y empática, estamos profundamente convencidos de que la capacidad adaptativa del niño, como material fresco y maleable, y su necesidad de adaptación (para lograr satisfacción), son mucho mayores que las de la madre, cuya personalidad está firme y a menudo rígidamente constituida, con todas sus pautas de carácter y de defensa» (ibíd., pág. 15).

Mahler subraya tres variables de la *madre*, que son de particular importancia en la configuración, promoción u obstaculización de la adaptabilidad de cada niño, del desarrollo de sus impulsos y de su yo, y del comienzo de estructuración de los precursores de su superyó: 1) la estructura de su personalidad, 2) el proceso evolutivo de la función parental, y 3) la fantasía consciente, pero particularmente la inconsciente de la madre respecto de su hijo. A estas variables, nosotras añadiríamos las variables correspondientes a *la figura paterna*, en primer lugar como pareja de la madre junto a la que interviene de manera activa y pasiva en la conformación del ambiente familiar. En segundo lugar, en su papel de padre que colabora, obstaculiza o se muestra indiferente ante la tarea de maternaje, y ayuda o no al infante en su proceso evolutivo y se ofrece como modelo complementario y/o sustitutivo de identificación. Y por último, como portador de fantasías propias respecto de su hijo/hija.

Creemos, en concordancia con muchos otros autores, que hasta ahora no se le ha dado la importancia que se merece al *rol*

[6] Concepto puesto de relieve en psicoanálisis por Hartmann en 1939.

paterno, y todavía son necesarios muchos estudios teóricos y empíricos al respecto en psicoanálisis, mientras que en el campo social se viene hablando desde hace tiempo de la paternidad responsable —que incluye obviamente al padre en la misma medida que a la madre— y se subraya constantemente la trascendencia que tiene el padre al lado de la madre en la socialización y educación de los hijos. Curiosamente, el descuido del *rol* paterno contrasta con la posición originaria de Freud que se refería más a la imago paterna y al niño varón, sobre quienes construyó su teoría eje del complejo de Edipo, si exceptuamos sus pocos artículos acerca de la sexualidad femenina. Entendemos que la lucha del feminismo académico a lo largo del siglo pasado —y sobre todo a partir de la década de los 60— ha influido fuertemente en la orientación de los estudios psicoanalíticos, lo que permitía rellenar el vacío que existía acerca del papel de la madre, del desarrollo psicosexual de la niña y de la feminidad. Algunos abocaron en sesgos ideológicos tan marcados como lo fueron los del propio Freud. Por otro lado, han contribuido también los avances que se han hecho en los estudios sobre el funcionamiento psicológico de los grupos, poniendo de relieve cómo en los vínculos primarios se reproducen los comportamientos —y patologías— adquiridos en la temprana infancia. En tanto que el infante nace dentro de un grupo familiar ya establecido, está presto a interiorizar dinámicas psíquicas preexistentes (Fonagy, 1999), convirtiéndolos en suyos, en una combinación individual y única gracias a sus propias dotaciones.

«Las fases evolutivas de la primera infancia»

Durante los primeros meses de vida, el infante pasa por una *fase simbiótica* normal que, según Mahler, se refiere a un estadio de interdependencia sociobiológica entre el infante de uno a cinco meses[7] y su madre, un estado de relación preobjetal o de sa-

[7] No hay acuerdo acerca de la duración normal de las fases. Investigaciones ulteriores reducen esta primera fase a cuatro meses, algunos autores incluso a pocas semanas.

tisfacción de necesidades, en el cual aún no se han diferenciado las representaciones intrapsíquicas del sí-mismo y de la madre. Desde el segundo mes el infante se comporta y funciona como si él y su madre fueran una unidad dual omnipotente dentro de un límite único y común (la «membrana simbiótica»), de la cual irá poco a poco saliendo, separándose física y psicológicamente de la dependencia materna —momento en que el papel paterno adquiere gran importancia—, para construir paulatinamente su propia identidad infantil, proceso que óptimamente concluye alrededor de los tres años.

La saturación de la necesidad simbiótica del infante le permite acometer la *diferenciación* corporal y psíquica, en la que juega un papel importante la exploración visual y táctil. Si al principio el infante estaba más centrado en las percepciones sensoriales de su propio cuerpo, ahora su atención se expande hacia el entorno, aumenta su alerta, y su insistencia y orientación hacia fines. Mahler observa que a partir de los siete-ocho meses, «la pauta visual de «verificación de la madre» […] es el signo más importante y bastante regular del comienzo de la diferenciación somatopsíquica, […] parece ser la pauta normal más importante de desarrollo cognitivo y emocional» (ibíd., pág. 69). La creciente capacidad motriz le permite apartarse físicamente de la madre, lo que le ayuda a concebir representaciones mentales objetales diferenciadas y separadas. Suponiendo una dotación normal del infante, la iniciación y el progreso del proceso de diferenciación depende en gran medida de las pautas que establece la madre (o figura materna). Progenitores (o sus sustitutos) con necesidades simbióticoparasitarias y que sobrevaloran al hijo en su situación de dependencia total, pueden retrasar el investimiento libidinal de sus funciones motrices y retrasar con ello la percepción diferenciada de sí-mismo respecto del Otro. Pero también puede ocurrir lo contrario: un comportamiento ambivalente, intrusivo, de «sofocamiento», puede precipitar la toma de conciencia de su ser separado y diferente de la madre y fomentar perturbaciones en tanto que su desarrollo motriz no corre paralelo con sus percepciones intrapsíquicas. Al comportamiento del ambiente de maternaje (que incluye en mayor o menor grado a la figura paterna) pueden sobreponerse una infinita gama de eventos exteriores, o una hi-

persensibilidad del infante en un sector limitado de su percepción sensorial que pueden interferir con un desarrollo normal. A partir del momento en el que el bebé haya establecido un vínculo específico con su figura madre, empieza a interesarse con curiosidad y asombro por el «otro que no es la madre», frecuentemente acompañado de lo que se ha venido llamando «ansiedad ante extraños». Generalmente, la confianza con los demás depende de la interacción placentera con la madre en el vínculo simbiótico precedente.

Lo que según Lacan se llama el *estadio del espejo* en el que el infante se reconoce «con júbilo» como un yo separado y diferenciado de la madre, es en realidad un largo proceso con avances parciales y frecuentes retrocesos en unos u otros campos. A partir del final del primer año y en los primeros meses del segundo, se han podido observar con claridad dos vías evolutivas interrelacionadas, pero que no avanzan necesariamente de manera paralela. Una abarca la individuación, la adquisición de la autonomía intrapsíquica, la percepción, la memoria, la cognición y la prueba de la realidad; la otra se refiere a la diferenciación, el distanciamiento, la formación de límites y la desvinculación de la madre. Todos estos procesos de estructuración convergerán finalmente en representaciones de sí-mismo interiorizadas *(self),* diferentes de las representaciones internas de los objetos (mundo interno imaginario).

El período de *ejercitacíon* se inicia con la más temprana capacidad de alejarse físicamente de la madre, como por ejemplo el gateo, pero alcanza su importancia plena con la locomoción vertical libre. También en esta fase se observa que una previa simbiosis gratificante favorece la evolución, mientras que un apego inseguro dificulta el alejamiento físico de la madre debido a las angustias que suscita la inseguridad. El aumento de la motricidad del infante le permite explorar, ver, tocar, oír más, y enfrentarse más eficazmente con la realidad que le rodea. Pero al mismo tiempo surge la ansiedad de separación con más fuerza en tanto que la madre (o sus sustitutos) sigue siendo el centro de su mundo, y frecuentemente el infante vuelve a ella. Al alcanzar la postura vertical, el infante da el paso máximo en la individuación humana, empieza lo que Greenacre (1950) llamó «idilio con el mundo». «En ese momento comienza un investimiento libidinal en continua progresión que se aplica a las habilidades motrices de

la ejercitación y a la exploración del ambiente que se va ampliando […] La principal característica de este período es el gran investimiento narcisístico del niño de sus propias funciones, su propio cuerpo, y los objetos y objetivos de su "realidad" en expansión» (Mahler y cols., 1977, pág. 84). Estas conquistas narcisistas que fortalecen las funciones de su yo en rápida evolución no sólo le compensan normalmente de las amenazas de pérdida de objeto, sino que le permiten huir de la fusión con la madre. Mágicamente cree que puede prescindir de la madre, o dicho de otra manera, el infante todavía no parece reconocer a la madre como una persona completamente separada y de existencia autónoma, y su presencia alentadora y consoladora sigue siendo muy necesaria para fortalecer su sentimiento de seguridad: Frecuentemente se acerca a ella como si un breve contacto corporal pudiera «abastecerle de combustible».

Se ha señalado repetidamente que la importancia de la postura vertical y la marcha, para el desarrollo emocional del niño, no se puede sobreestimar. Piaget (1936) considera la adquisición de la locomoción vertical libre, acompañada del desarrollo cognitivo alcanzado en esta etapa, como el inicio de la *inteligencia representacional*, que culminará en el juego simbólico y en el lenguaje. Esta etapa tiene un gran significado simbólico para la madre y el infante: La madre puede sentirse orgullosa de su hijo/a y apoyar y alentarle en este paso crucial hacia la independencia, pero también puede sentirse ansiosa por esa «pérdida del hijo», dar muestras de excesiva preocupación y sentirse tentada de demorar la independencia psíquica y física de su bebé con comportamientos excesivamente controladores y proteccionistas. El sentimiento de seguridad en sí mismo que experimenta el niño en el primer caso puede facilitarle el abandono de su necesidad de control omnipotente y mágico sobre la madre en aras del placer en la propia autonomía, reconocida por ella, y de su creciente autoestima. En cambio, una madre con excesivas necesidades simbióticas o con miedos ante las nuevas hazañas de su retoño puede obstaculizar seriamente este proceso de despegue.

Al enfrentarse cada vez más con la realidad exterior, el infante se vuelve más sensible a las frustraciones y a su continuada necesidad de los auxilios maternos. Esto le provocará frecuentes heri-

das narcisistas, desilusiones, enfados y comportamientos agresivos. También se observa un aumento de la ansiedad de separación, primero como temor a la pérdida del objeto, y más adelante como temor a la perdida de su amor, debido a sus propios sentimientos de odio y agresión que surgen a raíz de la percepción más clara de su indefensión y dependencia por un lado, y por otra parte ante el constante miedo de re-fusionarse con la madre y perder su reciente autonomía. Necesita una y otra vez cerciorarse de la presencia física, la disponibilidad emocional y el amor incondicional de su madre. Ahora se acerca a la madre buscando el contacto corporal deliberadamente, igual que en otros momentos decide evitarlo. Mahler denomina esta fase de *acercamiento* cuyo inicio se ubica entre los quince y los veinticuatro meses, dependiendo de la edad en la que el infante había adquirido su plena capacidad locomotriz vertical autónoma.

En esta fase, el infante defiende su recién adquirida autonomía de múltiples maneras, tanto con el «no» del negativismo de la fase anal, que se caracteriza por el aprendizaje del control de los esfínteres (retener y expulsar) en el ámbito de lo corporal, lo que implica en el plano psíquico la ejercitación de su impulso de apoderamiento *(Bemächtingunngstrieb):* puesta en escena de su voluntad, deseo de ser activo y efectivo (aprender), «lucha por el poder» y control sobre sí-mismo y los otros. También usa conductas de cortejo y seducción, o renegando de su dependencia. Muchos autores coinciden en que la renegación se observa más acentuada en el niño varón, relacionándola con una mayor actividad motriz que a su vez estaría anclada en la genética masculina, que por otro lado también favorecería aspectos agresivos. En cambio, la niña que se ha venido considerando como más pasiva, menos agresiva, no podría recurrir con la misma facilidad a la renegación de la dependencia, por lo cual se intensificaría la depresión anaclítica. Una vez más, las investigaciones más recientes parecen confirmar la prevalencia de los aspectos culturales sobre los biogenéticos. Partiendo del postulado de una identificación femenina primaria, parece lógico deducir que la especularización normal entre la niña y su madre es más fuerte y más duradera que entre madre e hijo. Las observaciones empíricas de las relaciones entre madres y sus hijos e hijas han dejado claro que la mayoría de las madres, por

ejemplo, alientan espontáneamente más el juego activo y menos la expresión de quejas y sentimientos de dependencia en sus hijos varones que en sus hijas. Además, el niño se dirige con más facilidad que la niña hacia el padre, encontrando pronto en él un objeto identificatorio más adecuado. La clínica y también la literatura cuentan historias de mujeres que habían destacado, sobre todo dentro de un contexto sociocultural tradicional que asignaba a las féminas casi exclusivamente tareas de hogar y crianza, por sus logros considerados «masculinos». Podemos rastrear en muchas de estas historias padres, y también madres, que deseaban que esa hija fuera hijo, o simplemente madres, y también padres, que permiten y aún fomentan en sus hijas comportamientos similares que en sus hijos. *Mutatis mutandis*, si un niño varón se identifica en sus primeros vínculos predominantemente con figuras parentales que transmiten valores que implican pasividad, dependencia, sumisión y control de la agresividad, su identidad adulta seguirá marcada por estos valores.

El infante que experimenta y pone a prueba su *voluntad* y su capacidad de actuar, expresa la necesidad de ser reconocido como *sujeto de deseo*. En el plano psíquico, la representación de sí-mismo adquiere autonomía respecto de la representación del objeto. El proceso de individuación que avanza rápidamente en esta fase, está marcado por ciertas contradicciones y tensiones en el comportamiento y en el sentir del niño, que son tanto más drásticas cuanta más inseguridad experimenta en la relación con su madre: Al ejercitar y poner a prueba su voluntad y su autonomía hasta el límite, se da cuenta de la creciente separación física y psíquica y recurre a todo tipo de mecanismos para afrontar y compensar su separación real de la madre. Intenta por momentos restablecer la unidad dual simbiótica y la engañosa omnipotencia parental con la que se identifica y a la que idealiza. Sigue a su madre a todas las partes o, al contrario, huye, esperando que ella le retenga o alcance, y le exige que comparta todos los aspectos de su vida. «Durante la fase de aproximación, el infante vive su propia actividad y voluntad como contrapunto frente a un objeto parental más poderoso y también frente a su propia indefensión. Ahora, la autoestima de un niño puede sufrir daño debido al reconocimiento de que no tiene poder sobre la madre y que mucho

de lo que hace, de ninguna manera es una ampliación de su propio poder. La reparación de su autoestima ha de ocurrir por la confirmación de la madre que él puede hacer cosas reales en un mundo real.» (Benjamin, 1986) La disponibilidad de la madre cuando él la necesita, y su compromiso emocional a dejar que se separe de ella alentándole suavemente, no sólo facilitan el despliegue de los procesos de pensamiento, la prueba de realidad, la conducta imitativa y la inclusión activa de otras personas en su mundo, sino que «puede ser incluso un elemento *sine qua non* de la individuación normal (sana)».

La importancia del papel del padre

La mayoría de los autores subraya la importancia de la fase de acercamiento. Asimismo, cada vez se recalca con mayor insistencia el peso específico que empieza a tener el padre a partir del momento en el que el infante sale de la fase simbiótica y es capaz de separarse físicamente de la madre. En la fase de acercamiento se constituye, en sus fundamentos, casi todo lo que nos caracteriza de adultos, incluyendo la mayoría de nuestras patologías psíquicas, aunque muchas de ellas eclosionarán sólo a partir de la adolescencia.

Tradicionalmente, debido a una distinción más clara de los diferentes *roles* en la familia y la sociedad, el padre/hombre ocupaba —y sigue ocupando mayormente— un lugar diferente que la madre/mujer como objeto de amor, de identificación y de idealización. Actualmente, las estructuras familiares, y con ello los *roles* familiares y sociales, están sometidos a cambios profundos en las sociedades occidentales. Ante los valores cambiantes y las exigencias nuevas para ambos sexos/géneros, niños y niñas ya no encuentran modelos seguros de identificación, lo que se traduce en procesos madurativos más complejos y acaso más traumáticos, sobre todo en la adolescencia, cuando unos y otras deben encontrar su identidad adulta. Todavía hay pocas investigaciones que dan cuenta del papel cambiante de los padres y de las nuevas formas de crianza (padres que asumen la función materna, familias monoparentales, parejas con hijos de diferentes matrimonios, casas cuna, etc.) y sólo pode-

mos basarnos en lo que observamos en la clínica de manera retrospectiva. Ésta nos enseña que el padre no sólo es importante en el papel que simboliza la ley, el mundo exterior y como modelo de identificación masculina para el hijo varón, sino de muchas maneras también para su hija. Para ambos, la figura paterna puede constituirse en ese Otro separado y diferenciado del objeto materno, con el cual también se establece tempranamente un vínculo dual, pero de calidad y con contenidos diferentes, y con el cual niño y niña se identifican e idealizan fuertemente.

«La maternidad sobre el pedestal»

Se ha venido señalando en diferentes contextos que la perversión sexual —una sexualidad pre-edípica fuertemente teñida de pulsiones anal-sádicas— se encuentra predominantemente del lado del hombre: incesto, fetichismo, pornografía, prácticas sadomasoquistas, pedofilia, etc., mientras que se sigue renegando de la perversión femenina al poner la maternidad sobre un pedestal. Demasiado frecuentemente, la insatisfacción sexual y la falta de comprensión de sus necesidades y deseos en su relación con el compañero, así como la incapacidad real y fantaseada para alcanzar metas más allá de la maternidad que absorban parte de su libido y que le den sentido a su vida, hacen que la mujer-madre busque inconscientemente compensación en la relación con su hijo/a.

«La madre sexual»

La madre representa cuidado, protección, unión, dependencia. Aún hoy, y a pesar de la liberación sexual y la emancipación de la mujer, parece difícil pensar en la madre como sujeto deseante, como sujeto sexual activo: «La madre existe para servir a los intereses del infante; la imagen de su poder sexual es demasiado molesta como para poder reconocer su renegación[8] como tal. […] ni

[8] Se trata de la renegación de la sexualidad de la madre en nuestra cultura

siquiera en el psicoanálisis se contempla a la madre como sujeto sexual; su símbolo de poder es el falo prestado, que pierde en aquel momento en que se convierte en la madre edípica, castrada» (Benjamin, 1986). Una lectura atenta de la literatura existente sobre la sexualidad femenina, y no sólo desde la perspectiva psicoanalítica, desvela que las teorías de la sexualidad y la feminidad vienen determinadas por la capacidad reproductora y el *rol* de madre y su prolongación en ámbitos de cuidado y educación, y nunca por ser mujer que, además de constituirse en objeto sexual para el hombre, también es sujeto deseante, y que puede, en condiciones favorables, desarrollar una sexualidad genital adulta. En otras palabras, parece que hasta hoy mismo, la visión de la sexualidad femenina y la feminidad normales se basaran en una concepción originada en las necesidades, los deseos y las fantasías infantiles.

El masoquismo femenino patológico y la perversión femenina están directamente relacionados con la fuerte represión cultural de su sexualidad genital y su capacidad de ser activa (que en el polo negativo se expresaría como violencia[9] y agresividad). Podríamos preguntarnos en aras de qué deseos masculinos la sexualidad de las esposas-madres se haya reducido a la pasividad pre-edípica, mientras que las fantasías —y prácticas— sexuales más atrevidas tienen por objeto mujeres públicas. ¿Podría ser que la mujer con una sexualidad adulta, genital, no masoquista, rechazara llevar el peso que implica tener hijos? ¿Que el deseo de hijo sólo surge desde la insatisfacción sexual? ¿Y que la insatisfacción sexual se ensaña con el hijo inconscientemente al retornar la sexualidad reprimida de forma disfrazada?

Sin embargo, es perentorio que la madre no satisfaga sus deseos sexualizando la relación con su hijo (con una hija, ese peligro parece menor), haciéndole creer que él pueda ocupar el lugar

---

de la doble moral, que santifica la maternidad (la inmaculada concepción) al tiempo que fantasea con la *femme fatale:* la propia madre y la propia mujer son «santas», la ajena una puta.

[9] Violencia entendida como abuso de poder de cualquier tipo sobre otro u otros.

del padre. Si esto ocurriera —y desgraciadamente ocurre en menor o mayor medida en aquellos casos en que el progenitor del infante o una figura masculina adulta accesible no es el objeto del deseo sexual de esta madre, o dicho de otro modo, en aquellos casos en que el deseo de la madre se ha quedado atrancado en lo pre-edípico— si esto ocurriera, repetimos, el camino hacia la perversión estaría abierto, al desplegar en la intimidad de la relación madre-hijo/a formas de sexualidad imaginaria, narcisista, de omnipotencia y completud. Desde ellas puede proyectar sobre el hijo imágenes de «hombre ideal», al tiempo que transmite desprecio y/o temor respecto del hombre real. En una hija, este tipo de vínculo materno puede obstaculizar su identificación con valores paternos, y reafirmarla en su sentimiento de omnipotencia al participar, vía identificación, del poder materno. Pero este poder sólo es capaz de reproducirse a sí-mismo, sin alcanzar a través de él más que sentimientos de fracaso, de pérdida de autoestima y de desvalimiento. Hiperactividad y/o agresividad (actuada, o en forma de masoquismo) son frecuentemente síntomas de la falta de logros narcisistas adecuados: fingir actividad (como autoengaño) para negar la pasividad que remite a la situación de dependencia e indefensión primarios y al poder del Otro.

«El poder de la madre frente al poder del padre»

Para el infante, niño o niña, esa madre, a la que se le ha negado cualquier tipo de poder real, incluido el poder sexual, tiene poder en tanto que él proyecta su sentimiento de omnipotencia sobre ella y porque efectivamente depende de ella, lo que la madre puede potenciar porque un/a hijo/a puede darle la sensación de completud y poder. Lo que la teoría ha llamado «madre fálica» (la madre poderosa) suponemos que es válido para el niño varón que inicialmente puede creer que ella es igual a él mismo, que tiene pene, hasta que descubre la diferencia anatómica[10] (aquí

[10] Renegar de la falta de pene en la madre puede llevar al fetichismo, donde el fetiche siempre simboliza el pene de la madre.

queda patente cómo una fantasía infantil ha tenido consecuencias teóricas). Dudamos que la niña tenga fantasías similares, ya que ella también imagina a la madre igual a ella misma. Sus fantasías se centran más en la madre que recibe el pene del padre, y más todavía en los niños que puede albergar en su seno, es decir, en la capacidad reproductora, y envidiarla por ese poder. También el niño varón puede envidiarla por lo mismo. Las fantasías infantiles de omnipotencia y completud ancladas en el narcisismo primario y representadas por el yo ideal, hacen desear a niño y niña por igual lo que no tienen, no «en lugar de», sino «además de»: las niñas el pene del padre y los niños la capacidad reproductora de la madre —sólo que a Freud parece habérsele escapado el deseo del niño pequeño. Su ecuación «niño = pene» en su teoría sobre la sexualidad femenina ha dado lugar a la confusión entre «pene», miembro viril, y «falo», símbolo cultural[11] del poder ejercido tradicionalmente por el portador de la concreción anatómica del falo, el pene. Si en lugar de la «envidia del pene» pusiéramos «envidia del falo», o sea «envidia del poder», poder para tomar decisiones sobre sí mismo y actuar en consonancia, poder para ser sujeto volitivo y del propio deseo, algunas confusiones teóricas acerca de la feminidad se resolverían. Si además consideramos que para la mujer su único poder ha sido tradicionalmente simbolizado por el hijo[12] —que no la hija— comprendemos que los contenidos que dan vida, que forman y deforman nuestras estructuras psíquicas están determinados por los valores culturales. Muchas de las «enfermedades de la idealidad» se podrían comprender a partir de la elucidación de las luchas de poder soterra-

[11] Si damos crédito a las investigaciones (antropología, arqueología, lingüística) que apuntan a un reparto diferente del poder a favor de la mujer en el lejano pasado, precisamente debido a su capacidad de (pro)creación, envidiada por el varón y compensada mediante creaciones culturales, los símbolos de fertilidad femenina —pechos y vientre abultado— y la proliferación de vocablos de uso común, cuyo étimo se refiere al cuerpo femenino, son anteriores a los símbolos masculinos (Fester y cols., 1979).

[12] Culturas que permiten el repudio de las mujeres que no tengan hijos varones, leyes de sucesión que favorecen a los varones, etc.

das entre hombre y mujer que se articulan sobre la envidia, la venganza y los temores mutuos fuertemente renegados.

«La presentación del padre»

Desde Lacan se ha venido señalando el peso que tiene *la presentación del padre por parte de la madre*, que tiene que ver con el modo en que la madre introduce la figura del padre en la relación dual con su bebé, que depende a su vez de sus propios deseos, más inconscientes que conscientes, respecto de su pareja y de sus imagos masculinas significativas internalizadas. Entendemos que por ello, por ejemplo la imago de un padre ausente pero deseado o añorado por la madre y presente en sus relatos, se interioriza como más consistente por el niño pequeño que un padre presente poco valorado y excluido del vínculo dual materno-filial. En esos últimos casos, dependerá en gran medida del deseo y la disposición del propio padre si logra ocupar activamente su lugar frente al hijo/a. La percepción por parte del infante y niño pequeño de la presencia/ausencia del padre —igual que de la madre— que se configura en y por las interrelaciones familiares, influirá en las identificaciones que el infante hará con uno y otro de sus figuras parentales y las idealizaciones correlativas que efectuará de ellas y de sí-mismo. La inexistencia —o mejor dicho, la existencia vilipendiada o callada— en el caso de algunas mujeres solteras o abandonadas por, o que han abandonado a, su pareja, no impedirá que el infante y niño pequeño se represente imaginariamente a su progenitor de una u otra manera, sin poder contrastar sus fantasías con la imagen real. Nuestras capacidades relacionales adultas con un género y otro, con individuos y grupos, se sustentan sobre nuestros vínculos reales e imaginarios primarios interiorizados. El que la Naturaleza haya adjudicado a la mujer un papel más activo en el proceso procreativo, es decir embarazo, parto y lactancia, no significa que por ello sea la única responsable de la relación primordial materno-infante. La relación que va a establecer con su bebé depende por un lado de sus propias experiencias vitales, de sus deseos y carencias. Pero por otra parte, experiencias, deseos y carencias operan en la elección de pareja de

modo recíproco, evidentemente con el riesgo de no acertar plenamente al escoger su «media naranja». Se ha llegado a afirmar, y no sin razón, que el hijo puede llegar a constituir el síntoma de la relación de pareja. Dicho de otra manera, la figura del padre, presente o ausente, activo o pasivo, colaborador, obstaculizador o indiferente, adquiere para las representaciones, identificaciones e idealizaciones, y por ende para la futura identidad de ambos, niño y niña, la misma importancia que la madre.

«Los valores cambiantes de feminidad y masculinidad»

Constatamos que no podemos hablar de la feminidad sin referirnos a la masculinidad[13] y viceversa; una se moldea y se recorta sobre la otra. Haga lo que haga un padre o una madre, siempre tendrá consecuencias para el hijo o la hija. A la vista de determinadas patologías, podemos descubrir *a posteriori* carencias y conflictos cuyos orígenes están, en la mayoría de los casos, en una interacción entre factores familiares y sociales, además de las dotaciones del propio niño. Este conocimiento subraya la importancia de un padre cercano que se puede convertir en ese Otro auxiliar presente y tangible que permite a la niña tanto como al niño, distanciarse de la dependencia y la fusión con la madre, ambas necesarias en los primeros meses de la vida, sobre todo a partir de la fase de aproximación. Sólo así el padre se irá convirtiendo

[13] El desarrollo que atraviesa el proceso de la búsqueda de valores femeninos acordes con los cambios a que están sometidas las relaciones entre mujeres y hombres han puesto de manifiesto que es igualmente necesario redefinir la masculinidad. Muchos autores, sobre todo en países anglosajones (EEUU, Alemania), consideran que los valores masculinos están sometidos a una fuerte dicotomización entre el ámbito público (social, laboral y político) donde prevalecen todavía los valores tradicionales, y el ámbito privado (familia, relaciones personales), en el que se están exigiendo valores que históricamente se consideraban femeninos. Esta situación lleva cada vez a más hombres al sentimiento de fracaso en uno u otro ámbito, o ambos a la vez. Las investigaciones en curso sugieren que ambos, hombres y mujeres, deberían aprender a ceder parcelas de sus respectivos poderes y democratizar las responsabilidades.

paulatinamente en modelo de identificación real, con todas sus virtudes y defectos, y no fantaseado, envidiado, y por ello excesivamente idealizado.

Mientras persistan predominantemente las representaciones tradicionales de feminidad y masculinidad[14], el pene paterno, como símbolo diferenciador de la madre (y sólo en fases posteriores como representante del poder fálico), no sólo mantendrá su plena importancia para separarse del poder materno primario para ambos, niño y niña, como han puesto de relieve varias autoras (Torok, 1964; Chasseguet Smirgel, 1975; Dinnerstein, 1987; Chodorow, 1978). También seguirá siendo un atributo del sujeto sexual deseante. El padre, para su hijo varón, puede servir por lo tanto desde muy tempranamente, como modelo de identificación para el futuro amor objetal hacia la madre que iniciará el complejo de Edipo. En la niña, esta identificación paterna puede encontrar obstáculos: ante un padre que no es capaz de darle las necesarias confirmaciones narcisistas que le permiten confiar en su propia capacidad de desear y actuar, idealizará excesivamente los valores que representan para ella la masculinidad, y la «envidia de pene» estará servida. Al mismo tiempo, puede intensificar la identificación con la madre al hacerla sentir partícipe del poder materno.

Las estancias ideales

«El porqué del yo ideal»

En el caso de una evolución normal del infante[15] y niño/a pequeño/a, los aprendizajes, interiorizaciones y estructuraciones de una fase evolutiva anterior se integran en los de la fase siguiente. Serán las fallas, déficit por omision y/o exceso del ambiente de

---

[14] Su persistencia transgeneracional sólo cederá de forma lenta si se sigue progresando en la equiparación social entre hombre y mujer. Cualquier paso atrás en la progresiva emancipación generalizada de la mujer volvería a reafirmar la visión clásica de feminidad/masculinidad.

[15] Infante o *infans:* niño/a antes de adquirir el lenguaje.

maternaje, y aun las normales imperfecciones y frustraciones que escalonan los vínculos primarios, las que marcarán a su vez los puntos de fijación a los cuales se volverá en un futuro, siempre que la dinámica psíquica libidinosa y agresiva tropiece con situaciones que despierten angustias de fragmentación que acompañaron tempranas frustraciones, privaciones o conflictos no suficientemente integrados. Estas regresiones, y las repeticiones correlativas, a fases anteriores demuestran que nunca se abandonan del todo las fases primitivas del desarrollo y su dinámica, y que éstas siempre acechan, incluso en estructuras yoicas bien equilibradas, o por lo menos suficientemente bien compensadas. De ahí que nos hemos propuesto investigar las circunstancias en las cuales se origina el yo ideal, como función psíquica narcisista que está en la base del ideal del yo y posteriormente del superyó que se construirá sobre aquellos.

«Recuperando el yo ideal freudiano»

En el Apéndice de su monografía sobre el ideal del yo, Chasseguet-Smirgel (1991, págs. 245 y sigs.) hace una compilación comentada de los textos de Freud en los que éste habla del ideal del yo, y afirma: «Al término de esta reseña, quiero decir unas palabras sobre el "yo ideal". Bien entendido que no se trata de un concepto freudiano. La lectura más atenta de los textos de Freud no permite detectar la menor diferencia entre *Idealich* o *Ichideal* (es decir, entre yo ideal o ideal del yo). Sólo apasionados exegetas han podido empeñarse (en Francia) en encontrar un sentido a lo que no es sino *un artificio de lenguaje destinado a evitar la repetición* (la cursiva es nuestra)» (pág. 270). Evidentemente, su crítica se dirige a Lacan, sin mencionarlo explícitamente, y se refiere al siguiente texto de Freud (1914c):

> Y sobre este yo ideal recae ahora el amor de sí-mismo de que en la infancia gozó el yo real. El narcisismo aparece desplazado a este nuevo yo ideal que, como el infantil, se encuentra en posesión de todas las perfecciones valiosas. Aquí, como siempre ocurre en el ámbito de la libido, el hombre se ha mos-

> trado incapaz de renunciar a la satisfacción de que gozó una vez. No quiere privarse de la perfección narcisista de su infancia, y si no pudo mantenerla por estorbárselo las admoniciones que recibió en la época de su desarrollo y por el despertar de su juicio propio, procura recobrarla en la nueva forma del ideal del yo. Lo que él proyecta frente a sí como su ideal es el sustituto del narcisismo perdido de su infancia, en la que él fue su propio ideal.

Respecto a este párrafo, leemos en el Seminario I sobre el Ideal del Yo y Yo-ideal de Lacan (1981, pág. 203) lo siguiente: «Figuran pues aquí las dos expresiones, yo ideal e ideal del yo. Dado el rigor de la escritura de Freud, uno de los enigmas de este texto […] es la coexistencia, en el mismo párrafo, de los dos términos […] Y Freud emplea aquí *Ich-Ideal*, que es exactamente simétrico y opuesto al *Ideal-Ich*. Signo de que Freud designa aquí dos funciones diferentes.» Como sabemos, Lacan consideraba que el yo ideal pertenece al plano de lo imaginario, y el ideal del yo al simbólico.

Sin duda, una lectura atenta, tanto del texto freudiano como del de Lacan, pueden provocar reparos: En el caso de Freud, el primer «yo ideal» («Y sobre este yo ideal recae ahora…») debería ser «ideal del yo», o por lo menos debería especificarse desde el principio que se trata del nuevo «yo ideal», que se ha transformado en «ideal del yo» para ser coherente con las frases inmediatamente anteriores: «Podemos decir que uno ha erigido en el interior de sí un *ideal* por el cual mide su yo actual, mientras que en el otro falta esa formación de ideal. La formación de ideal sería, de parte del yo, la condición de la represión.» Si algo se mide por algo diferente, estamos en el plano simbólico, es decir, se trataría del «ideal del yo». Lo mismo vale para el segundo «yo ideal»: «El narcisismo aparece desplazado a este nuevo yo ideal que, como el infantil[16], se encuentra en posesión de todas las perfec-

[16] Es preciso señalar que en muchos textos Freud usa el término «infantil» o equivalentes sin especificar el momento cronológico genético y/o evolutivo, lo que ha llevado a no pocas confusiones. Volveremos más adelante sobre este aspecto.

ciones valiosas». El «infantil» es el «yo ideal» y el «nuevo» es el «ideal del yo».

¿Significa esto que Chasseguet-Smirgel está en lo cierto y que Freud no hace más que evitar repeticiones? ¿Ha puesto Lacan algo en este texto que es exclusivamente suyo, atribuyéndolo a Freud? Creemos que podemos afirmar que ni lo uno ni lo otro. Ciertamente, en palabras de Lacan, el texto de Freud es enigmático, y desde un punto de vista puramente semántico, quizás Chasseguet tenga razón, pero no desde el contenido subyacente, latente, en tanto que Freud efectivamente habla de dos funciones diferentes. Por otro lado, Lacan relaciona el ideal del yo fundamentalmente con la palabra y su simbolismo. Pero creemos que el estadio en el que se inicia la constitución del ideal del yo es anterior al aprendizaje del habla y que la confirmación narcisista por parte de los objetos-otro, fundamentalmente la madre y el padre, acontece en primer lugar a través de un lenguaje corporal, preverbal (incluyendo la prosodia y la mirada como aspectos importantes), a través de un ser, un estar y un hacer (estética materna) antes del hablar. Posteriormente, será importante la coincidencia o no del mensaje hablado con el mensaje actuado, corporal (doble vínculo cuando falla la coincidencia). En cuanto a la comprensión del yo ideal, la perspectiva lacaniana, que lo incluye en el plano de lo imaginario como uno de los planos fundantes de nuestro aparato psíquico, es enriquecedora, mientras que Chasseguet se ha ceñido a estos pocos párrafos de Freud donde aparece el término «yo ideal», lo que ocurre realmente en poquísimas ocasiones, cinco, máximo seis veces. Al contrario, Lacan, más que al término en sí, ha tomado en cuenta la diferencia que Freud establece entre narcisismo primario y narcisismo secundario y recupera el «yo ideal» precisamente como función del primero, aun cuando todavía no se puede hablar propiamente de un «yo» estructurado.

Unas páginas antes de la cita anterior de Freud, éste escribe esas frases tan frecuentemente citadas: «Es un supuesto necesario que no esté presente desde el comienzo en el individuo una unidad comparable al yo; el yo tiene que ser desarrollado. Ahora bien, las pulsiones autoeróticas son iniciales, primordiales; por tanto, algo tiene que agregarse al autoerotismo, una nueva acción psíquica, para que el narcisismo se constituya» (Freud, 1914c). Es precisa-

mente esa nueva acción psíquica de primer orden que permite pasar del yo ideal al ideal del yo, del plano imaginario al plano simbólico: el narcisismo (secundario) se constituye con la nueva capacidad psíquica de diferenciar gradualmente entre un «adentro» y un «afuera», un «yo» separado y diferenciado de un «no-yo». La falta o la inadecuación de esta diferenciación determina nada menos que la diferencia entre estados psicóticos y límites de mayor o menor gravedad. De alguna manera, parece que Chasseguet lo intuye, porque escribe a continuación de su cita anterior: «No obstante, Nunberg, y tras él, cierto número de autores (en Francia, citemos sobre todo a Lagache), han intentado distinguir dos nociones en el interior del ideal del yo, basándose no en una interpretación errónea de los textos freudianos, sino en lo que les ha parecido ser una realidad clínica. Para Nunberg (1932), el yo ideal corresponde al yo todavía desorganizado que se siente unido al ello. Sería el yo del niño pequeño, y también el que encontraríamos en ciertos accesos catatónicos o maníacos, en la demencia y hasta cierto punto también en las neurosis […] En la fantasía de "retorno al seno materno", el individuo trata de realizar ese estado ideal de su yo […]» Para Daniel Lagache (1966), tiene interés distinguir el yo ideal del sistema ideal del yo-superyó. «El yo ideal, concebido como un ideal narcisista de omnipotencia, no se reduce a la unión del yo con el ello sino que lleva consigo una identificación primaria con otro ser, investido de omnipotencia, es decir, la madre» (pág. 270-271). Y sigue la autora: «Por mi parte, no creí necesario distinguir entre ideal del yo y yo ideal, en la medida en que cualquier estudio del ideal del yo implica el de los diferentes modos de reconquista del narcisismo perdido. Que algunos de esos modos sean regresivos, que otros coincidan con las adquisiciones del desarrollo, he ahí justamente lo que me he propuesto mostrar, entre otras cosas» (pág. 271). Creemos que es útil distinguir una regresión al yo ideal (narcisismo primario) de una regresión al ideal del yo (narcisismo secundario), en tanto que la primera excluye una relación de objeto, mientras que en la segunda, la relación de objeto existe, aunque de forma dual y narcisista. Por otro lado, es una lástima que no lo hiciera en tanto que complica mucho la comprensión de algunas de sus tesis dentro de un texto por lo demás muy sugerente.

«El ideal y la idealización»

Etimológicamente, «idea»[17], «ideal», «idealización» tienen la misma raíz. Podríamos decir que el infante «ve» lo que le pasa y lo que pasa a su alrededor: se hace una «idea» en el sentido de representación o imagen mental de sus vivencias. Podríamos precisar más: en tanto que las vivencias del infante van y vienen, en determinado ritmo y fuera del alcance de su voluntad, él hace un esfuerzo por convocar las experiencias gratificantes a discreción porque le deparan tranquilidad, bienestar y seguridad, y poco a poco —gracias a la constancia objetal[18]— consigue retenerlas mentalmente como idea, es decir las «idealiza», al tiempo que se reconoce en esas vivencias gratificantes y su «idealización» como lo que quisiera ser siempre, alejando de esas representaciones lo displacentero y por ello persecutorio, porque fragmenta ese estado idealizado y amenaza el sentimiento de ser: se identifica, no con lo que es en su totalidad, sino con esa parte placentera.

«La génesis del ideal individual arcaico: representaciones de las vivencias en el marco del vínculo simbiótico madre/*infans*»

Es lógico suponer que prefiere la vivencia directa, corporal, y sólo recurre a la idea o representación en ausencia de aquella. Un maternaje suficientemente bueno, empático, que interpreta más o menos correctamente las necesidades del bebé, le confiere confianza en sí-mismo y le hace creer en su omnipotencia. Imaginemos por un momento que él siente hambre o la necesidad de estar

[17] «Idea» del griego: apariencia, forma, modelo, proveniente del indoeuropeo «wid-es-ya»: apariencia, lo que se ve.

[18] Maternaje suficientemente empático con las necesidades del infante, con un ritmo pautado y regular que le permiten confiar en la presencia del objeto materno suficientemente eficaz para que pueda superar sus ausencias sin demasiados miedos a ser abandonado.

acompañado. Entonces recrea idealmente el acto de alimentación («pecho bueno», M. Klein) o ese abrazo y esa cara que es capaz de devolverle seguridad y tranquilidad, y ¡mira por donde!, todo ello aparece como por arte de magia. Esta dinámica crea el sentimiento de omnipotencia. Pero a veces, eso también lo va aprendiendo pronto, no basta con idear el pecho bueno, hace falta hacer más cosas, una sonrisa, un sonido de llamada de atención, a veces quejarse, llorar un poco, y en el peor de los casos chillar. Cuando ocurre esto último, el infante berrea no ya por hacer aparecer el pecho bueno, sino porque el hambre llega a molestar, y esto asusta, y los propios gritos también asustan; y además la idea del «pecho bueno» y el sentimiento de omnipotencia se escapa[19]. Aparecerá la angustia que irá en aumento si alguna acción proveniente del exterior no pone remedio, y existirá la amenaza de fragmentación de su sentimiento de ser (Winnicott,1965). Una de las principales defensas ante tales situaciones: El bebé se aferra a las representaciones placenteras, sobredimensionándolas, la idealización excesiva.

Existen obviamente otras posibilidades de pérdida de vivencias gratificantes. En el caso de la alimentación retrasada, el placer obtenido por la satisfacción del hambre puede verse mezclado con un sentimiento de displacer y agresividad debido a la angustia por no ver atendida la necesidad en el momento adecuado. En el de una alimentación anticipada, el placer potencial de la satisfacción oportuna de una necesidad se ve reducido por tener que alimentarse sin suficientes ganas. En ambos casos, los «objetos buenos» introyectados[20] no tienen la necesaria consistencia y corren el peligro de dispersar o perderse, y se sienten atacados, con la amenaza de ser anulados por las angustias y las amenazas de

---

[19] Debido a la inmadurez neuronal del recién nacido, no es capaz de retener mentalmente percepciones sensoriales (imágenes, sonidos, etc.) más allá de un corto espacio de tiempo. La paulatina maduración neuronal y las repeticiones rítmicas de estas percepciones le permiten poco a poco «acordarse» durante lapsos de tiempo más largos.

[20] Siempre que se habla de introyectos, nos referimos a la representación que engloba la calidad de la interrelación madre/infante y los afectos ligados a ella, además de la ingesta material.

fragmentación. Todo ello dificulta una progresiva tolerancia a la angustia, incita a una escisión[21] más acentuada que lo necesario entre representaciones placenteras y displacenteras, que sirve para proteger lo bueno/gratificante de lo malo/persecutorio. Si estas situaciones se *repiten* con demasiada frecuencia, el infante creará un yo ideal sobreidealizado que no será suficientemente sólido y firme, y basado en satisfacciones reales consistentes que potencien el sentimiento de sí-mismo de omnipotencia tan necesario para la creación de una suficiente confianza básica en sí-mismo y posteriormente en los otros, y de un narcisismo equilibrado que estará en la base de la futura autoestima.

Para decirlo con otras palabras, las representaciones, es decir las «ideas», las imágenes idealizadas de las vivencias gratificantes, dependerán de la calidad y cantidad de las experiencias placenteras y displacenteras, que a su vez llevarán la impronta de su constitución biogenética y de la calidad del maternaje, que incluye el vínculo con la figura materna y el medio en que ésta se desenvuelve. Pero en tanto que el infante aún no distingue claramente entre un adentro y un afuera, ni tiene todavía estructurado su esquema corporal, la incipiente consciencia de sí-mismo —no como un «yo» en oposición a un «otro», sino como un «todo» confundido, fusionado—, se refleja en esas representaciones del estado ideal de plenitud y omnipotencia, del cual se escinden las representaciones de vivencias displacenteras y angustiantes. Conjeturamos que Freud podría haber pensado en este monto de experiencias negativas, imposible de proyectar en un afuera todavía no aprehendido, cuando habló de la *Urverdrängung* (represión primordial/arcaica) un tanto enigmática.

Creemos por lo tanto que es lícito darle el nombre de *yo ideal* a la función del narcisismo primario[22] incluyendo al autoero-

[21] No está claro si se puede hablar, para una edad tan temprana, de escisión propiamente dicha, pero podemos considerar este mecanismo como su precursor.

[22] Según M. Mahler, el narcisismo primario se refiere sólo a la primera semana de vida «en que la satisfacción de necesidades no se percibe como proveniente del exterior, y en que no hay ninguna conciencia de que exista un agente maternante». Nosotros preferimos usar este término más en el sentido de «auto»

tismo, al estar implícito, con el contenido que venimos señalando, en muchos de los textos de Freud donde habla de los orígenes de la vida psíquica (por ejemplo, «el yo hace las veces de su propio ideal»). Nuestra insistencia en la recuperación del yo ideal y su diferenciación del ideal del yo viene dada por la importancia que tiene en el adulto la regresión a situaciones en las que la relación del sujeto es reflexiva en el sentido de «auto», que excluye cualquier relación imaginaria con un objeto-otro real pasado o presente, y si este repliegue sobre sí-mismo incluye algún objeto, no lo hace como diferenciándolo de sí-mismo, sino usándolo dentro de la modalidad simbiótica como medio para la satisfacción inmediata de una necesidad y/o de un placer autoerótico, en la mayoría de los casos no tanto por el contenido placentero, sino como medio para alejar, dominar y distanciarse de una aparente realidad interna o externa angustiosa y persecutoria que contiene la amenaza de fragmentación.

Lo que proponemos como hipótesis es que este yo ideal, cuando resulta ser frágil, será protegido por el infante por medio de una escisión de los aspectos persecutorios, que fragmentan la imagen ideal, más tajante, más fuertemente que por otro bebé que se desarrolla sin estas vivencias tan amenazantes para su sentimiento de ser, o que tenga un maternaje con mayor capacidad de empatía y contención. Precisamente debido al peligro de ver sus «objetos buenos» amenazados y anulados, necesita idealizar fuertemente los aspectos gratificantes para preservarlos de la destrucción imaginaria (además de la fragmentación por los propios impulsos agresivos que acompañan las angustias, que serán también escindidos; posteriormente otro tanto ocurrirá con los afectos negativos de los objetos-otro). De este modo, convierte estos mecanismos instrumentales, fundantes de distinción y escisión entre lo placentero y lo amenazante, e idealización de lo gratificante, casi desde el principio, en mecanismos de defensa, con la alta probabilidad de regresar a ellos en etapas posteriores con mucha mayor facilidad ante cualquier angustia, teniendo en cuenta

que Freud le ha dado, y que opera antes del reconocimiento pleno del otro como separado y diferenciado, y en oposición al narcisismo secundario.

que una angustia que para otros pudiera ser «normal» y «soportable», en estos sujetos significaría una amenaza a sus «objetos buenos» internos escasos, que son constitutivos de su *self*/(sí-mismo) que idealizó tan imperativamente. Perderlos, aún en un futuro lejano, significaría fragmentarse, perder no sólo buena parte del yo, sino también lo que lo sustenta, su sí-mismo. Esto tendría, durante y después del proceso de separación/individuación su correlato con respecto a los mecanismos de proyección e identificación proyectiva, que también se usarán desde el inicio masivamente y más como mecanismos defensivos contra ansias persecutorias que como mecanismos normales y fundantes de esta etapa de desarrollo, lo cual tendrá sus consecuencias en el desarrollo del ideal del yo, y consecuentemente del yo.

La observación directa del lactante y del niño muy pequeño no permite observar la génesis y la evolución de este yo ideal, a menos que tomemos algunas actividades, como por ejemplo un chupeteo compulsivo persistente, o una masturbación compulsiva, usada menos como fuente de placer[23] y más como apaciguamiento de angustias, como su síntoma. La función del yo ideal sólo se reconoce en la regresión, cuando el sujeto borra el límite del vínculo objetal con el Otro «Ideal-del-Yo», y se repliega sobre sí mismo, encontrando en la ideación o el fantaseo[24], a veces también en alguna actividad compulsiva[25], improductiva y no creativa, o por medio de una droga u otra adicción, esa satisfacción inmediata, a veces alucinada, que sólo proporciona el narcisismo primario ante angustias de fragmentación. Lo que ocurre en este

[23] Sería un placer buscado para encubrir y disfrazar angustias, que puede llevar posteriormente a una forma de masoquismo cuando se sexualiza en la adolescencia.

[24] Winnicott (1971) en *Realidad y juego* opone el sueño y la fantasía que considera parte de la vida y fuente de creatividad en tanto cargados de simbolismo, al fantaseo que se queda en lo imaginario y que es maligno al promover la disociación entre el adentro y el afuera, que lleva a la huida ante una realidad inaceptable y establece un círculo viciosos que deja al sujeto en el vacío de la satisfacción narcisista primaria alucinada.

[25] Por ejemplo, jugar solitarios, o cualquier actividad que coloquialmente llamemos «matar el tiempo».

proceso regresivo es precisamente la disociación temporal entre sí-mismo y mundo objetal, interno y externo, anulando los efectos de este último y permitir la salvadora re-idealización del *self* desde la omnipotencia primaria.

«El ideal del yo heredero del narcisismo primario»

No es fácil comprender cómo el yo ideal de la primera infancia se transforma en ideal del yo adulto. Para ello es necesario tomar en consideración no sólo la génesis de ambos, sino los cambios a los que están sometidos su estructura, su dinámica y sus contenidos en el curso del desarrollo psicosexual. En este contexto también es importante subrayar que los contenidos del ideal del yo serán progresivamente diferentes entre niño y niña y que afectarán de modo determinante los deseos y la escala de valores de género interiorizados.

La transición del yo ideal al ideal del yo no se acomete de una vez para siempre, sino que la frontera entre ambos es permeable a lo largo de toda la vida, y cuanto menos estructurado esté el *self* y por lo tanto más frágil el yo, tanto más probable se hace una regresión a estadios que traspasan esta frontera, y el sujeto se repliega sobre sí-mismo, fantaseando (alucinando) la satisfacción narcisista que no alcanza en la realidad. Como regresiones no patológicas se pueden citar las de niños/as pequeños/as de pocos años a comportamientos pertenecientes al estadio del narcisismo primario en momentos de cansancio, tensión o crisis, después de haberlos abandonado. El cumplimiento omnipotente del deseo en los sueños también pertenece a este ámbito primario, al margen de los contenidos manifiestos que pueden pertenecer al mundo adulto.

El ideal del yo empieza a estructurarse a partir del momento que el infante es capaz de distinguir entre yo y no-yo. La confrontación implacable con la realidad cotidiana que no deja de socavar la representación de un sí-mismo idealizado, autosuficiente y con poder sobre sus cuidadores, y la maduración psicomotriz que permite paulatinamente al infante alejarse físicamente de los objetos primarios, que acompaña este proceso, le capacitan para

distinguirse poco a poco como ser separado y diferente de su madre y del entorno: se constituye la representación del «objeto total» de sí-mismo y de los otros. Sin duda, este proceso es crucial, en tanto que dota al niño por un lado con nuevas capacidades físicas y mentales que pueden resultarle placenteras. Pero por otro lado, le enfrenta con su estado de debilidad e indefensión en relación con casi todo y todos los que le rodean, que reconoce ahora como propios, y con la dependencia de fuentes externas respecto de su bienestar, y también con una gran cantidad de frustraciones y angustias provenientes de estas fuentes ajenos a él. Estas situaciones le infligen las primeras «heridas narcisistas» que si se viven como demasiado amenazantes para su todavía frágil yo y sin la suficiente mitigación y contención proveniente del entorno de maternaje, le pueden empujar a refugiarse en el yo ideal omnipotente y momentáneamente consolador. Estas regresiones pueden dificultar el proceso de separación/individuación.

El proceso normal para huir de estos sentimientos de desvalimiento y dependencia y para salvar su yo ideal omnipotente, el infante lo va proyectando sobre aquellas figuras, separadas y diferentes de él-mismo, que reconoce ahora como origen de sus gratificaciones y bienestar, y los dota imaginariamente de la plenitud y la omnipotencia que antes creía detentar él-mismo: «no quiere privarse de la perfección narcisista de su infancia […] procura recobrarla en la nueva forma del ideal del yo» (Freud, 1914c). Si antes de la distinción yo-no yo, el bebé se reconocía en sus vivencias gratificantes idealizándolas e identificándose con ellas, ahora idealiza y se identifica con esos objetos-otro que le procuran su bienestar y representan lo que él quisiera llegar a ser, es decir, su *ideal del yo*.

Estructura, contenido y fuerza[26] de esta nueva instancia psíquica dependen en gran medida de la confirmación narcisista[27]

[26] Bernstein (1983) define estos términos, usados para describir el superyó, de la siguiente manera: Los contenidos son exhortaciones específicas (universales) y otras dependientes culturalmente; la fuerza es la efectividad con que se regulan y aplican los contenidos, y la estructura es la relación entre los contenidos más o menos rígida.

[27] Coincidencia entre un deseo o aspiración propios y su cumplimiento mediante una acción propia o proveniente desde el exterior.

que recibe el infante y niño pequeño de su entorno. Una adecuada confirmación narcisista empieza a moderar su omnipotencia imaginaria al sustituirla por el reconocimiento, propio y reforzado por los otros, que cada vez puede hacer más cosas reales por sí mismo. Los contenidos de su ideal del yo se constituirán no sólo sobre lo que el niño experimenta como placentero, sino también por los deseos inconscientes de los propios padres que se transmiten en las interacciones y a través de su estética, y por las exigencias y limitaciones que se le imponen. La falta de límites necesarios puede provocar inseguridad, y una risa alegre se convierte fácilmente en llanto angustiado. Una inadecuada narcisización corporal y psíquica —por defecto o por exceso— incita al infante a sobreidealizar los aspectos gratificantes. Se supone que en determinadas constelaciones de precariedad, el bebé y niño pequeño incluso llega a idealizar vivencias que en un principio se hayan experimentado como displacenteras y que tuvo que libidinizar para preservarse de la fragmentación de su incipiente estructura psíquica. Podemos conjeturar que esta libidinización haya sido posible en un vínculo con figuras primarias ambivalentes, incapaces de controlar sus pulsiones libidinales y agresivas, es decir, donde mimos excesivos se acompañan de conductas de indiferencia, abandono y aun maltrato. Estas situaciones pueden dar lugar, por ejemplo, al sadomasoquismo, tanto sexual como moral, o a conductas antisociales.

Una narcisización excesiva tiene a medio y largo plazo consecuencias similares a las que supondría su falta. Un infante acostumbrado a la satisfacción de todos sus deseos tendrá posteriormente problemas para aceptar limitaciones que siempre se producirán, y puede convertirse en un tirano agresivo, porque su autoimagen idealizada amenaza con fragmentarse ante la más mínima frustración.

«Seguridad, autoestima y adaptación»

Autoestima y sentimiento de seguridad están muy interrelacionados. Una autovaloración desproporcionada por exceso o defecto suele ir emparejada con una valoración más o menos equivocada, fantaseada de la realidad externa y llevar a fracasos que se

imputarán bien a la incapacidad de uno mismo, bien a la inadecuación del medio. Son las satisfacciones logradas por esfuerzo propio y confirmadas desde afuera las que enseñan a tener confianza en nosotros mismos, en los demás, en el futuro, en nuestra capacidad de vencer obstáculos y alcanzar metas. Incluso el grado de seguridad en circunstancias adversas y la capacidad de evaluar de forma realista situaciones de peligro y amenaza, provenientes del entorno y del mundo exterior, es mayor si hemos logrado adquirir confianza en los vínculos primarios. Por otra parte, la inseguridad interna que enraíza en un narcisismo tanto no suficientemente alimentado como hiperfomentado por la falta de los límites necesarios, haciéndonos creer capaces de proezas imposibles[28], puede producir sentimientos de indefensión, crear estados de ansiedad, mermar la autoestima, inhibir la actividad creativa y activar comportamientos de evitación, huida o ataque.

Para el lactante, normalmente, basta ser, estar ahí, para que se le quiera, atienda y cuide. Su indefensión y completa dependencia suele ser suficiente para que se le trate de una manera adecuada. Pero cuando el niño crece y empieza a manifestar su propia voluntad, su curiosidad natural y sus juegos le llevan a situaciones de peligro, se opone tenazmente a las normas que se le quieren inculcar, etc. Es necesario imponer limitaciones en aras de su propia seguridad y de la socialización. El sentimiento de seguridad es desde el primer día de la vida —y hasta el último— imprescindible para un desarrollo favorable. Pero no se trata sólo de la seguridad física, sino también y sobre todo de la psicológica. Aun antes de dominar el lenguaje, el infante aprende a comportarse con intencionalidad y a interpretar y otorgarle sentido[29] a los comportamientos de sus objetos primarios y a los su-

[28] Un ejemplo típico sería el comportamiento de esa madre —complementando la actitud consintiente y despreocupada del padre— que permite creer al hijo que es capaz y será capaz de ocupar el lugar de aquél, lo que puede dar lugar a distintas perversiones.

[29] Fonagy (1999) dice que «la capacidad para discriminar entre acciones racionales y no racionales ha sido demostrada como teniendo lugar a una edad tan temprana como los nueve meses»; una «teoría de la mente» o «función reflexiva» basada en un modelo «teleológico» no mentalista de la interpretación de la con-

yos propios. Una de las fuentes de inseguridad es la falta y la distorsión de sentido, tanto en el comportamiento de los objetos parentales, como en la interpretación que éstos dan al comportamiento del infante. Otras son la propia inseguridad de los padres, la imprevisibilidad de los mismos en sus manifestaciones y comportamientos, o su indiferencia o rechazo hacia el bebé y niño. Según Fonagy (1999) «la capacidad de los padres para observar la mente de los niños facilita la comprensión general que los niños tienen de las mentes a través de la mediación del apego seguro. Un/a cuidador/a reflexivo/a incrementa la probabilidad del apego seguro del niño, el cual, a su vez, facilita el desarrollo de la capacidad de mentalizar». Con otras palabras, el niño aprende a ponerse en el lugar del otro y a reconocer la subjetividad del otro y la suya propia.

En un ambiente de apego seguro, el infante se siente querido y apreciado a pesar de las múltiples frustraciones que le deparan su medio y su propia indefensión y dependencia. Puede tolerar e interiorizar la representación de sus objetos parentales y de sí-mismo como «buenos» y «malos» a la vez, es decir, el mismo objeto que gratifica y le quiere puede también frustrarle y enfadarse con él, y él mismo puede ora amar ora expresar su odio a la misma persona (ambivalencia) sin consecuencias graves. Pero cuanto más y por más lapsos de tiempo se dan estados de inseguridad, la angustia creciente del infante y niño pequeño le llevan a adoptar las más variadas formas de defensa, que le permitan controlar las situaciones y así reducir la sensación de inseguridad[30].

---

ducta, en términos de los resultados visibles y de restricciones de la realidad física, se alcanza a partir del año; y «la interpretación teleológica del niño pequeño con respecto a la acción se transforma en una de tipo «mentalizante» durante el segundo y tercer año de vida. Hacia los dieciocho meses (pero todavía no a los catorce) los niños muestran una comprensión mental del deseo, siendo ya capaces de comprender que las acciones de la otra persona pueden ser impulsadas por deseos diferentes a los del propio niño».

[30] Estas dinámicas nunca desaparecen a lo largo de la vida, y una gran cantidad de las actividades adultas individuales se orientan a la consecución de la mayor seguridad posible. Cualquier tipo de poder siempre implica controlar para asegurarse de algo o de alguien.

Desde que empieza a distinguir entre yo y no-yo, el infante aprende que su seguridad, su bienestar y sus satisfacciones dependen en gran medida de los que le rodean, y para evitar la pérdida (real o imaginaria) del objeto y de su amor, se adapta a las exigencias de su entorno. Como hemos señalado anteriormente, estas exigencias están implícitas en la estética materna (y paterna), y aun antes de entender el contenido de las palabras, el niño interpreta, más o menos correctamente, el comportamiento y las intenciones de los que le rodean. A mayor seguridad, menos errores cometerá en esta interpretación y en sus consecuentes respuestas, y más satisfacciones narcisistas cosechará. En un ambiente poco previsible y empático, y por lo tanto difícilmente interpretable, el infante y niño pequeño debe buscar modos de adaptación activos y pasivos desmesurados que le fuerzan a implementar recursos propios demasiado tempranamente, y que no le permiten desplegar y desarrollar su identidad genuina. Debe controlar excesivamente el medio para anticipar un posible «susto» o «disgusto», y a veces provoca con su propia respuesta una situación violenta, porque para su seguridad siempre es mejor ser sujeto activo que «controla» que objeto pasivo que sufre algo cuyo sentido se le escapa (a modo de «el ataque es la mejor defensa»). También cabe refugiarse en la sumisión, plegándose a lo que se le exige y devenir un «niño bueno» para no perder el amor, al precio de no aprender a autoafirmarse y ejercitar su propia voluntad suficientemente. En lugar de buscar activamente sus propios límites, se refugiará en el ensueño omnipotente, en el que fantasea hazañas que no es capaz de trasladar a la realidad.

«Envidia y agresividad»

La agresividad parece un tabú aún mayor que la sexualidad. A pesar de que nos rodea por doquier, muy pocos admiten la propia agresividad, y cuando aflora, se suele echar la culpa al empedrado. Otro tanto ocurre con la envidia, nadie se reconoce envidioso, usando el recurso a la «envidia sana». Existen muchas teorías acerca de la génesis de la agresividad y la violencia, y ninguna parece convencer del todo. Desde nuestro modesto punto

de vista, la agresividad tiene un componente genético al servicio de la supervivencia («el que no llora no mama») que, como tantos otros aspectos del ser humano, se psicologiza tempranamente y puede adquirir formas monstruosas.

En un sentido lato podríamos decir que la agresividad está en la base de todo aquello que implica actividad: desde el movimiento muscular, pasando por el impulso de apoderamiento (ver, tocar, incorporar, imitar, repetir) que permite el aprendizaje, hasta las acciones y defensas implementadas para ejercitar y afirmar la voluntad y el deseo propio y la preservación de la autoimagen ideal. Aceptando que esta energía vital pueda variar individualmente de acuerdo con las dotaciones genéticas, además de que dependa de la dieta (la producción de adrenalina está en parte relacionada con la aportación proteica), no quita que las pulsiones agresivas, igual que las sexuales, deban ser educadas. Por lo tanto, las vivencias y el control subjetivos de la agresividad dependerán en gran medida del sentido que dan y cómo reaccionan los educadores a las actividades del infante y niño pequeño. Muchas limitaciones que se imponen al comportamiento infantil se viven por el infante y niño pequeño como violentaciones de su voluntad y serán contestadas con violencia. En esta interrelación es importante tomar en cuenta la flagrante asimetría de la fuerza física y de la estructuración psicológica entre adulto e infante. Ante la falta de empatía del adulto por las razones que sean, el pequeño tiene todas las de perder. Pero no deja de aprender, interiorizar y hacer suyas estas formas de relacionarse.

Venimos subrayando con qué facilidad se reprimen mociones agresivas. Reprimir no quiere decir anular, sino desplazar al preo inconsciente desde donde siguen activas. El niño pequeño y muchos adultos tienen todavía la capacidad de captar las tensiones que se producen en estas situaciones, pero al niño —y a bastantes adultos— les falta el control sobre sus propias respuestas defensivas, que un adulto ha adquirido en su propio proceso evolutivo. Como consecuencia, inquietado por esta tensión que impregna el ambiente, el comportamiento del niño puede resultar agresivo, muchas veces sin que ni el adulto entienda por qué, en tanto que éste, al reprimir sus propias mociones, no ha podido asignarles un sentido. En otras palabras, el niño actúa la agresivi-

dad latente del adulto. Este fenómeno puede observarse asimismo en adolescentes y en relaciones adultas en las que prevalecen aspectos fusionales marcados.

La envidia potencia los impulsos agresivos. La envidia, como todas las funciones psíquicas, tiene una inicial vertiente instrumental. Se alía con la idealización, e igualmente pierde paulatinamente fuerza y da paso a la identificación. El sentimiento «yo quiero ser tú, tener lo tuyo, quiero ocupar tu lugar», en el que el otro es fuertemente idealizado e implica su eliminación en el sentido «o yo o tú», se convierte en la identificación «quiero ser como tú, tener lo mismo que tu tienes», imitando y aprendiendo el camino hacia el amor identificatorio, todavía narcisista.

La voracidad es primero un precursor, en la vida adulta un posible síntoma, de la envidia. Si tenemos hambre, comemos con ganas y resulta un placer. Si padecemos hambre con frecuencia por falta de alimentación suficiente o inadecuada, las ganas y el placer se convierten en necesidad que puede expresarse como voracidad. Hambre, aquí, puede entenderse como metáfora de falta, carencia o vacío, que se intentará en el futuro compensar incorporando lo anhelado: comida, objetos, saberes, actividades, relaciones, etc.; casi todo, no sólo drogas, es susceptible de convertirse en adicción, comparándose siempre con otros, al margen de las propias necesidades.

La envidia aparece junto con la capacidad de distinguir adentro-afuera, yo y no-yo[31]. Lo deseado, envidiado, proviene de afuera de lo que no se es ni se tiene. La especularización lacaniana tiene en cuenta la envidia y la agresividad al subrayar que el infante percibe las sensaciones corporales propioceptivas de manera fragmentada, mientras que al contrario permite la visualización del otro entero, como «objeto total», pero sin conocer cómo ese otro se siente por dentro. Se alimenta de la imagen del otro, aspira a ser y tener lo que ve, envidia lo bueno que tiene (prototipo: el pecho) e intenta apropiarse de ello por incorporación.

En la fase anterior, el infante padece pasivamente el displacer y se protege de él escindiéndolo de lo placentero. La paulatina

[31] R. Tomé (2000).

apreciación de un afuera le permite evacuarlo activamente en este nuevo espacio, constituido fundamentalmente por sus objetos primarios. Esta proyección contiene una dinámica intencional y explica en parte la teleología destructiva de la envidia. Ahora el infante vive todo lo que ocurre en su derredor como autorreferido, y experimenta todo lo que parece un ataque a su narcisismo como una fragmentación de su autoimagen idealizada (herida narcisista, o lo que de un modo atenuado se llama comúnmente «frustración»), una momentánea fragmentación del yo en su desarrollo, y como una pérdida del objeto y/o la pérdida de su amor, acompañada de angustia. Su defensa adquiere visos de destrucción que es inicialmente imaginaria y se constituye y se nutre de las propias angustias de fragmentación, a modo de «ojo por ojo, diente por diente. Si la figura materna, en lugar de tolerar y devolver este comportamiento agresivo de forma matizada, lo vive efectivamente como una agresión que destruye por momentos su paciencia, su capacidad de aguante y el control de su propia agresividad, abre un círculo vicioso de mutuas violentaciones y deja de confirmar al infante que le basta, le gusta y que le quiere como es. Y en tanto el infante necesita de esta madre, no puede prescindir de ella, hincha su autoimagen omnipotentemente, proceso necesario para seguir su evolución, al tiempo que escinde la representación de ella en buena/mala, salvando la primera e idealizándola sobremanera, se identifica con esta imagen idealizada y espera que le sea devuelta una imagen igualmente idealizada, deseando que finalmente llegue a ser igual. Esta identificación siempre arrastrará un cierto *cuantum* de envidia mezclada con una autoestima dañada: «Si el otro me ve inferior, torpe, malo, como una carga y una molestia, entonces no valgo para él». Al contrario, si las satisfacciones narcisistas y pulsionales logran armonizar con el incipiente yo en un marco de límites seguros, se equilibra la autoestima y disminuye la distancia entre éste y su ideal. En estas circunstancias, las fantasías destructivas son instrumentales porque permiten comprobar que el otro no es destruido en la realidad, permite la reparación, crea el reconocimiento de la diferencia entre fantasía y realidad, y en lugar de llevar a la escisión bueno/malo, puede ser un primer paso hacia la intersubjetividad: si el otro no se destruye, entonces

existe separado de mí, es diferente y tiene su propio deseo y su propia vida, como yo mismo.

Frecuentemente, en su intento de salvar la «madre buena», busque algo o alguien diferente, un tercero, apropiados para proyectar los aspectos persecutorios (como por ejemplo otros miembros de la familia, personas ajenas, la oscuridad, determinados objetos o lugares, etc.) y ante los cuales manifestará rechazo y miedo. En determinados ambientes familiares, donde uno de los padres suscita temor (al margen de ser más o menos temible), a menudo ligado a comportamientos de sumisión, maniobras de apaciguamiento, secretismo y alianzas, este padre se convierte en el portador de todos los males, mientras que el otro representa lo único bueno.

El infante también puede proyectar «objetos buenos» propios para salvarlos de su ira, que vive como destructiva, al precio de «vaciarse». Esto a su vez provoca también envidia y voracidad que puede expresarse en una demanda aumentada de atención y cuidados. Vuelve a participar de ellos por medio de la identificación con ese otro, pero se trata de una identificación muy arcaica, omnipotente, característica de la fase simbiótica, que implica sumisión y dependencia cuando no destrucción por re-incorporación[32]. Como consecuencia, la autoestima del niño también queda dañada en tanto que se vive a sí-mismo como fragmentado e incompleto sin el otro, y el temor al abandono y a la revancha siempre acecha.

Muchas de estas defensas, instrumentadas para permitir el curso del desarrollo, si han de usarse frecuentemente y por un tiempo prolongado, se interiorizarán y formarán parte de la estructura yoica y pueden convertirse en rasgos de la personalidad adulta, y en casos más graves, en patologías. No sería posible describir todas las dinámicas adaptativas, ya que sus posibles combinaciones individuales son incontables. Lo que interesa señalar es que muchas de ellas llevan a lo que se denomina un «falso *self*»,

[32] Algún tipo de canibalismo ritualiza este mecanismo: se mata al enemigo para comer/interiorizar partes de su cuerpo que representan aquellas virtudes que uno quisiera tener para sí.

una seudo-identidad aparentemente sólida que suele encubrir un yo frágil construido sobre un ideal del yo hipertrofiado. En estos casos, el ideal del yo infantil será una hipérbole omnipotente muy alejada del objeto parental real que se ha convertido, en la fantasía del niño, en esa madre o ese padre que uno quisiera tener. Se identifica, no quiere «ser como» la madre/el padre real, sino como la madre o el padre fantaseado con lo cual se abre un abismo entre las fantasías y la realidad.

«El amor identificatorio»

> El psicoanálisis conoce la identificación como la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona. Desempeña un papel en la prehistoria del complejo de Edipo. El varoncito manifiesta un particular interés hacia su padre, querría crecer y ser como él, hacer sus veces en todos los terrenos. Digamos, simplemente: toma al padre como su ideal. Esta conducta nada tiene que ver con una actitud pasiva o femenina hacia el padre (y hacia el varón en general); al contrario, es masculina por excelencia. Se concilia muy bien con el complejo de Edipo, al que contribuye a preparar. (…) Lo mismo vale para la niña, con las correspondientes sustituciones (Freud, 1921).

Según esta afirmación, el niño se identifica[33] con el padre y la niña con la madre. Freud podría estar de acuerdo con el conocimiento actual según el cual el niño adquiere su identidad masculina nuclear en esa temprana identificación paterna, aunque luego se mostró infiel a su propia afirmación al definir el proceso de adquisición de la identidad femenina en la niña. Como veremos más adelante, el infante, desde sus primeros momentos de vida «idealiza» y se identifica primero con lo que le gratifica y le procura placer; luego también con lo que le confiere seguridad, autoafirmación y reconocimiento, es decir, abastecimiento narci-

[33] Se trata de una identificación primaria porque tiene lugar dentro de un vínculo diádico.

sista. Amará narcisísticamente a aquel que le confirme una y otra vez su «ser ideal» y le convierte en su «ideal del yo» con el que se identifica: Querer «ser como» le permite adquirir el reconocimiento de la subjetividad de ese otro (se pone en el lugar del otro), lo que implica la adquisición de la propia subjetividad y el reconocimiento de que ese otro es diferente y viceversa: «yo soy diferente de él». Comprende que el otro no sólo es un «ser para mí» sobre el que tiene un poder omnipotente, sino también es un «ser para sí» que tiene sus propias necesidades y deseos que a veces se oponen al deseo propio, pero que no por ello deje de quererle. Este amor que nace en la identificación, amando lo que uno quisiera ser, de alguna manera amándose a sí-mismo en el otro, es el precursor del amor al otro, el amor objetal, en el que se mezclan el aprecio que se tiene a determinados aspectos propios con aquello que nunca hemos llegado a ser/tener y que valoramos en el otro.

«La diferencia de género del ideal del yo»

Un aspecto de suma importancia en relación con la formación del ideal del yo es la gradual diferenciación estructural y de contenidos entre los géneros. La diferencia del desarrollo psicosexual entre niña y niño no sólo estriba en la propia diferencia de los sexos, sino que se refuerza por la asimetría que prevalece en nuestra cultura entre los *roles* materno y paterno. Esta marcada diferencia entre madre y padre que existe todavía en la crianza[34] tiene como consecuencia que la madre como objeto primario marca la relación madre-*infans* con las características de su propio género y sexo. El padre normalmente tiene una función secundaria en los cuidados del bebé y niño pequeño, y por lo tanto no tiene la misma consistencia como objeto primario, ni tampoco como objeto del *self* (Kohut, 1971).

[34] Es importante subrayar que en nuestras sociedades actuales se están produciendo cambios cuyos efectos y consecuencias son todavía difíciles de prever.

Como hemos afirmado anteriormente, el *infans* recién nacido es sobre todo un yo corporal que, mediatizado por su maduración neurológica, aprende a distinguir entre gratificación y frustración, y a sentir y expresar placer y displacer, que su madre interpretará de acuerdo con su capacidad de empatía y les adjudicará un significado. Se sabe que la maduración cognitiva y motriz está relacionada con la maduración afectiva. La maduración neurológica de la niña es normalmente más rápida que la del niño. La niña suele también hablar y andar antes, entra a una edad más temprana en la pubertad, y biológicamente puede reproducir antes que el niño. Por otro lado, la mujer está sometida al proceso de menopausia, mientras que el hombre puede, biológicamente, engendrar durante toda la vida. Creemos que estos factores, aunque no pertenecen al campo del psicoanálisis, no carecen de importancia en tanto que repercuten en las representaciones que se forman a lo largo de la vida de sí-mismo, y porque sus efectos inciden en la calidad de la interrelación: un «antes» o un «después», un «más» o un «menos» en sí mismos constituyen una diferencia, que se expresa, por ejemplo, en que la niña distingue antes que el niño entre yo y no-yo, y percibe antes la diferencia de género y generacional. En este contexto cabe asimismo preguntarse, si ritmo y calidad de maduración neuronal que concluye aproximadamente a los veinticuatro meses, no dependen en cierto grado de factores ambientales, en la medida en que la estimulación procedente del entorno es diferente para niño y niña. Si así fuera, habría que tomar en consideración su impacto, indirecto, sobre diferencias de desarrollo cerebral y neurovegetativas entre géneros, y la economía hormonal y sus posibles desequilibrios en ambos por un lado, y ciertas psicopatologías y psicosomatizaciones por otro[35].

[35] Pensamos que muchas psicosomatizaciones y algunas enfermedades todavía no incluidas en ellas, como algunos tipos de cáncer, podrían estar relacionadas con esta dinámica. Como hipótesis, sugerimos también que la facilidad con que la histérica expresa sus síntomas corporalmente puede tener que ver con esta temprana relación entre madre e hija, cuando los fantasmas maternos han podido dejar huellas en el cuerpo de la niña, fantasmas que nunca han entrado en la cadena de significantes. Evidentemente, esta dinámica puede marcar el cuerpo de un niño, aunque creemos que en menor grado, y con otras consecuencias que en el caso de la niña.

De esta constelación familiar y cultural resulta una situación prácticamente inversa a la descrita y teorizada por Freud: la *niña* tiene en su primera relación yo-otro a otro igual, lo cual debe facilitar al principio su feminización y una libidinización narcisista sin conflicto aparente. El *niño* sin embargo se enfrenta a otro de diferente género y sexo; pero no por ello deja de pasar, durante un período inicial, por una identificación narcisista-especular con la madre (Schmidbauer, 1991) que enseguida debe devenir conflictiva para su integridad narcisista a causa de la percepción temprana de la diferencia entre padre y madre (presencias/ausencias, voz, estética, cuidados, juegos, etc.) Usando el concepto castración en sentido lato, podríamos hablar aquí de una «castración primaria invertida». El mensaje de la madre sería «tú no eres igual a mí», mensaje que el niño primero renegará, transformándolo en la representación «mi madre es igual que yo». Ambos, niño y niña se identifican especularmente con esta madre dotada de omnipotencia que alimenta, cuida y protege, mima y ama, pero también censura y castiga.

La madre, por su parte, se proyecta y se indentifica en un hijo de otra manera que lo hace con una hija —*antes de que el* infans *adquiera la capacidad afectivo-cognitiva de hacerlo a su vez*—. Mientras que la madre libidiniza más fácilmente todo el cuerpo de su hija, el peligro de que erotize la relación con el hijo es mayor[36] porque proyecta sobre el cuerpo de su hija las representaciones de sí-misma, y sobre el de su hijo las de sus figuras masculinas significativas (como por ejemplo padre, hermano, abuelo), lo que tendrá consecuencias diferentes, y producirá acaso patologías diferentes[37] en cada uno. Al libidinizar el cuerpo y las actividades

[36] Es importante distinguir entre «libidinizar» y «erotizar». Lo primero pertenece más a un comportamiento narcisista, más autoerótico, mientras que lo segundo surgiría de una representación más objetal. Por otro lado, todo el mundo habla de la «colita» del nene, pero nadie menciona el «agujerito» de la nena, lo que dificultará simbolizar sus genitales.

[37] Muy posiblemente, dentro de algunos años nos encontraremos en la clínica con cuadros que hoy todavía son raros, de generaciones de niños y niñas que están siendo «maternados» en sus primeros meses y años de vida fundamentalmente por su padre, debido a las transformaciones que sufre la familia actual.

infantiles que implican confirmación narcisista, actúa de acuerdo con imperativos tanto personales como culturales que imponen modos y formas diferenciados para cada sexo. Existen menos obstáculos para el lazo y la identificación narcisista, y se permiten más aspectos fusionales entre madre y niña que entre madre y niño.

Como correlato, la madre también introduce imperceptiblemente diferencias en el sostén y la contención: cada gesto, cada palabra se genera en una representación, y cada representación contiene deseos y fantasmas que se expresan en la estética materna y que difiere de la del padre. Con una niña, la madre se encuentra a su vez con otro del mismo sexo, que es lo que ella fue y que será (o no) lo que ella es —o lo que hubiera querido ser—. La crianza y posteriormente la adolescencia de una niña, reactualizan en una mujer fantasmas, miedos, deseos y acaso toda una serie de conflictos y carencias de su propia infancia y adolescencia no resueltos, que proyectará sobre el cuerpo de su hija, lo que puede resultar en ciertas patologías de ésta, aunque habrán de intervenir otros factores. Al padre le suele ocurrir algo similar respecto de su hijo varón.

El infante introyecta la imagen de esta madre —y de este padre— refractada por sus propias vivencias, unida a la calidad del vínculo que se establece entre ellos. Estas representaciones idealizadas y omnipotentes formarán parte de los objetos sí-mismo y pertenecen al nucleo del *self* que contiene la identidad de género nuclear. Con otras palabras, la estética materna (Bowlby, 1969) y paterna imprimirán sus huellas en el yo ideal y el ideal del yo, facilitando a la niña y niño la temprana identificación, y por tanto la integración de su identidad femenina y masculina respectivamente. El niño tendrá que compatibilizar esta identificación narcisista primaria con la madre con una representación que contiene la percepción diferenciada de su figura materna para poder dirigirse al padre y construir su identidad masculina.

En este contexto es interesante la teoría de la diferenciación sexual de Fast (1984) que interpreta la bisexualidad no como una disposición constitucional genética, sino como una posición desde la que el infante y niño pequeño se identifica con ambos padres, y omnipotentemente se comporta como si pudiera «ser y

tener todo». De este modo puede asimilar e integrar lo que es y tiene el otro como una parte de sí-mismo y comprender subjetivamente su sentido. Sólo más tarde, al entrar en el período edípico, rechazará aquellas partes que no corresponden a la imagen ideal de su propio sexo y género, y lo proyectará sobre el otro que no es como él[38]. La integración narcisista abre el camino para la posterior capacidad de reconocer y aceptar lo otro, lo diferente. Esta perspectiva contradice parcialmente la idea del psicoanálisis convencional que entiende el proceso hacia la heterosexualidad a partir de la identificación con el padre del mismo género y sexo, algo así como la aceptación del *rol* de género. Benjamin (1996) invierte esta idea y afirma que el «amor para el Otro» se basa en la identificación con el Otro, que más tarde será modificada por el reconocimiento de la diferenciación y la separación. En este proceso se pueden reconocer cuatro fases: 1) Constitución de la identidad de género nuclear; 2) diferenciación temprana de la identificación en el contexto de la separación/individuación; 3) la fase pre-edípica de «ser/tener todo», 4) la fase edípica

[38] Otro aspecto interesante de esta perspectiva que no podemos elaborar en el marco de este trabajo, contiene la idea de Benjamin de que los contenidos de esta identificación primaria con el padre del otro sexo no deben necesariamente rechazarse ni se debe abandonar el narcisismo bisexual al entrar en la fase edípica como postula Fast. Capacidades, sentimientos, comportamientos o características del otro género/sexo permanecerán disponibles pre- e inconscientemente amparados por el narcisismo, pudiendo expresarse en actividades creativas. Partiendo de estas premisas se podría relacionar la supuesta mayor capacidad sublimatoria del hombre con la represión más fuerte de sus ideales femeninos, ligada a la represión de los deseos edípicos, sufriendo un contrainvestimiento más marcado, determinado culturalmente, que en el caso —inverso— de la niña. La identificación primaria de la niña con un objeto femenino, y normalmente, su identificación diádica paterna no es tan fuerte ni el contrainvestimiento de sus ideales masculinos tan drástica, sino todo lo contrario.

«Amor ideal y masoquismo»[39]

El masoquismo y el amor ideal son dos «enfermedades» típicamente femeninas y casi siempre van juntas. Mientras que el masoquismo se relaciona con el sacrificio y la sumisión, el amor ideal sería su recompensa. El masoquismo, el goce —sexual y/o moral— con el dolor, efectivamente existe, pero en la actualidad hay prácticamente uniformidad en el supuesto que el dolor se acepta la mayoría de las veces no como algo placentero, sino inevitable en aras de algo más profundo, más fundamental. Inconscientemente el dolor se puede vivir como un castigo por los sentimientos agresivos y destructivos que permanecen latentes. El sometimiento y la aniquilación de la voluntad propia están motivados por el anhelo y la necesidad de encontrar un ambiente que garantice control y seguridad y la recuperación de una imagen ideal de sí-mismo. Así se evita la que se experimenta con gran angustia y que enmascara el miedo ante la desestructuración: La fragmentación del yo frágil y rígido y del *self* que contiene pocos «objetos buenos». Esta dinámica siempre está acompañada de fuertes sentimientos de culpa, vergüenza, baja autoestima, envidia, desvalimiento e indefensión. La ira, el odio y la agresividad que todo ello despierta, no siempre, o casi nunca, se exterioriza, sino que se trueca en pasividad, dirigiendo estos impulsos destructivos hacia sí-misma. Se van formando dos círculos viciosos que se retroalimentan, uno intrapsíquico y otro comportamental, expresado en la interrelación con otro afectivamente significativo. Los sentimientos de culpa, vergüenza, etc., producen ira y agresividad, y éstas a su vez refuerzan la culpa, etc.

Los sentimientos de vergüenza (no poder alcanzar el ideal del yo) y de culpa (sentimientos agresivos y mociones destructivas) frente a una madre poco empática y la falta de autoestima, pueden reforzarse —múltiples casos clínicos lo confirman— por un padre no disponible en la fase de acercamiento (antes y después, posiblemente tampoco) para la identificación de su hija y la an-

[39] Véase R. Norwod (1985), *Women who love too much* (Mujeres que aman demasiado).

helada confirmación de ser sujeto de los propios deseos. La niña, atrapada en una relación insatisfactoria debida a la gran ambivalencia que se genera en la díada madre/hija, se dirige al padre para preservar su recién adquirida autonomía. Su ser diferente está marcado y simbolizado por la diferencia anatómica. La falta de este padre, su distancia respecto de la hija son lo que despiertan la envidia de pene: «Si lo tuviera sería como él». El amor identificatorio de la niña hacia su padre, al no tener un objeto suficientemente real y tangible, se idealiza excesivamente, como ya se hizo anteriormente con la representación de la figura materna. Como toda idealización, ésta también implica envidia, y la envidia propicia la desvalorización del objeto anhelado («si no puedo tenerlo, no vale nada para mí») o el intento de destruirlo.

A veces, el padre no solamente no se ofrece como modelo de identificación, sino que impide cualquier posibilidad de identificación positiva al comportarse de formas agresivas y autoritarias (maltrato psicológico y/o físico). En estos casos se puede dar lo que se ha llamado «identificación con el agresor»[40], un mecanismo defensivo que permite a la niña —y también al niño— controlar omnipotentemente situaciones temidas y adoptar estrategias paliativas que permiten un mínimo de seguridad, que van desde el autocastigo (que se controla mejor que el castigo ajeno), pasando por el sometimiento o el intento de erigirse en salvador/a de la madre y/o padre, hasta la libidinización (que puede abocar en el sadomasoquismo sexual).

Estas relaciones con padre y madre se reactualizan en las relaciones adultas: Por un lado por las carencias y fallas del propio sujeto, y por otro debido a la elección de un objeto inadecuado y falto de empatía como los propios padres. En el fondo, se trata de un intento inconsciente de «autocura»: «si tan sólo consigo hacer lo correcto, lo que se pide de mí, me aceptará, me querrá, podremos ser felices,… esta vez todo saldrá bien». Estas mujeres que han sufrido en su primera infancia una fuerte depreciación de su sentimiento de omnipotencia y a las que faltaba el reconocimiento de su padre, pueden haber encontrado para su desarrollo

[40] Una variante de esta identificación sería el «síndrome de Estocolmo».

yoico alguna compensación en la identificación con su madre, sobre todo si la relación madre/hija mejora al crecer ésta. En una relación adulta, el ideal del yo de esta hija, sin duda exigente e hipertrofiado, se proyecta sobre el objeto amoroso, que suele ser frecuentemente un hombre pagado de su propia grandiosidad, a través del que ella buscará realizar —una vez más mediante su reconocimiento y confirmación— los propios deseos. En muchas relaciones de sumisión, podemos encontrar la búsqueda de un amor identificatorio y no un amor objetal. La realidad, normalmente, no se ajusta a lo anhelado.

«El ideal del yo precursor del superyó»

Según Freud, el ideal del yo tiene dos orígenes diferentes, y así lo han recogido la mayoría de los autores que abordan este tema. En primer lugar «[el hombre] no quiere privarse de la perfección narcisista de su infancia, y *si no pudo mantenerla por estorbárselo las admoniciones que recibió en la época de su desarrollo y por el despertar de su juicio propio, procura recobrarla en la nueva forma del ideal del yo*. Lo que él proyecta frente a sí como su ideal es el sustituto del narcisismo perdido de su infancia, en la que él fue su propio ideal» (1914c, la cursiva es nuestra). El infante procura salvar su yo ideal que representa la satisfacción óptima (como hemos visto, a menudo alucinada) de sus necesidades, además de ese plus de placer proveniente de la estimulación de las zonas erógenas que despierta a la sexualidad infantil (por apuntalamiento), la seguridad y el reconocimiento, todo expresado en el amor materno (y paterno). El otro origen «partió en efecto de la influencia crítica de los padres» (Freud, 1914), a la que el infante se irá adaptando para no perder su objeto primario y salvaguardar su amor. La dinámica que articula el narcisismo infantil y sus deseos, con los efectos de la socialización y educación es el amor identificatorio[41]. En este proceso, el infante y niño pequeño se apropia no sólo de las satisfacciones narcisistas con las que alimenta su ideal

[41] Véase anteriormente el epígrafe con este título.

y su autoestima, sino que interioriza simultáneamente las condiciones bajo las que puede alcanzarlas y algunas de ellas las erige en ideal, integrándolas como suyas. Otras, sospechamos, nunca llegan a ser egosintónicas y pueden estar en el orígen de conflictos intrapsíquicos y en la formación de un «falso *self*». La dificultad de distinguir entre ideal del yo y superyó se debe pues a que parte de nuestros deseos e ideales están irreparablemente fundidos con determinadas exigencias, prescripciones y prohibiciones parentales que forman parte de nuestro *self* y seguramente el núcleo del futuro superyó.

Ya en 1954, A. Reich afirmaba: «Podemos distinguir entre el superyó, una estructura más reciente y más acorde con la realidad, y el ideal del yo, una estructura más temprana y más narcisista» (pág. 209). A lo que Blos (1979, pág. 269) añade: «su origen es heterogéneo, sus puntos de partida no son sincrónicos, sus contenidos no son idénticos y sus funciones son dispares. Lo que tienen en común es su influencia motivacional sobre la conducta y su función reguladora de la sensación de bienestar. […] en cuanto a la cronología de la formación definitiva de dichas estructuras sucede lo contrario: el superyó se establece más temprano, al declinar la fase fálico-edípica, mientras que el ideal del yo alcanza su estructura definitiva sólo durante la etapa final de la adolescencia».

Ahora bien, en la forma en que los padres educan a su hijo/a, se infiltran inevitablemente los deseos parentales, frecuentemente ligados a conflictos propios no resueltos de su infancia. En el ideal del yo del hijo se reflejará la imagen de hijo/a ideal[42] que tienen los padres[43], y que amonestan, critican, castigan, premian y estimulan a su retoño para que llegue a ser, de acuerdo con sus propios deseos (conscientes e inconscientes) y escala de valores (que se ajustan en mayor o menor medida a los valores culturales de su contexto), ese hijo del que pueden estar orgullosos, con el que se

[42] Normalmente de manera positiva, pero a veces también como su negativo u opuesto, cuando el niño necesita imperiosamente diferenciarse y reafirmar su propia identidad. Por ejemplo, una madre extremadamente ordenada y limpia tiene una hija desordenada y desaliñada.

[43] Según Lacan: «El deseo es el deseo del otro.»

pueden identificar, y aun que llegue a ser lo que ellos no han alcanzado. Freud mismo lo expresa de este modo (1914c): «Si consideramos la actitud de padres tiernos hacia sus hijos, habremos de discernirla como renacimiento y reproducción del narcisismo propio, ha mucho abandonado.» Y un poco más adelante, hablando de *His Majesty the Baby,* afirma: «Pero también prevalece la proclividad a suspender frente al niño todas esas conquistas culturales cuya aceptación hubo de arrancarse al propio narcisismo, y a renovar a propósito de él la exigencia de prerrogativas a que se renunció hace mucho tiempo. El niño debe tener mejor suerte que sus padres, no debe estar sometido a esas necesidades objetivas cuyo imperio en la vida hubo de reconocerse. Enfermedad, muerte, renuncia al goce, restricción de la voluntad propia no han de tener vigencia para el niño, las leyes de la naturaleza y de la sociedad han de cesar ante él, y realmente debe ser de nuevo el centro y el núcleo de la creación.» En esta segunda frase, Freud concentra deseos surgidos tanto del yo ideal: «leyes de la naturaleza y de la sociedad han de cesar ante él, y realmente debe ser de nuevo el centro y el núcleo de la creación», como del ideal del yo parental: «El niño debe tener mejor suerte que sus padres, no debe estar sometido a esas necesidades objetivas.»

Entendemos que sería precisamente en este amor parental descrito por Freud, mezclado con aspiraciones narcisistas propias proyectados sobre su hijo/a donde enraíza el amor identificatorio de los niños que facilitará la identificación con algunos de los ideales de aquellos. Con otras palabras, en el ideal del yo del hijo se integran, y frecuentemente se enfrentan, el principio de placer y el deseo propio de ser y hacer, acaso diferente del deseo de los padres, con el deseo de ser reconocido y querido por ellos. Esta tensión entre deseos propios contradictorios por una parte, y entre deseos propios y parentales (que a su vez pueden ser diferentes entre padre y madre) por otra, constituirá la base motivacional del comportamiento infantil.

«La fase fálico-edípica y el complejo de Edipo»

Aunque Freud tuvo que reconocer que el complejo de Edipo y la formación del superyó es diferente en niño y niña, estaba convencido que la sexualidad de ambos es masculina (1905d, y en escritos tardíos como 1933a), y que el complejo de Edipo se regía en ambos por el complejo de castración. El niño varón resuelve, abandona «su» Edipo para salvar una brecha narcisista: por miedo a la castración como castigo a su deseo de ponerse en el lugar del padre, reprime su amor incestuoso por la madre. Para la niña, descubrir su «castración» abre el proceso edípico, que nunca abandonaría de un modo tan tajante, tan claramente como en el caso del niño. La falta de la angustia de castración —ella ya estaría castrada— implicaría que su moral supuestamente no es tan implacable ni tan impersonal como en el caso del varón. La niña se aparta de la madre con ira y odio por no haberla dotado con ese miembro que envidia, y como consecuencia de su herida narcisista difícilmente salvable se dirige al padre, deseando obtenerlo de él, sea «realmente», sea en forma de un hijo. Lo que para el niño sería la angustia de castración, para la niña se convertiría en «envidia del pene», dado que para Freud (y la cultura en general) existe para ambos un único representante simbólico, el falo, y un único eje que articula la formación de la moralidad, el superyó que surge a raíz de la angustia de castración.

Prácticamente todos los autores actuales distinguen entre una fase pre-edípica y la edípica propiamente dicha. La fase pre-edípica se abrocha a la de separación/individuación, más o menos a partir de los tres y medio o cuatro años. En este período, los procesos que caracterizan la fase de separación/individuación normalmente habrán sido ejercitados, afinados, puestos a prueba e integrados, consolidando la estructuración del ideal del yo y el yo infantil. Las experiencias y fantasías infantiles están todavía fuertemente bajo el imperio de su ideal, pero la realidad irá ganando terreno. Los jalones que han tenido que superarse son *a)* diferenciación adentro-afuera, yo-no yo, *b)* estructuración del *self* que abarca la identidad de género nuclear, *c)* adquisición del esquema corporal, *d)* formación de objetos internos (mundo imaginario),

y *e)* surgimiento de los vínculos triádicos que paulatinamente se añaden y parcialmente sustituyen a los diádicos. Idealmente, estos procesos permitirán en su conjunto por un lado la adquisición de autonomía intrapsíquica, y un buen desarrollo de la percepción, la memoria, la cognición y la prueba de realidad, y por el otro el distanciamiento, la formación de límites y el abandono gradual de los vínculos diádicos. Cualquier déficit o anomalía en uno o varios de estos ámbitos influirán en cierta medida en el desarrollo de la fase edípica y en la evolución postrera, aunque ésta dependerá también, en mayor medida que la anterior, de factores extrafamiliares. Es preciso subrayar aquí que nadie se escapa a ciertos desequilibrios, carencias o excesos en algún que otro campo y es justamente eso lo que nos hace humanos.

Los contenidos del sistema yo ideal/ideal del yo infantil empiezan a jerarquizarse y frecuentemente crean conflictos al ser contradictorios, aunque en esta edad, el niño todavía fantasea con ser y tener todo. También ha aprendido e interiorizado las pautas básicas de la convivencia y los modos preferentes de relacionarse (si no son demasiado confusos o irreconciliables), que ha integrado en las instancias ideales, fundamentalmente motivado por el deseo de ser reconocido y querido (confirmación narcisista). La observancia de normas y la aspiración de estar a la altura de las exigencias parentales implícitas y explícitas, y unido a ellas el uso de mentirijillas y estrategias manipuladoras[44], todavía están fuertemente relacionadas con el temor a perder el amor de los padres y con tácticas autoengañadoras omnipotentes («yo no soy ese»), y mucho menos por miedo o por evitación calculada de castigos. Sólo en un contexto imprevisible y violento psíquico y/o físico, el miedo, la evitación y la agresión adquieren tempranamente formas ancladas en forma estructural. En estos últimos casos, el ideal del yo puede asimilar valores antisociales: es mejor ser reconocido que ignorado, aunque sea portándose mal, es mejor destruir antes que ser destruido. La violencia se usa entonces como forma lícita de defender su imagen ideal que suele esconder un yo enor-

[44] Que se han adquirido como forma relacional por aprendizaje tácito en las interrelaciones familiares.

memente débil y deficitario. En algunos casos y a partir de la adolescencia, la sed de reconocimiento puede ser aglutinada y explotada por determinadas ideologías.

Durante la fase pre-edípica, el interés de ambos sexos en los genitales y sus funciones empieza a incrementarse, y ambos envidiarán lo que no tienen: el pene, el pecho y la capacidad procreadora[45]. Guiados por las observaciones que hacen respecto de la relación entre sus padres, sus preguntas acerca de su procedencia, las propias sensaciones corporales ricas en matices, y mejor o peor orientados por explicaciones (o su falta), y/o por prohibiciones o actitudes mixtificadores —y en el peor de los casos por abusos más o menos disimulados—, niños y niñas pueden llegar a una comprensión bastante acertada de las relaciones sexuales y la función procreativa, aunque muchas veces sucumbirá parcial o incluso totalmente a la represión si constituye una fuente de angustias intolerables.

Freud relaciona la triangulación con la dinámica edípica, cuando los niños tienen que aceptar forzosamente que la unión entre madre y padre tiene lugar excluyéndole a él, que la madre que el niño y el padre que la niña desean, se desean sexualmente el uno al otro y no a él o ella. Investigaciones más recientes (Benjamin 1996) llegan a la conclusión de que la conflictiva edípica no llega a buen puerto si la triangulación no se ha iniciado anteriormente en el contexto del amor identificatorio que arranca en el vínculo diádico y que evoluciona hacia lo triádico a modo de «quiero a quien me quiere, y me avengo a querer a quien este alguien quiere además de a mí, para que no deje de quererme a mí». O de una forma más adulta «los amigos de mis amigos también son mis amigos». En este período, el amor del niño por su madre todavía no es del todo objetal, sino teñido fuertemente por anhelos narcisistas. Ni la niña quiere ser como un hombre como reacción a descubrirse anatómicamente diferente, sino porque quiere a su padre y todavía puede fantasear ser como él. Pero los niños no sólo siguen identificándose con ambos padres, también se re-

[45] Como señalan oportunamente algunas autoras, nadie menciona en ningún contexto los escrotos.

presentan los significados genitales simbólicamente y asimilan de forma inconsciente el repertorio de gestos y comportamientos que ofrece una cultura para expresar la feminidad y la masculinidad. La elaboración e integración narcisista de todas aquellas características que más adelante habrán de reconocerse como privilegios del otro género y sexo, dependen en parte de la evaluación y aceptación positiva que cada una de las figuras parentales hace del amor identificatorio de su hijo/a y de la imagen ideal que proyectan sobre su retoño. Obviamente, en esta dinámica intersubjetiva influye también la valoración que hacen los padres mutuamente de las características masculinas y femeninas respectivamente del otro. Una buena triangulación reduce la envidia y los celos que surgen en la fase de separación/individuación a un nivel tolerable y aminora la rivalidad[46]. También facilita posteriormente la integración en grupos al hacer soportable las dinámicas de inclusión/exclusión y de comparaciones que les suelen ser propios sin caer en complicidades traicioneras y destructivas.

La transición entre la fase pre-edípica y la edípica se caracteriza por la toma de conciencia del conflicto entre deseo y realidad anatómica. Según Fast (1988), el rechazo de esta realidad se expresa en la angustia de castración que simboliza primero para ambos la pérdida de las capacidades y de los genitales del otro sexo, lo que no podrán tener nunca. Benjamin considera que la fase edípica es la de la diferenciación sexual y de género propiamente dicha, porque en ese período se adjudican las diferencias complementarias de cada sexo al *self* y al otro respectivamente. Finalmente, el rechazo de «lo otro» para sí implica el abandono del amor identificatorio —pero no necesariamente la identificación— hacia el padre del sexo opuesto en aras del amor objetal. Al principio, niño y niña adoptan actitudes más defensivas y de-

[46] Étimo de envidia: *invidere*, ver algo y desearlo. Celos: *celo*, emulación, dedicación ferviente a un propósito, fervor; celos = miedo de que un rival le quite a uno el cariño de una persona amada. Rivalidad: *rival*, quien desea obtener lo mismo que el otro (idea implícita: quien se opone a otro en relación con el derecho de usar el agua, quien usa el mismo río que otros, de *rivalis*, adj. relativo a arroyo, río).

finiciones más rígidas de la relación complementaria entre los sexos: Freud lo describió para el caso del niño varón, pero no pudo verlo en la niña. Lo que se perdió se convierte tanto en objeto de envidia y temor, frecuentemente encubierto por un desprecio descarado, como de idealización. A veces pueden dominar el anhelo y el amor por lo perdido, a veces la rivalidad y el rechazo. En nuestras sociedades en las que todavía predomina una fuerte dicotomía objetivada entre sexos/géneros, estos sentimientos se convierten fácilmente en matrices de actitudes y conductas caracteriales.

En el apogeo de la fase edípica, la angustia de castración se centra más en los propios genitales, y surge en el contexto normal que transmite el tabú del incesto. En la niña se añade además el temor de haber perdido la capacidad reproductiva porque frecuentemente se resiste a abandonar la identificación con el padre que sigue representando para ella también independencia, poder y sujeto deseante. Por otro lado, al fantasear relaciones sexuales[47], puede temer que sus genitales y su interior sean dañados por el pene de su padre, enorme para ella, sobre todo cuando lo que transmite la madre más o menos consciente o inconscientemente es insatisfacción y aun desagrado respecto de sus propias relaciones sexuales, y la actitud paterna expresa desprecio por «lo femenino». La autoestima del niño varón, por otro lado, puede sufrir un fuerte golpe, no sólo por la prohibición de desear a la madre, sino también por el tamaño de su genital que pronto comprende que no es apropiado para realizar su deseo. Para ambos, tensiones edípicas excesivas[48] pueden favorecer regresiones a fases anteriores que serán más o menos sexualizadas, o que fuerzan una huida hacia delante que impulsan a los niños a asumir responsabilidades desmesuradas para su edad; muchas veces se expresan en hiperactividad o agresividad manifiesta.

---

[47] Estas fantasías adquieren frecuentemente la forma de una violación ¿Por qué? ¿Se trata de una regresión sadico-anal? ¿Pasividad? ¿Algo cultural?

[48] Nos referimos sobre todo a aquellos casos en los que una deficiente confirmación narcisista ha forzado a una excesiva idealización, en contraste con la realidad del yo.

El amor identificatorio del vínculo diádico no siempre facilita la triangulación y el complejo de Edipo positivo, es decir el amor objetal por el padre del sexo opuesto. Puede sobrevenir un Edipo negativo, el deseo sexual por el padre del mismo sexo. Freud (1923b) relaciona el complejo de Edipo completo (positivo y negativo) con la intensidad de la disposición bisexual del humano al nacer, ignorando la fuerza de la identificación primaria del infante y del deseo materno y paterno. Money (1965) pudo demostrar que la disposición sexual biológica predominante puede ser anulada por la intersubjetividad que subyace a las pautas educativas en los primeros tres a cuatro años de vida, y dotar a un niño o a una niña con una identidad sexual opuesta a su sexo anatómico. Y Fast (1984) postula la bisexualidad como una posición psíquica en la que el niño se identifica con ambos padres. Esto quiere decir que la identidad sexual de cada cual depende de las identificaciones primarias y las circunstancias en las que se configuran[49]. Al sobrevenir la sexualización de la fase fálico-edípica, es normal que al lado del complejo de Edipo positivo, por regla general predominante, se manifiesten también aspectos del Edipo negativo. En el niño varón puede enlazarse con la sexualización de deseos de sumisión al padre y deseos de castración relacionados con el intento de dominar sus mociones agresivas hacia él surgidas en la ambivalencia edípica y como castigo a su odio. También puede resistirse a abandonar el amor identificatorio con la madre y perder las satisfacciones narcisistas pre-edípicas. En la niña, parte de su amor identificatorio por su madre puede sexualizarse, al tiempo que sigue identificándose fuertemente con el padre, con el deseo de devolverle el pene o darle un hijo, desagraviándola por haberse puesto en su lugar al desear al padre. Normalmente, estos deseos sexuales dirigidos al padre del mismo sexo permanecerán latentes hasta la adolescencia, cuando recibirán nuevos impulsos debido a la maduración puberal. En un desarrollo normal, sucumbirán finalmente a la represión o perderán la carga sexual, colocándose al servicio de los sentimientos de amistad.

---

[49] Todavía está por demostrar la implicación genética en la homosexualidad.

En determinados ambientes familiares, niño o niña están aprisionados en una relación fusional/simbiótica con una madre fálica castradora, a menudo complementada con un padre no disponible, no querido y acaso temido y odiado, o con un padre con una identidad masculina débil al que se tiene lástima o desprecio, que no ha sido capaz de fomentar un amor identificatorio adecuado en su hijo/a. El ideal del yo de estos niños y niñas se alimentará básicamente en la identificación materna, fomentada por la propia madre cuyo ideal del yo sin duda presenta a su vez grandes desequilibrios y que, por su parte, seguramente rechace, tema y/o desprecie lo masculino, en el marido, en el hombre en general y en el hijo. En cualquiera de estas circunstancias, se presupone en el niño un narcisismo descompensado y un ideal del yo reactivamente hipertrofiado, con una extrema idealización del otro primario, interiorizada también dentro del propio *self*. El proceso edípico puede dificultar e incluso malograr e impedir la constitución de un sólido superyó, idealizando fuertemente aspectos de la sexualidad pre-edípica: la oralidad y la analidad. En estos casos puede surgir el riesgo de una futura homosexualidad, aunque su configuración latente o manifiesta dependerá del desarrollo posterior, sobre todo durante la adolescencia.

El camino que escogen los niños depende, además de las pautas familiares más o menos permisivas, también de influencias exteriores. En el caso ideal, el aferrarse a *roles* complementarios rígidos y el rechazo de «lo otro» se irá atenuando hacia el final de la fase edípica, cuando las fantasías centradas en el amor objetal empiezan a compensar las pérdidas de la primera infancia y el duelo cede ante las nuevas posibilidades más reales, que incluye identificaciones secundarias con otras personas del mismo sexo y aun de su misma edad.

Lo que se juega una vez más en la fase pre-edípica/edípica es la imagen ideal que tienen los niños de sí mismos y su confrontación con la realidad. Las tensiones que se crean entre el ideal del yo y la autopercepción se acentúan y se complican por los dictados culturales contradictorios y sin embargo rígidos. Como hemos podido constatar, las exigencias diferenciadas expresadas en los *roles* de género han sido estructuralmente asimiladas en el ideal del yo que será en adelante portador de valores considerados

femeninos y masculinos respectivamente. Dado que tradicionalmente la relación madre-hija se caracteriza por vínculos en los que predomina una prolongada identificación primaria que subsiste a menudo más allá de la fase fálico-edípica, el ideal del yo femenino suele expresar deseos de unión y continuidad, de intimidad y cuidados, al tiempo que proscribe la expresión de la agresividad. El vínculo madre-hijo fomenta más la actividad y la represión de sentimientos, y connota tempranamente el sentimiento de diferencia. Además, el niño varón se identifica más fácil y más tempranamente con una figura paterna que acentúa el deseo de independencia y de autoafirmación. Pero esto no implica que hombres y mujeres no anhelen «lo otro», aquello que han idealizado y que han tenido que dejar en el camino, y buscarán alcanzarlo, consciente e inconscientemente, de las maneras más variadas. Una de las más comunes es vía enamoramiento: «El afán que (en el enamoramiento) falsea al juicio es el de la idealización […] discernimos que el objeto es tratado como el yo propio, y por tanto en el enamoramiento afluye al objeto una medida mayor de libido narcisista. Y aun en muchas formas de la elección amorosa salta a la vista que el objeto sirve para sustituir un ideal del yo propio, no alcanzado. Se ama en virtud de perfecciones a que se ha aspirado para el yo propio y que ahora a uno le gustaría procurarse, para satisfacer su narcisismo, por este rodeo» (Freud, 1921c).

Como hemos visto, la idealización está presente en formas precursoras desde los primeros meses de la vida, acompañada de la escisión entre lo placentero y lo displacentero. A lo largo del proceso evolutivo, podemos observar que la idealización puede tomar dos direcciones divergentes (en la realidad psíquica ambas están presentes en diferentes proporciones, a veces conjuntamente, a veces alternativamente). Una es la idealización del *self*/yo, de lo que uno es y tiene, o cree ser y tener. La otra es la idealización del otro, lo que presuntamente es y tiene, y de lo que uno mismo carece o cree carecer. Se corresponden con la libido narcisista y la libido objetal respectivamente. La idealización siempre se asocia con la identificación en sus diferentes modos (primaria o secundaria, total o parcial) y ambas son los mecanismos psíquicos básicos del proceso evolutivo. El resultado de la

confrontación de ambos tipos de idealizaciones con las realizaciones y éxitos efectivos y con los proyectos y esperanzas que se logran proyectar hacia el futuro, ponderados por un ideal del yo más o menos exigente, más o menos realista, está en la base de nuestra autoestima. El ideal del yo por otro lado está constituido por la cualidad de las idealizaciones primarias. La idealización de los objetos «buenos», la identificación con ellos, y la concomitante escisión y proyección de los objetos «malos» es un proceso normal al servicio del crecimiento que estará presente durante toda la vida de formas muy variadas. La identificación proyectiva (proyectar algo propio en el otro e identificarse con lo proyectado para controlarlo en el afuera) es el proceso intersubjetivo inconsciente por excelencia. Estos mecanismos psíquicos —como todos— sólo devienen patológicos en sus excesos y defectos. La sobreidealización y la consecuente y complementaria demonización desfiguran la percepción de la realidad —interior y exterior— y originan afectos, actitudes y comportamientos desproporcionados respecto de los otros y de nosotros mismos. El superyó vendría a controlar y limitar aquellos actos mentales y físicos dirigidos a adueñarse del objeto y las situaciones sobreidealizadas para protegerse y defenderse de lo demonizado.

«El superyó»

El superyó freudiano sería el heredero de la dinámica edípica, y concretamente la consecuencia de la angustia de castración. La necesidad de represión del deseo edípico se debe a la «ley de oro» universal que prohíbe la unión sexual entre madre e hijo[50]. Es precisamente la interiorización y el acatamiento de esta ley, a la que se abrocha en primer lugar otra ley, el «no matarás» (ambas transgredidas en la leyenda del Rey Edipo), y luego toda una serie de normativas contingentes que permiten la convivencia en una determinada sociedad y que comportan castigos institucio-

[50] Esta ley se ha ido extendiendo a la relación padre-hija, aunque su efectividad real es menor, como lo confirman frecuentemente los hechos.

nalizados en caso de su trangresión. En su función de vigilante, censor y regulador de nuestras representaciones de las pulsiones sexuales y agresivas más auto- y alodestructivas y de deseos percibidos como peligrosos, el superyó impediría que éstas se hagan conscientes, y si llegasen a la conciencia, asumiría el *rol* de Pepito Grillo.

En el capítulo anterior García de la Hoz describe las razones por las que Freud abandonó el ideal del yo y entronizó el superyó como única instancia moral. Sin embargo, cuando Freud introduce el concepto[51], usándolo como sinónimo de ideal del yo, nos parece que queda todavía bastante clara la diferencia entre uno y otro, por lo menos desde la perspectiva actual:

> Empero, el superyó no es simplemente un residuo de las primeras elecciones de objeto del ello [ideal del yo], sino que tiene también la significatividad de una enérgica formación reactiva frente a ellas [superyó]. Su vínculo con el yo no se agota en la advertencia : «Así (como el padre) debes ser» [ideal del yo por identificación incluyendo las primeras críticas y amonestaciones], sino que comprende también la prohibición: «Así (como el padre) no te es lícito ser, esto es, no puedes hacer todo lo que él hace; muchas cosas le están reservadas» [superyó].
>
> Discerniendo en los progenitores, en particular en el padre, el obstáculo para la realización de los deseos del Edipo, el yo infantil se fortaleció [con su amor identificatorio para el padre] para esa operación represiva, erigiendo dentro de sí ese mismo obstáculo [la limitación que impone la realidad externa interiorizada] En cierta medida toma prestada del padre la fuerza [el padre ofrece al hijo la confirmación y aceptación positiva de su amor identificatorio; aquí Freud no menciona la angustia de castración] para lograrlo, y este empréstito es un acto extraordinariamente grávido de consecuencias. El superyó conservará el carácter del padre [ideal del yo y superyó].
>
> Si consideramos una vez más la génesis del superyó tal como la hemos descrito, vemos que este último es el resultado

[51] Las citas que siguen son del tercer capítulo de *El yo y el ello* (Freud, 1923b), titulado «El yo y el superyó (ideal del yo)».

> de dos factores de suma importancia, uno biológico y el otro histórico: el desvalimiento y la dependencia del ser humano durante su prolongada infancia [ideal del yo], y el hecho de su complejo de Edipo [superyó].

Según avanza el proceso evolutivo, deseos, modos de obtener satisfacciones, pautas relacionales y prohibiciones llegan a ser más claramente conscientes. Los deseos edípicos y la apreciación «yo no soy ese» o «quiero ser aquella», son contenidos del ideal del yo cuya integridad se ve amenazada por prohibiciones y limitaciones, si no castigos reales, que se añaden y sobreponen a los que ya se han interiorizado antes como representaciones psíquicas. En el mejor de los casos, niños y niñas abandonan, o por lo menos reprimen fuertemente, sus deseos omnipotentes de ser todo y de poder sustituir a sus padres del mismo sexo frente al del otro, para salvar aquella parte del ideal del yo que tiene para ellos todavía visos de poder ser realizada, lo que les exige una reformulación y reorganización de sus imágenes ideales. Lo que ocurre ahora en el ámbito intrapsíquico es comparable a la dinámica que en su momento dio lugar a la distinción entre yo-otro y la creación del ideal del yo a partir del yo ideal para salvar las satisfacciones narcisistas, pero en un nivel superior, permitiendo la formación del superyó al admitir al tercero.

El infante salió paulatinamente de la «membrana simbiótica» en la que se experimentaba como un «todo fusional» y proyectó sus sentimientos y fantasías omnipotentes sobre sus objetos primarios, identificándose con ellos. Del «yo soy tu/tu eres yo»[52] omnipotente evolucionó hacia el «yo soy como tu» en el contexto de vínculos diádicos. Y subrayamos que sólo hablar de la díada madre-hijo no abarca todas las experiencias infantiles significativas. Desde la perspectiva del niño pequeño, cualquier relación que establece con un otro, sea el padre, o un hermano, una abuela o una cuidadora de guardería, etc., es una relación de «yo-tú» inicialmente excluyente, en la que la interferencia de un tercero se

[52] Evidentemente se trata de fórmulas adultomórficas de expresar lo que puede sentir un bebé menor de un año.

vive como algo que todavía amenaza su imagen ideal de ser el centro de todo. Como hemos venido insistiendo, la aceptación de la realidad exterior y de la existencia de otros con demandas tanto similares como diferentes sobre la persona amada, es un proceso lento y sin duda frecuentemente doloroso para el niño pequeño, que compensa en su mundo imaginario con idealizaciones en un esfuerzo titánico de restablecer su ideal del yo. Una respuesta afirmativa y gratificante a su amor identificatorio le permite poco a poco abrirse a relaciones triádicas, asimilando las limitaciones que le impone la realidad. En el ámbito familiar se observa frecuentemente que en presencia de determinados miembros, el niño no solo tolera la inclusión sino que disfruta con ella, mientras que con otros miembros se vuelve exigente y agresivo o se retira deprimido. Ello depende de los comportamientos inclusivos/exclusivos que manifiestan unos y otros entre sí y con respecto a él. Ahora, en el proceso edípico, esta triangulación y la prueba de realidad serán sometidas a una tensión extrema.

Desde nuestra perspectiva, el superyó representa entonces la aceptación y la integración estructural de la triangulación y las limitaciones impuestas por la realidad, en aras de salvar todo lo salvable del ideal del yo, como en su momento la creación del ideal del yo se debió al intento de salvar el yo ideal. Sin embargo, existe una diferencia notable entre ambos procesos: En el primero sólo existía un sentimiento de sí-mismo y un incipiente yo, con una maduración neuronal inacabada. Las vivencias del infante, placenteras y displacenteras, de esta época han dejado huellas inscritas en lo corporal y huellas representacionales[53], pero no recuerdos propiamente dichos. Este saber no recordado y por lo tanto no pensado constituye los primeros posos del inconsciente que atraerá a modo de imán, progresivamente y a lo largo de toda la vida, aquellas experiencias y representaciones que originan un conflicto entre las diferentes instancias psíquicas lo suficientemente fuerte como para convertirse en una seria amenaza para la seguridad interior y la imagen ideal. Es importante añadir que los

[53] Cfr. Bollas (1987) y Castoriadis-Aulagnier (1993).

contenidos del inconsciente[54] pueden reagruparse y reestructurarse cada vez que se añaden nuevos datos.

Durante el proceso que acaba en la creación del superyó, el yo infantil normalmente ha adquirido las necesarias capacidades (percepción, memoria, cognición y prueba de realidad) como para hacerse consciente y recordar, por lo menos en parte, sus conflictos con el ideal del yo y el incipiente superyó, los conflictos entre superyó e ideal del yo, y también los conflictos con el mundo exterior. De ahí en adelante, deseos e ideales serán adversarios fieles del superyó durante toda la vida, y a veces, cuando no se puede vencer al enemigo, ideal del yo y superyó se alían. En esta alianza, como en las políticas y las militares, existe negociación, intercambio de contenidos, actuaciones conjuntas, áreas de funcionamiento autónomo de cada instancia, control, castigos, estrategias de engaño y venganza, acaso un triunfo en la manga y la eterna esperanza del ideal del yo de vencer al superyó. Y como en aquellas, uno suele hacerse más fuerte a costa de las debilidades del otro. Es posible que el superyó, que debe su origen a la interiorización de una poderosa prohibición y a los límites que impone la realidad, atraiga hacia sí críticas, amonestaciones, limitaciones y castigos parentales, interiorizados e integrados anteriormente en el ideal del yo debido a sus características. Del mismo modo, ideales y deseos parentales interiorizados en aras de preservar su amor y reconocimiento, pueden convertirse, ahora que el niño ha adquirido más juicio y sentido de la realidad, en un deber que cae bajo el dictamen del superyó, sobre todo si las exigencias parentales no han podido integrarse como egosintónicas, o si el niño abraza ideales opuestos para reafirmar su propia identidad. Por otro lado, determinados comportamientos y actitudes censurados y prohibidos que ayudaron a constituir el superyó, pueden ser captados por el ideal del yo que los transforma e integra en la nueva imagen ideal como formaciones reactivas («yo no soy ese»: posiblemente un acérrimo defensor de los dere-

[54] Las características del inconsciente son la atemporalidad, la condensación y el desplazamiento.

chos animales haya sido en algún momento de su infancia un torturador de animales). También situaciones vividas como amenazas a la imagen idealizada de sí mismo y de un otro significativo, pueden dar lugar a convertir en ideal la situación opuesta (por ejemplo haber sido objeto de un supuesto o real trato gravemente injusto por parte de los padres puede llevar a defender tenazmente la justicia). Se trata del mismo mecanismo primordial de idealizar lo que uno carece o careció, que al aliarse con el superyó que representa lo que «debe ser», permite instrumentar medios realistas y socialmente permitidos para luchar a favor de un ideal. En el caso del justiciero al que vale cualquier medio para hacer justicia predominaría el ideal del yo, mientras que un juez que se atiene a las leyes en su lucha por hacer justicia, el ideal del yo estaría matizado y ponderado por el superyó. En la lucha por un ideal socialmente valorado, el tándem ideal del yo-superyó extrae fuerza del intento de alejar la amenaza de fragmentación de la imagen ideal arcaica actualizada y de la ira y agresividad que esta amenaza despierta, consiguiendo no sólo la confirmación narcisista anhelada, sino a veces también la satisfacción simbólica de deseos de venganza respecto de aquellos que causaron el agravio original infantil.

Respecto de la supuesta diferencia entre superyó masculino y femenino, vemos que nuestra cultura opera —todavía— de tal modo, que tradicionalmente se frenan y niegan las pulsiones sexuales y agresivas de las niñas desde el mismo entorno maternal tan precozmente, que su manejo sucumbe a mecanismos adaptativos/defensivos tempranos y finalmente serán reprimidas, en apariencia eficazmente. Pero como todo contenido inconsciente, estos impulsos buscan un camino hacia su meta. Cuando la niña llega, en el curso de la fase fálico-edípica, a transformar su amor identificatorio por el padre en amor objetal, su deseo sexual será mayormente un deseo pasivo y normalmente inconsciente que ya no necesita de una represión tan acusada como en el caso del niño varón. Por lo menos parte de su libido objetal liberada se convertirá otra vez en libido narcisista y afluirá al *self,* desde donde puede investir su imagen corporal siguiendo las exigencias transmitidas por todos los medios de nuestra sociedad. Los deseos de apoderamiento, de manifestar su voluntad y de ser activa en-

cuentran salida en buenos rendimientos escolares y otras actividades, lo que le permite autoabastecerse con satisfacciones narcisistas que sus objetos primarios no han sabido o podido darle. Cierta cantidad de agresividad y libido objetal puede aliarse con su ideal del yo para alcanzar estas nuevas metas (sublimación). Otra parte de agresividad y su sadismo puede sufrir un destino semejante que su libido y será dirigida hacia sí-misma, por lo que sus formas relacionales expresarán tempranamente rasgos masoquistas. Su ideal del yo, como hemos visto, llegó precozmente a ser, por una parte, exigente por sobreidealización, y por otra, había interiorizado fuertemente y antes de la fase fálico-edípica los mandatos y deseos parentales, sobre todo los maternos[55]. Los ideales —que reclaman absolutos— de ser aceptada, querida, confirmada, autónoma, responsable, pueden ser en sí suficientemente categóricos para funcionar sin la mediación del superyó. Pero es posible pensar que el superyó se haya hecho cargo de los mandatos y deseos parentales y se alíe con el ideal del yo para llegar a esa meta que nunca parece alcanzarse. Es decir, que el superyó extraiga su fuerza del ideal del yo y que desde la perspectiva estructural, la vergüenza propia del ideal del yo se convierta en el curso del desarrollo en culpa superyoica. Posiblemente muchas de las depresiones de las mujeres tengan su origen en esta dinámica. Sus sentimientos de culpabilidad y su baja autoestima no necesariamente se deben a la función superyoica, sino que pueden ser ocasionados por desear ser sujeto de deseo que va del todo contra la ley patriarcal, por ser incapaz de armonizar su ideal con el yo, y por los impulsos agresivos resultantes que no se hacen conscien-

[55] Cuando tradicionalmente se habla de la Ley, se refiere al tabú del incesto y a su prolongación en leyes que contribuyen al contrato social, cuyo primer representante es el padre, y que se interioriza como superyó. La clínica ha demostrado que existe otra ley, la ley de la madre, frecuentemente más implacable y más arbitraria, cuya representación psíquica sería el ideal del yo. Esta clase de explicación siempre es una simplificación, en tanto que el ideal del yo alberga también valores paternos, pero en cualquier caso no cabe duda de que la díada madre-hijo/a es anterior a la díada padre-hijo/a. Por otro lado, la madre también transmite tempranamente valores superyoicos propios que el infante inicialmente interioriza como ideales.

tes y se dirigen hacia sí mismas como acto punitivo. Todo ello, por otra parte, no significa que las niñas no hayan sido capaces de acometer la triangulación. A menudo, la mujer tiene sus pies mejor anclados en el suelo de la realidad, es más concreta y menos abstracta[56] que el hombre[57]. Sin embargo, su anhelo de unión, comprensión, confirmación, su ideal fantaseado e idealizado o realmente disfrutado en sus vínculos diádicos, irrumpe con fuerza en aquellas relaciones que evocan inconscientemente sus vínculos primarios y ponen en juego sus más profundos afectos —en el enamoramiento, en amistades profundas, en la maternidad— y pueden provocar una regresión a fases anteriores a la fálico-edípica.

Al niño varón, en cambio, se le había permitido más independizarse, reafirmar su voluntad, ser dueño de sus propios deseos. Cuando se enfrenta con su deseo edípico por la madre, debe hacer un esfuerzo mayor para desalojarlo. No siempre encuentra suficiente fuerza y apoyo en el padre, que también para él es frecuentemente un padre no demasiado disponible y cuya imagen también había idealizado fuertemente. La persona más cercana y real había sido la madre. Bajo las tensiones que se establecen en su ideal del yo, entre ser como el padre y tener que enterrar su amor edípico por la madre, y con ello perder esa cercanía física, de la que por cierto apenas podrá volver a disfrutar hasta que no establezca relaciones amorosas en su adolescencia —o aún más tarde—, su superyó puede adquirir rasgos de rigidez y dureza. Si añadimos a esto la angustia de castración, no es raro que se produzca con cierta facilidad una regresión a subfases anteriores. Frecuentemente se queda atrapado en la fase anal-sádica, porque desde ahí puede controlar omnipotentemente, y a veces realmente con un comportamiento agresivo y despectivo, a la madre fálica y castradora, y puede seguir reafirmando su autonomía y su impulso de apoderamiento y así evitar recaer en un vínculo diádico. La única protección contra su anhelo de cercanía consiste en

---

[56] La abstracción siempre es una forma de idealización.

[57] Podríamos decir que la mujer sueña, fantasea con lo ideal, mientras actúa en lo real, y el hombre quiere realizar el ideal.

negar fuertemente sus propios afectos y rechazar rotundamente también su identificación con ella. Para muchos hombres adultos, la única manera de vencer sus miedos a ser «devorados» por la mujer en una relación amorosa —que representaría al vínculo diádico primordial actualizado— es un comportamiento sádico que se manifiesta en no ceder ante el deseo de la mujer, en no darle el placer sexual y la confirmación narcisista que ella espera. El niño varón inviste parte de la libido que queda liberada por la represión, igual que la niña, en su *self,* reafirmando su imagen masculina, en los estudios[58], y en actividades en las que priman juegos con pares en los que puede liberar parte de la carga agresiva concomitante. Pero también ocurre con cierta frecuencia que necesita invertir mayor energía que la niña en controlar sus impulsos agresivos y sexuales. En tanto que ha reprimido su identificación con la madre y los ideales relacionados con ella, parte de su ideal del yo queda anegado y necesita —más que la niña— del superyó para un comportamiento socialmente apreciado (familia, escuela).

La angustia de castración era para Freud la razón más poderosa para que el niño abandonase el sueño edípico. En la niña se convertiría en envidia de pene. Creemos que la intensidad de la angustia de castración para ambos depende principalmente de las idealizaciones que se han podido hacer previamente de las características, capacidades y atributos de ambos padres, y de la calidad de los cuidados y las satisfacciones narcisistas reales que han recibido de uno y otro. Ahora al tener que abandonar cada uno lo que corresponde real e imaginariamente al otro sexo y género, se produce generalmente una reacción de más o menos despecho: «Si no lo puedo tener, no lo quiero y además, no vale nada.» Este sentimiento puede acaso ser más fuerte en el niño varón, porque a raíz de su deseo edípico y su insistente empeño de buscar la cercanía física de la madre, puede instintivamente rechazarla ahora, si no lo ha hecho ya antes en cierta medida. Con una niña, este fenómeno se produce mucho menos, se la sigue abrazando y aca-

[58] Las estadísticas sobre rendimientos escolares demuestran que las niñas son mayoritariamente mejores estudiantes que los niños.

riciando sin tantas inhibiciones. Suponemos que esta reacción se da en tanto que en el niño pequeño, la excitación sexual se manifiesta con una erección en toda regla, es decir, la zona erógena es la genital. La excitación de la niña pasa fácilmente desapercibida a los ojos de sus padres, sus genitales han sido menos investidos, no han sido nombrados y no se han podido simbolizar. Todo su cuerpo puede ser erotizado[59]. Por otro lado, el niño varón se identifica ahora más con un padre que de por sí también transmite el menosprecio cultural para el estatus femenino. Por ello, el miedo a la castración, el miedo a llegar a ser como la mujer, «castrada» no sólo anatómicamente, sino también desprovista de su deseo sexual, de su independencia etc., este miedo está directamente ligado a la angustia producida por la amenaza de fragmentación de su imagen ideal. El que la niña no abandone nunca tan drásticamente sus deseos edípicos, tiene que ver sólo en parte con su falta de angustia de castración y acaso mucho más con el persistente deseo de la niña de llegar a ser sujeto de deseo. Como habíamos visto, la niña se dirige en la fase de separación/individuación al padre y se identifica con él, precisamente porque espera recibir de él esa confirmación narcisista que la madre no ha podido dársela en suficiente medida. En la fase fálico-edípica puede sexualizar esos deseos, es decir fantasea apropiarse de esas cualidades por vía genital, recibiendo el pene o un hijo del padre. Pero esto no significa en absoluto que su angustia de castración sea menos intensa. Precisamente por desear tan vehemente ser independiente, reafirmar su propia voluntad y ser sujeto de su propio deseo, algo que su madre no supo darle, además del deseo de sustituirla frente al padre, un cúmulo de sentimientos de ira, envidia y culpa pueden sumir a la niña en temores a actos retaliativos por parte de la madre que la castigaría por sus anhelos y sus deseos destructivos. De hecho, muchas madres viven el romance de sus hijitas con el padre como una amenaza a su propio lugar, y las envidian por sus deseos que ellas mismas no han visto confirmados y acaban entrando en comportamientos de rivalidad con la niña. La niña fantasea estos castigos frecuentemente como

[59] De la mujer histérica se dice que «sexualiza todo menos el sexo».

una destrucción de su futura capacidad de tener hijos, y su falta de pene como un acto de venganza materna. Estos temores pueden ser tan fuertes como la angustia de castración en el niño.

Creemos que existe una razón más para la menor represión del complejo de Edipo y la formación de un superyó mas débil en la niña respecto del varón. Los genitales del niño varón son una constante fuente de observación propia y ajena (también desde el punto de vista médico e higiénico), de admiración (el «pajarito», etcétera), más tarde de prohibición (masturbación), de simbolización, en resumen, entran plenamente en el discurso de adultos y de los propios niños. Al contrario, la «rajita» y el «agujerito» de la niña parecen llevar al vacío. Y la comparación que se le ofrece «eres, vas a ser como mama» tampoco puede serle del todo satisfactoria, porque le falta también el pecho, este atributo que la mujer adulta inviste narcisísticamente y que procura placer tanto al bebé como al hombre adulto. Lo único casi que puede ser de momento es una «niña bonita». La niña también inviste libidinalmente lo nombrado, lo mirado y lo admirado, es decir su cuerpo entero y ese contacto físico, esa cercanía que son los abrazos, los besos y las caricias que se le proporcionan (la mayoría de las veces seguramente sin connotaciones eróticas). Pero es posible que la niña sí erotice estos contactos en la fase fálico-edípica cuando coincidan con los momentos de excitación sexual, ignorados por los otros y seguramente también por ella o reprimidos como algo que no ha entrado en la cadena de significantes y por lo tanto algo inquietante, ya que nadie lo ha nombrado. Concluimos de lo anterior que la represión —menor— de su complejo de Edipo positivo hacia el final de la fase fálico-edípica puede encontrar cierta compensación en el Edipo negativo, que encontraría una fuerte valoración social: «qué niña más cariñosa». Su amor objetal por su madre, luego transferido también sobre amigas, no encuentra objeción: ella puede seguir satisfaciendo anhelos propios del ideal del yo que de este modo se verá reforzado. Nadie la llama «tortillera» cuando se pasea cogida de la cintura con su amiguita, mientras que entre los chicos «maricón» sigue siendo un insulto fuerte. En lugar de represión se trataría de un desplazamiento autorizado, que en el niño varón también estaría censurado, tanto por los adultos como por los mismos chicos.

De todos modos, no parece fácil trazar la línea de separación entre los contenidos, la estructura y la fuerza del ideal del yo y el superyó. En su momento, Freud únicamente se fijó en el «acabado» del superyó, que desde entonces viene siendo criticado desde las más variadas perspectivas y por una gran cantidad de autores[60] empezando por Karen Horney *(Flucht aus der Weiblichkeit)* allá en 1926, ganándose las más duras críticas de su maestro, que la llamaba «feminista» cuando ella ponía el dedo en su forma patriarcal de teorizar sobre la mujer. Actualmente tenemos la suficiente información clínica —aun falta la elaboración metapsicológica— como para poder separar sin ambages yo ideal/ideal del yo como instancia separada y diferenciada de la instancia superyoica[61]. Los tres ámbitos que demandan esta separación son 1) su diferente origen, función y tiempo evolutivo, 2) la misma clínica que distingue entre neurosis y trastornos de personalidad (especialmente los trastornos narcisistas) y 3) la diferencia entre lo que se viene considerando «normalidad» femenina y masculina respectivamente. No sabemos cómo los cambios actuales en el estatus social de la mujer y el ajuste que implica del lado de los hombres transformarán en el futuro esa normalidad.

Según se desprende de lo anterior, el superyó representaría más aquellos valores y normas, interiorizados e individualizados, que permiten la convivencia social, la vida pública y, como tal, la Ley, cuyo representante es una figura paterna en la sociedad patriarcal: Desde el padre en el contexto familiar nuclear, pasando por el patriarca dentro de un clan, el patrón en los contextos laborales, el líder de grupos sociales, etc., hasta Dios en las religiones monoteístas. Es en este sentido en el que Freud pudo relacio-

---

[60] Véase el capítulo de García de la Hoz en este mismo volumen.

[61] Esta tesis encuentra una idea paralela en el modelo analítico-vincular de N. Caparrós y cols., que postula la constitución del aparato psíquico como una consecuencia de la interacción entre el nivel biológico y el nivel social de integración. El sistema yo ideal/ideal del yo abarcaría las representaciones psíquicas de las necesidades individuales biológicas (yo ideal) y las necesidades psíquicas (ideal del yo), mientras que el superyó abarcaría las del medio social y cultural transmitido básicamente por el ambiente familiar y su entorno.

nar el superyó con la moral, algo que se viene contestando fuertemente en los últimos años desde el psicoanálisis, considerando que una moral abstracta, alejada de las necesidades inmediatas de los más desprotegidos, que descuida los sentimientos y el cuidado, basada en el temor, no es una buena moral[62]. Oponen la moral superyoica a la del ideal del yo, según algunos autores mucho más implacable pero menos sádica que la que proviene del superyó. Por nuestra parte creemos que los valores positivos de ambas instancias son necesarios y complementarios, y que en los extremos negativos ambas son igual de nefastas y patológicas. Sería deseable que sus rasgos complementarios no se dividan por géneros, sino que cada persona pueda interiorizar los valores y necesarias limitaciones de manera más equilibrada de como hasta hoy viene ocurriendo.

«La latencia»

A lo largo de toda su obra, Freud subraya que el desarrollo sexual se acomete en dos tiempos, lo que es ampliamente confirmado por todos los autores psicoanalíticos: el primero abarca la fase fálico-edípica que culmina idealmente con el naufragio, la represión del complejo de Edipo y la constitución del superyó. El segundo tiempo se inicia con la pubertad y la adolescencia. La latencia se inserta entre el final de la fase edípica y la preadolescencia, y se caracteriza normalmente por la consolidación del cambio estructural que se ha producido en la fase anterior: triangulación, prueba de realidad, superyó, paulatina disociación entre vida imaginaria y realidad, sueños y relaciones reales, y búsqueda de nuevos ideales. El investimiento libidinal objetal, es decir, el enamoramiento del padre del sexo opuesto durante el complejo de Edipo, se inhibe en su meta y se reconvierte parcialmente en libido narcisista, y en parte se transforma en sentimientos tiernos que incluyen cada vez más a individuos ajenos a la familia: amigos/as, maestros/as, ídolos, etc., con los que también se estable-

62 Schafer (1974) y Bernstein (1983).

cen identificaciones y se idealizan. El niño se acepta a sí-mismo como tal y se resigna a esperar a un amor futuro: en el mejor de los casos, el recién constituido superyó cumple con su función y permite al ideal del yo jugar con objetos imaginarios[63]. Esto no significa que no se enamore de otros reales, siendo más o menos consciente de ello, que no tenga la noción de una sexualidad latente, pero comprende que este objeto de amor no puede encontrarlo en la familia, y que las relaciones que incluyen sexo real deben ser aplazadas.

A las pautas familiares dominantes se sobreponen y frecuentemente se enfrentan cada vez más comportamientos y actitudes aprendidos en otros ámbitos, incluyendo evidentemente los *mass media,* que los niños pueden experimentar como más permisivos o concordantes con sus ideales y deseos. Sin embargo, su visión del mundo exterior y su relación con el mismo sigue pautada por las opiniones, actitudes y reacciones de los padres. Cuando existe discrepancia entre los padres, los niños suelen silenciar los conflictos que ello puede producir porque todavía no han adquirido una capacidad reflexiva suficientemente autónoma. Ambos, niño y niña, ensayan y se ejercitan en los *roles* que su ideal del yo ha podido salvar durante la reestructuración de la fase fálico-edípica, ahora controlados y matizados en su expresión consciente por la censura que establece el superyó, y también pueden ampliar o transformar los contenidos pre-existentes. Una educación menos dicotómica respecto de los *roles* de género permite actualmente a ambos adquirir paulatinamente destrezas reservadas tradicionalmente a uno u otro sexo, permitiendo una mayor sublimación[64] de las pulsiones sexuales.

---

[63] Las fantasías de Susanita, la amiguita de Mafalda (Quino), ilustran a las claras esta dinámica.

[64] Ni en la obra freudiana ni en textos posteriores queda muy claro qué tipo de procesos ni que actividades abarca la sublimación, aunque generalmente se entiende que se trata de obras artísticas e investigación intelectual (actividades de alta valoración social), en las que habría de intervenir primero una desexualización de la propia pulsión sexual y una retirada de la libido sobre el yo *(self),* que luego se orientaría hacia un fin no sexual. Si la represión del complejo de Edipo ha sido exitosa, la libido liberada del niño regresa al *self* y desde ahí puede investir actividades que le aportan satisfacciones narcisistas, al tiempo

La necesidad de satisfacciones y confirmaciones narcisistas no decrece, pero ahora los niños las buscan y pueden obtenerlas también fuera del ámbito familiar. En este período, los niños empiezan a crear y guardar celosamente un espacio personal e íntimo en lo material y psíquico. Se enamoran platónicamente, espían a los enamorados, se masturban, a veces juegan a «médicos» (parece que los niños más que las niñas, cuyas manifestaciones de sexualidad no sólo han sido, por regla general, fuertemente inhibidas, sino que apenas han entrado en la cadena de significantes y pueden expresarse en juegos con muñecas, en vestir, maquillar y moverse como una mujer adulta). También experimentan con sus pulsiones agresivas[65] y buscan sus límites, pero se cuidan de no ser sorprendidos, ya no cuentan todo lo que les pasa ni lo que pasa por su cabeza.

Una madre puede vivir esta evolución como una nueva pérdida del hijo (las otras habrían tenido lugar primero con el nacimiento y luego en la fase de separación/individuación), llevándola a extremar su vigilancia y controlar de manera intrusiva las idas, venidas y quehaceres y hasta pensamientos del niño. Puede manifestar celos de amiguitos y de otras personas adultas, entrando a rivalizar por ejemplo con el padre que haya podido mejorar su relación con un hijo ahora más juicioso. En tal situación, existe la tentación de ceder a demandas infantiles todavía edípicas (y pre-edípicas) no del todo reprimidas e incluso fomentar o hasta imponerlas (aseo personal, mimos, compartir cama, etc.). También el padre puede sucumbir a tales celos y tentaciones. En el otro extremo se encuentran aquellos padres que, ante el proceso evolutivo de sus hijos, piden que se comporten con mayor auto-

---

que están socialmente valoradas (estudios, aprendizajes). El afán y la devoción que algunos niños son capaces de destinar a ciertas actividades y juegos, y sus resultados son equiparables a la actividad sublimatoria adulta. No nos olvidemos de que en los tiempos de Freud la sublimación se consideraba un proceso fundamentalmente masculino. Podríamos preguntarnos hasta qué punto gestar, parir y criar un hijo es también un proceso sublimatorio —acaso el proceso sublimatorio por antonomasia—, y más actualmente, cuando la actividad sexual se ha escindido de la procreación y la mujer puede decidir si quiere y cuándo quiere tener un hijo, con una diferencia respecto de la sublimación masculina: El papel de madre nunca ha alcanzado la misma valoración social.

[65] La crueldad en esta edad es casi proverbial.

nomía y les exigen demasiado tempranamente un comportamiento adulto: la falta de quejas o protestas se interpreta como ausencia de conflicto. Casi imperceptiblemente se delegan ciertos aspectos educativos y aun afectivos en otras personas y/o en las instituciones escolares. Con cierta frecuencia, el rendimiento escolar se convierte en el casi único índice para evaluar el desarrollo de un hijo. También existe el peligro de sobreexigir a los niños de esta franja de edad, apuntándolos a diversas actividades extraescolares a costa de los juegos que siguen siendo un factor importante en la elaboración de conflictos intrapsíquicos. Es normal que el niño pida más autonomía, pero sigue necesitando de la disposición afectiva de sus padres.

Las nuevas perspectivas que se abren para los niños con el inicio de la latencia deberían poder aportarles las suficientes satisfacciones y conquistas narcisistas para permitirles elaborar el duelo de las pérdidas sobrevenidas en la fase fálico-edípica. Pondrán a prueba su capacidad de ser aceptados y queridos en ámbitos extrafamiliares. En los juegos, todavía rígidamente pautados, los niños de esta edad experimentan frecuentemente con la inclusión/exclusión en grupos que cambian fácilmente de componentes: los que un día son amigos inseparables, pueden convertirse de repente en los peores enemigos y viceversa. Empieza a ser importante ser buen compañero/a, aliado en pequeñas transgresiones, a veces muy por encima de las normas parentales. Establecen vínculos triádicos entre sí, pero recaen todavía con frecuencia en relaciones diádicas, vigilando celosamente la exclusividad de estas amistades.

Nadie abandona voluntariamente satisfacciones, ideales, deseos, si las nuevas situaciones no ofrecen un cabal resarcimiento. Las promesas que aluden a un futuro demasiado lejano no son bastantes para alimentar el ideal del yo que necesita ser nutrido también de inmediato y a corto plazo para mantener una autoestima equilibrada. La estructuración del ideal del yo y del superyó como instancias separadas pero interrelacionadas depende ahora en gran medida de los modelos que eligen los niños[66], que pue-

[66] No se trata de elecciones arbitrarias ni conscientes, sino ajustadas al patrón de los ideales previamente interiorizados.

den seguir siendo miembros de la familia, pero también alejarse mucho de los objetos primarios. Si el ideal del yo carece de suficientes satisfacciones, se seguirán colocando en su lugar objetos externos reales que se idealizarán excesivamente, como lo fueron en un principio los padres, obstaculizando la consolidación de un ideal del yo impersonal y con ello la independencia psíquica del yo. De la misma manera, el superyó tampoco se interioriza como una instancia psíquica autónoma, sino que sigue dependiendo de los que detienen la autoridad que pueden experimentarse como arbitrarios.

«La adolescencia»[67]

La adolescencia es un período largo y no corre paralelo con la pubertad: la preadolescencia empieza alrededor de los once años, da paso a la adolescencia temprana, y culmina con la adolescencia propiamente dicha. Ambos procesos se inician más o menos conjuntamente, pero su finalización puede ser completamente divergente, dando lugar a estados de «adolescencia tardía» y «postadolescencia». También se observan dinámicas diferentes entre niño y niña. Teóricos y clínicos están de acuerdo que es difícil distinguir los aspectos normales de los patológicos en el proceso adolescente y señalan que los cambios sociales, políticos y culturales ocurridos desde la década de los años 50 no son ajenos a estas incertidumbres.

Al margen de discrepancias puntuales en unos u otros matices, prácticamente todos los autores están de acuerdo en los siguientes aspectos: 1) La idealización, que desde tiempos ancestrales se opone a 2) la situación real de crisis que acompaña la transición del estado infantil hacia la adultez, en la que las contradicciones son moneda corriente, y que causa una gran inestabilidad y vulnerabilidad. 3) La reactivación de todos los conflic-

[67] «Pubertad» se refiere a las manifestaciones físicas de la maduración sexual y «adolescencia» a los procesos psicológicos de adaptación al estado púber. Véase básicamente Blos, 1979 y Dolto (1990).

tos y carencias edípicos y pre-edípicos en los niños. 4) Otro tanto se observa en mayor o menor medida en los padres respecto de sus conflictos propios no resueltos[68], lo que incide de las más variadas formas en el proceso adolescente. 5) La enorme implicación de factores sociales y culturales igualmente contradictorios, que orientan a los jóvenes en direcciones frecuentemente incompatibles entre sí, y que en nuestras sociedades occidentales han llevado a una dilatación artificial del proceso adolescente. Muchos viven en una situación que se podría llamar «autonomía asistida» (dependencia económica por estudios prolongados o trabajos inestables), otros en una «autonomía como sí», en la que a la condición anterior se añade la confusión entre la exigencia de un comportamiento adulto y responsable y la vigilancia y el tratamiento parental como de niños se tratara. Esto conduce con frecuencia a una inmovilización de los jóvenes que no abandonan el hogar paterno, manteniendo a muchos en un estado de postadolescentes. Algunos autores también señalan la falta de un equivalente actualizado a los ritos de iniciación que simbolizaban la muerte de la infancia y la aceptación de los adultos de sus hijos como adultos jóvenes, con todas sus consecuencias. Actualmente, los adultos entronizan la juventud virtual, pero se resisten a ceder a los jóvenes un espacio real que les permitiera ejercitar sus nuevas responsabilidades. «Reducidos a sí mismos, los jóvenes de hoy no son conducidos juntos y solidariamente de una orilla a la otra; y se ven obligados a conseguir este derecho de paso por sí mismos. Esto exige de su parte una conducta de riesgo» (Dolto, 1990 pág. 17).

Sin embargo, hay otros aspectos del adolescente que no han cambiado en el tiempo. Rousseau lo expresa de este modo en el *Emilio:* «Tal como el bramido del mar precede con mucha ante-

---

[68] Dolto (1990) afirma: «Lo que más compromete la toma de autonomía del niño en la edad de latencia, como más tarde en el cambio del adolescente es la ansiedad del adulto» (pág. 89) y «lo que más hace sufrir a los adolescentes es ver que los padres tratan de vivir a imagen de sus hijos y quieren hacerles la competencia. Es el mundo al revés. Los hombres tienen ahora amiguitas de la edad de sus hijas y a las mujeres les gusta agradar a los compañeros de sus hijos, porque precisamente ellas no vivieron su adolescencia. Están presas en la identificación con sus hijos» (págs. 41-2).

rioridad a la tempestad, esta tormentosa revolución se anuncia por medio de pasiones nacientes. Una sorda fermentación advierte de la proximidad del peligro. Un cambio en el humor, arrebatos frecuentes, una continua agitación del ánimo, hacen al niño casi indisciplinable. Se vuelve sordo a la voz que le mantenía dócil; es un león enfebrecido. No conoce a su guía, y no quiere seguir siendo gobernado.» La inseguridad y vulnerabilidad del preadolescente y adolescente es extrema. El inicio de la maduración sexual —en la niña normalmente antes que en el niño— pasa casi siempre desapercibido y antes de los primeros signos corporales visibles, pero altera el estado de ánimo de ambos. Empieza lo que popularmente se llama la «edad del pavo». Con frecuencia aparecen tics y manías, que volverán a desaparecer más adelante. Sienten que los adultos no les comprenden. Buscan apoyo y seguridad entre los pares; la amistad y la pertenencia a un grupo, inicialmente del mismo sexo, comienzan a tener suma importancia; todo lo que los niños de esta edad hacen de puertas para afuera se hace en pareja o en pequeños grupos. No tener un amigo, no pertenecer a un grupo, es vivido como la máxima exclusión y tiene las peores consecuencias para la autoestima, pero también es un escollo para el desarrollo de la sexualidad. Asimismo es la edad en la que el niño evoluciona del pensamiento concreto/prelógico hacia el abstracto/lógico. Su capacidad de simbolizar es un factor importante para poder expresar por medio del lenguaje sus conflictos, deseos e ideales en lugar de actuarlos por medio de su comportamiento.

Para Freud, la adolescencia es la segunda fase del desarrollo de la sexualidad, que sigue a la primera (la que terminaba con la represión del deseo edípico) Las organizaciones pregenitales (pulsiones parciales orales y anales desconectadas ente sí) irán poniéndose al servicio de la sexualidad genital en forma de «placer previo». También tiene normalmente lugar el paulatino abandono del «autoerotismo» infantil (cuya meta es el propio cuerpo) en aras de la nueva meta en el objeto sexual, aunando lo que Freud llamó «corriente tierna» (resultado de la represión de las metas sexuales) y «corriente sensual» (la culminación del acto sexual). «La no confluencia de las dos corrientes tiene como efecto hartas veces que no pueda alcanzarse uno de los ideales de la vida

sexual, la unificación de todos los anhelos en un objeto» (Freud, 1905). Actualmente, la ternura se relaciona más con la madre y el padre pre-edípicos y por lo tanto con el ideal del yo, mientras que la sensualidad —o mejor dicho, la sexualidad— con la madre y el padre edípicos y el superyó. Muchos autores señalan que durante el proceso pre-adolescente y adolescente los niños y jóvenes entran en dinámicas regresivas, que resucitan no sólo los conflictos edípicos como ya advertía Freud, sino también los pre-edípicos no resueltos y las carencias habidas. Según Blos (1979) esta regresión es idealmente instrumental, es decir necesaria, por ponerse al servicio del desarrollo y conducir al aflojamiento de los vínculos objetales infantiles, lo que permite el inicio de un segundo proceso de individuación que lleva a la identidad adulta. Además, es uno de los pocos autores que toma en consideración el complejo de Edipo negativo para la buena salud del ideal del yo adulto.

Nos parece oportuno recordar aquí que la personalidad adulta se constituye, desde el nacimiento, dentro de una constante tensión y aun lucha entre contrarios: placer y dolor, deseos y limitaciones, fantasía y realidad, yo y otro, individuo y sociedad… Cuando desaparece la tensión, desaparece la motivación; cuando hay demasiada tensión, la motivación se bloquea o se desorienta. El infante y niño pequeño aprende, introyecta y se estructura por efecto de la repetición (constancia objetal) en la que intervienen factores endógenos y exógenos (series complementarias). Las huellas que dejan los primeros aprendizajes nunca se borrarán y todo nuevo aprendizaje no anula o reemplaza lo anterior sino que lo transforma, en el mejor de los casos, en algo nuevo que preserva en sí lo anterior. En el peor, lo antiguo mantiene su predominancia sobre lo nuevo y, desvirtuándolo, lo convierte en fijación, en afectos, actitudes y comportamientos intempestivos y fuera de lugar. En consecuencia, las repeticiones posteriores nunca serán igual a las situaciones originarias, aunque las motivaciones profundas, inconscientes, enraizadas en el sistema yo ideal/ideal del yo, no cambiarán de contenidos y meta: alcanzar satisfacciones y confirmaciones narcisistas primarias capaces de reparar o borrar una herida narcisista (lesión de la imagen ideal). Pero en el curso vital somos capaces de investirlas con nuevos sentidos, más adap-

tadas a la realidad. «Para la teoría psicoanalítica, la infancia no desaparece nunca, así como nunca se accede a una madurez sexual absoluta, contrapuesta a la sexualidad infantil. Las organizaciones sexuales infantiles están contenidas en la adulta; sus elementos persisten, aunque revalorizados o resignificados en una nueva estructura» (Tubert, 1982).

Las renuncias y pérdidas sucesivas acaecidas desde el momento de nacimiento han incitado a la formación primero del yo ideal y pronto del ideal del yo, en el esfuerzo de preservar el estado inicial de autosuficiencia omnipotente y luego de fusión con los objetos primarios idealizados. Sólo en la confrontación con la realidad aparece el yo infantil, que hace durante el proceso edípico un renovado esfuerzo, todavía imaginario, para reunificarse con los objetos primarios, ahora en un nivel superior. El ideal del yo se transforma progresivamente en función de la interrelación con las satisfacciones y confirmaciones narcisistas y las nuevas capacidades y potencialidades del yo. La formación del superyó establece básicamente la diferencia entre fantasía y realidad, la diferencia generacional y entre géneros, y con ello inaugura al sujeto social, al tiempo que vela en adelante para que el yo satisfaga sus necesidades narcisistas y deseos dictados por el ideal del yo de maneras socialmente tolerables. Durante la latencia, el niño debe fortalecer su yo y la tolerancia frente a angustias y estados depresivos funcionales, que surgen normalmente en el curso de las elaboraciones de las pérdidas anteriores, y establecer una distinción clara entre la fantasía, que ahora pertenece al nivel del ideal del yo, y la realidad, en el que el yo debe aprender a desenvolverse e intentar realizar sus deseos.

Durante la maduración sexual que inicia el proceso adolescente, el ideal del yo genera nuevamente esperanzas de lograr por fin, en un contexto diferente y con alcance todavía ignorado, la anhelada re-unión con un objeto que encierra en sí aquellas cualidades que prometen conquistar en la realidad esa representación ideal arcaica de sí-mismo y del otro. Con otras palabras: el ideal del yo que se proyecta ahora sobre la genitalidad naciente, exige la integración de las organizaciones pregenitales que le son propias en la nueva estructura psíquica y que habrá de transformarlas de modo que optimicen la sexualidad genital. Para lograr esta

integración, la actuación del superyó necesariamente tiene que ser el aflojar el control que ejerce sobre las pulsiones sexuales y agresivas, porque algo que esté fuertemente reprimido, negado y aun escindido, no puede integrarse exitosamente en una nueva organización. Si el ideal del yo infantil contiene una poderosa represión y/o escisión de las pulsiones agresivas y/o sexuales, que serán proyectados sobre el propio cuerpo o sobre el mundo exterior (más frecuente en las niñas), entonces el debilitamiento del superyó adolescente fracasa en la función de favorecer su integración y transformación en beneficio de la personalidad e identidad sexual adulta. En lugar de modificar las organizaciones pregenitales en provecho de la sexualidad genital, la desmesurada fuerza del ideal del yo infantil atrae la genitalidad y la pone al servicio de las organizaciones pregenitales. En el caso de un superyó demasiado fuerte (más común en los niños varones pues tenían que reprimir primero su amor identificatorio y luego los fuertes deseos sexuales hacia la madre), el superyó no alcanza una flexibilidad suficiente y por tanto no permite la integración de las organizaciones pregenitales, y escindiendo la corriente «tierna» de la «sensual», las metas se diversificarán en diferentes objetos.

Desde esta perspectiva, lo que se viene llamando «regresión adolescente» puede considerarse una intensificación, acaso extrema, de los conflictos y carencias pre-edípicos y edípicos bajo el signo de una nueva pérdida: la muerte de la propia infancia. En el imaginario infantil inconsciente, la maduración sexual significa poder realizar en un futuro no demasiado lejano sus deseos edípicos, reprimidos y desplazados del Otro primario sobre un otro diferente todavía desconocido. Pero la promesa de la plena capacidad de goce y del potencial reproductivo introduce también la toma de conciencia de la muerte en su sentido metafórico y real: la pérdida definitiva de las prerrogativas de la infancia y la pérdida de la imaginaria inmortalidad[69]. En contra de estas pérdidas, la omnipotencia arcaica se instrumenta de nuevo para negar y rene-

[69] Para un niño, salvo que haya estado enfrentado directamente con la experiencia de la muerte de alguien significativo, todavía necesario, la muerte no se comprende en sus últimas consecuencias, no es algo definitivo.

gar de las realidades que el yo experimenta como inamovibles y castrantes. Al ideal del yo le crecen las alas, otra vez se fantasea con ser y tener todo[70]. Al vivir la propia identidad infantil y sus ideales en disonancia con los nuevos sentimientos, experiencias y exigencias, se reactivan todas las viejas angustias e inseguridades. El anhelo de unirse —y más tarde la unión real con un otro— despiertan el miedo a la re-fusión con los objetos primarios, a la dependencia e indefensión y la consecuente pérdida de la identidad. La ira, el odio y los impulsos agresivos, destructivos, adquieren a veces grados amenazantes. Se trata del «todo o nada», de lo absoluto. Surgen nuevamente los temores de fragmentación. Muchas fantasías de los jóvenes, que se pueden trasladar tanto a actos idealistas y altruistas, como interesados y egoístas, o a comportamientos iconoclastas, temerarios y aun destructivos, incluso intentos de suicidio, expresan el deseo de escindir y anular todo lo doloroso, malo y persecutorio, de desafiar la realidad imperfecta y la muerte con la esperanza de vencer, de construir su ideal en el mundo exterior, y de reparar así, simbólicamente, el ideal del yo propio.

Una de las tareas más difíciles de la adolescencia es la transformación de este ideal del yo todavía infantil en una instancia adulta que encuentre un equilibrio, siempre frágil, entre la capacidad de no perder la motivación para perseverar en conquistar metas y alcanzar ideales —que nunca se alcanzan— y la disposición de reconocer y enfrentarse a reconocer las limitaciones de la realidad. Hasta bien entrado en la adolescencia el ideal del yo permanece dependiente de la regulación exterior, es decir de las confirmaciones narcisísticas que provienen de los objetos investidos libidinalmente. Y si no, recurre a su imperio mágico que permitía hasta ahora reparar las heridas narcisistas y realizar los deseos de un modo imaginario y omnipotente. La idealización adolescente del propio *self* y de los diferentes objetos, fenómeno bien conocido, normalmente encuentra sus limitaciones en la realidad y remite paulatinamente, y las representaciones del *self* y de los objetos devienen más duraderas y realistas.

---

[70] Estas fantasías no siempre llegan a ser conscientes.

El camino hacia una identidad adulta pasa por la desvinculación emocional de los objetos primarios de amor. Durante la fase fálico-edípica, el deseo por el padre del sexo opuesto normalmente se había reprimido, mientras que el amor identificatorio por el padre del mismo sexo no sólo no se abandonó, sino que pudo, hasta cierto punto, también sexualizarse, aunque sin manifestarse demasiado durante la latencia. Habíamos visto que el niño varón reprime su deseo edípico en aras de salvar su imagen ideal masculina, es decir, fundamentalmente por razones narcisísticas suficientemente imperativas como para erigir un superyó fuerte. Y si esta represión no ocurre adecuadamente, existe el peligro de futuras perversiones. La niña en cambio, habiendo interiorizado antes y con mayor premura sus pulsiones sexuales y agresivas, abandona sus deseos edípicos con menos intensidad y más por razones relacionales, es decir en aras de no perder el amor de sus objetos primarios, sobre todo de la madre. Ahora, con los impulsos debidos a la maduración sexual y el aflojamiento de la crítica superyoica, los amores edípicos recobran cierta fuerza, pero ante el miedo de recaer en una relación fusional y de dependencia, estos deseos se desvinculan del objeto materno en el caso de los chicos y se proyectan sobre posibles objetos sustitutivos, encontrando inicialmente salida en relaciones imaginarias. En las chicas, los deseos hacia el padre posiblemente son menos eróticos y más determinados por ser sujeto activo y de deseo. Habiéndose originado estos deseos en la fase de separación/individuación, pueden ahora enredarse de manera nefasta con la genitalidad que se pone al servicio de los deseos y aspiraciones narcisistas pre-edípicos no confirmados, poniendo al descubierto una oralidad insatisfecha. Con otras palabras, el ideal del yo femenino ofrece la sexualidad genital para obtener a cambio esa confirmación narcisista nunca satisfecha, o sólo satisfecha en relación con su cuerpo que deviene en objeto principal de regulación de autoestima. En algunos casos y desde una realidad bastante distorsionada, este cuerpo se usa y se controla por la joven, angustiada por los propios sentimientos y el uso fantaseado que se puede hacer de él, para negar el crecimiento y su sexualización.

Mientras, el amor identificatorio con el padre del mismo sexo puede reforzarse y sexualizarse por su renovada idealización e

identificación con él, sobre todo en el caso de los varones, y expresarse en las amistades apasionadas entre pares, típicas de estas edades, siempre teñidas de un cierto monto de libido homoerótica. Si los impulsos agresivos se controlan sometiéndose a los mandatos parentales (y sociales), este sometimiento puede teñirse fuertemente de deseos sexuales pasivos. Sólo transformando por lo menos parte de la agresividad en energía activa para el logro de metas, el joven logra desexualizar su libido homosexual al distanciar e independizar la regulación de su autoestima de sus relaciones objetales, resolviendo así el complejo de Edipo negativo. En el caso de las chicas, la sexualización de sus relaciones con otras mujeres no es tan acusada, o no es socialmente reconocida como tal. Según Blos (1979), la bisexualidad de la mujer es menos polarizada y por lo tanto menos conflictiva que en el hombre, y la constitución de su feminidad se consigue al superar «la incorporación regresiva del falo paterno como regulador narcisista de la sensación de completud y perfección» que debe sustituir «por una sostenida identificación con la madre». Por nuestra parte, creemos que esta menor conflictividad tiene que ver, como en el caso del Edipo positivo, con la mayor represión de las pulsiones sexuales y agresivas, y que en el contexto cultural tradicional ha llevado a una reducida capacidad de autoafirmación con su consecuente dependencia de objetos identificatorios, o una sublimación de estas pulsiones cuya energía se desvía sobre metas no sexuales, reinvistiendo el *self*, y más adelante, el *rol* de madre. Por otro lado, dado que las organizaciones sexuales pre-edípicas son propias del ideal del yo y excluyen la genitalidad, las relaciones entre mujeres se centran más en el cuidado mutuo y menos en la práctica sexual que incluye la genitalidad. Mientras, la sexualidad homosexual masculina está fuertemente centrada en la genitalidad y de ahí, considerada más perversa.

En todos estos procesos adolescentes podemos reconocer una re-edición de dinámicas pre-edípicas que se parecen mucho a las que precedieron a la represión del complejo de Edipo. Si la primera separación de la madre se inició con el alejamiento físico, la separación del adolescente ocurre ahora respecto del grupo familiar para experimentar con la independencia y la asunción de responsabilidades. En ambos casos las condiciones de seguridad y

confianza son imprescindibles para atenuar las angustias de separación y los miedos de re-fusión. La individuación infantil y la constitución de su yo se produjeron en la constante confrontación del ideal omnipotente con la realidad castrante. La individuación adolescente, es decir, la desvinculación de la instancia ideal de sus objetos, para ser exitosa, debe consentir primero la reactivación de ese ideal del yo infantil para permitir ponerlo a prueba en la nueva realidad, incorporar y transformar lo que es válido, y luego tomar distancia de sus aspectos más regresivos y elaborar su pérdida. Si las nuevas satisfacciones narcisistas no son capaces de superar las infantiles, existe el riesgo de que el ideal infantil permanezca escindido de la re-estructuración adolescente, y su irrupción como regulador de la autoestima en momentos de crisis posteriores se vuelve patológica, afectando también la maduración hacia una identidad adulta. En ambos, chica y chico, un ideal del yo que no haya sido capaz de liberarse de la libido objetal e independizarse respecto de su carga homoerótica, siempre dependerá de algún otro para la regulación de su autoestima. Parece obvio que todavía las mujeres, por desarrollar tradicionalmente un ideal del yo más fuerte que los hombres, al depender más e identificarse durante más tiempo con una figura materna, son más propensas a revincular su ideal del yo con una persona externa, con un objeto de amor, sea hetero u homosexual.

Hemos aludido anteriormente a la prolongación artificial de la adolescencia y a las dificultades que tienen los jóvenes de integrarse como miembros autónomos y por lo tanto plenamente responsables en la sociedad. Esta situación contrasta con la precoz libertad sexual actual, que se ha venido generalizando en nuestras sociedades, sostenida tanto por un cambio de mentalidad como por los medios anticonceptivos[71], y que ha llevado a separar sexualidad de procreación, está produciendo efectos todavía difícilmente apreciables. La desmitificación de la sexualidad parece que no ha derogado los miedos y las angustias ancestrales que provoca

[71] La desaparición del peligro de las enfermedades venéreas, que desde el descubrimiento de los antibióticos son curables, actualmente han encontrado un sustituto peor: El SIDA.

también en los jóvenes de hoy. En la clínica con adolescentes y jóvenes se viene observando que la coacción hacia conductas sexuales precoces[72], en lugar de favorecer la maduración psicosexual, a menudo la obstaculiza y aun la impide. Una determinada conducta adultomorfica, y especialmente la sexual, no es necesariamente la confirmación de transformaciones estructurales psíquicas; la actividad genital puede encubrir pulsiones y necesidades infantiles pre-edípicas y edípicas que se satisfacen y gratifican bajo una seudo-genitalidad.

A lo largo de este trabajo hemos venido señalando las diferencias del proceso psicosexual entre niña y niño varón, que resultan en un ideal del yo y consiguiente yo y superyó, igualmente diferente para cada género. El carácter narcisista del ideal del yo cautiva desde el principio las representaciones ligadas a lo corporal, mientras que el superyó a menudo incita a escindir el cuerpo de la mente. Tradicionalmente se han considerado los valores inherentes al ideal del yo como más femeninos, y al superyó como más masculinos, entrando ambos tipos en una valoración cultural jerárquica a favor de lo masculino. Actualmente, esta escala de valores está en crisis en el mundo occidental, tanto desde la perspectiva de los *roles* de género como desde la jerarquía de valores, lo que genera fácilmente la impresión del «todo vale». Esta situación provoca una gran inseguridad individual y colectiva que da lugar a conductas que van desde el aferramiento a lo conocido, es decir lo vetusto, hasta una huida adelante rompiendo todos los moldes, pasando por todo tipo de ensayos de combinaciones intermedias. Todo ello en un contexto que promueve una educación familiar y social más permisiva, menos autoritaria y represiva que en la primera mitad del siglo xx, con todas sus consecuencias positivas y negativas. Una de estas consecuencias es el actual ideal estético de belleza femenina[73] que ha prescindido poco a poco de más ropa, subrayando así el propio cuerpo, exponiéndole a la mi-

[72] Por un lado favorecida por el comportamiento más permisivo de la sociedad, por otro alentado por la explotación comercial del erotismo, y finalmente por los propios adolescentes como índice de autovaloración.

[73] Algo similar está empezando también con la belleza masculina.

rada de todos: el cuerpo sano, el cuerpo libre, el cuerpo 10, el cuerpo-espectáculo, el cuerpo-publicidad, el cuerpo-felicidad, que se asemeja cada vez más al cuerpo de una adolescente, casi niña. Una sobresaturación erótica conduce a la demanda de estímulos cada vez más extravagantes que parecen deslizarse sobre la pendiente de la regresión hacia formas de sexualidad infantil[74] y formas adultas perversas. En el marco de este panorama confuso, nuestra juventud debe elegir nuevos ideales y metas con sus medios adecuados para alcanzarlas, en un contexto social sometido a cambios cada vez más acelerados que no garantiza estabilidad de los valores.

Patología del ideal del yo

Historiales clínicos

El paraíso se ha inventado para ser arrojado de él

Clara Sánchez, escritora

Dos mujeres estrenan sus análisis. En uno una dice: «Quiero ser todo para él»; en otro, la otra demanda: «Quiero que él sea todo para mí.» Un impulso amoroso desconocido y avasallador las arrastra hacia el terreno de los absolutos, preñado de narcisismo desde sus albores. Pero estos enunciados así planteados no son independientes, sucumben bajo una relación bidireccional, puesto que el segundo podría dar continuidad al primero y viceversa: «Quiero ser todo para el otro y el otro todo para mí.» Podría encabezar una novela romántica y de hecho es un ideal que todo aquel que haya tenido la dicha de enamorarse ha albergado secretamente alguna vez. Se entreabre así una compuerta hacia los aspectos fusionales entre ellas y su enamorado. Fácilmente dan rienda suelta a sentimientos imposibles: que las comprendan para

[74] Valga como ejemplo el programa televisivo «Gran Hermano», cuyo éxito puede adscribirse a la satisfacción de características tanto exhibicionistas como voyeuristas.

siempre, que adivinen sus más íntimos deseos prescindiendo de manoseadas palabras (yo ideal)… Así, un pensamiento mágico se instalaría en su vida fustigando, en la eterna búsqueda amorosa, una anhelada sed de completud. Y va a ser de la mano de una demanda de «amor y entrega absoluta» como nos adentremos en el terreno del ideal del yo, cuestión teórica de difícil dilucidación, que impregna no sólo el discurso clínico sino nuestra cotidianeidad. De ahí que nos decantemos por la elección amorosa y junto a ella el fenómeno del enamoramiento como uno de los principales destinos de las instancias ideales.

Freud, allá por 1939 en su *Doctrina de las pulsiones* propondría que: «en el estado de enamoramiento total se transfiere sobre el objeto (de amor) el monto principal de libido, el objeto se pone en cierta medida en el lugar del yo». Chasseguet-Smirgel (1995) lo matiza esgrimiendo que en muchas formas de elección amorosa el objeto de amor sustituye al ideal del yo no alcanzado. En este proceso habría un trasvase de narcisismo del yo hacia ese objeto que encarna nuestro ideal del yo. Se le ama porque posee «aquellas perfecciones a las que se ha aspirado para el yo propio y que ahora a uno le gustaría procurarse, para satisfacer su narcisismo, por este rodeo» (Freud, 1921c). El poderoso acicate del sentimiento amoroso constituye una herramienta con que taponar la herida narcisista de la elección edípica, retornar al paraíso primordial del narcisismo y anular el doloroso hiato entre el yo y el no yo.

Sabemos que el objeto edípico contiene al primordial, como si de pequeñas muñecas rusas se tratasen. Y que dependerá de la interiorización de las identificaciones y relaciones objetales tempranas con nuestros padres la construcción de una adecuada identidad de género. Por lo tanto, hemos de remontarnos a las primeras etapas de la constitución del psiquismo y explorar cualquier perturbación acaecida en el orden de las satisfacciones narcisistas y de los procesos identificatorios durante la relación temprana del niño con el objeto primordial. Es en estos instantes cuando se establece la identidad de género nuclear en el niño/a entendida como una forma pre-edípica de identidad sexual Este hecho marcará indeleblemente la estructura psíquica del sujeto, conformará el ideal del yo, su pasaje por el momento edípico y,

en parte, los destinos amorosos. En el continuo evolutivo humano la futura elección de pareja adulta se hallará inconscientemente determinada por los accidentes psíquicos que conformaron nuestra personalidad.

Caso Úrsula

Para ilustrarlo nos internamos en los peligros del amor y su insobornable grandeza. Escogimos el caso de Úrsula, una joven mujer cuyo ideal del yo patológico es fiel reflejo de una identidad enferma. La relación establecida con su pareja quien, como apuntábamos soporta la proyección del ideal del yo, se encuentra plagada de situaciones abusivas y dañinas. Adelantamos que una de las consecuencias de este tipo de vínculos destructivos es que no estrecha la falla que separa las dos instancias psíquicas protagonistas: yo-ideal del yo, al contrario, se agranda asintóticamente. Procuraremos transcribir con precisión la dinámica inconsciente operante, demostrar cómo una relación de pareja destructiva retroalimenta paradójicamente la idealización de un objeto amoroso sádico, lo que enlaza con la fantasía de someterse a una figura masculina ideal, pero también conjura a un tiempo el terror de «ser abandonado» que tan arduamente pone a prueba en este tipo de vínculos. Y no decimos «sentirse abandonado» porque emplear esta palabra implica una mayor elaboración, o una mayor distancia, como si fuese menos verdadero dando la falsa impresión de poder chasquear los dedos en cualquier instante y retornar al mundo de los acompañados, alejándonos involuntariamente de la vivencia «real» de indefensión de quien lo sufre. Esta forma de relacionarse también reportará a quien la padece un beneficio psíquico e intentaremos desvelar para qué sirve y qué función cumple. Persistir en mantener un compañero de estas características como instancia ideal, atenta contra toda lógica dada una situación de maltrato psicológico real. Sin embargo, Úrsula, nuestra protagonista, perseverará a costa de un incesante empobrecimiento de su yo psíquico, en aras de perpetuar un ideal de amor y plenitud imposible a la par que inalcanzable. Cualquier quiebra de ese ideal del yo proyectado sobre la figura del marido

hace que Úrsula despliegue todo un abanico de conductas verbales sádicas hacia su esposo con francas actitudes despreciativas, reacciones profundamente agresivas e intensas vivencias de descontrol que amenazan, con el grandioso acto final, de sufrir un inminente desmoronamiento psicológico. La respuesta del marido es agresiva y merced a este rodeo, Úrsula evitará el resquebrajamiento definitivo de su pareja que actúa como figura masculina ideal. Digamos que alternan en su convivencia sucesivos papeles de amo y esclavo, un pulso perpetuo sobre quién domina a quién, o quién es sádico con quién. Obviamente Úrsula elige ser la dominada… Pero siempre y cuando el marido sólo se constituya como ideal si está revestido de una superioridad sádica para con ella, no de otro modo. Por ejemplo si ella posee la razón es interpretado como prueba del cuestionamiento del otro, de su debilidad, listo para ser derrocado con cualquier envite sádico.

Para el entendimiento de los resortes psíquicos de este fenómeno, desgraciadamente tan de actualidad, fue de todo punto necesario explicar cómo opera esta instancia, presente en todos los humanos, tiránica y destructiva cuando emerge la psicopatología. Placer-dolor, deseo-repulsión, amor-odio, vida-muerte se engarzan en su yo íntimo cual paciente obra de orfebrería

La riqueza de nuestras observaciones clínicas permitió aventurar algunas hipótesis, unas ya confirmadas; otras susceptibles de verificación en subsiguientes investigaciones sobre las ataduras psíquicas en mujeres maltratadas, y cómo, si realizamos un análisis pormenorizado de su decurso vital, obtenemos valiosos datos sobre el proceso de individuación y los antecedentes infanto-juveniles que conforman un perfil de personalidad que determina, con una alta probabilidad, su emergencia.

Con el derrumbe definitivo de este ideal vital entra una mujer en tratamiento. Seremos testigos privilegiados de la singular metamorfosis operada en la expresión de sus afectos hacia el esposo que oscilan del apasionamiento amoroso a un odio feroz, especialmente en aquellos inevitables instantes, que son los más, donde se fractura la imagen de marido «ideal». Úrsula es una mujer sudamericana al borde de la treintena, casada en segundas nupcias con un ciudadano alemán. Tiene dos hijos pequeños una niña de nueve años, fruto de un primer matrimonio fracasado, y

un niño de cinco nacido de su actual pareja. A los tres años de establecerse en España solicita tratamiento bajo una demanda indefinida: «me siento mal conmigo y mal con los demás». Dice hallarse asaltada por antiguos fantasmas de maltrato que sufrió de niña: su padre golpeaba violentamente a su madre y a todos los hermanos. Recién llegada a España, ya de adulta, padece repentinamente del estómago. La máscara de lo psicosomático camufla una torpe demanda de ayuda e ignora cómo obturar el lacerante vacío interno ante el reguero de pérdidas y el desamparo afectivo, agudizado por la emigración. Arrojada al denso sopor de los afectos depresivos, se vuelca desvalida, inerme, en brazos del esposo. Lucha contra su descontrol y su inconstancia. La maternidad opera como fuente de nuevas frustraciones: «Se supone que un hijo te tiene que dar alegría…» y se queja del intenso vínculo de dependencia gestado con su esposo rebosante de violentas humillaciones y agresiones constantes, verbales casi siempre. La gestión de su economía durante los períodos de tiempo en que ejerce profesionalmente por su cuenta la delegaba en manos de uno u otro marido dada su tendencia impulsiva a derrochar el dinero en gastos superfluos. Con la utilización del dinero actúa sin saberlo la metáfora de la posesión interna de los objetos: su anhelo voraz y la expulsión posterior ante el terror de la pérdida. En los menesteres cotidianos su marido la somete a un férreo control: horario, salidas y entradas, economía, etc., lo que fomenta la introyección de una imagen infantil sobre sí misma, desvalida, necesitada de cuidados supervisados e incapaz de una conducta autónoma. Desea rebelarse y desbrozar la senda hacia la adquisición de una identidad propia. Perdida en el desierto estéril del sometimiento hacia los demás reivindica fervientemente su libertad, pero que cuando obtiene, no sabe verse sola e identifica autonomía con descontrol y abandono personal, como reclamo urgente, desmañado, de alguien a su lado. La existencia intermitente de síntomas bulímicos poseen un marcado tinte autoagresivo y actúan como expresión de descontrol de sus impulsos: «Como, no para estar llena, sino para hacerme daño». Exhibe una gran labilidad emocional, oscilando con facilidad de la risa al llanto. Contrasta vivamente con la evocación de dramáticas escenas en donde domeña sus afectos con una anestesia brutal.

Lentamente invoca al calor de la trasferencia los recuerdos de su infancia. Es la octava de una familia de doce hermanos. Sus padres se separan cuando ella cuenta con ocho años tras una virulenta discusión en la que el padre trata de asestar una puñalada a la madre. A raíz de este suceso, cinco de los hermanos menores se trasladan a vivir con el padre mientras que los mayores permanecen con la madre. Úrsula pertenece al lote de los más pequeños. Coincide, a esta corta edad, con esporádicos abusos sexuales (tocamientos sin penetración) a los que fue sometida por un pariente «que la sienta a su lado en su camión». Del pentagrama emocional de este episodio, escinde la agresión sexual de un cierto deleite, puesto que resultó dramáticamente la «elegida». En un contexto infantil carencial el término «abuso» se instituye como sinónimo de la palabra «atención, cuidado». Posteriormente, la madre retornará de forma definitiva en su adolescencia. Sin embargo, despliega numerosas actitudes sádicas y su turbadora presencia agudiza los conflictos identificatorios en que Úrsula se halla inmersa. El súbito brote de la genitalidad será rechazado de plano por la figura materna quien califica a sus hijas de «guarras y putas» y otorga, por contraste, un trato permisivo a los varones. Esa actitud poco contenedora y receptiva, en ocasiones envidiosa y sádica, obtura de nuevo una vía de identificación femenina valiosa que compensará en parte con otras presencias femeninas, sus hermanas mayores, en quienes se vuelca.

La tortuosa relación madre-hija ilumina la comprensión si no perdemos de vista la perspectiva de la infancia y los cimientos allí establecidos. Los cuidados tempranos que la madre prodigó a su prole se caracterizaron por una extrema inestabilidad y generaba una atmósfera infantil con conductas intermitentes que basculaban desde actitudes complacientes: «mi madre me hizo un vestido y me montó una linda fiesta de comunión», con otras rebosantes de indiferencia, abandono e incluso maltrato. Hubo palizas brutales del padre en las que su madre se aliaba con el sadismo paterno desproporcionado: «Te lo mereces, te lo estabas buscando, te está bien empleado. Lo hago por tu bien.» Este patrón relacional *hipertrofia la agresión temprana* que siente la niña y distorsiona gravemente las primeras identificaciones primarias con *ambas figuras parentales*. La instancia del ideal del yo se conforma en estos

primeros años de vida. De ahí que sea vital detallar lo ocurrido entonces.

La gravedad del caso estriba en que existe un desplazamiento inútil de los conflictos identificatorios primarios de la madre al padre. Existe una búsqueda de una identificación primaria con su padre como tentativa de solución y recurso salvador frente a las fallas maternas. Al resultar a su vez incapaz de hacerse cargo de Úrsula, los déficit se prolongan en una cadena irresoluble. Este vuelco al padre nacido de las carencias maternas condensa una doble naturaleza contradictoria porque lo que por un lado sirve como salvación ante los insuficientes abastecimientos narcisistas procurados por la madre, opera al tiempo como venganza hacia ésta. Así, rastreamos perturbadores e intensos deseos de agredirla y vengarse, abandonándola, tal como Úrsula sentía que su madre hacía con ella. Instantáneamente se potencia la ambivalencia materna y emerge el terror de sucumbir ante el fantasma retaliador: al abandono y al no ser. «Mamá me va a hacer lo mismo que hago con ella.» Y que se explica por la emergencia de la culpa persecutoria, en la que el sujeto experimenta que la agresión que ha dirigido hacia sus objetos parciales puede volverse en su contra, siente culpa por su agresión que toma forma de contenidos persecutorios. Aparece un superyó precoz persecutorio que castiga al sujeto en simetría con la falta cometida, sin mediación de otras causas. La culpa persecutoria sería alimentada por aquellas ocasiones en que deseó intensamente la ausencia de su madre, a la que incorpora de forma persecutoria y amenazante para la débil estructuración de su sí mismo. El núcleo conflictivo intrapsíquico se halla pues servido. Sin olvidar que se asienta sobre los cimientos de un déficit narcisista estructural básico. La mirada hacia el padre y sus subrogados estará también regida dentro de un *universo dual* ubicado en el contexto temprano de la demanda de identificaciones primarias. Los hombres de su vida también serán partícipes de esta profunda ambivalencia, deseados y rechazados a un tiempo. Indeseables por lo incoercible, al hallarse contaminados por carencias narcisistas básicas que ninguno de sus padres pudo satisfacer adecuadamente durante la primera infancia. Ya de adulta su giro hacia los varones arrastrará el lastre de estas llagas tempranas, de la frustración perenne de sus necesidades afectivas

de dependencia, cuidado y afirmación valiosa. En sus relaciones afectivas reclamará a los hombres de su vida la «confirmación narcisista» de que carece, para así apuntalar su precaria identidad.

El natural giro hacia el varón como objeto edípico conjuga en este caso dos marcadas singularidades: por un lado, a la culminación del abandono materno acaecido a la edad de ocho años se ha de sumar toda aquella rabia primitiva sedimentada y acumulada previamente en el primer vínculo madre-hija, caracterizado por un estilo relacional intermitente del tipo: «Te cojo-te dejo, te quiero-te odio». Por otro lado, la *violencia real del padre* arruina un nuevo intento de identificación primaria. Todo ello abocará de forma inevitable a un trasvase continuo de relaciones libidinales y agresivas de un objeto parental a otro.

La búsqueda de castigo en los hombres contiene un sentido profundo plural y sobredeterminado. Lo que en apariencia es de naturaleza genital remite en última instancia al orden de lo pregenital arcaico, a las contingencias que rodearon su separación del objeto primario materno y a su proceso de construcción subjetiva como sujeto. Esto nos conduce irremediablemente a investigar *los componentes sado-masoquistas conectados y activados durante el proceso de individuación*. Debajo del deseo de sumisión frente a un otro idealizado inscrito en un juego sado-masoquista nos encontramos con problemas de separación, de reconocimiento de sí mismo y de los otros. Ante ello, el ulterior pasaje por la etapa edípica y por ende la triangulación se complicará en exceso. No es nuestra intención minusvalorar los aspectos de rivalidad puestos en juego en la etapa fálico-edípica con el padre del mismo sexo y en donde la niña ejercería como sujeto de deseo frente al padre. Simplemente pretendemos ofrecer una perspectiva enriquecida, pues entendemos que sobre los infantiles deseos de naturaleza edípica se superponen otros deseos arcaicos de agresión y muerte hacia el objeto primordial (la madre y el padre primitivos). El conflicto edípico irresuelto y su prolongación en la adolescencia inaugura una nueva posibilidad de expresión de sentimientos de odio y envidia tempranos hacia la madre (o ante cualquier persona a la que dirija demandas típicas de la función materna). La intensa rivalidad despertada con su madre en la etapa edípica y en la adolescencia se verá robustecida por pretéritos recuerdos infan-

tiles de maltrato, abandonos, rechazos sucesivos, etc. En sus posteriores relaciones adultas «ser maltratada» calmará el terror mortífero retaliador, avivado por la emergencia de la culpa persecutoria cuando siente que agrede a la madre introyectada, por ejemplo, eligiendo a los varones y abandonándola a ella. Conexión fácilmente establecida desde la sobreinvestidura de la «prohibición» materna del contacto masculino. «Ser castigada» *es la dramática señal que avisa de que el otro* «permanece» *y de que ella no será destruida.*

Sintetizando lo ya expuesto vemos que lo que en el fondo de toda esta cuestión se evidencia son las graves malformaciones gestadas en el *alejamiento temprano de la madre en su desarrollo psíquico* ya que en su inconsciente «alejarse, elegir algo diferente a ella» *equivale* a abandonarla y agredirla *rabiosamente*, así como el terror a sucumbir frente a sus consecuencias. Úrsula siente que roba a su madre, la despoja del padre, mata a sus hijos, etc., infringiéndole merecidamente tormentos semejantes a los padecidos por ella. Los tempranos deseos infantiles están colmados de fantasías destructivas retaliadoras. Recordemos que Úrsula procede de un vínculo temprano rebosante de abandonos y rechazos sucesivos fatalmente culminados con la partida real de la madre cuando ella cuenta con ocho años de edad. La valencia traumática de este acontecimiento viene dada porque justo entonces *se ejecuta la retaliación*: *ella ha estado agrediendo a su madre, lo que ocurría no sólo en su imaginario sino también en la realidad, por ejemplo cuando intencionadamente la desobedecía, y ésta a su vez la abandona.* Se le impide reparar el objeto de amor dañado quedando amordazada por la peligrosa pulsión de muerte. En este proceso recurre a la idealización del objeto que actúa a modo de primitivo intento reparatorio. Merced a este recurso evita descargar la agresividad, funcionar como mampara de los aspectos persecutorios retaliadores y permitir la posibilidad de que el objeto sobreviva no siendo destruido. Los estudios realizados en clínica experimental con niños maltratados corroboran en numerosas ocasiones la necesidad de una «proximidad física» inmediata después de haber sufrido una agresión. Podríamos inferir de estos acercamientos la necesaria intervención del mecanismo idealizador hacia quien le agrede. Se sabe que los contenidos que el niño proyecta sobre el maltratador,

su objeto externo, no son todos de índole negativa, sino que también proyecta partes buenas de sí mismo. ¿Por qué motivos puede hacer un niño algo que resulta tan irracional? Por los mismos por los que Úrsula mantiene la relación con un marido que la daña:

Primero, porque su empleo permite el fin supremo de garantizar la persistencia del objeto-otro y por tanto de sí mismo. Posee intrínsecamente una función autoconservadora dada su vivencia permanente de indefensión y desvalimiento infantil.

En segundo lugar y en relación con lo anterior, evitaría su aniquilación desde la proyección masiva de su rabia interna.

En tercer lugar, facilitaría entonces la expresión de actitudes cuidadoras hacia el objeto. Lo que revierte en una autoimagen positiva que contrarresta la percepción terrorífica de su «maldad interna»: «Yo también soy una niña buena», se diría. Reniega su agresión hacia el objeto. Ya de adulto rige su discurso una intensa necesidad de «ser, sentirse bueno y obtener ese reconocimiento social pero que a cada paso se fragmenta». Queda atrapado en una expiación eterna de su dualidad bondad-maldad.

Por último, la cantidad de proyecciones de sus partes buenas en el objeto maltratador será directamente proporcional a la intensidad de la rabia interna que haya de contrarrestar y compensar con contenidos buenos. Las expresiones cariñosas actúan a modo de formaciones reactivas. Cuando esta secuencia se repite de forma excesiva el niño puede vivirlo como una experiencia de vaciamiento. Las partes buenas proyectadas son sentidas como perdidas y el otro, sobre el que deposita sus proyecciones, se trasforma en un ideal del yo. Muy pronto este proceso se extiende a otras personas, como en este caso el marido, y el resultado puede ser una extrema dependencia como representante externo de las partes buenas de sí misma (Klein, 1946).

La idealización en este contexto opera como una reparación excesiva, o mejor dicho como un precursor de la reparación depresiva de objeto total y como defensa frente a contenidos persecutorios retaliadores.

Una situación de maltrato dispara y provoca la rabia del niño pero inhibe su expresión directa hacia el maltratador porque re-

sulta letal y lo arrastra hacia una destrucción certera. No puede desprenderse de la fuente que lo alimenta pero ha de defenderse de ella. Las conductas de acercamiento se explicarían por un lado desde la necesidad de reasegurar constantemente la supervivencia del objeto amado-odiado y por otro preserva una imagen valiosa de sí mismo. Quizá ninguna situación mejor que ésta ilustre cómo el niño toma dramática conciencia acerca de las «bondades del objeto», de su vulnerabilidad y de su dependencia.

Desde este prisma, la *agresividad* se convierte entonces en un *estigma vital* para esta mujer porque su exteriorización se une a vivencias thanáticas. La clara imposibilidad de realizar un manejo adecuado de su pulsión agresiva distorsiona el principio de realidad y su capacidad para discriminar y valorar adecuadamente lo que le sucede. En el funcionamiento diario la irrupción de sentimientos agresivos queda sometida a la tiranía del proceso primario donde «poco es todo». Para ella: *llegar tarde a una cita es matar al otro*. En lo sucesivo debe exiliar de su conciencia cualquier atisbo de agresividad. Recurre a una *idealización excesiva del objeto de amor* y a *conductas masoquistas* producto de la transformación en su contrario de componentes agresivos sádicos. El masoquismo se hallaría al servicio de ocultar sus intensos impulsos sádicos hacia el objeto materno quien traicionó la eterna promesa incumplida de «serlo todo para ella». La figura paterna se erigirá entonces en el eje central hacia el que desplazará masivamente sus afectos. En el substrato inconsciente apunta una nueva equivalencia entre ser maltratada, ser querida y no ser abandonada, recordemos que el padre la pegaba pero… nunca los dejó, sobrevive a tanta retaliación. Y… alentada por un anhelo incumplido de reparación perpetua se une a un esposo… que acaba finalmente maltratándola.

Este esquema de funcionamiento psíquico podría ofrecer una plausible interpretación acerca de por qué existen mujeres maltratadas que se sienten reconocidas en sórdidos chistes populares tales como: «Le pega su marido, pues *algo* habrá hecho.» «Algo» es un adverbio demasiado etéreo e ilimitado que hemos procurado rellenar de contenido. También nos ayuda a comprender por qué a estas mujeres les resulta tan costoso romper definitivamente con quienes las dañan. Nadie está con alguien cuando todo, ab-

solutamente todo es malo. Y aquí se pone en juego dramáticamente la supervivencia psíquica, emocional y vital: «lo necesita», como el bebé al adulto que lo cuida, como el rehén al secuestrador que lo alimenta.

A lo largo del tratamiento desgrana una tormentosa relación de pareja que descubre de forma descarnadamente sus carencias afectivas. Decididamente se abandona en manos de un hombre que simula ser un calco de sus fantasías, encarna su ideal del yo: «Él era un Príncipe para mí.» Pese a los años transcurridos lo describe como la reencarnación cuasi divina de todo lo bueno y perfecto: «Era muy guapo, alto, rubio, con los ojos azules, además de un ejecutivo europeo exitoso altamente cualificado», lo que contrasta vivamente con aquellas ocasiones, a veces con razón otras desencadenadas por vivencias de frustración ante hechos nimios, en que lo trasforma en un auténtico demonio capaz de escupir los más pérfidos insultos. Será deseado y a un tiempo temido y odiado. Su funcionamiento mental estará caracterizado por el empleo de una disociación constante de las representaciones «buenas» y «malas» tanto de sí misma como de los demás. Realizando esta elección de pareja Úrsula se fusiona en su imaginario con la «divinidad varonil», de esta manera no sólo retorna a la unión del yo con el ideal, a la indistinción primaria, sino que simultáneamente se hace merecedora de idéntico privilegio elevándose a sí misma a ese rango. Obtiene mediante este rodeo una imagen valiosa acerca de sí misma que contrarresta una autorrepresentación odiosa y amenazante adquirida en la temprana relación materna.

Yendo un paso más allá vemos como el «anhelo de perfección»: «ser la esposa perfecta, la madre perfecta, la paciente perfecta que no aburre, ni cansa a su terapeuta…», enraíza con las aspiraciones del ideal del yo, bebe del miedo al abandono y no sólo alude al conocimiento de su propia castración. Opera como un factor añadido que mantiene una imagen ideal de sí misma en su afán por instituir al hombre como exegeta del deseo femenino porque de esta manera ella se resguarda del conocimiento de su propia castración.

Hasta entonces su vida se dedicará a complacer a su marido para obtener su protección: «Yo era su niña.» Utilizará toda una

gama de actitudes desvalidas, inermes, carentes de toda independencia en relación con la imagen de un adulto poderoso encaminadas a perpetuar una posición infantil. Sin embargo, el nacimiento del segundo hijo la posterga a un segundo plano e impide la satisfacción plena de sus anhelos infantiles. El advenimiento de la maternidad reactivará aspectos pre-edípicos. Despierta contenidos envidiosos que alientan el deseo de ocupar el lugar del hijo para restablecer un añorado vínculo infantil con el marido como si de una madre cuidadora, nutricia y omnipotente se tratase. Madre y marido se condensan en su imaginario cual figuras intercambiables al servicio de satisfacer necesidades regresivas orales. Con el transcurso del tiempo el principio de realidad se impone, se acrecientan las exigencias del marido hacia el cuidado de la casa, la prole… y la insta para que deponga ese manejo pueril y asuma responsabilidades. El estilo exigente, tiránico, violento, en ocasiones, arbitrario del esposo sirve de recordatorio constante de su incapacidad de satisfacerle, nada de cuanto haga será suficiente, lo que activa inmediatamente la autoimagen «soy mala», azuzando el terror de «no ser aceptada o suficientemente querida» y proyectando la sombra de un nuevo abandono.

Sin embargo, en lugar de divorciarse y terminar esa tempestuosa relación lo que parece querer es perpetuarla, porque aunque por un lado se queja y reafirma el convencimiento de no ser merecedora de nada bueno, por otro evita soportar la *posesión del objeto*, tan espinosa… *Y si no lo tiene, no lo pierde,… y si no es suficientemente bueno, da igual perderlo*. De ahí que su incapacidad para introyectar un vínculo bueno la haga estar siempre permanentemente desnutrida en el terreno afectivo. Herbert Rosenfeld (1990) explicaría este hecho a través del funcionamiento del yo ideal, cuando el sujeto construye una imagen disociada, altamente narcisista y destructiva, basada en la relación dual, donde la envidia y la incapacidad de depender son los ejes básicos, apareciendo la disociación del *self* y el ataque a todo el vínculo que aparezca como provechoso. En este tipo de estructura de personalidad es frecuente que aparezcan estados depresivos, sentimientos de vaciamiento crónico, aislamiento del entorno, etc., y lo que realmente ocurre es que el sujeto siente que ha destruido todo lo bueno que posee y le rodea. La envidia y la incapacidad de de-

pender en una relación provechosa rige sus relaciones y no consigue que nada le atraiga porque rápidamente sería destruido.

Por otro lado, el despliegue de actitudes dañinas y destructivas en la pareja hace añicos el sueño del «Príncipe Azul», rompe la ilusión de sumergirse en una relación regresiva fusional con el esposo lo que reaviva el monto de agresividad frustrándose de nuevo. Sin embargo, *¿es este un paraíso tan añorado?* ¿Es hacia la demanda original de un ideal de amor donde orienta la búsqueda inconsciente? Úrsula parece intuir que sobre lo fusional pende el abismo de la propia muerte psíquica. En la unión con otra persona se desvanecen los límites de su individualidad y se resiste…

Su relación con los hombres condensa el hundimiento del último eslabón en la obtención de una confirmación narcisista «suficientemente buena» con *ambas* figuras parentales. Intentará satisfacer necesidades de cuidado, afecto y protección ofreciendo su cuerpo a los hombres y desplegando actitudes seductoras, exhibicionistas. Tempranamente descubrirá el potencial que otorga el reclamo de lo corporal, de hecho, en su casa la apodan «la belleza». En muchas de sus actuaciones hará gala de la hipótesis defendida por Masud Khan (1983) de que el histérico se enfrenta a las fallas de un cuidado materno suficientemente bueno mediante el desarrollo sexual precoz. Y se asusta porque, obviamente, no es sexo lo que ella busca.

Una máxima generalizable a todos los seres humanos es la existencia de tensiones psíquicas resultantes del conflicto entre las tendencias regresivas y aquellas ganancias que dan continuidad al desarrollo psíquico y que posibilitan una futura integración del yo. Bajo este prisma podemos resignificar la agresión, el aguante de tanta *violencia*. En sus comportamientos actuales Úrsula integrará aspectos que en su día fueron instrumentales y adaptativos aunque su empleo hoy por hoy resulten contraproducentes y extemporáneos. Vamos a procurar otorgar contenidos significativos a esta máxima.

Si partimos del hecho de que para todo niño/a su primera identidad le viene del otro no puede sino someterse al otro para existir. Esta premisa es vital durante nuestra infancia pero desde presupuestos adultos queda desfasada. Podemos pensar que es en el despliegue de «actitudes regresivas muy infantiles» con el es-

poso donde Úrsula reproduce miméticamente sin saberlo lo que pudo funcionar como una autodefensa temprana frente a la violencia arbitraria del padre, así descrito: «Mi padre pegaba hasta que se saciaba y respiraba. Nos pegaba duro, si algo se perdía nos pegaba a todos, pegaba duro, a hacerte daño, a destrozarlos. Mis padres me decían, te lo has buscado, te lo merecías, este asqueroso, desgraciado. Pegaba para controlar. Con las dos hermanas más pequeñas era más cariñoso y menos agresivo. También decía que lo hacía porque su propia madre le había pegado "para educarle, por mi bien"». De esta manera, «haciéndose bebé» garantizaba su conservación y también su correspondiente ración de afecto. Así planteado podría aventurarse una posible explicación de por qué la madre se queda con los hijos mayores y no con los pequeños, o con todos o sin ninguno.

Al mismo tiempo para eludir la tiranía de la arbitrariedad en los castigos ella busca inconscientemente las condiciones que los provocan controlando de esta manera inconscientemente la sensación de indefensión que le suscitaba.

Añadamos otra posibilidad interpretativa a sus conductas regresivas infantiles entendiéndolas como un ferviente anhelo de recibir cuidados maternos tales como los prodigados a sus numerosos hermanos pequeños, que satisficieran las abismales necesidades orales. Recordemos que ella es la octava de doce y ha debido de presenciar muchos amamantamientos, alumbramientos y desplazamientos sucesivos, etc.

Prosiguiendo con esta sobredeterminación de la violencia otra lectura adicional resulta de que en ocasiones ella siente que provoca inconscientemente al marido: *ella compra el alpiste de los pájaros y no las magdalenas de los niños, o entra en el despacho del marido pese a su prohibición expresa, etc*. Quizá con ello intenta poner a prueba la supervivencia del vínculo en tanto sobreviva a sus propias proyecciones agresivas. Conjura de esta manera el fantasma del abandono y lo trasforma en la *mayor prenda de amor de que puede ser objeto.*

La búsqueda de castigo representa «lo concreto», lo cuantificable: un golpe, cuatro patadas, ocho bofetones…, podríamos continuar la siniestra lista pero no por ello dejaremos de reconocer que esto asusta menos que la vivencia aniquiladora de la reta-

liación. *El masoquismo ejerce como una defensa más frente a la experiencia retaliadora.*

Una y otra vez se protege del terror de morir para siempre. Asombra y emociona la lucidez sobre el saber de sus carencias y en ocasiones de sí misma. Impresiona su dominio sustentado en la complicidad de la muerte. Todo en ella parece desprender reflejos de un careo entre la vida y la muerte.

Asombrosamente la expresión de la pulsión agresiva contiene aspectos positivos intrínsecos a su naturaleza, puesto que en el temprano proceso de diferenciación yo-no yo, coadyuva en las tentativas de ruptura de la fusión, de ser fuera del otro. La pulsión agresiva está ahí, desde los orígenes, aparece como elemento activo para el otro, delimita las propias fronteras y a la vez tiende a ensancharlas (N. Caparrós, 1992). Siguiendo el hilo de este razonamiento vemos que mediante la atribución al marido del *rol* «ogro» facilita su separación porque atenúa la incertidumbre existencial que esto le generaría. Así dice: «Cuando está mal (imagen de debilidad) me entran ganas de cuidarle, pero cuando él está bien no reconoce mis sacrificios. Todo lo que hago no es suficiente, mis esfuerzos no valen nada. Me lleno de odio y de rabia.» La dinámica conflictiva de la pareja facilita ampliamente este proceso y observamos como los exigentes deseos del marido, al ser incumplidos, se trasforman en demandas sádicas: «Eres una inútil, una inservible, una incapaz, una puta de los afectos, ni tus padres te han querido ni te han soportado, etc.» No logra plantear sus necesidades desde el cuidado, o desde sus carencias o el no poder con todo. Aunque presentarse así, envuelto en el lenguaje de la «ternura» (empleado en el sentido ferencziano del término) implique «venderse mal» al otro y fracturar el anhelo de funcionar como un «ideal» para la pareja. ¿Quién no ha caído en esa trampa, sutil y obvia a un tiempo? No obstante, hemos de tener en cuenta que esta dinámica relacional se sostiene merced a la complicidad de la psicopatología del esposo obligado una y otra vez a actuar su propia castración simbólica pese a haber tratado de reprimir todo conocimiento acerca de sus humanas limitaciones. La reiterada crispación de esta relación de pareja se nutre de que ambos mutuamente se hacen demandas en espejo. Conciben al otro como merecedor depositario de su amor sólo en tanto el amado/a

encarne una perfección imaginaria imposible. Difícil cosa. O quizá, se prenden mágicamente de la fantasía de ser el «salvador» del otro recubierta de intensos investimentos narcisistas. No por ello dejamos de advertir el latido de una fastuosa omnipotencia…: «Hace esto pero yo lo cambiaré…o… quizá no pero es que en realidad no es así de malo, cambiará»,… Pensamientos albergados reiteradamente por Úrsula en la relación infantil con el padre violento. *Su trágico destino es no poder sentir odio*. Y se erige en la guardiana de su objeto de amor sádico. Y se repite…

La espiral de violencia en la convivencia cotidiana la obligan a desocupar una posición pasiva y masoquista que reclama para sí empleando cualquier táctica a su alcance. *Sólo como víctima evitará exponer directamente el objeto de amor, tan necesario, a su sadismo*. De ahí que resulte vital idealizar al objeto de amor para aislarlo de su destrucción y poder nutrirse de él. Habrá más idealización porque está más en precario. Y ella opera como bisagra para reconquistar en lo vincular el terreno ganado por la libido narcisista (Tomé López, 2000). De esta manera evita verse irremediablemente arrastrada hacia una orgía de muerte del otro y de ella misma. Al constituir la expresión de su potencial dañino una experiencia psíquica desestructurante, pues amenaza directamente la supervivencia del vínculo y con ello la suya propia, renegará de todo conocimiento acerca de ello. Sin embargo, no cejará en su empeño al someter cualquier relación a permanentes agresiones indirectas, por ejemplo en la situación terapeútica haciendo gala de frecuentes tardanzas, ausencias, demoras en el pago, etc. Siguiendo la exposición de este esquema, el mantenimiento escindido de esta premisa: «Yo soy buena, tú malo» se halla constantemente amenazada ante la directa puesta en acción de sus impulsos sádicos y agresivos, así del marido dirá: «Yo creo que lo quiero pero le amargo la vida y le hago daño», y si esto fuera así se tornarían los papeles: «él es el bueno, y yo la mala», lo que resulta francamente intolerable. Por eso dice: «Es que prefiero verle malo a verle bueno, prefiero no llorar por ello.» Necesita disociar brutalmente lo bueno de lo malo. La única manera de mantener fuera de la conciencia pensamientos como los deseos de sus padres de hacerle daño y de una imagen de sí misma como «carente de todo valor» o «no digna de ser querida» es negando en

la actualidad sus propios sentimientos de odio y violencia hacia su marido en aras de preservar una autoimagen valiosa. Sentir el odio de tus propios padres entra dentro de la categoría psíquica de lo «intolerable», de lo «impensable» ya que pese a todo en la infancia se los siente necesarios, imprescindibles, para sobrevivir. Fonagy (2000) concluye que las situaciones de maltrato infantil socaban la función reflexiva del niño al verse perturbado el aprendizaje de la capacidad mentalizadora para inferir estados emocionales en el otro causados por lo insoportable de su contenido. Poniendo de manifiesto que existe una intima relación entre los procesos afectivos y emocionales y las funciones cognitivas y de aprendizaje.

Sin embargo, ¿cuáles van a ser los resortes que activan en Úrsula su agresividad, desbordándola? Hemos identificado cuatro:

En primer lugar las actitudes sádicas del marido que provocan una ruptura del ideal del yo situado en este objeto amoroso. Ya hemos visto cómo Úrsula puede provocarlas deliberadamente en ocasiones. Posibilita de esta manera que parte del narcisismo proyectado en el ideal del yo del otro reinvista al yo propio. Mediante esta estrategia recupera algo de lo depositado y reduce la distancia entre el yo y el ideal del yo (marido). Esto redundaría en que Úrsula se sentiría menos «atada» al marido, lo viviría como menos imprescindible y de esta manera lograría una independencia «virtual».

En segundo lugar el violento rechazo ante la percepción de cualquier mínima fragilidad o impotencia en su pareja. En el desarrollo de la teoría del ideal del yo supimos que esta instancia se enmarca dentro de coordenadas absolutas, exige perfección. La sóla proyección del ideal del yo sobre el objeto no convierte a este en un representante adecuado de la debilidad (Chasseguet-Smirguel, 1995).

En tercer lugar por la obtención de un escaso reconocimiento del marido (ideal del yo) con la merma narcisista que esto le supone a Úrsula y el consiguiente empobrecimiento de su sí mismo.

Por último, la percepción de las fisuras de este padre magnificado (marido) provoca en ella una reacción agresiva que es sádi-

camente respondida por él, automáticamente ella adopta una actitud humilde y sumisa lo que sirve para restituir a su marido al lugar original. Momentáneamente desterrado retorna a la categoría de ideal del yo ornado de tintes violentos y sádicos. Por tanto, en este contexto parece que la violencia ocupa un privilegiado lugar en el mantenimiento de la categoría de la función de ideal.

Esta forma de funcionamiento obtura su evolución psíquica con la posibilidad de acceder a una mayor integración del objeto psíquico introyectado donde coexistan *simultáneamente* sentimientos ambivalentes hacia un objeto total que facilite su acceso a una elaboración de tipo más depresivo, afrontando el temor a la dolorosa pérdida de objeto, etc. La temprana obstrucción de este complejo proceso está directamente relacionada con el establecimiento en las primeras etapas infantiles de un «apego inseguro» (Fonagy, 1999) en la relación temprana con la madre. Todas estas primeras fallas en el sostén y cuidado psíquico del niño perturban gravemente la separación del infante de su objeto primordial puesto que «los alejamientos» se hallarían contaminados por intensos sentimientos agresivos, plagado de connotaciones sadomasoquistas, produciendo graves desequilibrios emocionales, distorsión de las funciones cognitivas, de su capacidad de mentalización (Frith, 1989), etc. Estas deficiencias se arrastrarán en el establecimiento futuro de cualquier relación emocional. Con su esposo, Úrsula realiza inútiles amagos reiterados de separación, tan fallidos como con los de su madre. Porque en el fondo sabemos que en toda dependencia extrema es el odio ante el que nos sometemos. E incita a la venganza…

Úrsula tiene pendiente por recorrer en su proceso vital un tortuoso camino que le permita reconocer su bondad interna y luego externa, de su mundo circundante y de quienes lo constituyen. Seguridad adquirida en el convencimiento de la bondad y el amor hacia nosotros de las personas de quienes dependemos. En la vida estas cualidades se interiorizan como aspectos constitutivos de nuestro *self* y exorcizan las espeluznantes visiones demoníacas de nosotros mismos.

Caso Edmundo

Cuando cumplió catorce años cambió su *look* de colegio de pago por otro más radical: Decidió formar parte de una tribu urbana, adquirir sus modos y coquetear con los *skins*. Se dedicó con ahínco a distribuir panfletos propagandísticos y difundir su ideología ultraderechista, lo que satisfizo su necesidad de un lugar, al actuar como pieza de vital importancia en las actividades clandestinas de esta organización.

Un registro domiciliario intempestivo azuza su miedo a ser encarcelado y desiste de esta labor que durante años se ha revelado fructífera fuente de reconocimiento. En aquel momento bebía ingentes cantidades de alcohol que le permitían desfogar su agresividad contra el «mobiliario urbano», aunque en alguna esporádica ocasión actuó como espectador de agresiones hacia otra persona. Desorientado, abandona los estudios de formación profesional en los que llevaba un año y realiza, por sugerencia materna, un curso para convertirse en peluquero. Trabaja durante un tiempo como aprendiz hasta los dieciocho años, momento en que debe incorporarse a filas para realizar el servicio militar.

En aquella época comienza a consumir cocaína y pastillas, lo que hace desaforadamente fomentado por el desgarro de un desengaño amoroso y por una situación familiar caótica, con una madre omnipotente, omnipresente, cuasi omnisciente, que emplea a los hijos como confidentes de los problemas sexuales con su padre, figura desvalorizada, pasiva, falto de carácter y que se deja utilizar por la madre como peón, a merced de la batuta que imprimen sus deseos.

Pero existe un acontecimiento «intolerable» que marca indeleblemente su estructura psíquica y que se origina en experiencias infantiles, cuando dormían juntos la siesta madre e hijo, y se excitaba frotando su cuerpo tierno contra el de ella. No recuerda cuándo dejó de hacer esto, sólo sabe que fue él mismo quien se apartó (¿nueve años, diez años, tal vez ocho?) El horror y el desconcierto conviven al ritmo de sus evocaciones incestuosas despertadas por un renovado ofrecimiento materno cuando cuenta con veintiún años.

Desvela actitudes muy seductoras por parte de la madre, destinadas y dedicadas al hijo, lo que lo enfrenta al padre como su rival principal para la consecución incestuosa, y aborta sus primarias tentativas identificatorias, aunque también le sirve como una muralla defensiva frente a la misma. La instauración de este funcionamiento temprano materno-filial es tanto más desestructurante cuanto que se acompaña del terror a la pérdida de amor de la madre, de su necesidad como objeto nutriente. Y si se revela y no satisface sus deseos (que no crezca, que sea dulce bebé para siempre…), se aboca a su propia muerte psíquica. En las escenas de la siesta es como si en ocasiones la madre renegase del crecimiento sexual de los hijos, lo que contrasta paradójicamente con aquellas otras donde lo fomenta. El empleo de las drogas, como todo síntoma, se halla sobredeterminado en su función: Por un lado, alucinatoriamente, cumple el deseo materno que le convierte en un eterno bebé (yo ideal), pero por otro explora toscamente salir de ese vínculo asfixiante. La violencia que acompaña el consumo permite la presencia del padre ausente, que a su vez actúa como una barrera frente al incesto y que le permite obtener el tan merecido castigo. Sólo desde la bronca puede explorar desmañadamente su autonomía para liberarse de los miedos que suscita el alejamiento materno.

El ideal del yo se hace patente en la cualidad excesiva de sus expresiones, en el anhelo de una búsqueda de perfección utópica incapaz de ser matizada por lo cotidiano, por la realidad. El miedo a una recaída le hunde en la sima de lo imposible, al igual que cualquier fallo en su actividad laboral. Se halla sometido a una tiranía de un ideal donde o eres perfecto o no eres nada.

Conclusiones

Deseamos haber cumplido la pretensión inicial en la elaboración de este trabajo de esclarecer e ilustrar en lo posible el papel que tiene la participación del «ideal del yo» y su diferenciación con el «yo ideal» y el «superyó» como instancia conformadora de la moral individual, matizada por el contexto cultural patriarcal en el que se inscribe, y que sirve para esclarecer la comprensión

de las «actuales psicopatologías» de tipo narcisista o los aspectos narcisistas en estructuras de corte neurótico, imbuidas de sentimientos de insuficiencia y desvalorización, y que arrasan masivamente en la clínica actual, tales como los trastornos de la personalidad, trastornos de la conducta alimentaria, adicciones, trastornos del control de los impulsos…, así como su implicación en la generación y discriminación masculina o femenina de nuestra identidad de género. No ahondaremos más en esta segunda parte pues ha quedado expuesto anteriormente con suficiente profusión de detalles los puntos candentes en que discrepamos de la «versión oficial» del psicoanálisis sobre el desarrollo psicosexual femenino.

En el proceso evolutivo de construcción de la moral-tipo hemos destacado el origen narcisista del yo ideal y del ideal del yo, función del narcisismo primario y secundario respectivamente. Los contenidos del yo ideal aludirían a anhelos e ideales egoístas, y sería portador de un discurso totalizante, de máxima perfección que el sujeto aspira a encarnar, donde las fisuras no son toleradas y rige sus destinos hacia la búsqueda de gratificaciones primordiales que alimenten la ilusión de omnipotencia y autosuficiencia, en donde cada una de nuestras necesidades encontraría su satisfacción correspondiente. Se ubicaría dentro de la dimensión lacaniana de lo «real», en la conocida distinción tripartita (real, simbólico, e imaginario) proveniente inicialmente del estructuralismo.

Como exponente de la regresión masiva hacia los dominios de esta instancia psíquica donde «el yo hace las veces de su propio ideal» elegimos el segundo caso, pues en las adicciones, merced al consumo de la sustancia tóxica, se induce al sujeto a experiencias totalizadoras que borran las diferencias entre yo y no-yo, contrarrestan las angustias de fragmentación y potencian una regresión máxima hacia las etapas iniciales del desarrollo psíquico del sujeto caracterizadas por la nula estructuración del yo. El entorno en el que se sumerge el adicto se convierte en una fantasía del sujeto que se hallaría regido por el imperio de una instancia que le permite sentirse narcisistamente completo, que borra las exigencias de la realidad con sus correspondientes frustraciones y la diferencia básica ordenadora yo/no-yo, sobre la que se asientan las pos-

treras diferencias generacionales, etc. Actúa el «anhelado retorno al seno materno» y se trasforma en el «bebé» que consigue su «toma» cada tres horas.

El ideal del yo se construye sobre los cimientos del yo ideal, y al igual que éste, posee un origen narcisista pero como función del narcisismo secundario. Su conformación se inicia progresivamente en la fase preverbal cuando la distinción básica yo/no-yo ya está establecida y se prolonga hasta los tres-cuatro años con la plena adquisición del lenguaje. Se ubica dentro del plano simbólico cuando a las pulsiones autoeróticas, dominio del narcisismo primario, se les ha añadido «una nueva acción psíquica» (Freud, 1914c), que posibilita poner al yo en desarrollo en el camino de la integración y diferenciación del entorno. Surge al proyectar el narcisismo primario perdido, al que se resiste a abandonar, sobre el otro (mamá) a quien erige como nuevo ideal, fuente de sus vivencias gratificantes, y que conforma sus contenidos: ideales relacionales de corte objetal. Fruto de tempranas identificaciones parentales en la relación diádica, sobre todo del niño con la madre, éste será depositario de todo un conjunto de determinantes culturales que conforma su estructura: los ideales y modelos de identificación primaria que integra.

El ideal del yo se instituye como el principal regulador de la autoestima. La cualidad de las satisfacciones narcisistas otorgadas al niño, ni excesivas ni deficitarias, determinarán la existencia de un narcisismo compensado. Dependerá de cómo se vea el sujeto en las comparaciones con su ideal del yo para que el balance de su autoestima sea positivo. Si los objetos que toma como formadores de esta instancia los vive como distantes en sus comparaciones el balance será negativo en cuanto aspire a alcanzarlos, pero si es capaz de tolerar cierta distancia ante los ideales que ha construido, sin que por ello se desmorone en sus comparaciones, el balance será positivo. En la medida en que el sujeto renuncia a la omnipotencia infantil se introduce un discurso discriminativo donde se tolera cierta distancia con el Ideal y el niño será objeto de sus primeras limitaciones o postergaciones en la satisfacción de sus demandas, aumentando la tolerancia a la frustración del sujeto. El narcisismo restablecerá su equilibrio al ser reforzado por las figuras parentales por el desempeño de conductas cada vez más

autónomas. La normativización posterior de nuestras gratificaciones en aras de alcanzar una meta será detentado por el superyó que si está bien conformado integrará los anhelos del ideal del yo y establecerá las pautas a seguir en la dirección del Ideal.

Por último destacamos el sesgo que el género introduce en la conformación de los contenidos del ideal del yo, ya que en la medida en que la madre es un objeto primario más consistente que el padre por ser la encargada del cuidado del niño/a pequeño (aunque culturalmente esté cambiando esta tendencia), será introyectada como un objeto del sí mismo del niño/a y marcará la relación madre-*infans* con las características de su propio género y sexo. El niño deberá compatibilizar esta identificación narcisista primaria con la madre con una percepción diferenciada de ella para poder dirigirse al padre y construir su identidad masculina.

Para ilustrar el funcionamiento de esta instancia ideal elegimos a Úrsula, un caso donde las elecciones narcisistas denuncian los déficit narcisistas subyacentes que sustentan la demanda amorosa con su pareja de «serlo todo para ella», así como un proceso de individuación inacabado y accidentado que marcará la interiorización de sus identificaciones primarias y secundarias.

El ideal del yo se instituye como precursor del superyó merced al amor identificatorio que articula el narcisismo infantil y sus deseos con los efectos de la socialización y la educación. Una vez que el yo se ha estructurado, se inaugura la fase fálico-edípica y entra en acción el superyó estableciendo las condiciones que posibilitan la satisfacción de los anhelos ideales. A medida que el nivel madurativo del sujeto es mayor ambas se integrarán en una estructura moral única: el superyó, que regulará nuestras pulsiones sexuales y agresivas y nuestras actuaciones futuras dando paso a la socialización plena mediante la internalización de un tercero regulador que permita comportamientos de exclusión/inclusión. El grado de flexibilidad con el que actúe esta estructura, evitando que cristalice en un superyó rígido y sádico tal y como nos encontramos frecuentemente en la neurosis obsesiva, dependerá de cómo las especificidades del ideal del yo se integren en ella y a los acuerdos y negociaciones alcanzados entre ambos. Recordemos que en ocasiones habrá un trasvase de contenidos del uno (ideal del yo) hacia el otro (superyó).

La importancia del conocimiento de los valores encarnados por el ideal del yo radica en una mejor comprensión de la nueva jerarquía de valores en que nos movemos actualmente, que se distancia de la rígida normativización de la sociedad decimonónica y de principios del siglo xx, contexto de gestación de la teoría psicoanalítica que gira en torno a la clínica de las neurosis. Estos nuevos valores rupturistas basados en el hedonismo, los valores estéticos, la inmediatez en la satisfacción de las necesidades, etc., conforman una nueva forma de «ser y de estar en el mundo», marcan los nuevos modelos de identificación y apuntan hacia la emergencia de la preeminencia las patologías narcisistas.

Bibliografía

Alpert, J. L. y Boghossian Spencer, J. B. (1986), «Moral, Geschlecht und Psychoanalyse», en J. L. Alpert, (ed.), *Psychoanalyse der Frau jenseits von Freud*, Berlín, Springerverlag, 1992.

Benjamin, J. (1986), «Die Entfremdung des Varlangens», en J. L. Alpert, (ed.), *Psychoanalyse der Frau jenseits von Freud*, Berlín, Springerverlag, 1992.

— (1993), *Phantasie und Geschlecht. Psychoanalytische Studien über Idealisierung, Anerkennung und Differenz*, Fischer Taschenbuch, Fráncfort del Meno, 1996.

Bergeret, J. (1990), *La violencia fundamental: El inagotable Edipo*, México, Fondo de Cultura Económica.

Bernstein, D. (1983), «The Female Superego: A Different Perspective», *Int. Jour. of Psycho-Analisis,* 64, 187-201.

Blos, P. (1979), *La transición adolescente*, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.

Bollas, C. (1987), *La sombra del objeto: Psicoanálisis de lo sabido no pensado*, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.

Bonnard, A. (1958), «Pre-Body-Ego Types of (Pathological) Mental Functioning», *Jour. Am. Psychoanal. Assoc*., 6, 581-611.

Bowlby, J. (1969), *El apego*, Barcelona, Paidós, 1998.

Caparrós, N. (1992), *Psicopatología vincular,* tomo I, Madrid, Quipú.

Castoriadis-Aulagnier, P. (1975), *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*, Buenos Aires, Amorrortu, 1993.

Chasseguet-Smirgel, J. (1975), *El ideal del yo: Ensayo psicoanalítico sobre la enfermedad de idealidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.

Chodorow, N. (1978), *The Reproduction of Mothering : Psychoanalysis and the Sociology of Gender*, Berkeley.

Dinnerstein, D. (1987*), The Mermaid and the Minotaur*, Nueva York.
Dolto, F. (1988), *La causa de los adolescentes. El verdadero lenguaje para dialogar con los jóvenes*, Barcelona, Seix Barral, 1990.
Fast, I. (1984), *Gender Identity: A Differentiation Model*, Hillsdale.
— (1988), «Aspects of early Gender Development: Toward a Reformulation», *Psychoanalytic Psychology,* 7, Suppl. 105-118.
Ferenczi, S. (1928), «La adaptación de la familia al niño», *Obras Completas*, Madrid, Espasa Calpe, 1980.
Fester, R. y cols. (1979), *Weib und Macht*, Fischer-Verlag.
Fonagy, P. (1999), «Persistencias transgeneracionales del apego: Una nueva Teoría», *Aperturas Psicoanalíticas: Revista de Psicoanálisis*, núm. 3, abril,
— (2000), «Apegos patológicos y acción terapéutica», *Aperturas Psicoanalíticas. Revista de Psicoanálisis,* núm. 4, abril.
Freud, S. (1905d), *Tres ensayos de teoría sexual.*
— (1912-1913), *Totem y Tabú.*
— (1914c), *Introducción al narcisismo*.
— (1921c), *Psicología de las masas y análisis del yo.*
— (1923b), *El yo y el ello.*
— (1923e), *La organización genital infantil.*
— (1925), *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos.*
— (1933a), *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis.*
Frith, U. (1989), *Autismo*, Madrid, Alianza Editorial.
García de la Hoz, A. (1998), «Hombre/Mujer: Una tipología moral», en Rubí Cid (comp.), *Psicoanálisis e identidad de género,* Madrid, Biblioteca Nueva, 99-106.
García de la Hoz, A. y cols. (2000), «Ideal del yo y moral femenina», en Fernandez Gil (comp.), *Grupo, Psicoterapia y Psicoanálisis*, Málaga, Centro de Ediciones de la Diputación, 115-137.
Gilligan, C. (1977), *In a Different Voice*, Harvard University Press, Cambridge.
Greenacre, P. (1950), «Special Problems of Early Female Development», en *Trauma, Growth and personality*, Nueva York, Norton, 237-258.
Horney, K. (1926), «Flucht aus der Weiblichkeit (la huida de la feminidad)», en *Psicología femenina,* Madrid, Alianza Editorial, 1977.
Khan, M. M. (1983), *Locura y Soledad», entre la teoría y la práctica psicoanalítica*, Buenos Aires, Lugar editorial, 1991.
Klein, M. (1946), *Envidia y gratitud y otras obras,* en *Obras Completas*, vol. 6, Buenos Aires, Paidós-Hormé.

KOHUT, H. (1971), *Análisis del self. El tratamiento psicoanalítico de los trastornos narcisistas de la personalidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1977.
LACAN, J. (1975), *El seminario de Jaques Lacan. Libro 1. Los escritos técnicos de Freud, 1953-1954*, Buenos Aires, Paidós, 1981.
LAGACHE, D. (1966), «La psychanalyse et la structure de la personnalité», en *La Psychanalyse*, vol. VI, París, PUF, 5-54.
LANGER, M. (1999), «Psicopatología de la mujer», en *Clínica y Análisis Grupal,* 81-82, Madrid, 199-216.
MAHLER, M. y cols. (1975), *El nacimiento psicológico del infante humano,* Buenos Aires, Marymar, 1977.
MONEY, J. (1965), *Sex Research*, Nueva York, Holt, Rinehart & Winston.
PIAGET, J. (1936), *El nacimiento de la inteligencia*, Madrid, Aguilar, 1969.
REICH, A (1954), «Early Identifications as Archaic Elements in the Superego», en *Jour. Amer. Psychoanal. Assoc.,* 2, 218-238.
ROSENFELD, H. (1987), *Impasse and interpretation*, Londres, Tavistock Publications Ltd. *(Impase e interpretación,* Madrid, Tecnipublicaciones, 1990).
SCHAFER, R. (1974), «Problems in Freud's Psychology of Women», en *Jour. Amer. Psychoanal. Assoc.*, 22, 459-485.
SCHIDBAUER, W. (1991), *¡Tú no me entiendes!,* Madrid, Herder, 1994.
TOMÉ LÓPEZ, R. (2000), «Los peligros de la envidia», *Clínica y análisis grupal*, núm. 86. Madrid.
TOROK, M. (1964), «La significación de la «envidia del pene» en la mujer», en Chasseguet-Smirgel (ed.), *La sexualidad femenina*, Barcelona, Laia, 1991.
TUBERT, S. (1982), *La muerte y lo imaginario en la adolescencia*, Madrid, Saltés.
WINNICOTT, D. W. (1965), *El proceso de maduración en el niño*, Barcelona, Laia, 1975.
— (1971), *Realidad y juego*, Barcelona, Gedisa, 1979.

Maternidad.
El deseo de maternidad o el deseo de hijo

Lidia Calleja Rodríguez*
Pilar Cano Garcés**
Rosario Castaño Catalá***

La noche materna, protegía
Veníamos del sueño, y un calor,
Un sabor como a noche originaria
Se demoraba sobre nuestros labios
Humedeciendo, suavizando el día.

Gil de Biedma

…Vosotros, padres celestiales
nos arrojáis a la vida y nos
volvéis culpables entregándonos
después al sufrimiento pues toda
culpa se expía sobre la tierra

Goethe, *La misión teatral de W. Meister*

* Licenciada en Psicología. Psicoterapeuta. Miembro de la SEGPA.

** Licenciada en Sociología, Psicología Social. Psicoterapeuta acreditada por la FEAP (Federación Española de Asociaciones de Psicoterapeutas). Miembro de Quipú, Instituto de Formación en Psicoterapia Psicoanalítica y Salud Mental.

*** Licenciada en Psicología, sexóloga, psicoterapeuta. Miembro de Quipú, Instituto de Formación en Psicoterapia Psicoanalítica y Salud Mental. Psicóloga del Instituto Palacios de Madrid. E-mail: rcastano@lapsique.com

Tres mujeres, tres generaciones, tres madres ante una tarea común. Las primeras reuniones para preparar este capítulo tenían como objetivo la maternidad en sentido global y nos encontramos ante la maternidad como maternaje, vinculo necesario para la constitución y evolución del aparato psíquico y que los planteamientos giraban en torno a la psicopatología y la práctica clínica navegando de la salud a la enfermedad, de la madre suficientemente buena a la madre generadora de enfermedad. Desde esas discusiones se empezó a perfilar la maternidad no como función ni vinculación con un «otro» sino como estado o cualidad, surgiendo un deseo de entender(nos), estudiar(nos) e investigar(nos) la fuente de nuestro propio deseo de maternidad. Maternidad que proviene de preñez, algo ocupado, cuerpo ocupado-mente ocupada. Nos preguntamos si la mente y el cuerpo se ocupan a raíz del deseo, o por el contrario, el deseo surge en un segundo momento precedido de la preñez-tarea.

Planteamos si podemos hablar de un deseo de maternidad como factor de construcción de identidad de genero, de la instauración de un deseo de ser madre en la evolución de la niña como elemento estructural, necesario y fundante para la configuración de una identidad femenina y como garante de salud mental en la psique de la niña.

¿Es quizás, necesaria la instauración de ese deseo de maternidad para la identidad de la niña como mujer?, ¿en qué momento de la evolución se produce y de qué manera contribuyen la madre y el padre, la función materna y la función paterna?

No deberíamos hablar «del deseo» como algo neutro sino de un tipo específico de deseo que se instaura y deviene en diferenciación de identidad de género.

La maternidad como cualidad o atributo de mujer, que sólo contempla a la madre potencial como unidad sin tener en cuenta la individualidad de otro ser que todavía no se ha formado, que es un «ente» sin forma, inmaterial, una fantasía que por el momento sólo existe en el imaginario de la niña independientemente de que se haga realidad o no, tenga un significante en la realidad futura o no.

Esa posibilidad de ser madre, ese deseo de maternidad se gesta en una mujer desde los primeros esbozos del aparato psíquico basándose tanto en aquello de lo que la naturaleza equipa, dota,

como en la socialización, entendida no como sociología sino como vinculación con figuras maternas y paternas.

Freud ya señalaba que el hecho biológico se alza ante nosotros cual un profundo enigma, como un término final de nuestros conocimientos resistiendo toda reducción a nociones fundamentales. Lo biológico marca una posibilidad, una diferencia, un límite que será subrayado por el grupo de pertenencia, lo cultural.

Siendo seguramente también lo social un elemento diferenciador y significativo, creemos, y así lo vamos a explicar más adelante, que la base de ese deseo la encontraremos en el vínculo madre-hija, en la relación especular de una madre con su igual, con su bebé, con su niña y en esa relación nos centraremos para intentar entender la construcción de esa identidad femenina de la que hablamos al principio.

Desde el momento del nacimiento, e incluso antes en el útero, la niña empieza a ser receptáculo activo de las proyecciones de las que la madre le hace objeto, proyecciones que no son más que el resultado de una herencia que se remonta muy atrás en el tiempo. Así, la madre introduce a la niña en la relación de ella misma con su propia madre, que a la vez hizo lo mismo con ella y así sucesivamente hacia atrás[1].

Dicha relación madre-hija tiene obviamente un mayor componente especular que la de madre-hijo, lo que contribuye a dotarla de un aspecto más fusional que a su vez incidirá en la mayor ambivalencia de la misma. Serán estos tres ingredientes: *imagen especular, fusión y ambivalencia* los elementos que modulen la relación madre-hija.

La madre, por anaclisis, narcisiza el cuerpo de la niña de una manera diferente al del niño, lo hace de una manera más global, como si todo el cuerpo de la niña fuera un solo órgano. De los mecanismos psicológicos utilizados por la madre durante todo el proceso de crianza de su hija dependerá en gran medida el mundo imaginario de la niña y por tanto de la mujer. El valor, el ser de la niña está relacionado con la narcisización realizada por la madre y de cómo ésta valore la totalidad de la niña, su cuerpo, sus muestras de afecto, etc.

---

[1] En latín, «útero» significa «el otro», «el doble».

La madre inviste libidinalmente el cuerpo de la hija, sin primar un único órgano como con el niño, haciéndola así deseable «toda ella», segura de sí y capaz de llevar a buen término todo su proceso vital. En este proceso es la madre quien tiene que devolver especularmente a su hija la imagen de su «sí mismo», deseado y valorado. Aquí es donde la madre proyecta su narcisismo sano en su niña permitiendo la identificación de la hija con la madre. En este narcisismo ambivalente prima el sí frente al no, la aceptación frente al rechazo, la construcción del yo ideal de la niña. Si lo que la madre proyecta es el rechazo se producen daños en la construcción del ser de la niña y de la cuantía de esos daños dependerá el desarrollo enfermo del «sí mismo».

Situándonos en el plano de la salud se observa que con la entrada del lenguaje, de lo simbólico, llega el momento en el que la madre nombra los objetos externos por y para el niño y la niña. La vagina queda sin nombre, ya que como se señalaba anteriormente, el cuerpo de la niña es investido de una manera global por la madre. Hay muchos nombres para designar el pene del niño como «colita», «pitito», etc., pero no los hay para la vagina. Como en el cuento de Rumpelstilzchen *El enano saltarín,* en el que la molinera debe averiguar el nombre del enano para que no le quite a su hija; aquello que se puede nombrar pierde su poder, es decir, se debilita en el imaginario de quien lo nombra. Como apuntaba Hegel, al mencionar que las palabras significaban una especie de muerte para las cosas.

En cambio lo no nombrado es en alguna forma no dotado de significado concreto, y por tanto susceptible de convertirse en objeto de fantasías destinadas a proporcionar ese significado que la falta de nombre ha traído consigo. El imaginario de la niña intenta llenar ese hueco vacío de significado.

Cuando la niña descubre la diferencia sexual anatómica encuentra que hay un algo en lo real, al margen de su imaginario, a lo que desde fuera se le da nombre y por lo tanto significado (simbólico), y que ella no tiene. Ese algo que ella todavía no tiene puede ser el pecho o el pene, es decir, el falo como significado-significante.

Un nuevo ingrediente se añade entonces al proceso de significar una parte de sí misma: La frustración, frustración provocada

por una doble herida narcisista, producida por un lado, por el descubrimiento de que algunos otros tienen algo que se significa desde fuera, y por otro, al intuir de manera inconsciente que ella misma forma parte y tiene que ver con la manera con la que su madre ha conseguido darse significado, y además tiene unos atributos que lo ponen de manifiesto, el pecho, del que la niña también carece. En definitiva, no es como su padre ni como su madre, los cuales se presentan ante ella como seres llenos y dotados de significado.

La única esperanza que le queda a la niña es poder parecerse a ellos en el futuro, es decir, ir consolidando el ideal del yo. Será ese anhelo el que sustente el deseo de algo que ha de llegar para acercarla a ese ideal, ese algo será el precursor del deseo de maternidad.

Ese deseo incrementa el sentimiento de agresividad de la niña hacia la madre: Su madre le ha dado vida y con su mirada y sus proyecciones le transmite «tu serás como yo, no como tu padre aunque quieras, tu eres igual que yo». La niña se remite a la madre, en ese vínculo todavía dual en el que las dos están como una unidad ambivalente, como un esbozo de cercanía y distancia, como los ensayos de una obra de teatro en que la niña acabará siendo la protagonista. ¿Qué se pregunta la niña en ese momento evolutivo?:

- ¿Por qué no me has hecho con eso que tienen los otros y que les da signifcado desde el principio?
- ¿Por qué tengo que esperar para ser como vosotros?
- ¿Por qué tengo que ser como tú y no como papá?

La combinación de las tres preguntas hará que la madre sea para la niña un referente continuo al que dirigir su mirada «yo seré así» (yo ideal) y a la vez un objeto sobre el que proyectar, lanzar su agresividad derivada de la herida narcisista anteriormente señalada, es decir, un objeto muy ambivalente. Esto añade complejidad a la relación madre-hija, ya que la niña se encuentra formando parte de una gran unidad. De un lado se halla sometida, casi apresada en esa relación y de otro, ese mismo lugar le hace poseedora de un gran poder «Mi madre tiene significado *por y para mí*, soy yo la que le doy significado, por tanto si me voy, si yo no la quiero ella será algo incompleto». «Por mí» representa al yo ideal, mientras que «para mí» reflejaría el ideal del yo.

Habrá de ser la madre la que calme esa omnipotencia infantil, que a la vez colma y desborda a la niña. La manera de contenerla será con la ley materna, la ley del ideal del yo.

Para detentar su poder y buscar su existencia y autonomía al margen de su madre o mejor dicho, de esa gran unidad madre-hija, la niña volverá su mirada a un tercero, mirada buscadora de otras miradas que la reconozcan reforzando, afianzando así la identidad. Esta nueva mirada hallada, la del padre es menos amenazante y persecutoria en este momento concreto ya que el padre no necesita de la niña para significarse, no tenderá a la fusión, por lo tanto le permitirá conquistar esos grados de libertad que ella necesita ahora para afianzarse como sujeto independiente.

La ley del ideal del yo cumplirá aquí una doble función ya que de un lado estará calmando la omnipotencia de la niña y del otro estará alentando la disolución de la unidad madre-hija, permitiendo la entrada de terceros e incluso introduciéndolos para consolidar la identidad de su hija. De cómo la madre ayude a la niña a introyectar la ley del ideal del yo dependerá que ésta pueda dar la bienvenida a un tercero y que sea capaz de introyectar la nueva ley que ese tercero traerá consigo: el superyó.

El ideal del yo deberá, por tanto, impartir una ley facilitadora de la separación, no desafectivizando el vínculo con la hija, ya que ésta sentiría que querer separarse de su madre significa perder su cariño, en definitiva, perderla a ella, y además ha de ser contenedora en el sentido de preservar el carácter asimétrico de la relación, ya que si esa asimetría se pierde, la omnipotencia de la niña no podrá ser contenida y ésta no introyectará unos límites claros, no asumirá que no puede serlo todo, que hay lugares que ella no puede ocupar.

En definitiva, el carácter del ideal del yo no es prohibitivo sino asertivo; para que la ley sea correctamente transmitida e introyectada la madre debe tener suficientemente constituida su identidad de género como identidad femenina que tiene como única vía de comunicación entre emisor y receptor su buena incorporación por parte del emisor.

Pero la madre no está sola en este empeño. La figura del padre es igualmente importante. Podríamos decir que la madre es condición necesaria pero no suficiente para la construcción de identidad para la niña. El padre ha de tomar la invitación que la

madre le ofrece para entrar en esa relación madre-hija, y aceptar su responsabilidad de contener a ambas con el riesgo de convertirse en pararrayos de las proyecciones agresivas fundamentalmente de la madre, con el riesgo de aumentar de esa manera la ambivalencia en la relación de pareja.

La invitación que hace la madre es un pedido desde el reconocimiento de la diferencia y a la introducción del tercero como alguien necesario para aportar nuevas ópticas y nuevos matices a ambas, pero fundamentalmente a la madre, ya que los dos progenitores participan con leyes y morales distintas, la del superyó y la del ideal del yo, las dos amalgamadas en ellos y las dos necesarias.

Si el padre no toma ese papel y se desdibuja no podrá por tanto dar reconocimiento a su hija ni apreciar sus intentos de seducción y acercamiento. En este caso, lo que la niña encontrará en ese intento de separación será un vacío, un no reconocimiento que sólo contribuirá a aumentar la frustración y a añadir carencias a su proceso de identidad.

El padre debería ser capaz de disfrutar de la seducción de su hija sin ocupar él, el papel de seductor. Si se llega a esto entraremos en el terreno de la perversión.

Desde la patología, la madre puede no permitir el encuentro de la niña con el padre, connotando ese encuentro como una amenaza a su condición de mujer y condenando así a la niña a un estado infantil permanente.

Con la aparición de la *menarquia* el psiquismo infantil femenino se encuentra en un segundo momento de revitalización de la frustración y de la esperanza. La sangre es icono de la herida narcisista provocada por el sentimiento de no-significado, de incompletud de la niña, pero a la vez hace real la posibilidad de significarse, por fin, y poder acceder al mundo de sus padres; si quiere puede tener un hijo porque ya es como su madre. La posibilidad de tener un hijo es el final del proceso de incorporación del tercero, en este momento se conciliarían las dos leyes la del ideal del yo y la del superyó.

Soy como mi madre, definitivamente no soy como mi padre y tengo que buscar a alguien que haga realidad esta promesa y que no sea mi padre.

Hasta ese momento la relación madre-hija aunque con incur-

siones en lo triádico, ensayando la separación definitiva, ha mantenido un carácter predominantemente diádico porque la niña no contaba con una realidad tangible para poner entre su madre y ella, por tanto debía «someterse» a las promesas de su madre: «serás como yo, algún día serás madre y por lo tanto reconoceré que podrás tener relaciones sexuales (sexualidad genital). La menstruación, la sangre, no cualquier sangre sino la que viene del útero se impone desde lo real y desde lo simbólico en esa relación y se convierte así en el representante del tercero, poniendo de manifiesto la capacidad de la niña para completarse sin la necesidad de la madre, facilitando el desprendimiento del cordón umbilical psíquico (el físico se produjo en el parto). Curiosamente el cuerpo vuelve en ayuda de lo psíquico, contribuyendo al nacimiento de la niña al mundo triádico.

La madre, en este momento, elabora el duelo de la pérdida de una parte de su narcisismo que muere con ese nacimiento.

Con la menarquia hay dos estocadas de muerte, dos heridas narcisistas, la de la madre y la de la hija. Para esta última es el recordatorio de esa antigua herida narcisista que le sirve para renovar la esperanza de una promesa que se puede cumplir, mientras que la madre tiene que revivir esa misma herida narcisista dejando morir la parte narcisista que depositaba en la niña convirtiendo una unidad en dos unidades completas.

En definitiva, la menarquia es a la vez la promesa de lo que puede ser y tener y el recordatorio de lo que no es ni tiene. La niña tendrá que aprender a moverse entre la frustración y la esperanza para poder configurar su identidad femenina. Ello no significa condenar a la niña a una relación diádica hasta la menarquia sino hacer hincapié en que en el desarrollo psicosexual de la niña predomina la ley del ideal del yo sobre la ley del superyó hasta la adolescencia, momento en que las dos leyes se concilian.

Pensamos que el deseo de maternidad es estructural para el desarrollo de la identidad femenina, pero ese deseo pasa por la necesidad de envolver el cuerpo femenino en el misterio, o nombrando los genitales, este misterio no significa represión o renegación de esos genitales sino la necesidad de dotar de más significado a lo no nombrado. Para que haya maternidad tendría que haber misterio.

El presente texto se ha desarrollado partiendo de las experiencias en lo personal y lo profesional. En lo personal, las vivencias como mujeres, hijas y madres que nos aportan material de análisis y reflexión. En lo profesional, la práctica clínica con hombres y mujeres, ya que la patología nos remite a una construcción del desarrollo sano del individuo.

La representación intrapsíquica del sistema clítoris-vagina-útero en la mujer

Esperanza Molleda Fernández*

Introducción

Se parte de la hipótesis de que la diferencia sexual es un aspecto fundamental en la constitución del individuo como sujeto, en la medida en que no se puede ser sujeto en abstracto, sino que sólo se puede ser sujeto sexuado. Por ello, la diferencia sexual anatómica es determinante para la construcción de la estructura de la personalidad y la posible patología concomitante.

Al hablar de sujeto sexuado hacemos referencia a la constitución intrapsíquica de una identidad sexual. Trasciende, por un lado, los datos biológicos anatómicos (sexo biológico), pudiendo existir, como demuestran los hechos, una identidad sexual de signo contrario a las características sexuales anatómicas. Por otro lado, tal identidad sexual no implica características esenciales propias de cada sexo (femeninas o masculinas), sino que tales características supuestamente sexuales se determinan socialmente y varían en cada cultura o momento histórico, así como su grado de flexibilidad o rigidez.

---

* Trabajadora social y psicoterapeuta. Trabaja actualmente en los Servicios Sociales del Ayuntamiento de Madrid. Ha escrito artículos sobre intervención psicosocial desde los Servicios Sociales, con mujeres maltratadas, con inmigrantes y sobre acogimientos familiares con familia extensa.

La constitución del sujeto sexuado tiene lugar a través de un proceso de evolución psicosexual. En este sentido, siguiendo a Tubert (1988, pág. 23), podemos considerar que la identidad sexual masculina o femenina no es una propiedad del punto de partida del desarrollo del sujeto, sino que es un punto de llegada ideal de este proceso. Como el sujeto es siempre un sujeto sexuado, se parte de la premisa, ampliamente aceptada hoy en día en psicoanálisis, de que la evolución psicosexual del niño y de la niña son diferentes. Este artículo se centrará en la evolución sexual de la niña futura mujer. Así, la constitución intrapsíquica de la identidad sexual se extiende desde la primerísima relación con la madre hasta la etapa posterior a la menopausia. A lo largo del artículo se pretenden señalar las características peculiares de cada fase, así como su importancia relativa, teniendo en cuenta que serán las primeras fases las que marquen la dirección de todo el desarrollo. A este respecto es fundamental la idea freudiana subrayada por Lacan de la existencia de una elaboración psíquica *a posteriori («nachträglich»)* de etapas anteriores del desarrollo cuando se producen cambios biológicos o acontecimientos vitales determinados que permiten dar un nuevo significado a algo anterior.

En todo este proceso evolutivo, la diferencia anatómica no es la diferencia sexual, sino que llega a representarla en la medida en que el sujeto se va constituyendo como sujeto sexuado. La diferencia sexual es algo construido psíquicamente y los genitales masculinos y femeninos llegan a ser los símbolos de ser hombre (sujeto sexuado masculino) o de ser mujer (sujeto sexuado femenino). Como símbolos, lo que importa es que el pene frente al sistema clítoris-vagina-útero entren a formar parte del circuito de asociaciones simbólicas. Lo que importa es su capacidad de generar asociaciones y no su adecuación o no a una supuesta esencia psicobiológica. En definitiva, la elaboración intrapsíquica de una representación de los genitales masculinos y femeninos llega a ser para ambos sexos el hilo conductor a partir del cual se constituye el sujeto sexuado hombre o mujer.

Partimos de dos presupuestos teóricos que van más allá de los principios de las dos posturas clásicas de la tradición psicoanalítica sobre la constitución psicosexual de la mujer:

1. En Freud (1932, 1933), la elaboración de una representación intrapsíquica de los genitales femeninos ocupa un lugar secundario frente la elaboración de la falta de pene en la mujer: El clítoris es visto como un pequeño pene, la vagina debe descubrirse tras el desencanto de la falta de un pene y el útero no se nombra, en todo caso se intuye, durante el embarazo, como receptáculo del hijo que puede resarcir a la mujer de su falta. Por otro lado, la efectividad psíquica de la diferencia sexual se restringe a la etapa fálica. Alternativamente, proponemos que la constitución de la mujer como sujeto sexuado implica la construcción de una representación intrapsíquica del sistema clítoris-vagina-útero a lo largo de todo el desarrollo psicosexual y no sólo durante la fase fálica. En todo este amplio proceso psicoevolutivo, la elaboración de la falta de pene es sólo un aspecto más como veremos.

2. Otros psicoanalistas, como Ernst Jones (1927), Melanie Klein (1932) o Karen Horney (1967), proponen la existencia y el conocimiento *a priori* de los órganos sexuales femeninos y de sus sensaciones, en lo que puede considerarse una forma de esencialismo biologicista. Frente a ello se puede entender que la representación intrapsíquica del sistema clítoris-útero-vagina se va construyendo a partir de una masa informe e inaprehensible de sensaciones relacionada con el ámbito de lo Real, para ir conquistando un lugar en el ámbito de lo Imaginario y poder llegar a ser nombrado desde el ámbito de lo Simbólico, siguiendo, en sentido amplio, el significado que Lacan da a estas categorias.

La evolución psicosexual y la constitución del sujeto sexuado femenino

El proceso de evolución psicosexual es el proceso a través del cual se constituye «lo psíquico» como marca característica de lo humano, atravesado desde un principio por la diferencia sexual, ya que se parte de la premisa de que «lo psíquico» pertenece siempre a un sujeto sexuado. Este proceso se ve impulsado por la imperiosa necesidad del ser humano recién nacido de manejarse en una realidad que se le impone, tanto desde su propio interior como desde el exterior, y que le produce una serie de tensiones a

las que se ve compelido a dar respuesta, tanto mayores cuanto superan infinitamente su capacidad para enfrentarlas (lo Real). Por razones que exceden el objetivo de este artículo, los mecanismos instintivos que son suficientes en los animales para hacerse con esta realidad, en el ser humano no lo son. Por ello los seres humanos nos vemos embarcados en un largo proceso para poder alcanzar la madurez, entendiendo por madurez la capacidad de mantenerse a uno mismo con vida y poder procrear, con toda la amplitud que la dimensión social implica. Como todos sabemos por experiencia, este proceso, lejos de ser sencillo y fácil, es complejo y conflictivo y pasa ineludiblemente por la constitución de «lo psíquico» sexualmente marcado.

Como señalamos en la introducción, el concepto de *nachträglichkeit* («a posterioridad») es fundamental en el proceso de constitución de «lo psíquico», ya que dicha constitución surge ante la imposibilidad de una relación directa e inmediata con lo Real. Laplanche y Pontalis (1996, págs. 280-283) definen en su diccionario esta idea de la siguiente manera: «Palabra utilizada frecuentemente por Freud en relación con su concepción de la temporalidad y de la causalidad psíquicas: experiencias, impresiones y huellas mnémicas son modificadas ulteriormente en función de nuevas experiencias o del acceso a un nuevo grado de desarrollo. Entonces pueden adquirir, a la par que un nuevo sentido, una eficacia psíquica.» Estos autores destacan tres rasgos definitorios de este proceso:

1. Lo que se elabora retroactivamente son cosas significativas que en su momento no pudieron ser integradas plenamente. Si bien estos autores señalan como prototipo de esta situación los acontecimientos traumáticos, esto puede ser ampliado a una serie de vivencias típicas de toda evolución psicosexual que lejos de poderse integrar psíquicamente en el momento en que se viven, sencillamente se padecen (relación narcisista con la madre, descubrimiento de la diferencia sexual anatómica, relaciones edípicas).
2. La modificación viene desencadenada por acontecimientos vitales o por maduración orgánica y permite dar un nuevo significado psíquico a vivencias pasadas.
3. Es particularmente significativo ante el desfasamiento temporal que existe en la evolución sexual humana.

Se podría añadir que se trata de un proceso permanente, de forma que los contenidos psíquicos significativos van experimentando sucesivas reorganizaciones en función de los requerimientos que la realidad va haciendo al sujeto. De esta manera el inconsciente sería una especie de mapa atemporal que permite al sujeto orientarse ante lo Real, que se va modificando conforme la experiencia y la propia maduración biológica ofrecen nuevos datos significativos y que relaciona contenidos psíquicos similares de distintas etapas psicosexuales.

En lo que atañe al objetivo del presente artículo, más allá de la existencia física del clítoris, de la vagina y del útero, será necesario desde el nacimiento un permanente proceso de elaboración *a posteriori* que permita ir construyendo una representación intrapsíquica, representación que hará que el ser humano biológicamente femenino tenga una identidad sexual y pueda considerase a sí mismo como un sujeto mujer.

El proceso de evolución psicosexual en sentido amplio dura toda la vida, sin embargo es útil diferenciar dos fases muy distintas. En la primera, se van constituyendo los tres ámbitos fundamentales de «lo psíquico»: lo Real, lo Imaginario y lo Simbólico. En la segunda, la interrelación de estos tres ámbitos va intentando dar respuesta a las demandas tanto internas como externas que el sujeto recibe.

En el caso de la mujer, en el primer período tienen lugar tres momentos significativos:

1. La primera relación dual narcisista entre madre e hija, en la que hay constancia de la existencia de lo Imaginario, representado por la fase del espejo.
2. La presentación del padre que da lugar al debilitamiento de la relación dual madre-hija y al descubrimiento de la diferencia sexual anatómica. En este momento va tomando forma el ámbito de lo Simbólico.
3. La relación objetal con el padre que termina con la exclusión de la niña de la relación madre-padre y con la prohibición del incesto. Este momento se alarga hasta la menarquia y en él se consolidada la constitución del ámbito de lo Simbólico.

Tras estos tres momentos la niña habrá adquirido una primera representación inconsciente del sistema clítoris-vagina-útero que marcará la vivencia de los cuatro momentos claves de la segunda etapa:

1. La menarquia.
2. Las relaciones sexuales.
3. La maternidad.
4. La menopausia.

En esta segunda etapa el aparato psíquico constituido en la primera afrontará estas experiencias y sufrirá como consecuencia de ellas una reorganización *a posteriori* de la representación intrapsíquica del sistema clítoris-vagina-útero.

El proceso de evolución psicosexual, especialmente durante la primera fase, se va tejiendo con el apoyo del interjuego de identificaciones y proyecciones entre los padres y la niña. Si bien desde el lado de la niña estas identificaciones y proyecciones sólo empiezan a incluir la diferencia sexual a partir de su descubrimiento en la fase fálica, desde el lado de los padres estas identificaciones y proyecciones están marcadas desde el principio por la diferencia sexual. Los padres ven en su bebé un niño o una niña y su relación con él está mediatizada desde el principio por su sexo. De esta manera, la eficacia psíquica de la diferencia sexual en la constitución del sujeto está en funcionamiento desde el momento en que los padres conocen el sexo de su bebé. Desde el principio el sujeto es sexuado en la mirada de los padres, aunque para el propio sujeto su ser sexuado está por constituirse a lo largo del desarrollo psicosexual.

La elaboración intrapsíquica de la diferencia sexual gira en torno a lo que Freud consideró «el primero y magno problema de la vida» (1908c, pág. 1264) o «la interrogación más antigua y ardiente de la humanidad» (1907c, pág. 1246): ¿De dónde vienen los niños? Cuestión entramada íntimamente con la pregunta sobre la razón por la que existen dos sexos. Ambos misterios preocupan a los niños desde edades «insospechadamente tempranas» (ibíd.) Las respuestas a estas preguntas se van organizando en el inconsciente alrededor de dos escenas claves. Una es la escena pri-

maria postulada por el psicoanálisis consistente en el coito entre un hombre y una mujer y la otra es la escena del nacimiento de un nuevo ser de una mujer. Ambas escenas dan cuenta de la inevitabilidad de la castración en sentido amplio para los dos sexos, entendiendo por castración la imposibilidad de ser todo o de tener todo. Pero también ambas escenas dan cuenta de que la única manera de ser algo y de tener algo es aceptar la castración.

La primera escena nos habla a cada sexo de lo que tenemos y lo que nos falta, por un lado, para obtener placer sexual en el coito y, por otro lado, para poder concebir un nuevo ser. En el caso de la mujer lo que le falta en ambos casos es el pene, pero, como señalé en la introducción, más allá de la falta del pene, en relación con el placer sexual en el coito, está en juego la representación intrapsíquica del clítoris y la vagina.

La segunda escena nos habla de lo que es necesario para ser, esto es, que nos dé a luz una mujer tras la gestación. La capacidad de concebir un nuevo ser implica una representación intrapsíquica del útero y de la vagina. Por parte del varón esta representación es necesaria solamente desde el lado del hijo, pero por parte de la mujer es necesaria tanto desde el lado de la hija como desde el lado de la madre. Esta segunda escena requiere a la primera, que modula las fantasías de omnipotencia de la madre (fantasías de madre fálica) tanto desde la propia madre como desde el hijo, recordando que sólo desde la relación con otro sujeto de sexo masculino es posible llegar a concebir, gestar y dar a luz un hijo (en el caso de las nuevas tecnologías reproductivas la mediación del varón se despersonaliza, se distancia en el espacio y/o en el tiempo, pero su mediación sigue siendo necesaria).

Así, el origen del sujeto es siempre un origen escindido, un origen en el que siempre es necesario otro sujeto para poder generar un ser, otro sujeto que siempre tendrá que ser de un sexo distinto al propio, otro sujeto radicalmente diferente, no igual, que tiene lo que me falta para desentrañar el misterio de las dos preguntas claves: ¿De dónde vienen los niños? ¿Por qué existen dos sexos diferentes? Este es el sentido profundo de la castración. Por ello la diferencia sexual marca nuestro camino para llegar a ser sujetos desde el mismo origen escindido del que procedemos. Y de esta manera las representaciones intrapsíquicas de los geni-

tales masculinos y femeninos adquieren toda su importancia inconsciente y quedan ligadas a las relaciones sexuales y a la maternidad de forma simbólica, más allá de lo que los datos fisiológicos demuestran.

Los tres momentos constituyentes de la representación intrapsíquica del sistema clítoris-vagina-útero

La primera relación madre-hija

Hablar de representación intrapsíquica del sistema clítoris-vagina-útero en la primerísima relación madre-hija puede parecer algo osado si lo consideramos exlusivamente desde la perspectiva de la hija. El recién nacido de cualquier sexo se encuentra al nacer inmerso en un mar de sensaciones que apenas puede discriminar si proceden del interior o del exterior, y desde este lugar no existen en un primer momento representaciones intrapsíquicas. Pero el bebé se va a encontrar con la mirada del otro, generalmente de la madre, convertida en el principal aliado que le va a permitir salir del inicial estado de confusión. Esta mirada preñada de los contenidos inconscientes maternos es la que va a ir cimentando la futura psique de la niña. Como ya se ha dicho, esta mirada está marcada desde el principio por el sexo del recién nacido de forma que no existe nunca una relación neutra con un bebé asexuado.

El útero y la vagina están muy presentes en los primeros momentos de relación de la madre con su recién nacido. Desde las secuelas físicas que le ha dejado el parto hasta el permanente asombro de ver un cuerpo nuevo, donde antes sólo existía el suyo propio, el bebé no deja de recordar a la madre que ella tiene un útero en el que ese niño se ha gestado y una vagina que ha dado a luz ese ser. Cuando el recién nacido es un varón, desde el principio se impone una distancia: «Tú no eres igual que yo», siente la madre. Sin embargo, con la pequeña niña se inicia una intensa relación especular. Mientras la madre ve el cuerpo de su hija en los cuidados cotidianos y especialmente cuando ve sus genitales, se establece un vínculo que no se producirá con el bebé varón. Si

bien, tanto con el recién nacido varón como la recién nacida niña, la madre ve en su hijo una prueba definitiva de la existencia de su útero y su vagina en toda su capacidad, sólo con su hija se creará un lazo más íntimo. Por un lado, la posibilidad que tiene la madre de ver su vagina a través de la visión de la vagina de su hija, lo que le permitirá una elaboración del parto bien distinta que la que hará al ver el pene de su hijo. Por otro lado, la mirada de la madre sobre la vagina de su hija es una especie de último cordón umbilical que unirá a madre e hija; la madre ve su vagina en la vagina de su hija y siente: «Esto es lo que me une a ti, nuestro último contacto corporal.» De esta manera la relación madre-hija se establece desde una mayor fusión: «Tú eres igual que yo» y desde una mayor carga libidinal narcisista de la relación que con el varón: «Tú podrás llegar a sentir/tener, lo que yo siento/tengo ahora.»

A medida que se aleja el momento del parto-nacimiento, se diluye la intensidad de este primer vínculo y toman creciente importancia las señales de sensaciones placenteras o displacenteras que muestra la niña. Éstas, además de permitir ir adecuando los cuidados maternos a las necesidades de la niña, van estableciendo las bases de la erogenización diferencial de su cuerpo. La interpretación de las muestras de placer o displacer de la niña está más mediatizada que en el caso del niño por la identificación de la madre con la hija, identificación que incide en la transmisión de zonas erógenas de una generación a otra. En el caso del niño, la madre puede ver independientemente de sus interpretaciones las erecciones del niño ante determinadas caricias maternas; en el caso de la niña, en cambio, la madre sólo podrá reconocer en su hija lo que ella pueda sentir en sí misma, sólo podrá identificar en su hija el placer que ella haya podido sentir. Tiene lugar así una continua retroalimentación entre madre e hija que va permitiendo a la niña no sólo diferenciar zonas erógenas, sino ligarlas, en la medida en que su madre lo haga, a determinadas situaciones en las que esta última siente ese placer. Desde la reafirmación del «eres como yo» que une a madre e hija se proporcionará una especial libidinización de los órganos genitales siempre y cuando la madre haya podido realizar esta libidinización en su propio proceso de evolución psicosexual. Desde la reafirmación del «po-

drás tener lo que yo tengo» se ligará la posibilidad de placer sexual presumiblemente a una relación heterosexual adulta que ha dado lugar a la concepción de la hija, siempre en función de las vivencias maternas.

Ante la mirada de la madre, que re-conoce en su hija su propia capacidad de gestar y dar a luz un hijo y su propia capacidad de placer sexual ligada a unos determinados órganos y a unas determinadas situaciones, la niña se ve enfrentada a una pregunta a la que tendrá que ir dando respuesta a lo largo de su evolución psicosexual: «¿Qué es lo que yo tengo que mi madre mira?» Los matices de esta mirada son los que permiten a la niña ir discriminando sensaciones dentro de la masa indiferenciada de estímulos en la que se encuentra. Son las reacciones de la madre las que permiten tal discriminación. Más allá de las palabras que diga la madre, este momento es un momento sin palabras para la niña. Se corresponde con la formación de su imaginario como continente sin palabras de las imágenes que se va haciendo la niña a partir de sus sensaciones, de todo el material que sin cesar la madre le da a través de sus proyecciones e identificaciones y de las contraproyecciones y contraidentificaciones que permite a su hija. Dentro de todo el material que la madre va dando a su hija, los dos momentos señalados ligados a la representación del sistema clítoris-vagina-útero son especialmente significativos ya que en ellos están las primeras representaciones imaginarias a partir de las cuales la niña podrá ir construyendo la respuesta a las preguntas sobre el origen de los niños, sobre su propio origen y sobre la diferencia sexual. Con este material podrá situar unas primeras «imágenes» a la escena del nacimiento de un hijo de una mujer y del placer sexual ligado al coito. Sobre todo, podrá disponer de las primeras claves acerca de cuál es el lugar que ella podrá ocupar en esas dos escenas, la materia prima para constituirse como un sujeto sexuado femenino.

Todo este alimento primario que la niña recibe de su madre tiene lugar en una relación no exenta de dificultades para ambas. La madre cara a cara con su hija se va a ver sometida a dos duras pruebas: Por un lado, el reencuentro inconsciente con lo que ha sido la relación con su propia madre, relación en la que a su vez han existido las tensiones que aquí se plantean; por otro lado, la

insoslayable tarea de dar respuesta a las necesidades de su hija que depende completamente de ella, tarea que no sólo no puede ser pospuesta, sino que además exige que otros deseos y necesidades de la madre sean pospuestos. La hija, por su parte, inmersa en la tarea de poder ir orientándose a través de la maraña de sensaciones que la invaden, encuentra en la imagen materna todo lo que necesita y todo lo que teme, imagen masivamente amada y odiada, deseada y envidiada. La madre se ve así enfrentada a una tercera prueba, contener y contenerse ante las proyecciones de su hija. Estas tres pruebas exigirán a la madre, probablemente más que ninguna otra situación vital, enfrentarse a su propia patología, ver al desnudo sus propias carencias y sus propios conflictos, las consecuentes ansiedades y las defensas más o menos exitosas que haya podido ir desarrollando a lo largo de su propia evolución psicosexual. Todo ello hará que la agresividad y la ternura tanto de la madre como de la hija se encuentren a flor de piel en esta intensa primera relación especular en la que se establecen las bases de la representación intrapsíquica del sistema clítoris-vagina-útero.

La presentación del padre

Por fortuna la madre sabe que no sólo existe esta relación dual y esto será lo que permita dar la entrada a un tercero (el padre) en el submundo madre-hija. Esta entrada tendrá dos consecuencias fundamentales: Por un lado, el debilitamiento de la relación narcisista madre-hija y, por otro lado, el descubrimiento del sentido de la diferencia sexual anatómica por parte de la hija. Veamos como influye esto en la elaboración intrapsíquica de las representaciones del clítoris, la vagina y el útero.

La primera relación madre-hija ha creado en el imaginario de la niña una fantasía de omnipotencia basada en la imagen de que ella y su madre forman una célula autónoma capaz de sobrevivir por sí misma. La aparición del padre va a cuestionar esta fantasía, produciendo una separación entre madre e hija. Esta separación va a tener dos efectos interrelacionados en el desarrollo psicosexual de la niña. En primer lugar, la separación va a permitir a la

niña empezar a crear su propio espacio psíquico interior. Antes del cuestionamiento de la relación dual madre-hija, el «interior» para la niña está entre su madre y ella, es el interior de la célula fantaseada que forma con su madre. Al aparecer otra persona significativa tanto para su madre como para ella, tiene la oportunidad de desplazar este «interior» a «su» interior. En segundo lugar, paralelamente, el padre y la madre empiezan a ser percibidos como seres separados de ella, cada uno a su vez con su propio interior. Con ello se activa la posibilidad de la existencia de un intercambio entre seres separados, se puede dar y recibir.

La niña se empieza a preguntar por lo que puede y quiere dar y recibir. En relación con el tema que nos ocupa la niña comienza dos exploraciones. Por un lado, se iniciará lo que podríamos denominar el juego del «hijo» (en esta etapa evolutiva es fantaseado como hijo de su madre y de ella, producto de la recién descubierta separación existente entre ambas). La niña intentará llevar a cabo con su madre, con su padre y con sus muñecos, con una habilidad y una complejidad crecientes, lo que su madre y su padre hacen con ella. Por otro lado, comenzará a explorar ella misma sus zonas erógenas. Será la madre la que vaya cargando de significado estas dos actividades. Relacionará el juego del «hijo» con el útero y la vagina que también su hija tiene, a partir de su vivencia de que un hijo se gesta en el útero y nace a través de la vagina. La madre también relacionará las exploraciones que hace su hija de sus zonas erógenas con las zonas erógenas que son significativas para ella, suponiendo de nuevo que se tratará de los genitales externos, el clítoris y la vagina, ya que hemos de presumir un coito heterosexual adulto en tanto que la hija está como prueba de ello. De esta manera la representación psíquica del sistema clítoris-vagina-útero queda imaginariamente ligada a la idea de un interior del que pueda surgir algo y a la posibilidad de dar y recibir entre seres separados. A su vez durante toda esta etapa, y en relación con sus exploraciones, se activan en la niña una serie de angustias alrededor de sus órganos genitales: «¿Puedo dar algo? ¿Qué puedo dar? ¿Algo bueno? ¿Algo malo? ¿Qué hay en mi interior? ¿Algo deseable? ¿Algo temible? ¿Qué quiero recibir? ¿Qué puedo recibir? ¿De quién?», etc. En función de sus propias vivencias e interpretaciones y de lo que su madre y su padre le transmitan a partir de sus propias representacio-

nes inconscientes, la niña va elaborando respuestas que cargan de significado la imagen intrapsíquica de sus genitales.

Durante este primer proceso la niña no tiene conciencia de que su madre y su padre son de distinto sexo, de que ella es del mismo sexo que su madre y, por tanto, de distinto sexo que su padre. De la mano de sus investigaciones acerca de lo que puede dar y lo que puede recibir, llega un momento en que la niña se pregunta sobre lo que tiene y lo que no tiene, lo cual la lleva a descubrir la diferencia sexual anatómica, la existencia de dos sexos diferentes. Descubre que una parte de los seres humanos entre los que se encuentra su padre tienen algo que ella y su madre no tienen en la ya especialmente libidinizada zona genital.

Se inicia así para la niña una crisis alrededor del tener o no tener cargados de una gran importancia narcisista hasta el punto de llegar a sentirlo como ser o no ser. «¿No tengo nada? ¿No soy nada?», se pregunta angustiada la niña. Éste es el sentido que tiene la angustia de castración para la niña: El temor de no tener nada, de no ser nada frente aquellos otros que sí tienen, en este momento de crisis no sólo su padre y los otros varones, sino también su madre en la que ve los pechos y el vello púbico que la diferencian de ella. Rabia, miedo, envidia deberán ser sostenidos por la madre y por el padre para que la niña pueda elaborar esta falta y su consecuente herida narcisista. La madre podrá transmitirla desde su propia elaboración de la falta que, aunque no pueda verlo como ve el pene de los niños, ella tiene «algo», el valor de su ser no se halla en cuestión ante esta falta. Ese algo está relacionado con sus órganos genitales que tienen ya una existencia psíquica para ella. Pero, por otro lado, la madre tendrá que trasmitirla también que es necesario esperar para que ese «algo» pueda tener efectividad en la vida real (simbolizado por los pechos y en el vello púbico de la madre) como posibilidad de maternidad y de placer sexual compartido. De esta manera la falta despierta a la niña al deseo y al futuro. Ante la angustia del no tener y la posibilidad del tener que representa la madre aparece el deseo; ante la necesaria postergación del llegar a ser como la madre aparece la oportunidad del futuro. A través del deseo y de la postergación de la satisfacción del deseo la niña va dando forma al mundo de lo Simbólico.

En este momento es también importante la representación intrapsíquica que el padre tiene de los genitales femeninos como

símbolo de la amenaza de castración que subsiste bajo su propia angustia de castración.

Tenemos, pues, tres aspectos que van a marcar el paso de la niña por esta etapa traumática. Uno, la fuerza relativa de la representación intrapsíquica del sistema clítoris-vagina-útero que hasta ahora se haya podido formar la niña apoyada básicamente en la relación dual con la madre. Dos, la elaboración inconsciente que la madre haya hecho de su propia castración que dará lugar a un tipo de sostén y a unas proyecciones determinadas hacia su hija. Tres, de forma más secundaria e inversamente proporcional al apoyo que ofrezca la madre en esta fase, la elaboración inconsciente que el padre haya hecho de los genitales femeninos como símbolo de la amenaza de castración.

En esta etapa se fija la importancia relativa del clítoris y de la vagina en la obtención de placer en las relaciones sexuales adultas. La vagina, más que ninguna otra parte del sistema genital femenino, es el símbolo de la castración; no sólo porque representa, como agujero, el vacío frente a la existencia del pene, sino porque también representa el instrumento que puede ejecutar la castración durante el coito. Pero también existe una representación más positiva de la vagina como canal de intercambio, como recipiente que acoge y como órgano capaz de producir placer durante el coito. Por su parte, el clítoris representa en esta etapa un pequeño pene con la ventaja añadida de permitir a la niña procurarse placer sexual más fácilmente que por medio de la vagina en este momento evolutivo. En la medida en que sobre todo la madre, pero también el padre, tengan una representación de la vagina cargada de contenidos negativos como consecuencia de una fallida elaboración de su propia castración, la niña libidinizará más su clítoris para poder contrarrestar la angustiosa vivencia de su vagina como vacío, como falta y la no menos angustiosa vivencia de que, de ser algo, su vagina sería el órgano ejecutor de la castración. En la medida en que la madre y secundariamente el padre tengan una representación cargada de contenidos positivos de la vagina la líbido se distribuirá entre ambos órganos.

La relación con el padre y la exclusión de la relación madre-padre

Tras la etapa anterior caracterizada por la entrada al deseo y por una identificación sexuada con la madre, se establecen las bases de una relación objetal con el padre. El padre se convierte ahora en un objeto deseado con el que se inicia un idilio. Este idilio es para la niña un primer ensayo de lo que puede ser y tener con su recién estrenada consciencia de ser un sujeto sexuado. Juega a ser mujer con su padre poniendo a prueba con él las representaciones que hasta ahora ha adquirido del sistema clítoris-vagina-útero y las relaciones que ha establecido de estas representaciones con el coito y la maternidad. Para poder hacer este ensayo que facilitará a la hija el acceso a la sexualidad genital adulta, la madre deberá permitir que la niña tenga su historia de amor con el padre sin rivalidad. De no permitirlo o entrar a rivalizar con su hija, ésta quedará fijada a una sexualidad infantil pregenital.

Si en el proceso anterior la niña ha tenido suficiente sostén narcisista de la madre llega a esta etapa llena de euforia y omnipotencia, pues se sabe la demostración irrebatible de que su madre tiene «algo»; como hija nacida de ella es la prueba de que su madre tiene útero y vagina frente al pene que tienen los varones. Podrá así desarrollar con su padre una relación plenamente objetal. Por el contrario, si el sostén narcisista de la madre ha sido insuficiente y la niña ha pasado por la castración sin poder elaborar la herida narcisista que el descubrimiento de la diferencia sexual anatómica le ha infligido, desarrollará con el padre una relación ambivalente, en parte objetal, pero en parte identificatoria, ya que la niña llega con una carencia narcisista que necesita llenar en algún lado. Se sientan así las bases del llamado «complejo de masculinidad» que dejará a la niña en una posición tremendamente confusa respecto a su identidad sexual y a su elección de objeto.

En este momento, se vuelve fundamental la relación con el padre. Destinatario de los deseos sexuales y maternales de la niña deberá poder contenerlos y disfrutarlos, sin entrar a confundir a su hija sobre la posibilidad de que él llegue a ser realmente su pareja masculina. Se pone así a prueba la estructura psíquica del pa-

dre, saliendo a la luz sus carencias y conflictos. En el tema que nos atañe, la representación intrapsíquica que tenga el padre de los genitales femeninos, de las relaciones sexuales con las mujeres y de la maternidad como capacidad propia de las mujeres de la que él carece, dará un nuevo significado a la representación que la niña tiene de su clítoris, de su vagina y de su útero. Estos contenidos permitirán a la niña un acercamiento a la mirada del otro diferentemente sexuado sobre su propio ser sexuado que marcará sus relaciones afectivo-sexuales con los hombres y su acceso a la maternidad a través de la relación con un hombre.

Durante este período, la niña desarrolla activas fantasías relacionadas con la obtención de satisfacción sexual con su padre y con tener un hijo con él. Estas fantasías se irán volviendo más angustiosas. En primer lugar, en la medida en que no pueda seguir negando la diferencia de tamaño entre su padre y ella que le hará temer las consecuencias destructivas que puedan tener para ella estas fantasías (contactos sexuales que pueden producirle daño físico en sus órganos sexuales o tamaño del hijo fantaseado que puede destruirla interiormente en su útero). En segundo lugar, en la medida en que no pueda negar la existencia de la madre y la intuición del vínculo especial que une a su madre y a su padre. Estos hechos llenarán a la niña de envidia y de culpa hacia su madre, de la que, por otro lado, sigue teniendo gran necesidad.

Ante la creciente angustia que las fantasías edípicas producen en la niña, madre y padre tendrán que ayudarla a situar los personajes reales en las dos escenas primarias y su lugar en ellas. En la escena del nacimiento ella es la hija y no la madre; en la escena del coito sólo están su madre y su padre, ella queda excluida, no está ni para bien ni para mal. Se establece así la prohibición del incesto, en el triángulo padre-madre-hija sólo existirán relaciones sexuales entre su padre y su madre, de las cuales ella queda excluida. La niña, de nuevo, necesitará recurrir al sostén de la identificación con la madre; identificación que en este momento abrirá la posibilidad para la hija de encontrar un hombre para ella, como su madre tiene a su padre. Si los padres no ponen un límite firme y claro a las fantasías de la niña, ella misma pondrá el límite en forma de inhibición neurótica de su propia capacidad sexual y maternal ante la insoportable angustia de sus fantasías.

Este proceso se dilata hasta la menarquia, consolidándose así la constitución del ámbito de lo Simbólico.

Los cuatro momentos vitales significativos para la representación intrapsíquica del sistema clítoris-vagina-útero

La menarquia

La niña llega a la pubertad dotada desde lo Real de un clítoris, una vagina y un útero; desde lo Imaginario y lo Simbólico llega dotada de una determinada representación psíquica de estos órganos, de su significado y su función en relación con su identidad sexual, con la posibilidad de placer sexual genital con otra persona y con la posibilidad de maternidad.

Con la llegada de la primera menstruación se establece la capacidad de realizar lo que hasta ahora sólo eran posibilidades futuras: Encontrar una pareja sexual, tener un hijo, ser mujer. El hecho físico de la menstruación impone a la púber la certeza de la existencia de su útero y de su vagina, existencia de la que hasta ahora la niña podía dudar, pues estaba basada sobre todo, aunque no exclusivamente, en constructos psíquicos. El enfrentamiento con esta realidad física reactivará en la joven los contenidos psíquicos correspondientes a los distintos momentos evolutivos y les exigirá una puesta al día ante el cambio radical en la relación con lo Real que la llegada de la primera menstruación supone.

En primer lugar, la menstruación como sangre procedente del útero que accede al exterior a través de la vagina, reactiva todas las fantasías y angustias relacionadas con el parto y con las primerísimas relaciones entre madre e hija en las que éste está tan presente. La vivencia por primera vez de algo que afecta al cuerpo y que no se comprende del todo, hace a la joven revivir las angustias primeras relacionadas con la vulnerabilidad de su cuerpo ante la incapacidad de comprender lo que le sucede. Su necesidad de apoyo en la madre aumenta en este momento trayendo consigo todos los avatares de esa primera relación dual, cuerpo a cuerpo, entre madre e hija.

En segundo lugar, la sangre que fluye por la vagina reactiva todas las imágenes y angustias relacionadas con el descubrimiento de la diferencia sexual anatómica a través de la presentación del padre. El hecho físico de sangrar trae a escena todos los contenidos relacionados con la castración y las angustias concomitantes acerca de lo que la joven tiene o no tiene, acompañados de la amenaza de un posible daño en sus genitales sin la capacidad de comprobar directamente (como en el caso del pene) si éste existe o no en la realidad.

Por ultimo, se reactivarán todos los contenidos edípicos. La menstruación como paso fundamental de lo que sólo tiene existencia psíquica (fantasías incluidas) a lo que tiene también una existencia real sólo puede venir de la mano de cierta elaboración de la prohibición de las relaciones sexuales con el padre, en la medida de que, en caso contrario, este cambio significaría pasar al acto con el padre, objeto privilegiado de los deseos sexuales y maternales de la hija.

Todas estas angustias de diversa procedencia ponen en marcha un proceso activo por parte de la joven para resignificar y recolocar los contenidos de la representación inconsciente de su sistema clítoris-vagina-útero. La joven experimentará con su cuerpo y con sus deseos, sola y con otras personas distintas al padre y a la madre que funcionarán unas veces como objetos de identificación y otras veces como objetos de deseo. Esta resignificación adaptará la representación intrapsíquica adquirida en la primera infancia, pero no podrá cambiar su estructura básica de carencias y conflictos, a pesar de las fantasías omnipotentes tan propias de este momento vital. Estos cambios en la representación interna de los órganos sexuales se engloban dentro del proceso general de duelo por la infancia que implica la adolescencia tanto para la joven como para sus padres.

En definitiva, la elaboración de la menarquia permitirá a la joven acceder en la realidad a la genitalidad adulta tanto en las relaciones sexuales como en la posibilidad de maternidad.

Las relaciones sexuales

Como hemos visto hay un arduo camino psíquico hasta llegar al momento vital en el que se puede acceder al placer sexual a través de una relación sexual con otro sujeto. La elaboración específica que haya podido realizar la mujer de las distintas fases evolutivas marcará su elección de objeto, el tipo de relación afectiva que le liga al objeto sexual, la libidinización diferencial de las zonas erógenas, los medios preferidos para gozar sexualmente y las posibles disfunciones que puedan existir en su sexualidad.

Al igual que la menarquia, el acceso a las relaciones sexuales implica, por una lado, la reactivación de la representación intrapsíquica adquirida hasta ahora de los propios genitales, en especial del clítoris y la vagina, como órganos capaces de procurar placer sexual; de los genitales masculinos y de la relación sexual. Por otro lado, implica la necesidad de reorganizar *a posteriori* estas representaciones intrapsíquicas ante el nuevo material aportado por la experiencia real de las relaciones sexuales.

El coito heterosexual tiene mayor significación porque hace referencia al coito entre los padres, origen del sujeto del que éste se haya excluido, y a la posibilidad de procrear, ocupando psíquicamente el lugar de los padres. Por ello exige la elaboración inconsciente de angustias específicas.

En primer lugar, en la relación sexual, el propio cuerpo de la joven queda en cierta manera a disposición del otro, reavivándose así todas las angustias vinculadas a la primera infancia en la que el cuerpo del bebé se hallaba «expuesto» ante las manipulaciones de la madre con los consecuentes sentimientos de vulnerabilidad, indefensión, temor, frustración o rabia al no poder manejar esta manipulación que le excita, le satisface y/o le frustra, fuera de su control. Estas reactivaciones exigen la reelaboración inconsciente de la agresividad primaria existente en la relación dual madre-hija, tanto en forma de miedo a la agresión del otro como de miedo a la propia agresión hacia el otro.

En segundo lugar, se revive el trauma de la castración en la medida en que la penetración impone desde la realidad y de forma irrebatible, la falta de pene, acompañado de los sentimien-

tos que en su momento pudo esta etapa despertar en la niña. Se reactualiza también la libidinización diferencial que del clítoris y de la vagina hizo la niña en ese momento en función de la posibilidad de representarse la vagina como un órgano receptor y generador de placer o la necesidad de fijarse en el clítoris ante la angustia de castración.

En tercer lugar, se reactivan los deseos sexuales hacia el padre, su prohibición y la consecuente imagen de la relación sexual entre el padre y la madre, en la que ella está excluida, con todos los afectos vinculados a esta fase. Se revive la posible inhibición de la sexualidad que la niña pudiera haber hecho en función de la no aceptación sin rivalidad por parte de la madre del idilio entre padre e hija, del tipo de recepción que el padre haya hecho de los coqueteos de su hija y de la claridad con que los padres asumen la tarea de imponer la prohibición del incesto.

La reorganización de estas representaciones intrapsíquicas pasa fundamentalmente por que la joven pueda ocupar el lugar de la madre (elaborando las angustias ligadas a la relación dual con ella de la primera infancia que dan origen a la agresividad especular «o tú o yo»), que asume su sexo (elaborando las angustias ligadas a la diferencia sexual) y goza sexualmente con un hombre (elaborando las angustias ligadas a la exclusión de la relación entre el padre y la madre).

En este proceso de ocupar psíquicamente el lugar de la madre sexualmente activa entrarán en juego todos los avatares de la relación madre-hija a lo largo de toda la evolución psicosexual. Los avatares de esta relación habrán contribuido a la creación de una representación intrapsíquica de la madre sexuada y sexualmente activa que debe permitir que la hija acceda también a este lugar. El orgasmo satisfactorio simboliza el logro inconsciente de haber podido ocupar este lugar de la madre sexualmente satisfecha. Si esta madre interna no puede aceptar que la hija se convierta en mujer sexualmente adulta aparecerán distintos problemas sexuales.

La maternidad

También para acceder a la maternidad la mujer deberá haber recorrido el mismo arduo proceso evolutivo psicosexual que para acceder a las relaciones sexuales satisfactorias. En este aspecto lo que está en juego es la representación inconsciente del útero y la vagina como órganos capaces de sostener la fecundación, la gestación y el parto.

Más que en ningún otro momento, en la realización de la maternidad se reactivan en la «hija» todos los contenidos amenazantes de la primera relación dual narcisista madre-hija. La pregunta «¿Quién es la madre?» flota en el aire entre la madre-abuela y la hija-madre. Las angustias revividas de la primerísima relación entre ambas se entretejen alrededor de fantasías de aniquilación (si hay dos madres, una de las dos sobra), de fantasías esquizoides (si existen dos madres una será la «buena» y otra la «mala»; si la madre-abuela ha tenido una hija-madre «buena», la hija-madre temerá sólo poder dar a luz algo «malo») y fantasías de retaliación primarias derivadas de la agresividad y las envidias latentes en la primera relación dual madre-hija al haber osado la hija ocupar el lugar de la madre. En relación más directa con el útero y la vagina, estas fantasías toman forma de temor de que el útero no sea capaz de gestar, de temor a la destrucción interior por un feto «maligno», de temor a que el útero no sea capaz de gestar un feto sano, de temor a que la vagina se desgarre durante el parto, etc… Estas fantasías serán más o menos manejables y tendrán más o menos efectos en la realidad (causas psicógenas de esterilidad, embarazos frustrados o dificultades en el parto) en función del peso relativo de los contenidos narcisistas negativos y positivos dentro de la relación entre la madre-abuela y la hija-madre.

En cuanto a la castración, la posibilidad de maternidad exigirá a la hija volver a vérselas con las angustias relacionadas con la constatación de la falta. En este aspecto, las angustias se configuran alrededor del hecho de que para la mujer no es posible un embarazo, y por tanto la maternidad, sin la colaboración de un hombre en tanto que sujeto que tiene lo que a ella le falta. Las dificultades relacionadas con estas angustias tendrán que ver con la

fantasía de poder tener un hijo sola y podrán dar lugar al embarazo de un hombre con el que se evita tener ninguna relación o a un embarazo mediado por las nuevas tecnologías reproductivas que permita difuminar al máximo al otro sujeto radicalmente diferente y necesario para concebir un nuevo ser. En esta fantasía encontramos una representación fálica del útero y la vagina como órganos autosuficientes para generar un hijo.

Por último, en la reactivación de la fase edípica, la hija-madre deberá lidiar con sus deseos inconscientes de tener un hijo con su propio padre acompañados de las angustias derivadas de la rivalidad con la madre y de la culpa por transgredir la prohibición del incesto. Estas angustias pueden dar lugar a la vivencia del hijo propio como un hijo «robado» al padre y a la madre, con la consecuente experiencia de la maternidad como algo usurpado (en la realidad podrá ser la causa de cesiones del hijo a los abuelos) y a la inhibición inconsciente de la posibilidad de maternidad como forma de autocastigo por violar la ley del incesto.

La reorganización de estas representaciones intrapsíquicas de la maternidad y del útero y de la vagina como órganos sexuales femeninos involucrados en ella, vendrá acompañada por la posibilidad de que la hija pueda ocupar el lugar inconsciente de la madre fértil capaz de procrear que se traduce en la imagen de un útero capaz de gestar y una vagina capaz de recibir el semen que llevará a la fecundación y capaz de dar a luz. Como en las relaciones sexuales, la conquista de este lugar será más o menos difícil, incluso inviable, en función de que la figura de la madre internalizada por la hija permita la ocupación de ese lugar. El recién nacido tras un embarazo y un parto satisfactorios simboliza, pues, la conquista inconsciente del lugar de madre fértil capaz de procrear.

La menopausia

Con la menopausia, se llega a la última transformación de la representación intrapsíquica del sistema clítoris-vagina-útero. Si bien en sentido estricto esta modificación sólo afecta a la representación del útero y la vagina en sus aspectos relacionados con la capacidad de procreación, puede afectar también a la representa-

ción inconsciente de las relaciones sexuales, y por tanto, a las representaciones del clítoris y la vagina en sus contenidos relacionados con la capacidad de placer sexual, en función de la vinculación que haya existido para la mujer que llega a la menopausia entre el coito como modo de conseguir placer sexual y el coito como medio para llegar a la maternidad.

Fundamentalmente, la menopausia significa la pérdida de la capacidad de procrear. Como pérdida en general y como pérdida de la capacidad de dar vida en particular, la menopausia anticipa simbólicamente la muerte para la mujer.

En la reactivación de la primera relación dual madre-hija, la mujer que llega a la menopausia después de haber ocupado durante años el lugar de la madre, la pérdida de la capacidad de procrear la lleva de alguna manera a regresar al lugar de hija. Si ya no puede ser madre en la célula internalizada madre-hija sólo le queda ocupar el lugar de hija. Unido al sentido de muerte anunciada que tiene la menopausia, se activan las angustias más primarias relacionadas con el temor a morir, a desintegrarse si no existe otro que sostenga y al temor a la aniquilación por parte de ese otro (la madre) ante el cual se vive infinitamente vulnerable. Como posiblemente en este momento vital los hijos ya han accedido, al menos potencialmente, al estatus parental, en el inconsciente de la mujer menopausica se despertarán fantasías regresivas de ser la hija de sus propios hijos. Dependiendo de las capacidades yoicas que la mujer haya adquirido hasta ese momento y de la posibilidad de satisfacciones libidinales fuera de la maternidad, se activará en mayor o menor medida esta necesidad de contención por parte de los hijos.

Respecto a la castración, la mujer que llega a la menopausia se enfrentará a la actualización de las angustias ligadas al temor de no tener nada, de no ser nada ante el descubrimiento de la diferencia sexual anatómica. Después de todo el proceso en el cual la mujer pudo haber elaborado la castración a través de la apropiación inconsciente de una imagen valorada de su útero y su vagina relacionada con la capacidad de procrear, se enfrenta con la menopausia a la pérdida de aquello que sostenía, más que ninguna otra cosa la representación de sí misma como sujeto sexuado. Tiene pues la menopausia el significado inconsciente de una nueva castración.

Por último, respecto a los contenidos edípicos, la pérdida de la capacidad de procrear despierta los sentimientos de culpa por los deseos de tener un hijo con el padre, entrecruzados ya en este momento con los deseos edípicos hacia los propios hijos. La menopausia se vive entonces como el castigo definitivo por tan osados deseos.

La reorganización de estas representaciones va acompañada por la elaboración del duelo por una pérdida tan significativa para la identidad femenina. Como todo duelo podrá ser más o menos sano o patológico dependiendo de la estructura de personalidad, de las carencias y conflictos intrapsíquicos con los que la mujer llegue a la menopausia. La elaboración de este duelo podrá permitir la interiorización e integración de lo perdido como algo propio y valorable, que se pueda recordar y disfrutar. Por el contrario, la imposibilidad de llevar a cabo el duelo hará sentir la pérdida como algo irremediable y lo perdido como algo extraño por lo que únicamente queda la nostalgia, acompañada de rabia y envidia hacia quienes lo conservan.

Dos aspectos pueden ayudar a la elaboración de la menopausia: En primer lugar, la capacidad de desplazar la libido del útero y la vagina en sus contenidos relacionados con la maternidad a otros objetos; y en segundo lugar, la capacidad de identificarse con los propios hijos (en especial, con las hijas) que permita a la mujer revivir, valorar y disfrutar de sus propias vivencias pasadas a través de las vivencias actuales de sus hijos (en especial, de sus hijas).

En relación con este último aspecto, frente al clásico tópico psicoanalítico de que es más significativo para la mujer tener un hijo varón porque de esta forma puede adquirir lo que le falta simbolizado por el pene de su hijo, se podría pensar que es más significativo para una mujer tener una hija porque el juego de identificaciones y proyecciones que se establece entre madre e hija permite a la mujer reelaborar permanentemente su constitución como sujeto sexuado femenino desde el lugar de hija de una madre hasta el lugar de madre de una hija, pudiéndose ver en las distintas etapas evolutivas tanto a través de la propia madre como a través de la hija.

Bibliografía

Bonaparte, M. (1967), *La sexualidad de la mujer*, Barcelona, Península, 1972.

Dolto, F. (1982), *Sexualidad femenina. Libido, erotismo*, *frigidez*, Barcelona, Paidós, 1984.

Freud, S. (1907c), *La ilustración sexual del niño. Carta abierta al doctor M. Fürst.*

— (1908c), *Sobre las teorias sexuales infantiles*.

— (1932), *Sobre la sexualidad femenina*.

— (1933), «La feminidad», en *Nuevas lecciones de introducción al psicoanálisis* (Lección XXXIII).

Horney, K. (1967), *Feminine Psychology*, Nueva York, Norton. (Versión castellana, *Psicología femenina*, Madrid, Alianza, 1986.)

Jones, E. (1927), «La fase precoz del desarrollo de la sexualidad femenina», en *La sexualidad femenina* (1979), Buenos Aires, Homo Sapiens.

Klein, M. (1932), «Efectos de las situaciones tempranas de ansiedad sobre el desarrollo sexual de la niña», en *Obras Completas,* vol. I, *El psicoanálisis de los niños*, Buenos Aires, Paidos-Hormé, 1974, págs. 319-360.

Laplanche, J. y Pontalis, J. B. (1996), *Diccionario de Psicoanálisis*, Barcelona, Paidós (versión original, 1968).

Masotta, O. (1992), *Lecturas de psicoanálisis*, Freud, Lacan, Barcelona, Paidós.

Safouan, M. (1976), *La sexualidad femenina según la doctrina freudiana*, Barcelona, Crítica-Grijalbo, 1979.

Tubert, S. (1988), *La sexualidad femenina y su construcción imaginaria,* Madrid, Ed. El Arquero.